# LAWRENCE BLOCK

# Ocho millones de maneras de morir

UNA HISTORIA DE MATTHEW SCUDDER



La ciudad de Nueva York puede ser un sueño o una pesadilla para los millones de personas que a diario recorren sus calles y avenidas. El detective Matthew Scudder, alcohólico en terapia, podría dar fe de ello tras años tratando con los personajes más sórdidos que habitan en ella. Sólo la bebida le ha mantenido apartado de la cruda realidad en sus escasos momentos de lucidez.

Pero Scudder deberá enfrentarse nuevamente a la vileza de la gran urbe cuando la joven e ingenua Kim, una prostituta que perseguía un sueño, es brutalmente asesinada. Entonces la vida de Scudder se volcará en la resolución de tan horrendo crimen, aunque sea la última buena acción que haga en vida.




Lawrence Block

# Ocho millones de maneras de morir

## Matt Scudder - 05

**ePub r1.0**
**Titivillus** 14.04.15

Título original: *Eight Million Ways to Die*
Lawrence Block, 1982
Traducción: Gabriel Glenson

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



## PRÓLOGO
## NO TODO VALE

Una de las cosas que más me atrajo de *Ocho millones de maneras de morir*, cuando la leí en los años ochenta, fue el título y su porqué. No obstante, como me sorprendió la justificación del autor, me resisto a hablar de ello en el prólogo. Quiero que les sorprenda tanto como a mí.

Porque eso es lo que yo busco en una novela negra, que me sorprenda, que me pille desprevenido y me arrastre de sobresalto en sobresalto hasta la apoteosis final. Porque, al margen del análisis social inherente al género, si hay algo que realmente lo caracteriza y define es su esencia lúdica. Si participas en el juego de la novela negra, te emocionará, te escandalizará, te divertirá, aprenderás que el mundo no es tan bonito como lo venden pero está lleno de placeres como, por ejemplo, el de leer novela negra.

Los autores nos acercamos al género sabiendo que es un juego establecido entre quien escribe y quien lee. Pero hay autores convencidos de que juego es sinónimo de bobada sin importancia y, por tanto, admite cualquier cosa; como si la palabra juego redujera el nivel mental de creador y público al de un niño tonto. Como el ajedrez es un juego (parecen decir), no hay que tomárselo en serio. Pongamos las piezas en hilera, al otro lado de la habitación, y bombardeémoslas con una canica. Ganará quien derribe más.

Otros autores, en cambio, creen que el juego será más divertido cuanto más conflicto haya entre el respeto a las reglas y la consecución del triunfo.

Si *todo vale*, no tiene sentido hablar de póquer, ruleta, tute, baloncesto, *bridge*, ajedrez, dados o novela negra.

En los orígenes del género, hubo grandes improvisadores que aprendieron las reglas sobre la marcha. Se habían incorporado a las

filas de una novela policíaca inglesa, de enigma, muy rígida y limitada, puro pasatiempo. Pero eso no era suficiente para los Chandler, Hammett, Cain o Thompson que se aburrían con las simples charadas y querían construir sus obras con elementos sacados del mundo real. Así, Raymond Chandler elaboró un decálogo con la única intención de transgredirlo en cada línea que escribía, y llegó a redondearlo con un consejo como este: «Cuando no sepas cómo hacer progresar un relato, haz que se abra una puerta y entre un hombre con una pistola». O, anécdota famosa, cuando Faulkner y Hawks, durante la redacción del guión de *El sueño eterno*, le preguntaron quién era el asesino de cierto personaje de la novela, Chandler respondió que no tenía ni idea.

En el ámbito de la novela negra, los estereotipos folclóricos van desapareciendo engullidos por un afán realista: encontramos menos mujeres fatales de opereta, los protagonistas reciben menos porrazos de aquellos que los dejan inconscientes y sobreviven para futuras novelas, y el tic del *whisky* en la mano acaba convirtiéndose en puro y duro alcoholismo.

Claro que esta nueva veneración por el realismo esconde otro tipo de peligros. El de esos autores, rigurosamente fotográficos, hartos de escenas poco creíbles en las novelas policíacas, que abominan de los diálogos ingeniosos, los juegos de palabras y cualquier tipo de erudición porque saben que los policías y los delincuentes no hablan de esa forma artificiosa. Y, como el trabajo de la policía no es heroico ni brillante ni divertido, sino rutinario y tedioso, donde la paciencia y el sacrificio son esenciales, terminan escribiendo novelas rutinarias y tediosas, dando por sentados la resistencia, el sacrificio y la santa paciencia del lector.

Lawrence Block (1938, Buffalo, estado de Nueva York) pertenece a la escuela norteamericana de autores que han sabido encontrar ese punto medio entre el romanticismo y la aventura emocionante de los clásicos y el realismo estricto y verosímil que hoy día hace de la novela negra uno de los mejores métodos de análisis de nuestra realidad.

Cuando nos encontramos en la Semana Negra de Gijón, o en Nueva York, coincidimos en las principales reglas del juego literario y negro.

Él sabe inventarse héroes modernos, como el Matthew Scudder

de *Los pecados de nuestros padres, Tiempo de crear, tiempo de matar* u *Ocho millones de maneras de morir,* y sabe convencernos de que podríamos encontrarlos en algún rincón de su ciudad en cualquier momento. Habla, en obras formidables como es *Hit Man,* de hechos insólitos en los que reconocemos una realidad paradigmática que nos ayuda a entender la realidad que nos rodea; y sabe compaginar perfectamente el humor y el desparpajo de las aventuras de Bemie Rhodenbarr, como en el caso de *El ladrón que citaba a Kipling* o *El ladrón que leía a Spinoza,* con el suspense y las emociones imprescindibles del género.

*Ocho millones de maneras de morir* fue llevada al cine en 1985 por Hal Ashby, con guión de Oliver Stone, y Jeff Bridges, Andy García y Rosanna Arquette en los papeles principales. Fue el último largometraje de ese director que nos había maravillado con *Harold y Maude* en 1971 y *Bienvenido Mr. Chance* en 1979, y que murió prematuramente en 1988, a los 59 años.

Leer esta novela de Larry Block no es solo un placer, sino que creará de inmediato la necesidad de buscar sus otros libros para continuar disfrutando con ellos. Por suerte, es un autor con una larga trayectoria a sus espaldas.

ANDRBU MARTÍN

# 1

La vi entrar. Habría sido difícil no verla. Tenía el cabello rubio, casi blanco, del color nacarado de los niños pequeños. Lo llevaba peinado en trenzas alrededor de la cabeza y sujeto con clips. Su frente era alta y despejada, los pómulos marcados, y la boca quizás un poco grande. Con las botas camperas debía de medir más de uno ochenta, gracias sobre todo a sus piernas inacabables. Llevaba vaqueros color burdeos y cazadora de piel de color champán. Había llovido a intervalos todo el día, y no llevaba paraguas ni nada que le cubriera la cabeza. Las gotas de lluvia brillaban como diamantes en su cabello trenzado.

Se detuvo un momento en la entrada para orientarse. Eran alrededor de las tres y media de un miércoles por la tarde, es decir, la hora más tranquila en el bar Armstrong. La clientela de la hora de la comida había desaparecido hacía rato, y aún era pronto para los que venían después de la jornada laboral. En quince minutos vendrían un par de profesores para echar un trago; a continuación serían las enfermeras del hospital Roosevelt que terminaban su turno a las cuatro. En ese momento no había más que tres o cuatro personas en la barra y una pareja que estaba terminando una jarra de vino en una de las mesas delanteras. Y yo, por supuesto, en mi mesa de costumbre, al fondo.

Me vio enseguida. Yo capté el azul de sus ojos desde el otro extremo de la sala. Ella se paró en la barra para asegurarse de que era yo, antes de sortear las mesas de camino hacia mí.

—¿Señor Scudder? —inquirió—. Soy Kim Dakkinen, una amiga de Elaine Mardell.

—Sí, ya me ha telefoneado —contesté—. Siéntese.

—Gracias —dijo.

Se sentó frente a mí. Dejó el bolso sobre la mesa y sacó de él un paquete de cigarrillos y un encendedor, luego me preguntó si me

molestaba que fumase. Le respondí que no me importaba en absoluto.

Su voz me sorprendió. Era melodiosa, y su acento delataba que era del medio oeste. Tras las botas, las pieles, los rasgos severos y el nombre exótico, esperaba encontrarme algo salido de la fantasía de un sadomasoquista: una voz áspera, dura, europea. También era más joven de lo que me había parecido a primera vista. Veinticinco años, a lo sumo.

Encendió el cigarrillo y dejó el encendedor sobre el paquete de tabaco. Evelyn, la camarera, había cambiado al turno de día dos semanas atrás, después de haber conseguido un pequeño papel en un espectáculo de aficionados. Siempre parecía que iba a bostezar de un momento a otro. Se acercó a nuestra mesa mientras Kim Dakkinen jugueteaba con el encendedor. Pidió un vaso de vino blanco. Evelyn me preguntó si quería más café, y al responder que sí, Kim dijo:

—¡Oh! ¿Usted toma café? Entonces creo que tomaré café en vez de vino. ¿Es posible?

Cuando llegaron los cafés, Kim añadió leche y azúcar, revolvió, tomó un sorbo y me confesó que solo lo tomaba de vez en cuando, sobre todo al empezar la jornada. Pero que era incapaz de beber café solo como yo. No podía. Tenía que echarle azúcar y leche, como si fuera un postre, y que sin duda era afortunada, ya que no tenía problemas de peso, podía comer todo lo que quisiera sin engordar un gramo, ¿no era eso tener suerte?

Asentí mostrándole mi acuerdo.

¿Hacía mucho tiempo que conocía a Elaine? Cuatro años, respondí. Bien, ella no la conocía de tanto tiempo, en realidad, no llevaba mucho en Nueva York, de manera que no la conocía tan bien, de todas formas pensaba que Elaine era sumamente simpática. ¿No estaba de acuerdo? Volví a asentir. Y además era una persona inteligente, sensible, y tenía algo, ¿verdad? Mostré mi acuerdo en que algo había.

La dejé que se tomara su tiempo. Sabía montones de chismes. Mientras hablaba no dejaba de sonreír y de aguantarme la mirada, seguro que habría ganado el título de Miss Simpatía en cualquier concurso de belleza, si no el primer premio directamente, y aunque tardó lo suyo en entrar en materia, no me importó en absoluto. No

tenía nada mejor que hacer y me encontraba a gusto allí.

—¿Era policía? —me preguntó.

—Hace unos cuantos años —contesté.

—Y ahora es detective privado —dedujo.

—No exactamente —repliqué.

Abrió más los ojos. Eran de un azul muy vivo, de un matiz tan extraño que me pregunté si no llevaría lentillas. En algunos casos las lentillas hacen cosas curiosas con el color de los ojos, alteran los tonos o los intensifican.

—No tengo licencia —expliqué—. Cuando opté por no llevar placa supuse que tampoco querría tener licencia, ni rellenar impresos, ni tener nada que ver con los recaudadores de impuestos. Mis actividades son a nivel extraoficial.

—Pero ¿se dedica a eso, no? ¿Es así como se gana la vida? —preguntó.

—Así es —contesté yo.

—¿Cómo llamaría usted a lo que hace? —inquirió ella.

Podríamos llamarlo traer el pan a casa, aunque no tengo que hacer muchos esfuerzos. Los trabajos me vienen, no me tomo la molestia de buscarlos. Rechazo más encargos de los que llevo entre manos. Acepto los que no sé como rechazar. En aquel momento estaba tratando de saber lo que esa mujer quería de mí y qué excusa pondría para decirle que no.

—No sé cómo llamarlo —le dije—. Se podría decir que hago favores a los amigos.

Su rostro se alegró. Había estado sonriendo sin parar desde que franqueó la puerta, pero esa era la primera vez que sonrió con los ojos.

—Oh, eso es estupendo, ya que necesito de verdad un favor. Y también me hace falta un amigo.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

Encendió otro cigarrillo para concederse un tiempo de reflexión, luego bajó la mirada y contempló sus manos a la vez que dejaba el mechero sobre el paquete de tabaco. Llevaba las uñas cuidadas, no muy largas, pintadas de color Oporto. En el anular de la mano izquierda lucía un anillo de oro con una piedra rectangular de color verde.

—Ya sabe a qué me dedico. A lo mismo que Elaine —empezó.

—Ya había llegado a esa conclusión —contesté.

—Soy prostituta.

Asentí con la cabeza.

Se enderezó en la silla, echó los hombros hacia atrás, se ajustó la chaqueta de piel y se desabrochó el cierre del cuello. Sentí una ligera brisa de perfume. Lo conocía, pero no pude recordar de qué. Cogí la taza y me terminé el café.

—Quiero dejarlo —dijo.

—¿La prostitución?

Ella asintió con la cabeza.

—Llevo cuatro años en esto. Llegué hace cuatro años, en julio. Agosto, septiembre, octubre, noviembre. Cuatro años y cuatro meses. Tengo veintitrés. Aún soy joven, ¿no le parece?

—Desde luego —confirmé.

—No me siento joven. —Volvió a ajustarse la cazadora y se subió la cremallera. Su anillo brilló—. Cuando bajé aquí del autobús, hace cuatro años, traía una maleta en la mano y una cazadora vaquera en el brazo. Ahora tengo esto. Es visón.

—Ha mejorado mucho —dije.

—Lo cambiaría sin dudarlo por aquella vieja cazadora. Si pudiera volver atrás… Pero no, no es verdad. Porque si eso fuera posible haría lo mismo, ¿no cree? Ah, tener otra vez diecinueve y saber lo que sé ahora, aunque solo podría saberlo si hubiera empezado a prostituirme a los quince, y entonces ya estaría muerta. Hablo por hablar. Lo siento.

—No importa —dije.

—Quiero dejarlo.

—¿Para hacer qué? ¿Volver a Minnesota? —pregunté.

—Wisconsin. No, no volvería. Allí no tengo nada. Que quiera dejarlo no significa que tenga que volver.

—Por supuesto —asentí.

—Puedo complicarme mucho la vida de esa forma. Reduzco todo a dos posibilidades: si A no me va bien siempre me queda B. Pero eso es falso. Falta el resto del abecedario.

Siempre podría enseñar filosofía.

—¿Y dónde encajo yo en todo eso, Kim?

—Ya, cierto.

Esperé su contestación.

—Tengo un chulo.

—Y quiere dejarle.

—No le he dicho nada. Creo que se lo imagina, pero no le he dicho nada y él no me ha dicho nada y…

Por un instante, toda la parte superior de su cuerpo se estremeció y unas gotitas de sudor brillaron sobre sus labios.

—Tiene miedo de él —deduje.

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó.

—¿La ha amenazado?

—En realidad no —contestó.

—¿Qué quiere decir?

—Nunca me ha amenazado, pero sí me siento amenazada —explicó.

—¿Hay más chicas que hayan intentado largarse?

—No sé mucho sobre sus otras chicas. No es como los otros chulos. Al menos como los que yo conozco —dijo.

Todos eran diferentes. Bastaba con preguntar a sus niñas.

—¿En qué es distinto? —pregunté.

—Es más refinado, más reservado —explicó.

Seguro.

—¿Cómo se llama?

—Chance —contestó.

—¿Nombre o apellido?

—Todo el mundo le llama así. No sé si es su nombre o su apellido. Quizá ni lo uno ni lo otro, tal vez sea su apodo. La gente de la vida se cambia el nombre según la ocasión —aclaró.

—¿Es Kim su verdadero nombre? —pregunté.

—Sí —asintió—, aunque usaba otro cuando hacía la calle. Tenía otro chulo antes de Chance. Duffy. Se hacía llamar Duffy Green y también Eugene Duffy, y a veces tenía otro nombre, ahora no recuerdo. —Sonrió tratando de recordarlo—. Yo estaba muy verde cuando me puso en circulación. No me fichó al bajar del autobús, pero casi.

—¿Era negro? —aventuré.

—¿Duffy? Desde luego —confirmó—, como Chance. Duffy me colocó en la calle. En la avenida Lexington, y cuando allí hacía demasiado calor, cruzábamos el río y nos mudábamos a Long Island.

Cerró los ojos por un momento. Cuando los abrió de nuevo dijo:

—Me ha venido a la mente un recuerdo de lo que era hacer la calle. Mi nombre de guerra era Bambi. En Long Island lo hacíamos en el coche del cliente. Venían de toda la isla. En la avenida Lexington había un hotel que podíamos utilizar. Apenas me creo que pudiera hacer aquello, que pudiera vivir de aquella manera. ¡Dios, estaba tan verde! Yo no era inocente. Sabía lo que iba a hacer en Nueva York cuando vine, pero realmente estaba muy verde.

—¿Cuánto tiempo estuvo haciendo la calle? —quise saber.

—Cinco o seis meses, creo. No era muy buena. Era guapa y podía dar la talla, ya sabe. Sin embargo no tenía la habilidad que requiere la calle. Y un par de veces tuve ataques de ansiedad y me quedé bloqueada. Duffy me pasó material pero el único resultado fue que enfermé.

—¿Material?

—Ya sabe, drogas —aclaró.

—Ya.

—Luego me colocó en una casa, y estuve mejor, pero a él no le gustaba porque tenía menos control sobre mí. Era un gran edificio cerca de Columbus Circle, e iba a trabajar como quien va a la oficina. Estuve en esa casa, no sé, quizás otros seis meses. Luego me fui con Chance.

—¿A qué se debió el cambio? —pregunté.

—Un día estaba con Duffy en un bar. No era un bar de alterne, sino un club de *jazz*. Chance entró y se sentó a nuestra mesa. Estuvimos charlando los tres durante un buen rato y luego se fueron ellos dos solos a hablar. Pasados unos instantes, Duffy volvió y me dijo que tenía que irme con Chance. Yo creí que quería que me lo hiciera con él, un truco, ya sabe, y me cabreé porque se suponía que íbamos a pasar la tarde juntos y no tenía por qué trabajar. No pensé que Chance fuese un chulo. Entonces me explicó que iba a ser la chica de Chance a partir de aquel momento. Me sentí como un coche recién vendido.

—¿Y fue así? ¿Duffy la vendió a Chance? —pregunté.

—No sé lo que hizo —dijo—. Pero me fui con Chance y todo fue bien. Era mejor que con Duffy. Me sacó de aquella casa, me colocó en servicio de citas por teléfono y de eso hace ya tres años.

—Y ahora me necesita para que la saque de ese marrón.

—¿Puede?

—No lo sé. Quizá lo pueda hacer sola. ¿No le ha dicho absolutamente nada, ni una palabra? ¿Ni siquiera se lo ha insinuado? —pregunté.

—Tengo miedo.

—¿De qué? —quise saber.

—De que me mate o me desfigure o algo parecido. O de que me persuada y me lo quite de la cabeza —explicó.

Se inclinó hacia adelante y me puso las uñas rojizas en la muñeca. Era un gesto estudiado, pero sin ningún efecto. Respiré su perfume especiado y sentí su impacto sexual. No me excitó, pero aún sin desearla, noté su poder de atracción.

—¿Puede ayudarme Matt? —E inmediatamente—: ¿Puedo llamarte Matt?

—Sí. Claro que sí —contesté sin poder contener la risa.

—Gano dinero, pero no lo guardo. Además, no saco mucho más que cuando hacía la calle. Sin embargo tengo algo.

—¿Sí?

—Mil dólares —dijo.

No dije nada. Abrió el bolso, sacó un sobre blanco, lo abrió y extrajo unos billetes, que dejó sobre la mesa, entre los dos.

—¿Podrías hablar con él?

Tomé los billetes y los sostuve en la mano. Se me ofrecía hacer de intermediario entre una puta y un chulo negro. No era un papel muy tentador.

Pensé en devolverle el dinero; hacía solo nueve o diez días que había salido del hospital Roosevelt y aún les debía la factura. A primeros de mes tenía que pagar el alquiler y hacía mucho que no enviaba nada a Anita y a los niños. Llevaba dinero encima y tenía algo en el banco, pero no era una suma demasiado elevada, y el dinero de Kim Dakkinen era tan bueno como cualquiera; era fácil de ganar, y al fin y al cabo, qué importaba cómo lo había obtenido ella.

Conté los billetes. Eran de cien usados y había diez. Dejé cinco delante de mí en la mesa y le devolví los otros cinco. Abrió los ojos un poco y me convencí de que llevaba lentillas, nadie podía tener aquel color de ojos.

—Cinco por adelantado —acordé—. Los otros cinco después, si

consigo sacarte del marrón.

—Trato hecho —replicó y esbozó de pronto una amplia sonrisa —. Pero puedes llevarte los mil por adelantado.

—Trabajaré mejor con un incentivo —zanjé—. ¿Quieres otro café?

—Si tú también tomas. Y me apetece algo dulce —añadió—. ¿Sirven postres?

—El pastel de nueces es riquísimo —dije—. Y también la tarta de queso.

—Me encanta el pastel de nueces. Los dulces me chiflan pero no engordo ni un gramo. Tengo suerte, ¿no?

# 2

Había un problema. Para hablar con Chance primero debía encontrarlo y ella no sabía cómo hacerlo.

—No sé dónde vive —dijo—. Nadie lo sabe.

—¿Nadie?

—Ninguna de sus chicas. Cuando nos juntamos dos de nosotras y él no está —explicó Kim—, intentamos adivinar dónde vive, ese es nuestro principal tema de conversación. Me acuerdo de que una noche quedamos Sunny y yo solo para cotillear: nos imaginamos todo tipo de cosas, como que vivía con su madre paralítica en uno de esos pisos de Harlem, o que tenía una mansión en Sugar Hill, o que tenía una granja en las afueras a donde iba y venía todos los días. O que llevaba dos maletas en el coche con sus cosas y dormía un par de horas en el piso de cualquiera de nosotras. —Pensó un momento—. Solo que nunca duerme cuando está conmigo. Después de hacerlo, se echa un momento, luego se levanta, se viste y se va. Un día me dijo que nunca puede dormir cuando hay otra persona en la habitación.

—Pero supongo que tenéis que contactar con él de alguna manera —dije.

—Hay un número de teléfono —explicó— pero es un servicio de mensajes. Se puede llamar las veinticuatro horas del día y siempre hay una operadora de servicio. Él llama regularmente. Cuando salimos, por ejemplo, llama cada media hora.

Me pasó el número, que anoté en mi agenda. Le pregunté dónde guardaba el coche. No lo sabía. ¿Se acordaba de la matrícula?

—Nunca me fijo en ese tipo de cosas —dijo, negando con la cabeza—. Tiene un Cadillac.

—Vaya sorpresa. ¿Por dónde se mueve? —pregunté.

—No lo sé. Si quiero verlo le dejo un aviso —explicó—. No voy por ahí buscándolo. ¿Quieres saber si frecuenta algún bar? Va a

muchos sitios pero nunca con regularidad.
—¿Qué cosas suele hacer?
—¿A qué te refieres?
—Si va al béisbol, si apuesta —aventuré—. ¿Qué aficiones tiene?
—Le gusta hacer muchas cosas —dijo tras considerar la pregunta.
—¿Como qué? —insistí.
—Depende de con quién está —dijo—. Por ejemplo, a mí me gusta ir a clubes de *jazz*, así que si está conmigo vamos a sitios así. Y es a mí a quien llama si quiere disfrutar de un espectáculo de ese tipo. Hay otra chica, nunca la he visto, pero sé que van a conciertos. Música clásica, Carnegie Hall y eso. A otra, a Sunny, le encantan los deportes y la lleva a los partidos de béisbol.
—¿Cuántas chicas tiene?
—No tengo ni idea. Tiene a Sunny, y Nan, y esa a la que le gusta la música clásica. Debe haber otro par. Quizá más. Chance es muy reservado, ¿sabes? —me aclaró—, no suele hablar de sus asuntos.
—¿Chance es el único nombre que conoces? —pregunté.
—Sí —respondió.
—Llevas con él ¿cuánto?, ¿tres años? Y lo único que sabes es la mitad de un nombre, sin dirección y el número ese de un servicio de mensajes.
Bajó la vista, mirándose las manos.
—¿Cómo recoge el dinero?
—¿En mi caso? De vez en cuando lo pasa a buscar —contestó.
—¿Te avisa antes?
—No siempre, a veces. O me llama y me pide que se lo lleve a un café o a un bar, o quedamos en alguna esquina y me recoge con el coche.
—¿Le das todo lo que ganas?
Asintió con la cabeza.
—Él me puso el piso, paga el alquiler, el teléfono, las facturas. Me lleva a las tiendas de moda y paga la ropa. Le gusta escogerla a él. Le doy todo lo que saco y él me devuelve un poco, ya sabes, dinero suelto.
—¿No te quedas con nada? —pregunté.
—Por supuesto que sí —dijo—. ¿De dónde habría sacado sino los mil dólares? Sin embargo, por gracioso que parezca no me

quedo con mucho.

Cuando Kim se marchó el lugar se estaba llenando de oficinistas. En un momento dado consideró que no quería más café y se pasó al vino blanco. Se dejó la mitad. Yo me conformé con mi café solo. Tenía su teléfono y dirección en mi agenda junto al número del servicio de mensajes de Chance. Aquello era todo lo que tenía. Por otro lado, ¿qué más necesitaba? Tarde o temprano acabaría por echarle el guante, y entonces tendríamos una pequeña charla; y si hacía falta, le daría un susto mayor del que él pudiera darle a Kim. Y si no, bueno, en cualquier caso tenía quinientos dólares más que cuando me levanté esa mañana.

Cuando se marchó terminé mi café y saqué uno de los billetes de cien para pagar la cuenta. Armstrong se encuentra en la Novena Avenida, entre la calle 57 y la 58, y mi hotel queda junto a la esquina de la 57. Me encaminé hacia allí. En recepción pregunté si tenía algún mensaje o correo y llamé a Chance desde el teléfono del vestíbulo. Al tercer timbrazo respondió una mujer, que repitió las cuatro últimas cifras del número, y me preguntó si podía ayudarme en algo.

—Desearía hablar con el señor Chance —dije.

—Espero hablar con él de un momento a otro —por la voz parecía de mediana edad: era ronca, de fumadora empedernida—. ¿Quiere dejar algún mensaje?

Le di mi nombre y el número de teléfono del hotel. Me preguntó la razón de la llamada. Le dije que se trataba de un asunto personal.

Cuando colgué sentí unos temblores, que achaqué a la cantidad de cafés que había tomado a lo largo del día. Me apetecía un trago. Podía hacer una parada en Polly's Cage, al otro lado de la calle, o acercarme a la tienda de licores dos puertas más allá de Polly's y coger una botella de *bourbon*. Ya me estaba imaginando la bebida, una botella de Jim Beam o de J. W. Dant, o incluso de *whisky* ambarino.

Pensé: vamos, fuera está lloviendo y tú no te quieres empapar. Salí de la cabina, di la vuelta hacia el ascensor en vez de dirigirme

hacia la entrada, y subí a mi habitación. Eché la llave, coloqué la silla junto a la ventana y me senté a contemplar la lluvia. La necesidad de beber desapareció al cabo de unos minutos. Luego volvió y de nuevo se fue otra vez. Durante una hora estuvo yendo y viniendo, parpadeando como si se tratara de una luz de neón. Me quedé donde estaba, observando la lluvia.

Serían las siete cuando telefoneé desde la habitación a Elaine Mardell. Me respondió su contestador automático.

—Hola —dije tras la señal—, soy Matt. He visto a tu amiga y quiero agradecerte que me hayas recomendado. Espero que algún día te pueda devolver el favor.

Colgué y esperé otra media hora. Chance no se acordó de mí.

No tenía un hambre terrible pero me obligué a bajar para comer algo. Me acerqué hasta la hamburguesería de al lado y pedí una hamburguesa con patatas. Un par de mesas más allá un tío bebía una cerveza con su sándwich, y decidí pedir una cuando la camarera me trajera la hamburguesa, pero para entonces ya había cambiado de idea. Me comí casi toda la hamburguesa, la mitad de las patatas y bebí un par de tazas de café. Luego pedí de postre una tarta de cerezas, que devoré al instante.

Eran casi las ocho y media cuando salí del restaurante. Me detuve en el hotel —ningún mensaje— y seguí caminando hasta la Novena Avenida. Tiempo atrás había una taberna griega en la esquina, Antares and Spiro’s, que ha pasado a ser hoy un mercado de verdura y fruta.

Me dirigí al centro, pasé delante de Armstrong, atravesé la calle 58 y, cuando cambió el semáforo, crucé la avenida, dejé atrás el hospital y me dirigí hacia la iglesia de St. Paul. Caminé bordeándola hasta dar con unas escaleras estrechas que daban a un sótano. Un letrero colgaba de la puerta, aunque hacía falta buscarlo para darse cuenta de su presencia.

Dos letras: A. A.

Acababan de empezar cuando entré.

Me encontré con tres mesas dispuestas en forma de U, con gente sentada alrededor de ellas, y tal vez una docena de sillas alineadas al fondo de la sala. A un lado había refrescos sobre otra mesa. Tomé una taza de plástico que llené de café. A continuación me senté en

una de las sillas del fondo. Un par de personas me saludaron con un gesto de cabeza, que les devolví.

El que estaba hablando era un tipo aproximadamente de mi edad. Llevaba un traje de espiguilla, de *tweed*, sobre una camisa de franela a cuadros. Contó la historia de su vida desde su primer trago hasta que entró en el programa y no volvió a probar una sola gota de alcohol. De eso hacía ya cuatro años. Se había casado y divorciado varias veces, destrozado algunos coches, había perdido unos cuantos empleos y estado en varios hospitales. Luego había dejado la bebida, comenzó a asistir a las reuniones y su vida mejoró.

—Mi vida no mejoró —corrigió—. Fui yo quien mejoré mi vida.

A menudo repetían lo mismo. Hablaban mucho, decían muchas cosas así, y acababa oyendo siempre las mismas frases. A pesar de todo, las historias eran interesantes. Se sentaban enfrente de Dios y de todo el mundo y te contaban sus malditos asuntos.

Habló media hora. Luego hubo una pausa de diez minutos en la que pasaron el platillo para los gastos. Dejé un dólar.

Después me serví otra taza de café y unas pastitas de avena. Un tipo con una vieja cazadora militar me saludó por mi nombre. Recordé que se llamaba Jim y le devolví el saludo. Me preguntó qué tal me iban las cosas y le contesté que todo iba bien.

—Estás aquí y sobrio —terció—. Eso es lo importante.

—Supongo —contesté.

—Cada día que acabo sin tomar un trago es un buen día. Y tú sigues sobrio día tras día. Lo más difícil del mundo para un alcohólico es no beber, y tú lo estás haciendo.

Salvo que se equivocaba. Hacía unos diez días que había salido del hospital. Estuve sobrio dos o tres días, y luego tomé el primer trago. La mayor parte del tiempo bebía uno, dos o tres vasos y me controlaba, pero el domingo por la noche me había pasado con el *bourbon* en el Blanney Stone de la Sexta Avenida, donde no esperaba encontrar a nadie conocido. No podía acordarme cómo había salido del bar y cómo llegué a casa, pero el lunes por la mañana temblaba como una hoja, tenía la boca pastosa y me sentía como un zombi.

No le conté nada de aquello.

Transcurridos los diez minutos empezaron el coloquio de nuevo.

La gente decía su nombre, reconocía su alcoholismo y agradecía al conferenciante su testimonio. Proseguían explicando de qué manera se identificaban con el hablante o recordaban algunas imágenes de sus tiempos de bebedores o exponían alguna dificultad con la que debían enfrentarse en su lucha por llevar una vida libre de alcohol. Una joven, no mucho mayor que Kim Dakkinen, habló de los problemas con su novio, y un homosexual entrado en los treinta narró una pelea que tuvo con un cliente de la agencia de viajes. La historia era divertida y fue recibida con un torrente de carcajadas.

—No hay nada más sencillo —comentó una mujer— que renunciar al alcohol. Solo basta con no beber, asistir a las reuniones y querer cambiar de una vez la jodida vida que llevas.

—Mi nombre es Matt. Creo que paso —dije simplemente cuando me tocó hablar.

La reunión acabó a las diez. Paré en el bar de Armstrong y me senté en la barra. Te dicen que no entres en los bares si quieres dejar la bebida, pero el lugar es cómodo y el café era bueno. Si voy a beber, beberé y da igual el sitio donde esté.

Cuando salí, la primera edición del *News* ya estaba en la calle. Lo compré y subí a mi habitación. Seguía sin haber ningún mensaje del chulo de Kim Dakkinen. Telefoneé de nuevo al servicio de mensajes, donde me aseguraron que mi mensaje había sido transmitido. Dejé otro diciendo que era importante que se pusiera en contacto conmigo lo antes posible.

Me duché, me puse un albornoz y cogí el periódico. Siempre leo las noticias nacionales e internacionales pero nunca me puedo concentrar en ellas. Los asuntos han de ser a pequeña escala y suceder cerca de casa para que me interesen.

Ese día había algo que me interesaba. En el Bronx, dos muchachos habían arrojado a una joven a las vías del metro que llegaba en ese momento. La mujer había quedado tendida completamente y, aunque seis vagones le pasaron por encima hasta que el tren se detuvo, logró salir sin un rasguño.

En la calle West, cerca de los muelles del Hudson, una prostituta había sido asesinada a navajazos.

En Corona, un alto cargo policial seguía en estado grave. Hacía dos días había sido atacado por dos hombres que lo golpearon con barras de hierro y le robaron la pistola. Tenía mujer y cuatro hijos

menores de diez años.

El teléfono seguía sin sonar. En realidad no esperaba que lo hiciera. No había ninguna razón por la que Chance tuviera que responder a mis mensajes, excepto la curiosidad, y tal vez recordaba cómo había acabado el gato. Podía haberme hecho pasar por poli —«señor Scudder» era más fácil de olvidar que «inspector Scudder»—, pero prefería no jugar a ese juego si no tenía necesidad de ello. Dejo que la gente se lance a conclusiones fáciles, pero no estoy dispuesto a darles un empujoncito.

Así que tenía que ir en su busca. Lo que tampoco me desagradaba. Al menos estaría haciendo algo. Mientras tanto, los mensajes que le había dejado grabarían mi nombre en su mente.

El escurridizo señor Chance. Uno se imaginaba que tenía un móvil en su coche de macarra, junto a la barra de hierro, la tapicería de piel y la visera de terciopelo rosa… todos esos toques de clase.

Leí las páginas deportivas y volví de nuevo a la crónica de la fulana asesinada en el Village. La noticia era muy escueta. No figuraba ni el nombre ni descripción alguna de la víctima. Solo decía que tenía veinticinco años.

Llamé al *News* para preguntar si conocían el nombre de la víctima.

Me respondieron que era información confidencial. Sin duda, no habían avisado a la familia. Llamé a la comisaría del sexto distrito, pero Eddie Koehler no estaba de servicio y él era mi único contacto allí. Saqué mi agenda, pero pensé que era muy tarde para llamarla; estaría durmiendo. Además, puesto que la mitad de las mujeres de la ciudad eran prostitutas, no había motivo para pensar que era Kim la que había sido asesinada junto a la autopista West Side. Me guardé la agenda, la volví a sacar diez minutos después y marqué su número.

—Kim —dije—, soy Matt Scudder. Me preguntaba si has tenido oportunidad de hablar con tu amigo después de nuestra charla.

—No. ¿Por qué? —contestó ella.

—Esperaba encontrarle a través de la operadora del servicio de mensajes. Pero no creo que vaya a responder a mis llamadas, así que mañana tendré que salir en su busca. ¿Nunca le comentaste que te ibas a retirar?

—Ni una palabra —dijo.

—Vale. Si lo ves antes que yo, actúa como si no estuviera pasando nada. Si te llama o quedáis en algún sitio, llámeme inmediatamente.

—¿Al número que me has dado?

—Exacto. Si me avisas con tiempo quizá pueda asistir a la cita en tu lugar. Si no, haz como de costumbre, compórtate con normalidad.

Seguí hablando un poco para calmarla, porque la llamada la había abrumado al principio. Al menos ya sabía que no había muerto en la calle West. Ahora podría dormir tranquilo.

Desde luego que sí. Apagué la luz y me metí en la cama un buen rato, luego me incorporé y me puse a leer otra vez el periódico. Me asaltó la idea de que un par de copas me calmarían y me ayudarían a conciliar el sueño. No podía hacer nada para desterrar esos pensamientos, pero podía quedarme donde estaba y cuando fueran las cuatro decirme que debía olvidar la idea. Había un *after* en la Undécima Avenida pero me abstuve oportunamente de recordármelo.

De nuevo apagué la luz y me metí otra vez a la cama. Pensé en la prostituta asesinada, el policía moribundo, en la mujer que había salido ilesa de debajo del metro, y me pregunté por qué en esta ciudad se consideraba que era mejor no beber. Aferrado a este pensamiento me dormí.

# 3

Me levanté a las diez y media totalmente descansado después de seis horas de sueño. Me duché, me afeité, desayuné café con un bollo y luego me dirigí a St. Paul. Esta vez no entré en el sótano, sino en la iglesia, y me senté diez minutos en un banco. Encendí un par de cirios y deposité cincuenta dólares en el cepillo. En la oficina de correos de la calle 60 puse un giro de doscientos dólares a mi exmujer en Syosset. Traté de escribir una nota para mandarla con el dinero pero me salió demasiado piadosa. Era poco dinero y lo mandaba con retraso. Ella ya se daría cuenta sin que se lo contase, de manera que lo envolví en un papel en blanco, y lo envié sin más.

Era un día gris, frío, con amenaza de lluvia. Soplaba un gélido viento que doblaba las esquinas con una velocidad endiablada. Un hombre trataba de dar caza a su sombrero frente al Coliseum sin dejar de blasfemar. Tuve el acto reflejo de afianzar el mío agarrándolo por el ala.

Casi había llegado al banco cuando decidí que con lo que me quedaba del adelanto de Kim no iba a hacer transacciones oficiales. Así que volví al hotel a pagar la mitad del mes siguiente. Para entonces solo me quedaba uno de los billetes de cien, que cambié en billetes de diez y de veinte.

¿Por qué no habría cogido los mil de adelanto? Recordé lo que había dicho sobre el incentivo. Bueno, tenía uno, de todos modos.

Nada nuevo en el correo: dos circulares y una carta de mi diputado. Nada que tuviera que leer.

Ningún mensaje de Chance. No lo esperaba.

Llamé otra vez al servicio y le dejé otro mensaje, solo por fastidiar.

Salí del hotel y pasé toda la tarde fuera. Tomé dos veces el metro, pero anduve casi todo el tiempo. El cielo seguía amenazante, la lluvia aún se contenía, el viento era todavía más violento pero no

llegó a llevarse mi sombrero. Recorrí dos distritos, algunos cafés y media docena de bares. Bebí café en la cafetería, y
Coca-Cola
en los bares, hablé con varias personas y tomé algunas notas. Llamé a la recepción de mi hotel unas cuantas veces. No esperaba una llamada de Chance, solo quería saber si Kim me había llamado. Nadie lo había hecho. Dos veces traté de contactar con Kim y las dos me respondió el contestador automático. Todo el mundo tiene una de esas máquinas; un día esos aparatos empezarán a marcar números y charlarán entre ellos. No dejé ningún recado.

Al caer la tarde entré en un cine de Times Square. Pasaron películas de Clint Eastwood que interpretaba a un poli que lo arreglaba todo a balazo limpio. El público parecía compuesto en su totalidad por la clase de individuos que eran víctimas de sus disparos.

Comí arroz con cerdo frito y verduras en un chino-cubano de la Octava Avenida, hice un nuevo alto en mi hotel y me aseguré de que no tenía ningún mensaje. Paré en Armstrong a tomar una taza de café. Entablé conversación en la barra y pensé en quedarme un rato más, pero a las ocho y media conseguí decidirme a salir de allí, cruzar la calle y asistir a la reunión.

Hablaba una ama de casa que se emborrachaba mientras su marido estaba en el trabajo y los niños en la escuela. Contó cómo uno de los niños se la encontró medio desmayada en el suelo de la cocina y que ella lo convenció de que era un ejercicio de yoga para aliviar el dolor de espalda. Todos reímos.

—Me llamo Matt —dije, cuando llegó mi turno—. Esta noche solo vengo a escuchar.

El bar Kevin Small se encontraba en la avenida Lenox, a la altura de la calle 127. Es un lugar largo y estrecho con una barra que va de punta a punta y una fila de mesas con banquetas frente a la barra. Hay un pequeño escenario al fondo, en donde aquel día dos negros casi rapados, con gafas de sol oscuras y trajes al estilo Brooks Brothers, interpretaban *jazz* suave. Uno tocaba un piano vertical y el otro la batería con escobillas. Parecían y sonaban como la mitad del viejo Modern Jazz Quartet.

No me costó escucharlos, porque en cuanto traspasé el umbral, en la sala se hizo el silencio. Yo era el único blanco y todo el mundo

dejó de hablar para examinarme de arriba abajo. Había un par de blancas sentadas en las banquetas con unos hombres negros, y dos chicas negras compartían mesa; en total, habría una veintena de hombres en el local, de todas las tonalidades, excepto la mía.

Me abrí paso a lo largo de la sala y entré en el lavabo. Un hombre, casi tan alto como para jugar al baloncesto, se peinaba el cabello alisado. El aroma de su loción capilar se mezclaba con el tufillo agrio de la marihuana. Me lavé las manos y las froté bajo un secador de aire caliente. Cuando salí el hombre alto seguía trabajándose el pelo.

Las conversaciones se apagaron de nuevo cuando volví a la sala. Caminé hacia la entrada otra vez, lentamente, balanceando los hombros. No podría asegurarlo respecto a los músicos, pero aparte de ellos, juraría que no había nadie en el bar que no tuviera al menos una condena. Chulos, camellos, jugadores… la aristocracia en estado puro, vamos.

Un tipo que estaba en la barra, en el quinto taburete desde la entrada, me llamó la atención. Tardé un segundo en identificarlo, ya que cuando le conocí, años atrás, llevaba el pelo liso y ahora lucía un peinado afro. Su traje era verde lima y los zapatos de piel de reptil —probablemente alguna especie protegida.

Indiqué la puerta con la cabeza, pasé delante de él y salí. Me detuve dos portales más allá junto a una farola. Pasaron dos o tres minutos y apareció, con paso ágil y suelto.

—¡Hey, Matthew! —dijo ofreciéndome la mano—. ¿Cómo te va, tío?

No le di la mano. La miró, luego me miró a mí, giró los ojos, sacudió la cabeza exageradamente, dio una palmada, se frotó las manos contra el pantalón y se las puso en las estrechas caderas.

—Cómo ha pasado el tiempo —dijo—. ¿Se acabó tu marca favorita en el centro? ¿O es que ahora vienes a Harlem a hacer pipí?

—Parece que te va bien, Royal —contesté.

Se infló como un pavo. Su nombre era Royal Waldron; conocí a un poli negro imbécil que le puso el apodo de *El Mierdas*.

Royal me respondió:

—Bueno, compro y vendo, ya sabes —explicó.

—Sí —contesté.

—«Sé justo con la gente y nunca te quedarás sin hincar el

diente», es un refrán que me enseñó mi mamá. ¿Qué es lo que te ha traído por este barrio, Matthew?

—Estoy buscando a un tío.

—Quizá lo encuentres. ¿Ya no estás en la bofia? —pregunté.

—Ya hace bastantes años —dije.

—¿Y buscas algo? ¿Qué es lo que quieres y cuánto estás dispuesto a gastarte?

—¿Qué es lo que vendes?

—Casi de todo.

—¿El negocio aún marcha con todos esos colombianos?

—Joder —dijo, y con una mano se frotó la delantera del pantalón. Imaginé que llevaba una pistola en la cintura de los pantalones verde lima. Debía de haber tantas armas como individuos en Kelvin
Small's
—. Los colombianos son gente legal. Con no engañarles nunca, basta. Tú no has venido por aquí para pillar mercancía, ¿verdad?

—No —reconocí.

—¿Qué es lo quieres, tío?

—Busco a un macarra —expliqué.

—Joder, acabas de pasar por delante de veinte, y de seis o siete putas —bromeó.

—Busco a un chulo llamado Chance —dije.

—Chance —repitió.

—¿Lo conoces? —pregunté.

—Puede que lo conozca.

Esperé. Un hombre vestido con un abrigo largo venía caminando por la acera, y se detenía delante de cada escaparate. Parecía que estaba mirándolos, excepto que era imposible. Todas las tiendas habían puesto persianas metálicas que echaban al cerrar. El tipo se detenía delante de cada tienda y examinaba la cerradura de la persiana con mucho interés.

—Una forma como otra de ir de compras —dijo Royal.

Un coche patrulla pasó al ralentí. Los dos agentes uniformados nos miraron. Royal les deseó buenas tardes. Yo no dije nada y tampoco ellos.

—Chance no viene mucho por aquí —dijo Royal cuando el coche se alejó.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —pregunté.

—No es fácil. Puede aparecer en cualquier sitio, en el lugar menos esperado. No es cliente habitual de ningún local.

—Eso me han dicho —confirmé.

—¿Dónde has buscado? —preguntó Royal.

—He estado en un café de la Sexta Avenida con la calle 45, en un piano bar del Village, en dos bares de la calle 40 Oeste —expliqué.

Royal escuchó mi enumeración y asintió con aire pensativo.

—No lo vas a encontrar en el burguer de Muffin —dijo—, sus chicas no trabajan la calle. Eso sí lo sé. De todas formas, podría aparecer por allí, ¿entiendes? Lo que quiero decir es que puede asomar el pico en cualquier lugar sin que sea un sitio que frecuente.

—¿Dónde tengo que buscarlo, Royal? —pregunté.

Me dio dos o tres nombres. Ya había estado en uno de ellos y había olvidado mencionarlo. Tomé buena nota de los otros.

—¿Cómo es? —pregunté.

—Joder, tío, es un chulo —exclamó.

—No te gusta.

—No tiene que caerme bien o mal. Mis amigos, Matthew, son amigos con los que tengo negocios, y Chance y yo no tenemos ningún negocio el uno con el otro. Ninguno de los dos compra lo que el otro vende. Él no compra mi mercancía y a mí no me interesan sus conejitos. —Una irónica sonrisita dejó al descubierto su dentadura—. Cuando tienes todos los caramelos, los conejitos te salen gratis.

Uno de los lugares que Royal había mencionado se encontraba en Harlem, en la avenida Saint Nicholas. Me dirigí a pie hacia allí desde la calle 125. Era una calle ancha, comercial, bien iluminada, pero comencé a sentir la paranoia, no del todo irracional, de un blanco en un barrio de negros.

Doblé a la derecha hacia la avenida Saint Nicholas y recorrí un par de manzanas antes de llegar al Club Cameron. Era una pobre imitación del Kelvin Small's: una máquina de discos reemplazaba a los músicos. El servicio de caballeros estaba sucio y en el retrete alguien inhalaba estrepitosamente. Cocaína, supuse.

No reconocí a ninguno de los hombres de la barra. Me quedé a beber un refresco de soda mientras observaba las caras de quince o veinte negros reflejadas en el espejo de detrás de la barra. Pensé que no era la primera vez aquella tarde en que quizás estuviera viendo a Chance sin saberlo. La descripción que tenía de él coincidía casi por completo con la de un tercio de los hombres allí presentes, y haciendo un esfuerzo de imaginación, podía coincidir con la de los dos tercios restantes. No había podido ver ninguna foto suya. Su nombre no les decía nada a mis contactos policiales y, si aquel era su apellido, no estaba fichado.

Los tipos a mi lado me habían dado la espalda. Vi mi imagen reflejada en el espejo: un hombre pálido, con un traje de color indefinido con abrigo gris. Mi traje estaba sin planchar y mi sombrero no habría tenido peor aspecto aunque el viento se lo hubiera llevado.

Me encontraba allí aislado entre aquellos dos mastodontes de espaldas como armarios, con trajes de solapas extra largas y botones forrados con tela.

Tiempo atrás los chulos hacían cola en la tienda de caballeros Phil Kronfeld, en Broadway, para comprar trajes como esos, pero Kronfeld cerró y ahora no sabía dónde se vestían. Quizá debería enterarme. Era probable que Chance tuviera una cuenta y sería una forma de dar con él.

Salvo que la gente de la vida no tenía cuentas, lo pagaban todo al contado. Incluso se compraban los coches en efectivo. Desembarcan de un Potemkin, sueltan los billetes de cien y vuelven a casa con un Cadillac.

El sujeto a mi derecha avisó al camarero con un gesto del dedo índice.

—Sírvemelo en el mismo vaso —dijo—. Hay que reforzar el sabor.

El barman llenó el vaso con un chorrito de coñac y unos diez centilitros de leche fría. Solían llamar al combinado White Cadillac. Puede que lo sigan llamando así.

Quizá tendría que haber probado un Potemkin. O quizá debería haberme quedado en casa. Mi presencia creaba una tensión que poco a poco hacía más denso el ambiente del pequeño local. Tarde o temprano alguien se acercaría a mí y me preguntaría qué coño

estaba haciendo allí, y me costaría encontrar una respuesta.

Me fui antes de que eso ocurriera. Un taxi estaba esperando a que el semáforo cambiara. La puerta del acompañante estaba hundida y el parachoques estaba abollado. Aquello decía mucho sobre la destreza del conductor. De todas formas me subí.

Royal me había hablado de otro sitio en la calle 96 Oeste y le dije al taxista que me acercase. Eran más de las dos de la noche y empezaba a sentirme cansado. Entré de nuevo en otro bar donde otro negro estaba tocando el piano. Este parecía desafinado pero quizá fuera yo quien lo estaba. Había bastantes parejas mixtas, pero las chicas blancas que estaban con los negros parecían más bien novias, no fulanas. Algunos llevaban trajes chillones pero ninguno ostentaba el distintivo macarra de los chulos que había visto dos kilómetros más al norte. Si bien el ambiente olía a vida licenciosa y transacciones en efectivo era más fino y más tranquilo que los antros de Harlem o los de la zona de Times Square.

Puse una moneda en el teléfono y llamé al hotel. Ningún recado. Esa noche el conserje era un mulato adicto al jarabe para la tos que no parecía hacerle mucho efecto. Sin embargo, aún podía hacer el crucigrama del *Times* con una pluma.

—Jacob —dije—, hazme un favor. Llama a este número y pide que te pongan con Chance.

Le pasé el número. Él lo leyó empezando por el último y me preguntó si era el señor Chance. Le dije que solo Chance.

—¿Y si responde?

—Cuelgas —contesté.

Me acerqué a la barra y estuve a punto de pedir una cerveza pero me decidí por una Coca-Cola. Un minuto después el teléfono sonó y un muchacho con pinta de universitario lo cogió. Alzó la voz preguntando si había alguien en el lugar llamado Chance. Nadie respondió. Observé al camarero. Si el nombre le decía algo, no lo demostró, No estaba seguro de si había prestado atención.

Habría podido jugar a aquel jueguecito en cada bar por el que había pasado, y quizás hubiera descubierto algo. Pero me había

llevado tres horas pensar en ello.

Era todo un detective. Me había bebido toda la Coca-Cola de Manhattan y aún no había encontrado a ese maldito chulo. Para cuando le echase el guante a aquel condenado ya tendría todos los dientes cariados.

Un disco terminó y empezó a sonar otro en la máquina, algo de Sinatra.

Una idea me vino a la cabeza. Abandoné la Coca-Cola en la barra, salí y tomé un taxi en la avenida Columbus. Me bajé en la esquina con la 72 y caminé media manzana hacia el oeste hasta llegar al Poogan's Pub. La clientela no era tan negra y yo no desentonaba tanto; sin embargo, no buscaba a Chance, buscaba a Danny Boy Bell.

No estaba. El camarero me dijo:

—¿Danny Boy? Acaba de irse. Vaya al Top Knot, al otro lado de Columbus. Cuando no está aquí suele estar por allí.

Y en efecto, allí estaba, sentado en un taburete al final de la barra. Hacía muchos años que no lo había visto pero no me fue difícil reconocerlo. No había crecido y su piel no era más oscura.

Los padres de Danny Boy eran ambos negros de tez muy oscura. Él había heredado sus rasgos, pero no el color. Era albino, tan falto de pigmentación como un ratón blanco. Era esbelto y muy bajo. Presumía de medir un metro cincuenta y ocho pero siempre me pareció que se ponía unos centímetros de más.

Llevaba un traje a rayas de tres piezas y la primera camisa blanca que había visto en mucho tiempo. La corbata era de rayas rojas y negras extremadamente discretas y sus zapatos negros estaban muy lustrados. Creo que nunca lo había visto sin traje ni corbata, o sin zapatos resplandecientes.

—Matt Scudder —dijo—. ¡Dios mío! Si esperas lo suficiente acabas encontrando a todo el mundo.

—¿Qué tal estás, Danny? —contesté.

—Más viejo. Han pasado los años —dijo él—. Estás a tiro de piedra, y ¿cuándo fue la última vez que nos vimos? Ha pasado una eternidad.

—No has cambiado mucho.

Me examinó un momento y me dijo:

—Tampoco tú —dijo tras estudiarme un instante.

Pero a su voz le faltaba convicción. Era una voz sorprendentemente normal saliendo de un personaje muy poco habitual, de tono medio y sin acento de ningún sitio.

—¿Pasabas por aquí o me estabas buscando? —preguntó.

—Estuve primero en el Poogan’s Pub. Allí me dijeron que quizá te encontraría aquí.

—Me siento halagado. Simple visita de cortesía, supongo —dijo.

—No exactamente —contesté.

—¿Por qué no nos sentamos? Podemos hablar de los viejos tiempos y de los amigos desaparecidos. Y de paso del motivo que te ha traído aquí.

Los bares que frecuentaba Danny Boy guardaban una botella de vodka ruso en el frigorífico. Eso era lo único que le gustaba, frío como el hielo pero sin ningún cubito que hiciese ruiditos ni rebajase el alcohol. Nos instalamos en una mesa del fondo y una velocísima camarera trajo su brebaje habitual y una Coca-Cola para mí. La mirada de Danny Boy iba de mi vaso a mi rostro.

—Estoy reduciendo —dije.

—Eso me parece razonable.

—Sin duda —contesté.

—Hay que saber moderarse. Déjame decirte algo, Matt —siguió él—. Los antiguos griegos eran muy sabios y sabían moderarse.

Se bebió la mitad de su vaso. Se despachaba al menos ocho de aquellos al día, lo cual suma un litro para un cuerpo de cincuenta kilos; y nunca lo vi borracho. Jamás vi que balbucease o se trabase a la hora de hablar. Siempre era el mismo.

¿Y qué importaba? Eso no tenía nada que ver conmigo.

Eché un trago de Coca-Cola.

Intercambiamos algunas historias. El trabajo de Danny Boy, si es que tenía alguno, era el de informar. Cualquier cosa que le dijeras quedaba archivada en su mente, y al juntar las piezas de la

información y hacerlas circular conseguía dólares suficientes para que sus zapatos relucieran y que su vaso estuviera siempre lleno. Organizaba encuentros y deducía un porcentaje para sus gastos. Sus manos siempre estaban limpias porque tenía una participación muy escasa en numerosos proyectos a corto plazo, la mayoría, de hecho, ilícitos. Cuando estaba en el cuerpo, él era una de mis mejores fuentes de información, un informador que no se hacía pagar en dinero sino en información.

—¿Te acuerdas de Joe Rudenko? —terció—. Le llamaban Lou el Sombrero.

Le dije que si.

—¿Te enteraste de lo de su madre? —preguntó.

—¿Qué?

—Encantadora viejecita ucraniana —siguió él—, todavía vivía en el barrio antiguo en la calle 9 o 10 Este, donde siempre. Llevaba viuda muchos años. Debía de tener setenta, incluso ochenta. ¿Qué edad puede tener Lou? ¿Cincuenta?

—Puede —dije.

—No tiene importancia —dijo Danny—. Pues bien, el caso es que esa encantadora viejecita tenía un amigo, un caballero viudo de la misma edad. La iba a visitar un par de noches a la semana y ella cocinaba para él comida ucraniana y alguna vez iban a ver una película juntos si encontraban alguna en que los actores estuvieran fornicando de principio a fin. Pues una tarde, él viene muy alterado porque ha encontrado un televisor en la calle. Alguien lo había tirado a la basura. El dice que la gente está loca, que tiran cosas en buen estado a la basura y que es un manitas, y que la televisión de ella esta averiada, y que esta es en color, y el doble de grande, y que quizá la consigan reparar.

—¿Y? —pregunté.

—Entonces enchufa el aparato, lo enciende para ver lo que pasa, y lo que pasa es que el aparato explota. Él pierde un brazo y un ojo, y la señora Rudenko, que estaba justo delante de la tele, muere instantáneamente.

—¿Era una bomba? —pregunté.

—Exacto. ¿Lo leíste en los periódicos? —dijo Danny.

—No, seguro que se me pasó —contesté.

—Ocurrió hace cinco o seis meses. Se descubrió que alguien

había equipado el televisor con la bomba y que iba dirigida a otro. Quizá se tratara de la mafia, o puede que no, porque todo lo que el viejo pudo decir fue el sitio donde encontró el aparato y eso no sirve de mucho. Lo cierto es que el que recibió el aparato sospechó lo bastante como para tirarlo a la basura, y el resultado es que terminó matando a la señora Rudenko. He visto a Lou y es gracioso, porque no sabía con quién enfadarse. «Es esta maldita ciudad —me dijo—. Esta maldita y puñetera ciudad». Pero ¿tiene algún sentido para ti? Tú puedes vivir en medio de Kansas y un ciclón se te echa encima y se lleva la casa y te la desperdiga por toda Nebraska. Es la mano de Dios, ¿no?

—Eso dicen —confirmé.

—En Kansas Dios se sirve de ciclones, en Nueva York se sirve de televisores asesinos. Quienquiera que seas, Dios o cualquier otro, usas lo que tienes más a mano. ¿Quieres otra Coca-Cola?

—De momento no —contesté.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó él.

—Busco a un chulo —dije.

—Diógenes buscaba a un hombre honesto. Tú tienes más donde escoger —dijo Danny.

—Busco a un chulo en particular —aclaré yo.

—Todos son particulares. Incluso algunos son buena gente. ¿Tiene nombre? —preguntó.

—Chance.

—Ah, ya. Conozco a un Chance —dijo.

—¿Sabes dónde lo puedo encontrar? —pregunté.

Danny Boy frunció el entrecejo, levantó su vaso vacío y lo volvió a dejar.

—No frecuenta ningún sitio en concreto —dijo Danny.

—Eso es lo que me dice todo el mundo —contesté.

—Es cierto. En mi opinión, creo que todo hombre debería tener un cuartel general. El mío está en el Poogan's Pub. El tuyo lo tienes en Jimmy Armstrong's, o al menos eso es lo último que oí.

—Sí, aún sigo ahí —confirmé yo.

—¿Ves? Me intereso por ti incluso cuando no te veo. Bien, vamos a ver, Chance. Ummh… ¿Qué día es hoy? ¿Jueves?

—Sí. Bueno, viernes de madrugada.

—No seas tan minucioso. ¿Qué quieres de él, si no te importa decírmelo? —preguntó Danny.

—Hablar un rato —contesté yo.

—No sé dónde está a esta hora, pero quizá sepa dónde va a estar dentro de dieciocho o veinte horas. Déjame hacer una llamada. Si esa niña aparece, pídeme otra copa, ¿quieres? Y otra para ti.

Conseguí llamar la atención de la camarera, y le pedí otro vodka para Danny Boy.

—Muy bien. ¿Y otra Coca-Cola para usted? —preguntó.

Había sentido fuertes deseos de beber alcohol de forma intermitente desde que me senté pero de repente ese deseo se hizo irresistible. La idea de la Coca-Cola me daba náuseas. Esta vez pedí un *ginger-ale*, Danny Boy seguía al teléfono cuando la camarera nos trajo las bebidas. Colocó el refresco delante de mí y el vodka en el sitio de Danny Boy. Allí sentado me esforzaba por no mirar el vaso de vodka, pero no podía mirar otra cosa. Esperé a que Danny Boy volviera a la mesa y vaciara su maldito vaso.

Respiré lentamente, sorbiendo mi refresco y sujetando mis manos para que no volaran al vodka. Finalmente volvió a la mesa.

—Tenía razón —dijo—. Mañana por la noche estará en Garden.

—¿Los Knicks ya están de vuelta? —pregunté—. Creía que aún seguían de gira.

—No en el estadio principal. Creo que hay un concierto de rock. Chance irá a la pelea el viernes por la noche en el Felt Forum —contestó.

—¿Va siempre? —pregunté.

—No, pero hay un peso *welter* llamado Kid Bascomb; está comenzando y Chance tiene interés en él.

—¿Ha invertido en él?

—Puede. O puede que sea un interés puramente intelectual.

¿Qué te hace sonreír? —preguntó.

—La idea de que un chulo pueda tener un interés intelectual en la carrera de un peso *welter* —contesté.

—Tú no conoces a Chance.

—No.

—Él no es como los demás.

—Comienzo a creérmelo —dije.

—De cualquier forma el hecho de que Kid Bascomb pelee mañana no asegura que Chance vaya a estar allí. Pero es probable. Si quieres hablarle, te costará el precio de una entrada —dijo Danny.

—¿Cómo haré para reconocerlo? —pregunté.

—¿Nunca lo has visto? No, es verdad, acabas de decírmelo. Lo reconocerás cuando lo veas —dijo Danny.

—No podré hacerlo entre una multitud enfervorizada. Y menos cuando la mitad de los espectadores son chulos y jugadores —contesté.

—¿Esa conversación que vas a tener con Chance —preguntó tras reflexionar un momento— le va a hacer enfadar mucho?

—Espero que no.

—Es que suele tener problemas con la gente que le señala con el dedo —dijo Danny.

—No veo por qué.

—Entonces, Matt, te va a costar el precio de dos entradas. Ya puedes estar contento de que sea una velada en el Forum y no un combate en el *ring* del Garden. Las mejores localidades no te costarán más de diez o doce dólares, quince como máximo. Nuestras entradas saldrán como mucho por treinta.

—¿Vienes conmigo? —pregunté.

—¿Por qué no? Treinta por las entradas y cincuenta por el tiempo que pierdo. ¿Crees que tu bolsillo lo soportará?

—Puede, si es que vale la pena —contesté.

—Siento que tenga que pedirte el dinero. Si se tratase de un espectáculo de atletismo no te pediría ni un centavo. Pero, consuélate, te hubiera pedido cien dólares por un partido de hockey.

—Así que, después de todo, estoy de suerte. ¿Te veo allí? —pregunté.

—En la entrada —contestó—. A las nueve, así tendremos tiempo de sobra, ¿no te parece?

—Perfecto —confirmó.

—Trataré de llevar algo llamativo —dijo—, así no tendrás problemas para encontrarme.

# 4

No fue difícil distinguirlo. Llevaba un traje de franela gris perla con un chaleco rojo brillante sobre una corbata de punto negra y una camisa blanca y nueva. Iba con gafas de sol de montura metálica y cristales oscuros. Danny Boy escurría el bulto cuando el sol salía —ni sus ojos ni su piel lo soportaban e incluso llevaba gafas de sol durante la noche, al menos que se encontrara en un sitio con una luz muy tenue como el Poogan's Pub o el Tó Knot. Años atrás me había dicho que deseaba que el mundo tuviera un regulador y que solo necesitase girarlo para bajar un punto o dos la intensidad de la luz. En aquel momento pensé que semejante comentario se podía deber a los efectos del *whisky*, lo convierte todo en tinieblas, baja el volumen del sonido y redondea las esquinas.

Elogié el traje de Danny Boy.

—¿Te gusta el chaleco? —dijo—. Hace mucho tiempo que no me lo pongo. Quería estar visible.

Yo ya había sacado las entradas. El sitio más cercano al cuadrilátero costaba quince dólares. Compré dos de cuatro dólares y medio que nos hubiera puesto más cerca de Dios que del *ring*. Franqueamos la entrada y mostré las entradas boca abajo a un acomodador, al mismo tiempo que le deslizaba un billete doblado en la mano. Nos colocó en un par de asientos en la tercera fila.

—Puede que me vea obligado a cambiarles, caballeros —dijo excusándose—, pero lo más probable es que no y, en cualquier caso, les aseguro que se sentarán al lado del *ring*.

—Siempre existe una manera, ¿no? —me dijo Danny Boy cuando el hombre se alejó—. ¿Cuánto le has dado?

—Cinco pavos —contesté.

—Así, las localidades te han costado catorce dólares en lugar de

treinta. ¿Cuánto crees que hará en una tarde? —dijo.

—En una tarde como hoy no mucho. Cuando juegan los Knicks o los Rangers debe multiplicar su salario por cinco o por seis con las propinas. También es verdad que debe de untar a alguien más —respondí.

—Todo el mundo se aprovecha —dijo.

—Eso parece.

—Todo el mundo sin excepción. Incluso yo —sentenció.

Era un aviso. Le pasé un billete de diez y dos de veinte. Los metió en el bolsillo y echó el primer vistazo en serio al auditorio.

—Por el momento no lo veo —señaló—. Supongo que solo vendrá al combate de Bascomb. Voy a dar una vueltecita. No te preocupes.

—Claro.

Abandonó su sitio y se perdió por la sala. Yo también miré a mi alrededor no solo para localizar a Chance, sino para echar una ojeada al público. Muchos de los presentes podrían haber estado en los bares de Harlem la noche previa: chulos, camellos, jugadores, y otros individuos poco recomendables que operaban al norte de Manhattan. Casi todos ellos iban con mujeres. Había también algunos mafiosos blancos; llevaban ropa más deportiva, joyas de oro e iban solos. Las localidades más baratas estaban ocupadas por un público heterogéneo, el habitual en los eventos deportivos: negros, blancos, sudamericanos; solos, en pareja, en grupos, comían perritos calientes y bebían cerveza en vasos de papel; hablaban, bromeaban y, de vez en cuando, echaban un vistazo a lo que ocurría en el cuadrilátero. Aquí y allá vi algún rostro sacado del hipódromo, de facciones angulosas, rostros prematuramente envejecidos que solo los apostadores profesionales pueden llegar a tener. Sin embargo, no había muchos. Hoy por hoy, ¿quién apuesta todavía en los combates de boxeo?

Me volví hacía el cuadrilátero. Dos muchachos sudamericanos, de piel blanca uno y oscura el otro, se esmeraban en no hacerse daño. Debían de ser pesos ligeros, y el blanco parecía tener temperamento y una buena pegada. El combate empezaba a interesarme. En el último asalto el más oscuro empezó a abrirse camino hacia el mentón del contrincante. Estaba machacándole el cuerpo cuando sonó la campana. Ganó por puntos, y un grupo de

espectadores, en una esquina, protestaron por el resultado. Los amigos y familiares del vencido, supuse.

Danny Boy estaba de vuelta cuando terminó el combate. Unos minutos después, Kid Bascomb saltó las cuerdas y comenzó a boxear con el vacío. Poco después lo hizo el contrario. Bascomb era muy oscuro, musculado, de espaldas anchas y mentón prominente. La brillantez de su piel daba a entender que le habían aplicado aceite. Su oponente era un italiano del sur de Brooklyn llamado Vito Canelli, con exceso de grasa en la cintura y tan blanco como el pan; aunque yo ya lo había visto boxear y sabía que no había que fiarse de las apariencias.

—Ahí lo tienes. En el pasillo central.

Me giré y vi al acomodador que había aceptado mis cinco pavos acompañar a un hombre y a una mujer. Ella tenía el cabello cobrizo que le caía por la espalda, la piel parecía de porcelana fina y debía de medir un metro sesenta y cinco. Su acompañante andaría por el uno ochenta y cinco y unos noventa kilos de peso. Hombros anchos, cintura estrecha. El cabello más corto que largo y la piel de un moreno atractivo. Llevaba chaqueta ligera de piel de camello y pantalones marrones de franela. Parecía deportista profesional, o un próspero abogado, o incluso un próspero hombre de negocios negro.

—¿Estás seguro? —pregunté a Danny.

—No es el típico chulo, ¿verdad? —respondió este riendo—. Sí, estoy seguro. Es Chance. Espero que tu amiguito no nos haya puesto en sus sitios.

No fue así. Chance y su acompañante estaban en la primera fila, cerca del centro del *ring*. Se sentaron y él obsequió al acomodador con una propina, respondió a los saludos de algunos espectadores y se acercó a la esquina de Kid Bascomb; cruzó algunas palabras con el boxeador y sus preparadores. Estuvieron un momento juntos, luego Chance volvió a su asiento.

—Creo que te voy a dejar —terció Danny Boy—. No me apetece mucho ver a esos locos destrozarse el uno al otro. No me necesitas para presentarte, ¿verdad? —Yo negué con la cabeza—. De manera que voy a desaparecer antes de que comiencen las hostilidades. En el *ring*, me refiero. Espero que no sepa que he sido yo quien le ha señalado, ¿de acuerdo, Matt?

—No lo sabrá por mí —dije.

—No esperaba menos. Si te puedo seguir siendo útil…

Se incorporó y se perdió en el pasillo. Debía de tener ganas de beber, sin embargo los bares del Madison Square Garden no disponían de botellas de Stolichnaya en la nevera.

El presentador introdujo a los dos adversarios gritando sus pesos, edades y procedencias. Bascomb tenía veintidós y ninguna derrota. Canelli no parecía que fuera a modificar su carrera aquella noche.

Había dos sitios libres al lado de Chance. Pensé en apoderarme de uno de ellos pero me quedé donde estaba. Sonó el pitido de calentamiento, poco después lo hizo la campana señalando el primer asalto. Fue un asalto lento, en el cual los contrincantes se estudiaban y preferían no atacarse. Bascomb lanzó unos golpes de perfecta factura pero Canelli se las apañó para mantenerse fuera de su alcance. Ninguno materializó nada concreto.

Al final del asalto, los dos asientos junto a Chance seguían vacíos. Me levanté y fui a sentarme a su lado. Miraba el *ring* con mucho interés. Debió de percibir mi presencia, pero no mostró ninguna señal al respecto.

—¿Chance? —dije—. Mi nombre es Scudder.

Volvió la cabeza hacia mí. Sus ojos marrones estaban rematados por una aureola dorada. Pensé en el azul irreal de los ojos de mi clienta. Sabía que había pasado por casa de ella, la tarde o la noche anterior, para recoger el dinero sin aviso previo. Ella me lo había hecho saber cuando me llamó a mi hotel al mediodía.

«Tengo miedo —me había dicho—. Pensé que me haría alguna pregunta sobre ti. Pero no, todo fue bien».

—Matthew Scudder —respondió—. Me ha dejado un par de mensajes.

—Y usted no los contestó.

—No le conozco. No llamo a la gente que no conozco. Y usted ha estado buscándome por ahí —su voz era profunda y sonora. Parecía trabajada en un curso de dicción—. Quiero ver esta pelea.

—Todo lo que quiero son algunos minutos de conversación —contesté yo.

—No durante la pelea, ni entre los asaltos —dijo severamente y frunció el entrecejo un instante—. Quiero concentrarme. He comprado el sitio en el que está sentado, ¿lo ve?, no quiero que me

molesten.

La campana anunció la continuación del combate. Chance centró la mirada en el cuadrilátero. Kid Bascomb estaba ya de pie y sus preparadores escondían el taburete del *ring*.

—Vuelva a su sitio, hablaremos después de la pelea —dijo.

—¿Es una pelea a diez asaltos? —pregunté.

—No durará tanto —sentenció.

Y no se equivocó. En el tercer o cuarto asalto, Kid Bascomb empezó a castigar a Canelli con ganchos seguidos al mentón. Canelli se defendía bien, pero Kid era joven, rápido y fuerte. Su juego de piernas me recordaba a Sugar Ray. En el quinto asalto hizo que Canelli diera un traspié con un golpe corto y seco al corazón. Si yo hubiera estado en aquel momento en la piel del italiano, habría comprendido que no valía la pena esperar.

Al terminar el asalto, Canelli parecía estar totalmente recuperado, pero había visto su expresión cuando encajó el directo y no me sorprendió que en el siguiente asalto Kid Bascomb lo enviara a la lona con un gancho de izquierda. Se incorporó a los tres segundos, pero esperó a que el árbitro contara hasta ocho. Luego Kid se le echó encima, lanzándole contra todo menos contra los postes del cuadrilátero. Canelli cayó otra vez, y de nuevo se incorporó pero el árbitro se interpuso entre los dos, miró a Canelli a los ojos y detuvo el combate.

Hubo algunos abucheos por parte del público más violento, a quienes nunca les gustaba que detuvieran ningún combate; uno de los preparadores de Canelli insistía en que su hombre podía continuar, pero el mismo Canelli parecía contento de que el espectáculo hubiera terminado. Kid Bascomb hizo algunos pasos de baile, saludó, luego saltó las cuerdas y se fue.

En el camino se detuvo para hablar con Chance. La muchacha del cabello cobrizo se echó hacia delante y posó su mano en el brazo negro y resplandeciente del boxeador. Chance y Kid hablaron un rato más, y luego Kid tomó el pasillo de los vestuarios.

Abandoné mi sitio y me acerqué a Chance y a la chica. Ya estaban de pie cuando los alcancé.

—No nos quedamos para la pelea principal —dijo él—, si tenía usted intención de verla.

La pelea de la que hablaba oponía a dos pesos medios: un

panameño y un joven negro del sur de Filadelfia con fama de duro. Probablemente iba a ser un buen espectáculo, pero yo no había ido a eso. Le dije que estaba dispuesto a salir.

—Entonces, ¿por qué no viene con nosotros? —sugirió—. Tengo el coche aquí al lado.

Enfiló el pasillo con la muchacha siempre a su lado. Algunos lo saludaron y le comentaron que Kid había hecho una buena pelea. Las respuestas de Chance fueron breves. Seguí a la pareja. Al llegar a la calle noté hasta qué punto la sala estaba cargada y llena de humo.

—Sonya, este es Matthew Scudder —dijo Chance—. Señor Scudder, Sonya Hendryx.

—Encantada de conocerle —dijo ella.

No la creí. Sus ojos me decían que se reservaba la opinión hasta que Chance le indicara de una forma o de otra lo que tenía que pensar de mí. Me pregunté si la chica sería la Sunny de la que Kim me había hablado; aquella a la que le gustaban los deportes y a la que Chance llevaba a los partidos de béisbol. Si me hubiera encontrado con ella en otras circunstancias no la hubiera tomado por una prostituta. No lo parecía en absoluto, y no había nada extraño viéndola colgada del brazo de su chulo.

Recorrimos unos cien metros hasta el aparcamiento, donde Chance recuperó su vehículo y obsequió al guardia con una propina digna de ser recibida con entusiasmo. El coche me sorprendió, al igual que antes lo hicieron la ropa y las maneras. Me esperaba un coche llamativo, colores chillones por dentro y por fuera, y lo que vi fue un Seville, el pequeño Cadillac metalizado con tapicería negra de cuero. La chica subió en la parte posterior. Chance se sentó al volante y yo a su lado.

La conducción era tranquila, silenciosa. El interior del vehículo desprendía aroma a cuero y a madera barnizada.

—Hay una fiesta para celebrar la victoria de Kid Bascomb. Voy a dejar a Sonya allí y me uniré a ella cuando hayamos concluido nuestros negocios. ¿Qué le ha parecido el combate? —preguntó.

—Es difícil hacer un juicio —contesté.

—¿Puedo saber por qué?

—Diría que la pelea estaba amañada, sin embargo el
K. O.

me pareció auténtico —expliqué.

—¿Qué le lleva a pensar eso?

—En el cuarto asalto, Kid bajó la guardia en dos ocasiones pero Canelli no se aprovechó de ello. No es normal que un profesional como él deje pasar ese tipo de oportunidades. Por el contrario, en el sexto, intentó romperla y no pudo. Al menos esa fue la impresión que tuve desde el sitio donde estaba —dije.

—¿Ha peleado alguna vez, Scudder? —quiso saber él.

—Dos combates en un club parroquial cuando tenía doce o trece años: guantes enormes, casco de protección, asaltos de dos minutos. Era demasiado flacucho y torpe para dedicarme a eso. Nunca conseguí tener buena pegada —contesté yo.

—Tiene buen ojo para el deporte —sentenció él.

—Digamos que he visto muchas peleas —dije.

Se calló un momento. Un taxi nos cortó el paso. Frenó suavemente para evitar la colisión. No lanzó ningún insulto ni hizo sonar el claxon.

—Canelli debía tirarse en el octavo. Se suponía que debía dar batalla hasta entonces, aunque sin maltratar a Kid, si no el
K. O.
no habría parecido real. Por eso se contuvo en el cuarto asalto —explicó.

—Pero Kid no sabía que el combate estaba amañado —aventuré.

—Por supuesto que no. Casi todas las peleas han sido legales esta noche; solamente un boxeador como Canelli podía ser peligroso para él. Y, ¿para qué arriesgarse a un fracaso a estas alturas de su carrera? Kid habrá ganado experiencia y confianza al pelear y golpear a Canelli.

Circulábamos en ese momento por Central Park West en dirección al norte.

—El K. O. ha sido auténtico. Canelli debía besar la lona en el octavo asalto, sin embargo esperábamos que Kid nos enviase a casa antes, y ya ve que lo ha hecho. ¿Qué piensa de él?

—Promete —dije.

—Eso creo yo —añadió.

—A veces parece telegrafiar los golpes de derecha. En el cuarto asalto… —comencé a decir.

—Sí. Ha mejorado mucho en ese aspecto. No es esa su parte

débil creo yo —añadió—. Lo habría sido esta noche si Canelli hubiera buscado la victoria —dijo.

—Sí. Es una suerte que no la buscara —contesté.

Hablamos de boxeo hasta la calle 104, donde Chance hizo un giro tan perfecto como prohibido de ciento ochenta grados y aparcó el coche junto a una boca de incendios. Apagó el contacto sin quitar las llaves.

—Bajo enseguida —dijo—. Voy a acompañar a Sonya.

Ella no había articulado palabra desde que me dijo que era un placer conocerme. Chance bajó, dio la vuelta alrededor del coche y abrió la puerta a la chica. Se dirigieron juntos tranquilamente a uno de los dos enormes bloques de pisos que ocupaban la manzana. Anoté la dirección en mi agenda. En menos de cinco minutos estaba de nuevo al volante y en un momento nos dirigíamos al centro.

Durante un buen rato ninguno de los dos nos hablamos.

—Bueno, ¿quería hablar conmigo, no? No tiene nada que ver con Kid Bascomb, ¿verdad? —preguntó.

—No —contesté.

—Me lo imaginaba. ¿Entonces con qué tiene que ver? —quiso saber.

—Con Kim Dakkinen —solté.

Sus ojos estaban fijos en la calzada y no percibí ningún cambio en su expresión.

—¿Qué pasa con ella?

—Quiere dejarlo —contesté.

—¿Dejarlo? ¿Dejar qué? —preguntó a su vez.

—La vida que lleva. Quiere poner fin a la relación que mantiene con usted. Espera que esté de acuerdo en…, en dejarla ir —expliqué.

Nos detuvimos ante un semáforo en rojo. Cuando se puso verde circulamos varias manzanas en silencio.

—¿Qué es ella para usted? —preguntó Chance.

—Una amiga —dije.

—¿Qué quiere decir? ¿Se acuesta con ella? ¿Se van a casar? Amiga es una palabra muy amplia que abarca muchos significados.

—En este caso es una palabra muy simple. Es una amiga que me pidió que le hiciera un favor.

—¿Hablando conmigo?

—Así es.

—¿No podía hablarme ella misma? La veo a menudo, ¿sabe? No tenía usted por qué andar dando vueltas por la ciudad preguntando por mí. Anoche estuve con ella —dijo.

—Lo sé —dije yo.

—¿Sí? ¿Y por qué no me dijo nada? —preguntó.

—Tiene miedo.

—¿Miedo de mí?

—Miedo de que no deje que se largue.

—Y que le dé una paliza, que la desfigure, que le queme las tetas con una colilla —aventuró.

—Algo así —confirmé.

No dijo nada. El coche circulaba con una suavidad hipnótica.

—Se puede ir.

—¿Así de fácil? —pregunté.

—¿Qué quiere? Yo no hago trata de blancas —acompañó la frase de un tono irónico—. Mis mujeres están conmigo por voluntad propia. No están sometidas a presión alguna. ¿Ha leído a Nietzsche? «Las mujeres son como los perros, cuanto más les pegas más te aman». Pero yo no las maltrato, Scudder. Nunca he tenido necesidad de ello. ¿Cómo conoció a Kim? —quiso saber.

—Tenemos un conocido en común.

—Usted ha sido policía —me miró—. Detective, creo. Dejó el cuerpo hace algunos años. Mató a un niño y lo dejó por remordimiento.

Se acercaba lo suficiente a la verdad como para no replicar. Una bala perdida disparada por mí había acabado con la vida de una muchachita llamada Estrellita Rivera, pero no sé si fue por eso por lo que tuve los remordimientos que me llevaron a abandonar el cuerpo. De hecho, aquel incidente cambió mi visión del mundo y dejé de ser policía. Dejé también de querer ser marido, padre y vivir en Long Island, y de hecho acabé sin empleo, sin hogar, viviendo en la calle 57 y pasando largas horas en el bar Armstrong. No hay duda de que aquella bala perdida lo había originado todo. De todos modos, pienso que estaba predestinado a ir en esa dirección y que habría llegado adonde estaba tarde o temprano.

—Ahora es una especie de detective gilipollas —prosiguió—. ¿Ella le ha contratado?

—Más o menos —contesté.

—¿Qué quiere decir? —No esperó una aclaración—. No tengo nada contra usted, pero ha malgastado su dinero. O mejor dicho, mi dinero, depende de qué lado se mire. Si quiere acabar con nuestro trato lo único que tiene que hacer es decírmelo. ¿Qué planea hacer? Espero que no tenga la intención de volver a casa.

No respondí.

—Imagino que se quedará en Nueva York —aventuró—. Pero ¿seguirá en la prostitución? Temo que sea el único oficio que conozca. ¿Qué va a hacer si no? ¿Dónde va a vivir? Yo le puse el piso, ¿sabe?… Pago su alquiler y la ropa. En fin, supongo que nadie preguntó a Ibsen dónde iba a encontrar Nora un piso. Si no estoy equivocado, creo que es aquí donde vive usted.

Miré por el cristal. Estábamos en mi hotel. No había prestado atención.

—Supongo que se pondrá en contacto con Kim —continuó—. Si quiere le puede contar que me intimidó y que salí disparado y me perdí en la noche.

—¿Por qué habría de hacerlo? —pregunté.

—Para que ella tenga la impresión de que ha empleado bien su dinero —contestó.

—Ha empleado bien su dinero —dije—. Que se dé cuenta o no, me tiene totalmente sin cuidado. Y le diré todo lo que usted me ha dicho.

—¿De verdad? De paso dígale que pasaré a verla —siguió él—. Simplemente para asegurarme que todo es idea de ella.

—Lo mencionaré —añadí.

—Y dígale que no tiene razón alguna para tenerme miedo —lanzó un suspiro—. Creen que son irreemplazables. Si ella tuviera idea de lo fácil que es encontrar una sustituta se lo pensarla dos veces sin duda —siguió él.

»Vienen en los autocares, Scudder. A todas horas. Llegan oleadas a la terminal de autobuses dispuestas a vender su carne. A todas horas hay alguna que decide que hay una mejor forma de ganarse la vida que sirviendo en un restaurante o una caja registradora. Podría abrir una agencia, Scudder, y la cola de candidatas daría la vuelta a la manzana.

Abrí la puerta.

—He pasado un buen rato. Sobre todo antes. Tiene buen ojo para el boxeo. Ah… y dígale a esa rubia estúpida que nadie va a matarla —dijo.

—Lo haré —contesté.

—Y si tiene que hablar conmigo, solo tiene que llamar al servicio de mensajes. Le devolveré las llamadas ahora que le conozco —concluyó.

Bajé y cerré la puerta. Él dejó pasar varios coches, hizo un giro en la Octava Avenida y se dirigió al norte de Manhattan. Pasó un semáforo en rojo cuando giró a la izquierda, pero no pareció preocuparle lo más mínimo. No recuerdo la última vez que vi a un policía poner una multa por una infracción estando en marcha. Hay días que ves hasta cinco vehículos que se saltan el disco en rojo. Incluso los autobuses lo hacen últimamente.

Una vez que Chance se alejó, saqué mi agenda e hice una anotación. En la acera de enfrente, junto al Polly's Cage, un hombre y una mujer discutían.

—¿Te crees muy hombre, verdad? —gritaba ella.

Él la abofeteó. Ella lo insultó y le devolvió la bofetada.

Quizá la golpeara hasta no poder más. Quizá se tratase de un juego que representaban cada cinco o seis noches. Tratas de acabar con la disputa y se vuelven ambos contra ti. Cuando empecé en el cuerpo, mi primer compañero hacía cualquier cosa por evitar entrometerse en una discusión conyugal. En cierta ocasión, tratando de reducir a un marido borracho que le había roto cuatro dientes a su mujer, esta saltó detrás de él y le rompió una botella en la cabeza a su salvador. El resultado fueron quince puntos de sutura y conmoción cerebral. Cuando me contó la historia se recorría la cicatriz con el dedo. Ya no se veía, estaba cubierta por el pelo, pero el dedo recordaba perfectamente el lugar.

—Deja que se maten —decía—. Incluso si es ella la que llama a la policía, eso no le va a impedir volverse contra ti. Que se destrocen. Yo paso.

En la acera de enfrente, la mujer dijo algo que no entendí y el hombre le lanzó un directo al estómago. Ella articuló lo que pareció un gemido de dolor. Metí mi agenda en el bolso y entré en el hotel.

Llamé a Kim desde el vestíbulo. Respondió su contestador.

Comenzaba a dejar un mensaje cuando ella cogió el teléfono y me interrumpió.

—Dejo el contestador puesto algunas veces cuando estoy en casa —explicó—, así puedo saber quién es antes de contestar. No he sabido de Chance desde la última vez que hablé contigo.

—Acabo de dejarle hace unos minutos —respondí.

—¿Lo has visto? —quiso saber ella.

—Hemos dado unas vueltas en su coche —contesté.

—¿Y qué piensas?

—Que conduce bien —dije.

—Me refiero a… —empezó ella.

—Sé a lo que te refieres —respondí—. No pareció enfadarse al oír que querías dejarlo. Según él, no tienes ninguna necesidad de que yo te represente. Todo lo que tienes que hacer es decírselo —concluí.

—Sí, desde luego, es normal que diga eso —dijo ella.

—¿Crees que no es verdad?

—Tal vez —contestó.

—Dice que quiere oírtelo decir, y creí entender que tenía que aclarar algunos detalles a propósito del piso que vas a dejar. No sé si tienes miedo de verte a solas con él —sugerí.

—Yo tampoco lo sé —dijo.

—Puedes no abrirle y hablarle desde la puerta —aventuré.

—Tiene las llaves —dijo ella.

—¿No tienes cadena de seguridad?

—Sí —respondió Kim.

—¿Puedes utilizarla? —quise saber.

—Sí, claro.

—¿Quieres que me acerque? —pregunté.

—No, no tienes que hacerlo. Bueno, imagino que querrás el resto del dinero, ¿no?

—No hasta que hayas hablado con él y todo se haya arreglado. Iré si prefieres no estar sola cuando él aparezca —ofrecí.

—¿Va a pasarse por aquí esta noche? —preguntó.

—No sé cuándo va a pasar. Quizá lo haga todo a través del teléfono.

—Quizá no venga hasta mañana.

—Si quieres puedo dormir en el sofá.

—¿Lo crees necesario? —preguntó.

—Lo es si tú lo crees, Kim. Si no estás tranquila… —contesté.

—¿Crees que hay algo por lo que tener miedo? —quiso saber.

—No —respondí—. No lo creo. Pero yo no le conozco.

—Tampoco yo.

—Si estás nerviosa…

—No, es estúpido. De todas formas ya es bastante tarde. Estoy viendo una película en la televisión por cable y, cuando acabe, me iré a dormir. Creo que es lo mejor que puedo hacer —concluyó.

—Tienes mi número.

—Sí.

—Llámame si pasa algo, o si simplemente tienes ganas de llamarme, no lo dudes.

—De acuerdo.

—Si esto te tranquiliza, mira yo creo que te has gastado el dinero inútilmente; de todas formas, no tiene importancia, porque es dinero que al final lo habrías dado.

—Tienes razón —dijo.

—En cualquier caso, creo que no tendrás problemas. Él no te hará ningún daño —la tranquilicé.

—Tienes razón. Lo llamaré mañana; y muchas gracias, Matt —contestó.

—Que duermas bien.

Subí a mi habitación y traté de seguir mi propio consejo, pero era un manojo de nervios. Renuncié, me vestí y me fui al bar de Armstrong. Hubiera tomado cualquier cosa para comer, pero la cocina estaba cerrada. Trina me dijo que podía conseguirme un pedazo de tarta si quería. No me apetecía.

Lo que quería eran quince centilitros de *bourbon* solo y otros quince en el café, y no se me ocurría ninguna maldita razón para no tomármelos, no me iba a emborrachar. No me iban a hacer volver al hospital. Aquello fue el resultado de veinticuatro horas de bebida ininterrumpida, y había aprendido la lección. No podía beber de aquella manera nunca más, no sin peligro, y tampoco era esa mi intención. Pero había una sustancial diferencia entre un vasito antes de dormir y ponerme hasta el culo, ¿o no?

Te dicen que no bebas en noventa días. Se supone que debes asistir a noventa reuniones en ese plazo, y alejarte del primer trago

todos los días; y, después de los noventa, entonces ya puedes decidir lo próximo que quieres hacer.

Había tomado el último trago el domingo por la noche. Había asistido a cuatro reuniones desde entonces, y si me iba a la cama sin beber sería el quinto día.

¿Y qué?

Tomé una taza de café, en el camino de vuelta al hotel me detuve en el restaurante griego y compré un bocadillo de queso y un cuarto de litro de leche. Me comí el bocadillo y me bebí parte de la leche en mi habitación.

Apagué la luz y me acosté. Bueno, ya iban cinco días. ¿Y qué?

# 5

Leí el diario mientras desayunaba. El agente de Corona seguía estando grave, pero los médicos pensaban que iba a salir con vida. Decían que sufriría alguna parálisis que podría convertirse en permanente pero aún era pronto para pronunciarse.

En Grand Central Station alguien había robado a una vagabunda dos de los tres sacos en los que llevaba todas sus pertenencias. En el barrio de Gravesend, en Brooklyn, un padre y un hijo tenían varios arrestos por implicación en temas pornográficos —y por lo que el periodista calificaba como vínculos con el crimen organizado—, habían huido en un coche que abandonaron luego para refugiarse en la primera casa que encontraron. Los seguidores abrieron fuego contra ellos con pistolas y fusiles. Habían herido al padre y matado al hijo de un disparo. La joven que se acababa de mudar a la casa, casada y madre de un hijo, estaba colgando algo en el vestíbulo, cuando las balas atravesaron la puerta y le volaron media cabeza.

Seis de cada siete días de la semana hay reuniones matinales en la Asociación de Jóvenes Cristianos de la calle 63.

—Os voy a contar cómo vine a parar aquí —decía el conferenciante—. Vine una mañana, me desperté y me dije: «Dios, hoy es un hermoso día y nunca me he sentido mejor en mi vida. Mi salud es envidiable, mi matrimonio funciona estupendamente, mi carrera es brillante y no tengo queja de mi estado mental. Creo que es hora de unirme a Alcohólicos Anónimos».

La sala estalló en risas. Cuando terminó de hablar, fueron alrededor de la mesa. Uno levantaba la mano y el conferenciante le daba la palabra. Un hombre joven declaró tímidamente que acababa de llegar a los noventa días. Fue muy aplaudido. Pensé en levantar la mano e imaginar qué podría decir. Lo único que me vino a la mente fue la joven de Gravesend y también la madre de Lou Rudenko, asesinada por un televisor sanguinario. ¿Pero qué tenían

que ver aquellas muertes conmigo? Seguía tratando de pensar en algo cuando la reunión llegó a su fin y todos nos levantamos para recitar el Padre Nuestro. Mejor así. De todas maneras al final no habría levantado la mano.

Tras la reunión caminé un rato por Central Park. El sol lucía al fin y era el primer día bueno de toda la semana. Di un largo paseo y observé a los niños, deportistas, ciclistas, patinadores, y traté de reconciliar toda aquella sana e inocente energía con el lado oscuro de la ciudad que se reflejaba cada mañana en los periódicos. Dos mundos que se superponían. Algunos de aquellos niños joviales cometerían algún atraco, dispararían y pegarían navajazos; y alguien se rompería la cabeza tratando de darle sentido a todo aquello.

Cuando salía del parque, en Columbus Circle fui acosado por un vagabundo con una chaqueta de béisbol y un leucoma, que me pidió una contribución de diez centavos para una botella de vino. A pocos metros, a la izquierda, dos colegas suyos compartían una botella de Night Train y observaban nuestra transacción con interés. Iba a mandarlo al carajo, pero luego me sorprendí a mí mismo regalándole un pavo. Quizá solo intentaba no avergonzarlo delante de sus amigos. Se puso a darme las gracias con más efusión de lo que yo podía soportar, y entonces debió de ver algo en mi rostro que lo detuvo. Retrocedió. Crucé la calle y me dirigí hacia el hotel.

No tenía ninguna carta, solamente un aviso de Kim diciéndome que la llamara. El conserje se supone que debe anotar la hora de la llamada en la nota, pero este sitio no es el Waldorf. Le pregunté si recordaba la hora. Me respondió que no.

—Esperaba impaciente tu llamada —exclamó—. ¿Por qué no te pasas a recoger el dinero que te debo?

—¿Sabes algo de Chance? —pregunté.

—Vino a verme hace poco más de una hora —contestó—. Todo fue a las mil maravillas. ¿Puedes venir hasta aquí?

Le dije que me diera una hora. Subí, me duché, me afeité y me vestí; entonces decidí que no me gustaba lo que me había puesto, y me cambié. Me estaba anudando la corbata cuando comprendí lo que estaba haciendo: me estaba arreglando para una cita.

No pude por menos que reírme.

Tomé el sombrero y el abrigo, y salí. Kim vivía en Murray Hill,

en la calle 37, entre la Tercera Avenida y Lexington. Fui andando hasta la Quinta, subí a un autobús, luego hice el resto del camino a pie. Su edificio era de antes de la guerra, catorce pisos, fachada de ladrillo y en el vestíbulo de entrada había palmeras en tiestos. Le dije el nombre al portero. Llamó al piso de Kim por teléfono interior para asegurarse de que iba a ser bien recibido antes de indicarme la puerta del ascensor. Había algo deliberadamente neutral en su comportamiento, y parecía que intentaba contener una sonrisa socarrona. Esto me llevó a pensar que conocía la profesión de Kim y que me tomaba por un cliente.

Me bajé en la undécima planta. La puerta de Kim se abrió antes de que yo llegara. Se detuvo un momento en el umbral de la puerta, y al ver sus trenzas rubias, los ojos azules y los pómulos prominentes me imaginé por un instante el mascarón de una nave vikinga.

—Oh, Matt —dijo tendiéndome los brazos. Era casi de mi talla y, cuando me atrajo hacia ella sentí sus pechos y sus firmes muslos y reconocí el olor sazonado de su perfume—. Matt —prosiguió, arrastrándome hacia adentro y cerrando la puerta—. Estoy tan agradecida que Elaine me haya sugerido que me pusiera en contacto contigo. ¿Sabes lo que eres? Eres mi héroe.

—Lo único que hice fue hablar con ese hombre —dije.

—No sé lo que has hecho, pero ha funcionado. Eso es lo único que me importa. Siéntate, relájate un momento. ¿Puedo traerte algo de beber? —ofreció.

—No, gracias —dije.

—¿Café? —preguntó.

—Bueno… si no es molestia —acepté.

—Acomódate, es un momento. Es café soluble —se disculpó—, espero que no te importe. Soy demasiado perezosa para hacer café de verdad.

Le dije que era perfecto. Me senté en el sofá y esperé a que lo preparara. La habitación era muy acogedora, poco amueblada pero con muy buen gusto. El estéreo emitía discretamente una música de *jazz*, un solo de piano. Un gato negro me observó desde una esquina, luego desapareció de mi vista.

Sobre la mesa había unas revistas: *People, TV Guide, Cosmopolitan, Natural History*. Sobre el estéreo, en la pared, se veía

un póster enmarcado: una exposición de Hooper un par de años antes en el Museo Whitney. Dos máscaras africanas decoraban la pared. Un tapiz escandinavo, con un motivo abstracto que se perdía en un remolino de verde y azul, cubría la parte central del piso de madera de roble.

Cuando volvió con el café, elogié el encanto del salón. Ella contestó diciendo que desearía quedarse con el piso.

—Pero por una parte —prosiguió—, es mejor así. ¿Sabes a lo que me refiero? Si sigo viviendo aquí habría gente que seguiría viniendo. ¿Entiendes? Hombres.

—Sí, entiendo —dije.

—Además está el hecho de que nada me pertenece. Lo único que es mío en esta habitación es el póster. Fui a la exposición y quise llevarme un recuerdo. El estilo con que ese hombre pinta la soledad… Las personas juntas sin estarlo de verdad, cada uno mirando en otra dirección. Me llegó, de verdad.

—¿Dónde vas a vivir? —pregunté.

—En algún sitio bonito —respondió con seguridad.

Se acomodó en el sofá a mi lado, doblando una de sus largas piernas, se sentó sobre ella; y colocó la taza en equilibrio sobre la rodilla de la otra. Llevaba los mismos vaqueros de color vino tinto que el día del bar Armstrong con un jersey amarillo. O limón. Parecía no llevar nada debajo del jersey. Había arrojado las zapatillas antes de sentarse. Las uñas de los pies eran del mismo color Oporto que las de las manos.

Observé el azul de sus ojos y el verde del anillo y luego me llamó la atención la alfombra. Parecía que alguien había cogido cada uno de esos dos colores y los había mezclado con una batidora.

Sopló el café, bebió un sorbo, se inclinó hacia adelante y dejó la taza en la mesa. Los cigarrillos estaban sobre la mesa y encendió uno.

—No sé lo que le habrás dicho a Chance, pero realmente le ha impresionado —dijo.

—No veo por qué —contesté.

—Me llamó esta mañana y dijo que pasaría por aquí, y cuando llegó yo había puesto la cadena de seguridad a la puerta. De alguna manera sabía que no tenía nada que temer. Sabes, ese

presentimiento que tenemos a veces sin motivo aparente —explicó.

En efecto, lo sabía. El estrangulador de Boston no se vio nunca obligado a derribar ninguna puerta. Todas sus víctimas se prestaban a dejarle pasar.

Kim frunció los labios y expulsó una columna de humo.

—Ha sido muy amable. Me ha dicho que nunca se había dado cuenta de que no era feliz y que no tenía intención de retenerme contra mi voluntad. Pareció dolerle que yo pudiera sentir semejante cosa por él. Si quieres que te diga la verdad —añadió—, casi me sentí culpable. Y me hizo sentir que estaba cometiendo un grave error, que estaba dejando algo que más tarde iba a lamentar. Me dijo: «Ya sabes que nunca vuelvo a coger a la misma dos veces», y yo pensé que estaba loca por hacer lo que estaba haciendo. ¿Te lo puedes creer?

—Sí, creo que sí —contesté.

—Verdaderamente es el rey de la palabrería. Casi llega a convencerme de que renunciaba a un empleo magnífico, con pagas extras, jubilación. ¡Tampoco hay que exagerar! —exclamó.

—¿Cuándo tienes que dejar el piso? —pregunté.

—Antes de que acabe el mes. Lo más probable es que me vaya antes —dijo—. Hacer las maletas no es problema. Ninguno de los muebles es mío. Solo la ropa y los discos y el póster de Hooper, pero ¿quieres saber algo? Creo que se puede quedar donde está. No necesito recuerdos.

Bebí unos sorbos de café —era suave para mi gusto—. El disco terminó y a continuación le siguió una composición para piano, batería y bajo. Kim continuó hablando de la impresión que le había producido Chance.

—Me preguntó cómo había dado contigo. Mi respuesta fue vaga. Dije que a través de la amiga de una amiga. Me dijo que no tenía por qué haber contratado tus servicios, que lo único que tendría que haber hecho era hablar con él —explicó.

—Lo cual quizás era verdad.

—Tal vez, pero no lo creo —dijo—. Pienso que si hubiera comenzado a hablar, suponiendo que tuviera el suficiente coraje para hacerlo, poco a poco habría cambiado de tema y la historia habría sido descartada. La habríamos dejado de lado, ya que, sin decírmelo abiertamente se las habría arreglado para darme la

impresión de que de ninguna manera lo podía abandonar, que no me lo permitiría. Sin duda me habría dicho: «Escúchame, zorra, o estás en tu sitio o te quedas sin tu bonita cara». Bueno, no diría eso, pero sí lo daría a entender.

—¿Te dio a entender eso hoy? —pregunté.

—No, en absoluto —su mano agarró mi brazo—. Ah, antes de que se me olvide…

Mi brazo soportaba buena parte de su peso cuando se levantó. En pocos pasos atravesó la habitación y se puso a rebuscar en su bolso de mano. En un instante ya estaba de vuelta, se sentó de nuevo en el sofá y me tendió cinco billetes de cien dólares. Sin duda eran los mismos que yo había rechazado tres días antes.

—Creo que te mereces una gratificación —dijo.

—Ya me has pagado suficiente —contesté.

—Pero has hecho un trabajo magnífico.

Ella pasó un brazo detrás del sofá y se inclinó hacia mí. Miré las trenzas rubias que caían sobre sus hombros y pensé en una mujer que conocía que tenía un *loft* en Tribeca. Era escultora y una de sus obras representaba la cabeza de medusa, con serpientes en vez de cabellos. Kim tenía la misma frente ancha, lo mismos pómulos marcados que la escultura de Jan Kane.

La expresión, sin embargo, no era la misma. La medusa de Jan tenía un aire decaído. El rostro de Kim era más difícil de descifrar.

—¿Son lentillas?

—¿Qué? Ah, ¿mis ojos? Es el color natural —dijo—. Un poco extraño, ¿verdad?

—Poco común —dije.

Ahora podía descifrar su rostro.

—Hermosos ojos —susurré.

Su gran boca esbozó una sonrisa. Hice un movimiento hacia ella y, al mismo tiempo, ella vino a mis brazos. Era fresca y ardiente. Le besé la boca, el cuello, los párpados cerrados.

La habitación era amplia e inundada de luz. El suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra. La gran cama no estaba hecha y el minino negro dormía sobre una silla de tocador recubierta de cretona. Kim echó las cortinas, me lanzó una mirada tímida y comenzó a desvestirse.

Nuestro numerito fue un tanto extraño. Tenía un cuerpo

estupendo, de los que hacen soñar, y se entregaba por entero. Me sorprendió la intensidad de mi propio deseo, era casi enteramente físico. Mi mente quedaba curiosamente aparte de su cuerpo y del mío. Era como si nos estuviera observando de lejos.

La conclusión aportó descanso y liberación, pero nada más. Me retiré y tuve la impresión de encontrarme en medio de un inmenso desierto de arena y de maleza seca. Hubo un momento de tristeza infinita. Sentí palpitar el dolor en el fondo de la garganta y las lágrimas acudieron a mis ojos.

Luego ese abatimiento pasó. No sé lo que lo trajo ni lo que se lo llevó.

—Bien —dijo ella sonriendo, giró sobre sí misma para darme la cara y posó una mano sobre mi brazo—. Ha sido muy bonito, Matt.

Me vestí, rechacé otra taza de café. En la puerta me cogió la mano, me dio de nuevo las gracias y prometió darme la dirección y el número de teléfono de su nuevo emplazamiento. Yo le dije que no dudara en llamarme fuese cual fuese la razón. No nos besamos.

En el ascensor me acordé de algo que había dicho: «creo que se merece un incentivo». Bueno, era una forma de llamarlo como cualquier otra.

Regresé a mi hotel a pie. Me detuve varias veces, una de ellas para tomar un café y un sándwich, otra en una iglesia donde tuve la intención de dejar cincuenta dólares en el cepillo hasta que me di cuenta de que no podía. Kim me había pagado en billetes de cien y no tenía suelto.

No sé por qué ni cómo cogí esa costumbre de dar limosna. Es una de las cosas que comencé a hacer tras dejar a Anita y a los críos y mudarme a Manhattan. Ignoro lo que las iglesias hacen con ese dinero, pero estoy seguro de que no tienen más necesidad que yo. Hace tiempo que trato de romper con esa costumbre, pero cada vez que toco dinero me entra una sensación de nerviosismo que no puedo calmar hasta que no meto un diez por ciento de la suma en el cepillo de cualquier iglesia. Debe de ser una especie de superstición, por eso pienso que una vez que ha empezado debo continuar con ello o si no algo terrible caerá sobre mí.

Dios sabe que es absurdo. Los donativos a la iglesia no van a evitar las catástrofes.

Este donativo concretamente iba a tener que esperar. De todas

maneras, me senté unos minutos disfrutando de la paz de la iglesia desierta. Dejé vagar mi espíritu un momento. Al poco un anciano se sentó al otro lado del pasillo. Cerró los ojos y pareció abandonarse a una profunda meditación.

Me pregunté si estaría rezando. Y también qué sensación produciría rezar y qué le aporta a la gente. Cuando me encuentro en una iglesia —no importa cuál— me entran ganas de rezar, pero no sé cómo.

Esa noche asistí a la reunión en Saint Paul, pero fui incapaz de concentrarme en lo que decían. Pensaba en otras cosas. Durante el coloquio, el muchacho de la reunión del mediodía anunció que había llegado a los noventa días, y una vez más recibió una ovación.

—¿Sabes lo que viene detrás de los noventa días? —le preguntó el conferenciante—. Tus siguientes noventa días.

—Me llamo Matt —dije al llegar mi turno—. Paso.

Me acosté temprano. No tardé mucho en dormirme, pero las pesadillas me despertaron varias veces. Mi pensamiento consciente se escapaba cada vez que trataba de recuperarlo.

Por fin me levanté, salí a desayunar, compré el diario y subí a mi habitación a leerlo. El domingo a mediodía había una reunión no muy lejos del hotel. Nunca había asistido pero figuraba en la lista de las reuniones. Cuando me decidí a ir ya debía de haber acabado. Me quedé en mi habitación leyendo el periódico.

Beber hacía que el tiempo se pasara volando. Solía sentarme en la barra del Armstrong durante horas, bebiendo café con *bourbon*; bebía despacio, sorbo a sorbo, mientras pasaban las horas. Tratas de hacer lo mismo sin alcohol, y no funciona. Es imposible.

Sobre las tres pensé en Kim. Fui hasta el teléfono para llamarla pero me detuve. Nos acostamos juntos porque para ella era un regalo natural y que yo no supe rechazar, pero eso no nos convertía en amantes. No nos comprometía a nada, y fuera lo que fuese lo que tuvimos se había acabado.

Recordé su cabello y la Medusa de Jane Kane, lo que hizo que me entraran deseos de llamar a Jan. ¿Pero de qué podríamos hablar?

Podía decirle que iba por el séptimo día y medio sin alcohol. No tenía contacto con ella desde que comenzó a asistir a las reuniones.

Le había aconsejado evitar a la gente, los lugares y todo lo que hubiera asociado a la bebida, y yo entraba en esa categoría. ¿Y qué? Eso no significaba que ella no quisiera verme. Y por la misma razón tampoco significaba que yo quisiera verla a ella.

Habíamos pasado algunas noches estupendas bebiendo juntos. Quizá podríamos pasar momentos tan agradables sin la bebida. Pero lo más seguro es que fuera como estar sentado en el bar Armstrong durante cinco horas sin *bourbon* en el café.

Lo más lejos que llegué fue a buscar su número pero no me atreví a llamarla.

El conferenciante de Saint Paul nos explicó cómo había llegado a tocar verdaderamente fondo. Había sido heroinómano durante muchos años. Se había desenganchado y se pasó a la bebida para convertirse en uno de los vagabundos desaliñados de Bowery. Daba la impresión de que había visto el infierno y de que no había olvidado el espectáculo.

En el descanso, Jim me acorraló contra la cafetera. Me preguntó qué tal estaba. Le respondí que no estaba mal. Luego me preguntó cuánto hacía que no bebía.

—Hoy es mi séptimo día —dije.

—Eso es estupendo, Matt. Estupendo —contestó.

En el coloquio me dije que quizá me decidiera a hablar cuando fuera mi turno. No sabía si decir que era un alcohólico porque no estaba seguro de serlo, de todas maneras siempre podía decir que iba por mi séptimo día, o que estaba contento de estar allí, o cualquier otra cosa. Sin embargo, cuando llegó mi turno dije lo de siempre.

Una vez acabada la reunión, Jim se me acercó cuando estaba recogiendo mi silla plegable.

—¿Sabes que un grupito solemos ir al Cob's Corner a tomar un café al salir de aquí? Ya sabes, para cotillear un poco. ¿Por qué no nos acompañas?

Bueno, me gustaría ir —tercié—. Pero esta noche es imposible.

—Vale, ¿más adelante?

—Por supuesto, Jim —contesté.

Podía haber ido. No tenía nada que hacer. Sin embargo fui al Armstrong y me comí una hamburguesa, pastel de queso y tomé

una taza de café. Pude haber pedido lo mismo en
Cob's
Corner. En fin, siempre me ha gustado el Armstrong los domingos por la noche. No hay mucha clientela; solo los habituales. Después de comer, llevé mi taza a la barra y charlé un rato con Manny, un técnico de CBS y un músico llamado Gordon. Ni siquiera tuve deseos de beber.

Fui a acostarme. Me levanté con un sentimiento de inseguridad que achaqué a un sueño que no recordaba. Tras ducharme y afeitarme, aquella extraña sensación seguía allí. Me vestí, bajé, dejé una bolsa con ropa sucia en la lavandería y un traje y un pantalón en la tintorería. Tomé el desayuno y leí el *Daily News*. Uno de los periodistas había entrevistado al marido de la mujer que había muerto por los disparos en Gravesend. Se acababan de mudar a aquella casa. Era la casa de sus sueños, la oportunidad de vivir finalmente una vida agradable en un barrio agradable. Y aquel par de delincuentes, tratando de huir, escogió precisamente su casa. «Como si la mano de Dios hubiera señalado a Claire Ryzcek», había escrito el periodista.

En las *noticias breves* me enteré de que dos vagabundos de Bowery se habían peleado por una camisa que uno de ellos había encontrado en una estación de metro. Uno había apuñalado al otro con una navaja de veinte centímetros. La víctima tenía cincuenta años y su asesino treinta y tres. Me preguntaba si el incidente habría sido reseñado por la prensa si no hubiera tenido lugar bajo tierra. Cuando se matan entre sí en los asilos de Bowery no es noticia.

Continué hojeando el diario como si esperase encontrar algo en particular. Aquel sentimiento vago de malestar no me abandonaba. Tenía la impresión de estar con una ligera resaca y tuve que recordarme que no había bebido nada la noche anterior. Era mi octavo día.

Fui al banco, deposité parte de los quinientos dólares en mi cuenta y cambié el resto en billetes de diez y veinte. Entré en la iglesia de Saint Paul para desembarazarme de cincuenta pavos, pero había misa. De manera que me dirigí a la Asociación de Jóvenes Cristianos de la calle 63, donde escuché el testimonio más aburrido que había oído hasta la fecha. Me pareció que el conferenciante

mencionó cada trago desde los once años hasta la actualidad. Su voz monótona se convirtió en un suplicio de tres cuartos de hora.

Cuando terminó, me fui a sentar al parque y me comí un perrito caliente que compré a un vendedor ambulante. Volví a mi hotel a las tres, me eché un poco, salí de nuevo a las cuatro y media. Compré el *Post* y fui a leerlo al bar Armstrong. Debí de haber visto el amplio titular cuando lo compré, pero no le presté atención. Me senté en una mesa, pedí un café, miré la primera página y ¡bang!

«Chica de alterne asesinada».

Sabía que lo iba a leer. Pero también sabía que no tenía verdadera necesidad de leerlo. Me quedé un momento sentado con los ojos cerrados y el periódico entre mis manos crispadas, tratando de alterar el curso de la historia con la fuerza de mi voluntad. Un color, el azul de sus ojos, irradiaba detrás de mis párpados cerrados.

Respiraba con dificultad y podía notar, de nuevo, aquella sensación en el fondo de mi garganta.

Pasé la maldita página y ahí estaba, en la tercera, en el lugar donde sabía que encontraría la crónica. Ella estaba muerta. El muy hijo de puta la había matado.

# 6

Kim Dakkinen había muerto en una habitación de la sexta planta del hotel Galaxy, uno de los edificios de reciente construcción de la Sexta Avenida, entre la calle 50 y la 60. La habitación estaba registrada a nombre de un tal señor Charles Owen Jones, de Fort Wayne, en Indiana, que había pagado la noche por anticipado tras firmar en el libro de registro a las
21:15
del domingo y haber reservado la habitación media hora antes. Tras una primera investigación, descubrieron que no existía ningún señor Jones en Fort Wayne, y tampoco existía la calle que figuraba en el libro del hotel, de lo cual se deducía que había dado un nombre falso.

El señor Jones no había usado el teléfono de la habitación y no tenía ningún gasto en la cuenta. Se había evaporado al cabo de un número de horas indeterminadas sin tomarse la molestia de dejar la llave en recepción. De hecho, había colgado el letrerito de no molesten en la puerta, y las limpiadoras lo habían respetado escrupulosamente hasta las once del lunes por la mañana, hora en que la habitación tenía que desocuparse. Fue entonces cuando una de las mujeres llamó a la puerta para prevenir al señor Jones. No obtuvo respuesta y abrió con su propia llave.

Se encontró con lo que el reportero del *Post* calificó como «espectáculo de un horror indescriptible». Una mujer desnuda sobre la alfombra a los pies de la cama deshecha. La cama y la alfombra estaban empapadas de sangre. La mujer había sucumbido a las múltiples heridas tras ser golpeada numerosas veces con una bayoneta o un machete, según el examen forense. El asesino le había desfigurado el rostro hasta dejarlo irreconocible. Un periodista había encontrado una fotografía suya en el «lujoso piso» de la señorita Dakkinen, donde se podía ver con qué material había

trabajado el asesino. En la fotografía, Kim estaba peinada de otro modo: el cabello rubio le caía en cascada sobre los hombros, y una sola trenza rodeaba su cabeza como una tiara. Estaba radiante, su mirada era clara y parecía una Heidi adulta.

El bolso de mano hallado en el lugar del crimen había permitido identificarla, el dinero que contenía llevó a los inspectores a descartar el robo como motivo del crimen.

Poca broma.

Dejé el diario sobre la mesa. Me percaté con sorpresa de que me temblaban las manos. Temblaba aún más por dentro. Le hice una seña a Evelyn y cuando se acercó le pedí un *Bourbon* doble.

—¿Estás seguro, Matt? —dijo ella.

—Claro que lo estoy —contesté.

—Bueno… hace tiempo que no bebes. ¿De verdad quieres volver a empezar? —preguntó.

«¿Y a ti que más te da, pequeña?», pensé. Respiré profundamente.

—Quizá tengas razón —respondí.

—¿Otro café? —dijo Evelyn.

—Sí, eso —dije yo.

De nuevo me concentré en el artículo. Un examen preliminar fijaba la muerte alrededor de las doce de la noche. Traté de recordar lo que estaba haciendo cuando la mataron. Me vine al Armstrong tras la reunión, ¿pero qué hora era cuando me marché? Me había acostado bastante pronto, de cualquier manera debió de ser alrededor de las doce cuando me fui a la cama. Por supuesto, la hora de la muerte era aproximada y quizá yo estaba durmiéndome cuando él empezó a quitarle la vida.

Me quedé allí, bebiendo café y leyendo una y otra vez el artículo.

Del Armstrong me fui a la iglesia de Saint Paul. Me senté en un banco del fondo y traté de reflexionar. Las imágenes seguían bombardeándome la cabeza, las ráfagas de mis dos encuentros con Kim se estrellaban con instantáneas de la conversación con Chance.

Deposité cincuenta dólares en el cepillo. Encendí una vela y la observé como si esperara ver bailar algo dentro de la llama.

Volví a sentarme. Al cabo de un rato un joven sacerdote se me acercó y me dijo con voz suave que lo sentía pero que iban a cerrar

la iglesia. Asentí y me incorporé.

—Parece usted un hombre muy preocupado —me dijo—. ¿Le puedo servir de alguna ayuda?

—Me temo que no —contesté.

—Me parece haberlo visto alguna que otra vez por aquí. En ocasiones es bueno hablar con alguien —insistió.

—Ni siquiera soy católico, padre —respondí.

—Eso no es indispensable. Si hay algo que lo atormenta… —dijo.

—Tan solo una mala noticia, padre. La muerte inesperada de un amigo.

—Eso es siempre una prueba difícil —sentenció.

Temí que me largara lo de los caminos inescrutables del señor, pero parecía esperar que le dijera algo más. Finalmente salí de la iglesia y me detuve en la acera preguntándome adónde ir.

Eran las seis y media. La reunión no empezaba hasta dos horas después. Podía llegar antes, sentarme, beber café, hablar con la gente, pero no lo había hecho nunca. Tenía, pues, dos horas por delante y no sabía qué hacer.

Volví a pie a mi hotel. Tuve la impresión de que solo pasaba ante bares y tiendas de licores. Subí a mi habitación y descansé.

Llegué a la reunión con dos minutos de antelación. Media docena de personas me saludaron por mi nombre. Tomé una taza de café y me senté.

El conferenciante hizo un resumen de su pasado como bebedor y dedicó el resto del tiempo a contar todo lo que le había sucedido desde que se hizo abstemio hacia cuatro años. Su matrimonio se había roto, su hijo menor había sido atropellado por un loco, había estado en el paro una larga temporada y había sufrido varias crisis depresivas.

—Pero aguanté sin beber —dijo—. La primera vez que vine aquí me dijisteis que no había nada lo bastante terrible como para que un trago no lo pudiera empeorar. Me dijisteis que la forma de seguir este programa era no bebiendo, incluso si siento que voy a explotar. Dejadme deciros algo, a veces creo que si no bebo es únicamente porque soy tan cabezota como una mula. Pero está bien así. Creo que mientras funcione, no importa el método que use.

Deseaba marcharme en el descanso. Pero cuando me levanté fue

para tomar una taza de café y un par de galletas. Podía oír a Kim diciéndome que tenía una pasión por los dulces. «*Pero no engordo ni un gramo. Tengo suerte, ¿no?*».

Me comí las pastas. Tenía la impresión de masticar paja, pero tragué con la ayuda del café.

Durante el coloquio, una mujer hizo un soliloquio de su vida íntima. Era un auténtico coñazo, repetía lo mismo todas las noches. Dejé de escuchar.

Pensé: «Me llamo Matt, soy alcohólico. Una mujer que conocía fue asesinada anoche. Me había contratado para prevenir que la mataran y la convencí de que no corría ningún peligro. Ella me creyó. Su asesino me ha tomado el pelo y encima le he creído, y ahora ella está muerta, y yo no puedo hacer nada, es demasiado tarde. Y eso me duele y no sé qué hacer, hay un bar en cada esquina de la calle y una tienda de licores en cada manzana, y beber no la devolverá al mundo, tampoco el estar sobrio, y ¿por qué demonios me tiene que pasar a mí? ¿Por qué?».

Me dije: «Me llamo Matt, soy alcohólico. Nosotros nos sentamos aquí como tontos y decimos siempre las mismas tonterías, y mientras, fuera, los animales se matan unos a otros. No bebemos y asistimos a las reuniones y nos decimos lo importante que es estar sobrio, ir poco a poco, evitar la botella día tras día. Y mientras soltamos la lengua de zombis sin cerebro, el fin del mundo es inminente».

Me dije: «Me llamo Matt, soy alcohólico y necesito ayuda».

—Me llamo Matt. Gracias por su testimonio. Ha sido muy interesante. Esta noche prefiero escuchar —dije cuando llegó mi turno.

Me fui inmediatamente tras acabar el rezo. No fui al Cob's Córner ni al Armstrong. Me dirigí a mi hotel. Lo pasé de largo y di media vuelta a la manzana hasta llegar al bar Joey Farrell, en la calle 58.

No había mucha gente. Un disco de Tony Bennett sonaba en la máquina. No conocía al camarero.

Miré las botellas dispuestas detrás de la barra. La primera de *bourbon* que vi era una de Early Times. Pedí una copa con un vaso de agua. El camarero lo sirvió y lo colocó delante de mí.

Levanté la copa y la miré. No sabía qué esperaba encontrar. Me la tomé de un viaje.

# 7

No fue nada sorprendente. Al principio el alcohol no me hizo ningún efecto, y luego lo que sentí fue un ligero dolor de cabeza y cierta sensación de náusea.

Evidentemente, mi organismo no estaba acostumbrado. Hacía una semana que no bebía. ¿Cuándo había sido la última semana que pasé sin beber?

No podía recordarlo. «Quizás hace quince años», pensé. «Veinte, tal vez más».

Allí estaba, un codo apoyado en la barra, un pie en la parte inferior del taburete de al lado, e intenté pensar en qué había fallado para que sucumbiera. Concluí que cualquier cosa era menos dolorosa que unos minutos atrás. Por otro lado, tenía el sentimiento de haber perdido algo, ¿pero qué?

—¿Otro?

Iba a decir que sí, pero me contuve y negué con la cabeza.

—De momento no. Cámbieme en monedas de diez centavos, tengo que hacer una llamada.

Me cambió un dólar y me indicó el teléfono de pago. Me encerré en la cabina, saqué mi agenda y un bolígrafo y empecé a hacer llamadas. Gasté unas cuantas monedas en enterarme de quién estaba a cargo del caso Dakkinen y un par más en localizarlo. Por fin di con la comisaría de Midtown North. Solicité hablar con el inspector Durkin.

—Un momento… ¿Joe? Es para ti —respondió una voz—. Soy Joe Durkin —respondió otra voz tras una pausa.

—Durkin, me llamo Matt Scudder —empecé—. Me gustaría saber si han arrestado al asesino de Dakkinen.

—Perdón… no he oído su nombre —dijo.

—Matt Scudder, y no estoy tratando de sacarle información, sino de facilitársela —dije—. Si es que aún no ha arrestado a ese chulo,

quizá le pueda echar una mano.

—No hemos procedido a ningún arresto —dijo tras una breve pausa.

—Ella tenía un chulo… —empecé.

—Lo sabemos —dijo.

—¿Sabe su nombre?

—Escuche, señor Scudder.

—Se llama Chance. Quizá sea su apellido, su nombre o un apodo. En cualquier caso —dije—, no está fichado bajo ese nombre.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó.

—Estuve en el cuerpo hace unos años. Escuche, Durkin, tengo un montón de información y lo único que quiero es pasársela. ¿Qué le parece si le explico lo que sé y luego me pregunta todo lo que quiera?

—Dispare —dijo.

Le conté lo que sabía de Chance. Le hice una descripción completa de él, añadí la descripción del coche y le di el número de matrícula. Le dije que tenía al menos cuatro fulanas. Una de ellas se llamaba Sonya Hendryx. La llamaban Sunny, y le di su descripción.

—El viernes por la noche la dejó en el 444 de Central Park West. Quizás viva allí ella, pero lo más probable es que se dirigiera allí a una fiesta en honor de un boxeador profesional llamado Kid Bascomb. Es probable que alguien de ese edificio organizara una fiesta en su honor.

»Esa misma noche, Chance se enteró —seguí sin permitir que me interrumpiera— de que la señorita Dakkinen quería poner fin a la relación que mantenía con él. El sábado por la tarde él la fue a ver al piso de la calle 37 Oeste y le dijo que por él no había problema. Solo le pidió que abandonara el apartamento antes de fin de mes. El piso era suyo, era él quien pagaba el alquiler y quien la había instalado allí.

—Un momento —dijo Durkin, y oí el ruido de alguien pasando papeles—. El piso estaba alquilado a nombre de un tal David Goldman. Ese es también el nombre del abonado del teléfono de la señorita Dakkinen.

—¿Ha encontrado a David Goldman? —pregunté.

—Todavía no.

—Me temo que nunca lo encontrará, a menos que el tal

Goldman sea un abogado o un representante que utiliza como tapadera Chance. En cualquier caso, lo que quiero decir es que no tiene pinta de llamarse David Goldman —aclaré.

—Usted dijo que era negro —dijo Durkin.

—Así es —confirmé.

—¿Lo ha visto alguna vez?

—Así es. Sin embargo, no frecuenta ningún lugar en concreto, suele ir a los sitios más diversos. No he conseguido saber dónde para. Tengo la impresión de que nadie lo sabe.

—No habrá ningún problema —terció Durkin—. Encontraremos su dirección a través de su número de teléfono, aunque no figure en la guía. Usted nos ha dado su número, ¿recuerda?

—En realidad se trata de un servicio de mensajes —dije.

—Bueno, de cualquier forma tendrán un número donde localizarlo —sugirió.

—Tal vez —añadí.

—No parece muy seguro de ello —dijo él.

—No es persona que se deje ver fácilmente —dije.

—¿Cómo se las apañó para encontrarlo? ¿Qué relación tiene con todo el asunto?

Me entraron ganas de colgarle. Le había dado todo lo que tenía y no me apetecía responder preguntas. Pero yo era mucho más fácil de encontrar que Chance, y si le colgaba me echaría el guante en un abrir y cerrar de ojos.

—Me encontré con él el viernes por la noche. Kim Dakkinen me pidió que intercediera por ella —respondí.

—¿Interceder, de qué forma? —preguntó Durkin.

—Diciéndole que la chica quería marcharse. Tenía miedo de decírselo ella.

—Y usted habló por ella —dijo Durkin.

—Así es —confirmé.

—¿Es usted un chulo también, Scudder? —soltó—. ¿Tenía ella la intención de pasar a estar bajo su protección?

—No, Durkin, ese no es mi trabajo —clavé las uñas en el teléfono—. ¿Por qué me hace esa pregunta? ¿Es que acaso su madre quiere cambiar de chulo?

—¿Qué cojo…?

—Controle su bocaza. Le estoy poniendo las cosas en bandeja,

pero ya veo que no debería haberme puesto en contacto con usted.

No dijo nada.

—Kim Dakkinen —proseguí— era una amiga de una amiga. Si quiere referencias mías puede preguntar a un policía llamado Gusik. ¿Sigue en la comisaría de Midtown North?

—¿Conoce a Gusik? —preguntó Durkin.

—Nunca nos hemos querido especialmente pero él le podrá decir que soy honrado. Le dije a Chance que ella quería dejarlo y él me contestó que no tenía ningún inconveniente. La visitó al día siguiente y le contó lo mismo. Ella fue asesinada la noche pasada. ¿Cree que murió alrededor de las doce? —pregunté.

—Sí, pero es una hora aproximada. La encontramos once horas más tarde. Y debido al estado del cadáver, el forense no debió de tener muchas ganas de realizar un examen en profundidad.

—Mal asunto —dije.

—Lo siento por la pobre limpiadora. Es ecuatoriana, creo que no tiene permiso de residencia, apenas habla inglés y tuvo que ser ella la que se encontró el fiambre. ¿Le importaría venir a ver el cadáver? ¿Identificarlo formalmente? —inquirió.

—¿Aún no tienen una identificación positiva?

—Sí. Tenemos sus huellas. Hace años fue arrestada en Long Island City por hacer la calle. Quince días. Es su único arresto.

—Luego trabajó en una casa —dije—, y a continuación, Chance la instaló en el piso de la calle 37.

—Una auténtica odisea neoyorkina, ¿tiene algo más, señor Scudder? ¿Cómo puedo localizarle si le necesito alguna vez?

No tenía nada más. Le hice saber mis señas. Nos despedimos con las frases de costumbre y colgué. El teléfono sonó inmediatamente. Debía cuarenta y cinco centavos por haberme sobrepasado de los tres minutos a los que me daba derecho la moneda de diez centavos. Volví a la barra y cambié otro dólar, puse el dinero en la ranura y pedí otra copa al camarero. Un Early Times sin hielo con un vaso de agua.

Este me pareció mejor que el primero. Tras vaciarlo sentía que algo se desataba dentro de mí.

En las reuniones te dicen que es la primera copa la que te emborracha. Bebes una y se desencadena un proceso irresistible; y, sin tener conciencia de ello, tomas otra copa, y otra, y otra, hasta

que terminas con una buena merluza. Tal vez no fuera un alcohólico, puesto que no era eso lo que me estaba pasando. Había tomado dos copas y me sentía mucho mejor que antes de tomarlas; y, verdaderamente, no me apetecía seguir bebiendo.

Me voy a dar una oportunidad, pensé. Me quedaré aquí durante un rato más y pensaré lo de un tercer trago.

No, no me apetecía. Estaba a gusto tal como estaba.

Dejé un pavo en la barra, cogí el resto del cambio y me dirigí a casa. Pasé delante del Armstrong y no me apeteció entrar, porque no tenía ganas de beber.

La primera edición del *News* ya debía de haber salido. ¿Me encontraba con ganas de ir hasta la esquina a comprarlo?

No. A la mierda con el diario.

Me detuve en recepción. Ningún mensaje. Jacob estaba de servido, tarareaba una melodía mientras cubría las cuadrículas de un crucigrama.

—Jacob —dije—, quiero darte las gracias por el favor que me hiciste anoche haciendo aquella llamada.

—Hombre, yo…

—No, en serio, te lo agradezco mucho.

Subí y me preparé para ir a la cama. Estaba cansado y sin aliento. Por un momento, antes de dormir, experimenté de nuevo ese malestar de haber perdido algo. ¿Pero qué había perdido?

Pensé: siete días. Has estado sobrio siete días, casi ocho, y los has perdido. Se han esfumado.

# 8

A la mañana siguiente compré el *News*. Una nueva atrocidad había desplazado a Kim Dakkinen de la primera página. En Washington Heights, un joven cirujano, residente en el hospital presbiteriano de Columbia, había sido asesinado de un disparo en un intento de robo en Riverside Drive. Él no había opuesto ninguna resistencia a su agresor, que lo había matado sin razón aparente. La viuda de la víctima esperaba un niño a principios de febrero.

La muerte de la chica de alterne se hallaba en una de las páginas interiores. El artículo no aportaba nada que no me hubiera dicho Durkin la noche anterior.

Caminé durante un buen rato. A mediodía me dejé caer por la reunión de la Asociación de Jóvenes Cristianos, pero no me podía concentrar y me marché durante el testimonio. Tomé un bocadillo de carne ahumada con una cerveza. Bebí otra cerveza a la hora de cenar. A las ocho y media caminé hasta Saint Paul, di una vuelta a la manzana y volví a mi hotel sin entrar en la reunión. Me apetecía echar un trago, pero ya había tomado dos cervezas, y decidí que dos vasos al día sería mi cupo. Mientras no me excediera no tendría problemas. Daba igual si los tomaba por la mañana temprano o antes de acostarme, en mi habitación, o en el bar, solo o en compañía.

El día siguiente, miércoles, me levanté y fui a desayunar ya tarde al bar Armstrong. Fui andando hasta la biblioteca municipal, donde pasé un par de horas; luego me senté en un banco en Byant Park hasta que los traficantes me sacaron de quicio. Han tomado completamente los parques públicos y se figuran que solo los clientes potenciales van allí, así que uno no puede leer el periódico sin recibir constantemente ofertas de hachís, ácido, cocaína y Dios sabe qué cosas más.

Esa noche asistí a la reunión de las ocho y media. Mildred, una

de las habituales, fue muy aplaudida cuando hizo público que celebraba su aniversario: once años sin probar una gota de alcohol. Dijo que no tenía ningún secreto. Lo hacía día a día.

Pensé que si iba a la cama sobrio sumaría otro día. Y, qué demonios, decidí que lo haría. Después de la reunión, sin embargo, fui a Polly's Cage y me bebí mis dos copas. Discutí con un tipo que quería invitarme a una tercera copa pero le dije al barman que me sirviera una Coca-Cola. Me felicitaba a mí mismo; conocía mi límite y me mantenía en él.

El jueves tomé una cerveza durante la cena, fui a la reunión y me marché en el descanso. Me detuve en el Armstrong, pero algo me impidió pedir una copa y no me quedé mucho rato. Me sentía inquieto, entré en Farrell y en Polly's, pero de ambos salí sin beber. La tienda de licores junto a este último local seguía abierta. Compré una botella pequeña de J. W. Dant y me la llevé a la habitación.

Me duché primero y me preparé para ir a la cama. Luego rompí el precinto de la botella, diez centilitros en un vaso, me lo bebí y me acosté.

El viernes tomé otros diez centilitros nada más levantarme de la cama. El *bourbon* me hizo realmente efecto, un efecto agradable.

Pasé el resto del día sin beber. Luego, a la hora de acostarme, tomé otro trago y me dormí.

El sábado desperté perfectamente lúcido, sin deseo alguno de un trago matutino. Nunca llegué a soñar lo bien que podía controlar mi consumo de alcohol. Me entraron ganas de ir a la reunión y contárselo a todos, pero podía imaginar la impresión que produciría. Miradas entendidas. Risas entendidas. Sociedad de santos abstemias. Además, el que yo pudiera controlar el consumo no justificaba que lo recomendase a otra gente.

Tomé dos copas antes de acostarme. Apenas me afectaron, pero el domingo me desperté con un ligero malestar y me serví un generoso trago despertador para empezar el día. Funcionó. Leí el

diario, luego consulté la lista de reuniones y vi que había una al mediodía en el Village. Me acerqué en el metro. Casi todo el público asistente se componía de homosexuales. Me fui en el descanso.

Volví al hotel y eché una siesta. Después de cenar, acabé el diario y me decidí a tomar un segundo vaso. Me serví diez o quince centilitros de *bourbon* y me los bebí. Me senté y continué con la lectura pero no podía concentrarme muy bien en lo que estaba leyendo. Pensé en tomar otro trago pero recordé que había agotado el cupo ese día.

Luego me di cuenta de que habían pasado más de doce horas desde mi trago matutino. Por tanto, había pasado más tiempo entre los dos vasos de la jornada que entre el de la mañana y el último de la noche. De tal manera que mi organismo había eliminado la bebida y no debería sumarse a los tragos de hoy.

Lo cual significaba que tenía derecho a otro trago antes de irme a la cama.

Me felicitaba de haber dado con semejante deducción y decidí recompensar generosamente mi perspicacia. Llené el vaso casi hasta el borde y me tomé mi tiempo en vaciarlo, recostado en el sillón, como uno de esos hombres de las vallas publicitarias. Tenía seso suficiente como para darme cuenta de que lo importante era el número de copas y no la cantidad, y me percaté de que me había engañado a mí mismo. Mi primer trago, si es que se le puede llamar así, había sido un tanto escaso. En cierto sentido me debía unos veinte centilitros de *bourbon*.

Me serví lo que me parecieron veinte centilitros y vacié el vaso.

Constaté, con satisfacción, que esos dos vasos no tenían sobre mí ningún efecto apreciable. No estaba en absoluto borracho, de hecho hacía mucho tiempo que no me encontraba tan bien. En realidad, me sentía demasiado bien para quedarme en la habitación. Decidí salir, buscar un bar agradable y tomar
Coca-Cola
o una taza de café. Una copa no, en primer lugar porque no tenía ganas y luego porque ya había tomado mis dos tragos de la jornada.

Tomé una Coca-Cola en
Polly’s
. En la Novena Avenida me tomé un *ginger-ale* en un bar gay que se llamaba Kid Gloves. Me pareció ver rostros familiares entre la

clientela, y me pregunté si no habría estado alguno de ellos en la reunión de aquella tarde en el Village.

Una manzana más allá me di cuenta de algo. Hacía ya bastantes días que estaba controlando perfectamente mi consumo de alcohol, y antes había estado sin probar el caldo toda una semana. Eso constituía una prueba. Si conseguía limitarme a dos vasos por día, era evidente que no necesitaba limitarme más. El alcohol me había causado problemas en el pasado, eso lo admitía sin duda, pero era evidente que había remontado aquella etapa de mi vida.

De manera que aunque no tuviera verdadera necesidad de otro trago, podía tomar otro si es que me apetecía. Y como me apetecía, ¿por qué no tomarlo?

Entré en el bar y pedí un *bourbon* doble y un vaso de agua. Recuerdo que el camarero tenía una calva brillante, y recuerdo que me sirvió una copa y recuerdo que la levanté.

Eso es lo último que recuerdo.

# 9

Me desperté de golpe. Recuperé la conciencia bruscamente y a todo volumen. Me hallaba en la cama de un hospital. Eso fue la primera impresión. La segunda llegó un poco más tarde, cuando me enteré de que era miércoles. No podía recordar nada después de levantar aquel vaso el domingo por la noche.

Hace ya bastantes años que vengo sufriendo estas pérdidas temporales de memoria. A veces he perdido la última media hora de noche. Otras veces pierdo unas cuantas horas. Jamás había perdido dos días enteros.

No querían dejarme marchar. Me habían ingresado la madrugada del día anterior y querían tenerme en desintoxicación cinco días enteros.

—Su organismo ni siquiera ha eliminado la bebida —me dijo un interno—. Si sale de aquí no tardará ni cinco minutos en coger una botella.

—No lo creo —contesté.

—Apenas hace quince días que le hicimos una desintoxicación completa. Está en su historial y, ¿cuánto ha durado?

No dije nada.

—¿Sabe cómo llegó aquí la noche pasada? Tenía convulsiones, tuvo un ataque epiléptico. ¿Le había ocurrido antes?

—No —contesté.

—Pues bien, tendrá otros. Si sigue bebiendo, deberá contar con ello tarde o temprano. Y, más tarde o más temprano, acabarán con usted. Si es que no muere de otra cosa antes.

—¡Cállese! —exclamé.

—No, no me callaré. ¿Por qué demonios tendría que callarme? —Me agarró por el hombro—. No puedo ser cortés y considerado, y hacerle ver la realidad al mismo tiempo. Me haría falta un martillo para meterle eso en la cabezota. Míreme, haga usted el favor de

escucharme. Es un alcohólico. Si bebe, morirá.

No dije nada.

Él había pensado en todo. Pasaría diez días en desintoxicación, luego veintiocho días en la clínica de rehabilitación de alcohólicos de Smithers, para consolidar el tratamiento. Se echó atrás cuando se enteró de que no tenía seguro médico o los dos mil dólares que costaba la cura, pero se mantuvo firme en cinco días de desintoxicación.

—No tengo que quedarme —afirmé—. No voy a beber.

—Todo el mundo dice lo mismo —contestó.

—En mi caso es verdad. Y no puede retenerme contra mi voluntad, está obligado a dejarme ir —insistí.

—Si hace eso, deberá firmar el alta voluntaria, bajo su responsabilidad —contestó.

—Eso es lo que voy a hacer.

Pareció enfadarse un momento, luego se encogió de hombros.

—Como quiera —dijo alegremente—. La próxima vez quizá siga mi consejo.

—No habrá próxima vez.

—¿Que no? Ya lo creo. A menos que aparezca en otro hospital o que muera antes de llegar aquí.

La ropa que me trajeron estaba hecha un asco, sucia de rodar por la calle. La camisa y la chaqueta estaban salpicadas de sangre de una herida que tenía en la cabeza, y que tuvieron que coserme nada más llegar al hospital. Debí de hacérmela durante el ataque epiléptico, o tal vez en el transcurso de mis aventuras anteriores. Llevaba encima el dinero suficiente para pagar la factura del hospital. Lo que era un pequeño milagro.

Había llovido por la mañana, y las calles seguían mojadas. Me detuve en la acera y sentí evaporarse mi confianza poco a poco. Al otro lado de la calle había un bar. Tenía dinero para una copa y sabía que podía hacer que me encontrara mejor.

Sin embargo, volví al hotel. Tuve que armarme de valor para acercarme a la recepción a recoger el correo y los mensajes, como si hubiera hecho alguna cosa vergonzosa y tuviera que pedirle disculpas al conserje. Lo peor era no saber qué había hecho durante

las horas en blanco.

La expresión del empleado no demostró nada. Quizá me había pasado todo el tiempo en la habitación bebiendo solo. Tal vez no había vuelto al hotel desde el lunes o el martes, porque la botella de J. W.
Dant estaba vacía, y junto a la cómoda había una botella vacía de Jim Beam. Por la etiqueta vi que la había comprado en la Octava Avenida.

Bien, me dije, he aquí tu primera prueba. O bebes, o no bebes.

Tiré el *bourbon* por el lavabo y eché las botellas a la basura.

El correo no tenía ningún interés. Lo deseché y miré los mensajes.

Anita había llamado el lunes por la mañana. Un tal Jim Faber había llamado el martes por la noche y había dejado su número. Y Chance había llamado una vez anoche y otra aquella mañana.

Me di una larga ducha caliente, me afeité cuidadosamente, y me puse ropa limpia. Me deshice de la camisa, los pantalones y la ropa interior que llevaba cuando entré en el hospital y dejé el traje a un lado, esperando que en la tintorería pudieran hacer algo con él. Volví a coger los mensajes y los examiné.

Anita, mi exmujer. Chance, el chulo que había matado a Kim Dakkinen, y alguien llamado Jim Faber. No conocía a nadie llamado Faber; a menos que fuera algún borracho, amigote de copas, que hubiera conocido en mi etapa de vagabundeo.

Arranqué la hoja en la que estaba escrito su número de teléfono, y me pregunté si valía la pena un viaje hasta el vestíbulo o si seria mejor llamar desde mi habitación. Si no hubiera vaciado la botella, en ese momento habría echado un buen trago. Lo que hice fue bajar y llamar a Anita desde el teléfono del vestíbulo.

Fue una conversación extraña. Fuimos muy educados, como siempre, luego nos rehuimos el uno al otro como boxeadores profesionales. En el primer asalto me preguntó para qué la llamaba.

—Te estoy devolviendo la llamada —respondí—. Siento no haberte llamado primero.

—¿Que me devuelves la llamada?

—Tengo una nota que dice que me llamaste el lunes.

—Matt —dijo ella tras un silencio—, hablamos el lunes por la noche. Y me devolviste la llamada. ¿No te acuerdas?

Sentí un escalofrío como si alguien hiciera chirriar una tiza en una pizarra.

—Por supuesto que me acuerdo —dije—. ¡Pero no sé cómo ha llegado de nuevo la nota a mi casilla! Pensé que habías llamado otra vez.

—Pues no —dijo ella.

—Ya. Se me debió de caer la nota, y algún imbécil creyó hacerme un favor volviendo a colocarla en la casilla.

—Sí, eso debió de ser lo que pasó —confirmó.

—Seguro —afirmé—. Anita, estaba un poco bebido la otra noche cuando te llamé, y no me acuerdo muy bien de lo que hablamos. ¿Te importaría recordarme la conversación, por si me olvido de algo?

Habíamos hablado de la ortodoncia de Mickey. Yo le había aconsejado que pidiera la opinión de otro especialista. Le aseguré que esa parte la recordaba. ¿Había algo más? Yo había mencionado que esperaba mandar más dinero pronto, una suma más importante que la que había mandado últimamente, y que entonces no habría ningún problema para pagar la ortodoncia del pequeño Mickey. También le aseguré que recordaba esa parte. Ella me dijo que aquello fue todo lo que hablamos, y que por supuesto yo había charlado con los chicos. Sí, cómo no, recordaba mi conversación con ellos. ¿Eso era todo? Bueno, entonces mi memoria no era tan mala.

Cuando colgué temblaba como una hoja. Me senté y traté de recordar la conversación. No tenía solución. No recordaba absolutamente nada entre el momento en que mis dedos se cerraron sobre aquel tercer vaso, el domingo por la noche, y aquel en que recuperé la conciencia en el hospital. Todo se había esfumado.

Rompí la nota en dos, luego en cuatro, y me guardé los pedazos en el bolsillo. Miré el otro mensaje. El número que Chance me había dejado era el del servicio. Pero llamé a la comisaría de Midtown North. Durkin no estaba en aquel momento, pero me dieron su número particular. Parecía grogui cuando respondió al teléfono.

—Deme un segundo. Déjeme encender un cigarrillo —dijo. Cuando se volvió a poner parecía despierto—. Estaba viendo la tele —dijo—, y me había quedado traspuesto. ¿Qué sucede, Scudder?

—Ese chulo ha estado intentando ponerse en contacto conmigo

—dije.

—Ponerse en contacto, ¿cómo?

—Por teléfono. Me dejó su número de teléfono, el del servicio de mensajes. Lo cual quiere decir que se encuentra en la ciudad, y si usted quiere atraparlo…

—Nosotros no le buscamos —me cortó.

Durante un angustioso momento pensé que debí de haber hablado con Durkin durante mi período de amnesia. Sin embargo, él siguió hablando y me di cuenta de que no había sido así.

—Lo tuvimos un buen rato en comisaría —explicó—. Teníamos una orden de arresto pero él acudió voluntariamente. Tiene un abogado muy astuto, aunque él no lo hace nada mal.

—¿Lo han dejado ir? —inquirí.

—No teníamos ningún motivo para retenerlo. Tenía una coartada que cubría ampliamente la hora estimada de la muerte. La coartada parece sólida, y no tenemos nada para desbaratarla. El empleado que recibió a Charles Jones en el Galaxy es incapaz de describirlo. Ni siquiera está seguro de si era blanco o negro. Tiene la impresión de que era blanco. ¿Cómo presentaría un caso semejante al jurado?

—Pudo haber alquilado perfectamente la habitación por medio de alguien. Los grandes hoteles no suelen controlar a la gente que entra y sale —insistí.

—Tiene razón —dijo—. Pudo haber alquilado la habitación por medio de alguien. También pudo haberla matado por medio de alguien.

—¿Presume que eso fue lo que hizo? —pregunté.

—No me pagan para hacer presunciones. Sé que no tenemos la más mínima prueba contra ese hijo de puta.

Pensé un momento.

—¿Para qué querrá hablar conmigo?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —contestó Durkin.

—¿Sabe acaso que fui yo quien le puso a usted sobre su pista?

—No por mí.

—¿Entonces qué quiere de mí?

—¿Por qué no se lo pregunta usted mismo? —dijo Durkin.

Hacía calor en la cabina. Abrí un poco la puerta para que circulara algo de aire.

—Tal vez lo haga —contesté.

—Por supuesto. Pero… ¿Scudder? No quede con él en un callejón oscuro, ¿vale? Porque si tiene algo contra usted debe protegerse.

—Desde luego —lo tranquilicé.

—Y si le atrapa no olvide dejar un mensaje antes de morir. Es lo que hacen siempre en la tele.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Algo sutil —terció—, pero tampoco muy sutil, ¿entiende? Lo bastante sencillo para que yo lo pueda entender.

Eché diez centavos y llame al servicio de Chance. La mujer con voz ronca de fumadora respondió.

—Ocho-cero-nueve-dos. ¿Puedo servirle en algo? —preguntó.

—Me llamo Scudder. Chance me llamó y le devuelvo la llamada.

Me dijo que esperaba hablar con él pronto y me pidió el número de teléfono. Se lo di, subí a mi habitación y me eché en la cama.

Al cabo de menos de una hora sonó el teléfono.

—Soy Chance. Quiero agradecerle que me devolviera la llamada.

—Acabo de recibir los dos avisos hace menos de una hora.

—Me gustaría hablar con usted —dijo—. Cara a cara.

—De acuerdo —contesté.

—Estoy abajo. En el vestíbulo de su hotel. Creo que podríamos ir a tomar una copa o un café al bar de la esquina, ¿le parece?

—De acuerdo —dije.

# 10

—Sigue creyendo que yo la maté, ¿no es verdad? —dijo.

—¿Qué importa lo que yo crea? —respondí.

—Me importa a mí.

—Nadie me paga por pensar —dije, plagiando a Durkin.

Nos encontrábamos en un reservado al fondo de un café cercano a la Octava Avenida. Mi café era negro, el suyo algo más claro que su tono de piel. También pedí un *muffin* tostado pensando que debía comer algo, pero fui incapaz de tocarlo.

—Yo no la maté —terció.

—De acuerdo —dije.

—Tengo lo que podríamos llamar una coartada en profundidad. Aquella noche estaba en una sala llena de gente que podría atestiguarlo. En ningún momento estuve cerca del hotel.

—Es práctico.

—¿Qué significa eso? —preguntó Chance.

—Lo que quiera usted que signifique —contesté.

—Está diciendo que pude pagar a alguien para que lo hiciera —aventuró.

Me encogí de hombros. Estaba incómodo sentado ante él, pero sobre todo me sentía cansado. No tenía miedo.

—Quizás hubiera podido hacerlo, pero no.

—Si usted lo dice.

—¡Maldita sea! —exclamó, y bebió un poco de café—. ¿Representaba para usted más de lo que pretendió la otra noche?

—No —contesté.

—Simplemente la amiga de una amiga, ¿verdad? —dijo.

—Eso es —respondí.

Me miró. Su mirada me cegaba.

—Se ha acostado con ella —dijo—. Claro, eso es lo que pasó —dijo, antes de que yo pudiera responder—. ¿Cómo si no iba ella a

darle las gracias? Esa mujer solo hablaba una lengua. Espero que no sea la única compensación que obtuvo, Scudder. Espero que ella no haya pagado sus honorarios en moneda de puta.

—Mis honorarios son cosa mía. Lo que pudo pasar entre ella y yo es cosa mía —dije.

—Solo estoy tratando de entender de dónde sale usted.

—Yo no salgo de ninguna parte. Hice un trabajo por el que he sido pagado en su totalidad. El cliente está muerto y yo no tengo nada que ver con ello, ni ello tiene nada que ver conmigo. Usted afirma que no tiene nada que ver con su muerte. Puede ser verdad y puede que no. No lo sé, y no tengo por qué saberlo y, sinceramente, me importa tres cominos. Eso es un asunto entre usted y la policía. Y yo no soy policía.

—Pero lo ha sido —dijo.

—Pero ya no lo soy. No soy poli, ni el hermano de la víctima, ni un ángel justiciero con una espada llameante. ¿Cree que me importa quién mató a Kim Dakkinen? ¿Lo cree de verdad?

—Sí —contestó.

Lo miré.

—Sí, no creo que este asunto le resbale —dijo—. Está interesado en saber quién la ha matado. Por eso estoy aquí —esbozó una sonrisa conciliadora—. Por eso quiero contratar sus servicios, señor Matthew Scudder. Quiero que averigüe quién la mató.

Me llevó un tiempo tomar en serio su propuesta. Luego hice todo lo que pude para disuadirle. Si había alguna pista para llegar hasta el asesino, le dije, la policía tenía la mejor oportunidad para encontrarla y seguirla. Tenían la autoridad, los efectivos, la capacidad, los contactos y los medios. Yo no tenía nada de eso.

—Se olvida de algo —terció Chance.

—¿Sí? —pregunté.

—La policía no va a indagar. Ellos saben realmente quién la mató. Como no tienen ninguna prueba, no pueden hacer nada; pero eso les sirve de excusa para no continuar buscando. «Sabemos que Chance ha sido quien la ha matado —pensarán—, pero como no lo podemos probar, ocupémonos de otra cosa». Y Dios sabe que tienen cantidad de trabajo que hacer. Y si se pusieran a indagar, lo único que buscarían sería cómo endosármelo. Ni siquiera investigarían si hubiese otra persona en la tierra con alguna razón para desear su

muerte.

—¿Cómo quién? —pregunté.

—Eso es lo que debería descubrir.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por dinero —dijo, y sonrió de nuevo—. No le estoy pidiendo que trabaje gratis. Tengo bastante dinero en efectivo. Puedo pagarle bastante bien.

—No es eso lo que quiero decir —aclaré—. ¿Por qué quiere que yo me encargue de este caso? ¿Por qué quiere encontrar al asesino, suponiendo que tenga alguna oportunidad de encontrarlo? No es para sacarle del lío porque no está metido en ningún lío. La policía no tiene pruebas contra usted y no parece que vayan a dar con ninguna. ¿Por qué tanto interés en que este caso no pase a la historia como no resuelto?

—A lo mejor es que me preocupa mi reputación —respondió con mirada tranquila y firme.

—¿Cómo? Creo que su reputación sale reforzada. Si la creencia para los de la calle es que ha sido usted quien la ha matado y no le han pescado, la próxima chica que quiera dejar su protección tendrá que pensárselo dos veces. Incluso aunque no haya tenido nada que ver con la muerte de Kim Dakkinen, no veo por qué ha de rechazar esa ventaja.

Golpeó dos veces la taza con el índice.

—Alguien ha matado a una de mis mujeres —dijo—. No quiero que el asesino se salga con la suya.

—Ella no era suya cuando la mataron —puntualicé.

—¿Y quién lo sabe? Usted lo sabía, ella lo sabía y yo lo sabía. ¿Pero lo sabía alguna de las demás? ¿Lo sabía la gente de los bares y de la calle? ¿Lo saben ahora? Para todo el mundo, una de mis mujeres ha sido asesinada, y el asesino se va a salir con la suya.

—¿Y eso daña su reputación? —pregunté.

—No me ayuda en absoluto. Hay más cosas —añadió—. Mis chicas tienen miedo. Kim ha sido asesinada, y el tío que lo hizo aún anda por ahí suelto. ¿Y si lo vuelve a hacer?

—¿Asesinar a otra prostituta? —dije.

—A otra de mis chicas —dijo con el mismo tono—. Scudder, ese tío es un revólver cargado, y no sé a quién está apuntando. Quizá matar a Kim sea una forma de llegar a mí. ¿Cómo saber si otra de

mis chicas no figura en la lista de las próximas víctimas? Sé una cosa, que mis negocios ya se están resintiendo. Para empezar les he dicho que no acepten citas en hoteles, eso es de novatas, y que rechacen a los clientes nuevos si no tienen un aspecto del todo normal. Es como decirles que dejen el teléfono descolgado.

El camarero se acercó con una jarra de café y nos llenó las tazas. Yo aún no había tocado el *muffin* tostado y la mantequilla fundida comenzaba a endurecerse. Le pedí que se lo llevara. Chance se echó leche en el café, y me acordé del día que estaba sentado con Kim y ella bebía su café con mucha leche y azúcar.

—¿Por qué yo, Chance? —pregunté.

—Ya se lo he dicho. La poli no se va a deslomar. Solo hay un medio para que alguien se parta los cuernos con este asunto: pagar —concluyó.

—Hay otros detectives. Podría contratar a toda una agencia y hacerles trabajar las veinticuatro horas del día —insistí yo.

—Nunca me gustaron los deportes de equipo —dijo—. Prefiero dos tipos cara a cara. Además usted está más o menos implicado en el asunto. Conocía a la chica —dijo.

—No creo que sea una ventaja.

—Y yo le conozco —dijo Chance.

—¿Porque me ha visto una vez? —pregunté.

—Y me gusta su estilo. Eso tiene su importancia —sentenció.

—¿De veras? La única cosa que sabe de mi es que sé cómo mirar un combate de boxeo. Eso no es mucho —dije.

—Pero cuenta. Además sé bastante más que eso. He estado preguntando por ahí. Sé como trabaja, mucha gente le conoce, y la mayoría habla bien de usted.

Me quedé en silencio un momento.

—Podría haberla matado un psicópata. Hizo que lo pareciera, así que tal vez es lo que pasó realmente —dije.

—El viernes me enteré de que quería dejarme. El sábado le comuniqué que estaba de acuerdo. El domingo un loco vuela desde Indiana y la corta en pedazos, por pura coincidencia.

—Las coincidencias ocurren a todas horas —tercié—; pero no, no creo que fuese una coincidencia. —¡Dios! Qué cansado estaba. Dije—: No me apetece mucho ocuparme de este caso.

—¿Por qué no?

Porque no deseo hacer nada, pensé. Quiero sentarme en una esquina oscura y desconectarme del mundo. Me apetece un trago, maldita sea.

—Ese dinero le puede ser útil —dijo Chance.

Era bastante cierto. No me quedaba mucho de mis últimos honorarios, y mi hijo Mickey necesitaba ortodoncia; y tras eso vendría otra cosa más.

—Tengo que pensarlo.

—De acuerdo —contestó.

—Soy incapaz de concentrarme ahora —me excusé—. Necesito tiempo para ordenar mis pensamientos.

—¿Cuánto tiempo? —inquirió Chance.

Meses, pensé, pero respondí:

—Un par de horas. Le llamaré esta noche. ¿Hay algún número donde pueda encontrarle o llamo al servicio?

—Diga una hora que le convenga. Me encontrará delante de su hotel —propuso.

—No tiene por qué hacer eso —dije.

—Es demasiado fácil decir no por teléfono —insistió—. Prefiero una respuesta cara a cara. Y además, si responde que sí, tendremos que hablar un rato. Y querrá algún anticipo. Diga una hora —dijo, y encogí los hombros.

—¿A las diez?

—Delante del hotel.

—De acuerdo —contesté—. Pero si tuviera que responder ahora sería que no.

—Entonces es una suerte que tenga hasta las diez.

Pagó los cafés; no discutí.

Volví al hotel y subí a la habitación. Traté de pensar con lucidez, y no podía. No me encontraba a gusto. Iba y venía del sillón a la cama, preguntándome por qué no le había dado un no definitivo. Con el agravante de que ahora debía esperar a que fueran las diez para encontrar el modo de rechazar lo que me iba a proponer.

Sin pensar mucho lo que hacía me puse el sombrero y el abrigo y me fui hasta el Armstrong. Atravesé la puerta sin saber lo que iba a pedir. Me acerqué a la barra, y Billie comenzó a negar con la cabeza cuando vio que me acercaba.

—Lo siento muchísimo, Matt —dijo—. No puedo servirte.

Noté que me subían los colores. Estaba avergonzado y enfadado.

—¿De qué estás hablando? ¿Crees que estoy borracho? —pregunté.

—No —contestó.

—¿Entonces por qué demonios no me vas a poder servir? —exclamé.

Su mirada evitó la mía.

—Yo no hago las normas. No he dicho que no fueras bienvenido aquí. Café o Coca-Cola, o cualquier cosa de comer. Eres cliente desde hace mucho tiempo, y te tenemos cariño. Pero tengo orden de no servirte alcohol.

—¿Quién lo dice? —pregunté.

—El jefe. Cuando estuviste la otra noche… —empezó Billie.

—Oh, Dios mío —dije—, siento mucho lo de la otra noche, Billie. La verdad, tuve un par de noches malas. Ni siquiera sé por qué vine aquí.

—No te preocupes —me tranquilizó él.

Mierda, en ese momento hubiera querido encontrarme bajo tierra.

—¿Estaba muy mal, Billie? ¿Causé algún problema? —pregunté.

—Bueno, hombre —dijo él—. Estabas borracho. Eso pasa, ¿verdad? Hace tiempo, la dueña de mi pensión, una irlandesa, me dijo tras llegar la noche anterior con una borrachera que no veía: «Pero hijo, eso le puede pasar a un obispo». No Matt, no armaste ningún jaleo.

—Entonces…

—Escucha —dijo, inclinándose hacia adelante—, te voy a repetir lo que me dijo el jefe. Dijo: «Si ese tipo quiere beber hasta morir, no puedo detenerle, y si quiere entrar aquí será bien recibido, pero no seré yo quien le venda alcohol». No hablo por hablar, Matt Eso es exactamente lo que me dijo.

—Entiendo.

—Si fuera por mí… —comenzó Billie.

—De todas formas no vine a tomar una copa, sino a por un café —dije yo.

—En ese caso… —dijo él.

—En ese caso, a la mierda el café —dije—. En ese caso me

apetece un trago y no creo que sea difícil encontrar a alguien que me lo sirva.

—No te lo tomes así, Matt —dijo Billie.

—No me digas cómo me lo tengo que tomar. ¡Déjame en paz, coño! —exclamé.

Sentí algo gratificante en aquella cólera. Salí a grandes pasos y me detuve en la acera, preguntándome adónde iría a tomar una copa.

Oí que me llamaban por mi nombre. Me volví. Un tipo con cazadora militar me sonreía amablemente. No lo reconocí al principio. Me dijo que se alegraba de verme y me preguntó qué tal estaba. En ese momento caí.

—Hola, Jim. No me va del todo mal —respondí.

—¿Vas a la reunión? Te acompaño.

—Vaya —balbuceé—. Lo siento pero no creo que pueda ir esta noche. Tengo una cita.

No dijo nada pero me sonrió. Sentí un chasquido; le pregunté si su apellido era Faber.

—Así es —dijo él.

—¿Me llamaste al hotel? —pregunté.

—Solo quería saludarte. Nada importante —contestó.

—El nombre no me dijo nada, de otro modo te habría devuelto la llamada —me disculpé.

—Por supuesto. ¿No quieres venir a la reunión? —insistió.

—De veras que me gustaría, pero… —empecé.

Esperó.

—He tenido algún problemilla estos días, Jim.

—Es normal.

Ni siquiera podía mirarle.

—He vuelto a beber. Estuve, no sé, siete u ocho días. Luego empecé de nuevo. Todo iba bien, ya sabes, controlando, pero una noche tuve problemas —expliqué.

—Tus problemas comenzaron cuando tomaste aquel primer trago —dijo él.

—Quizá, no lo sé —dije yo.

—Por eso te llamé —dijo con voz reposada—. Pensé que igual necesitabas ayuda.

—¿Cómo lo sabías?

—Bueno, no estabas muy fresco en la reunión del lunes por la noche —dijo él.

—¿Estuve en la reunión? —inquirí.

—¿No te acuerdas? Intuí que pasabas por un lapsus —dijo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé.

—¿Qué ocurre?

—¿Fui allí borracho? ¿Entré borracho en la reunión de
A. A.
?

—Tal como lo dices parece un pecado mortal —rio—. ¿Acaso piensas que eres el primero?

—Pero eso es terrible —tuve ganas de morirme.

—¿Qué es terrible? —preguntó.

—Nunca podré volver. No seré capaz de volver a entrar en esa sala.

—Te avergüenzas de ti mismo, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Yo también me avergonzaba de mis períodos de amnesia —dijo—. No quería que me hablaran de ello y siempre temía lo que podía haber hecho involuntariamente. Si te puede ayudar, te diré que no hiciste nada terrible. No montaste ningún escándalo. No interrumpiste a nadie. Derramaste una taza de café, eso fue todo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé.

—Pero no la tiraste encima de nadie. Estabas ebrio, simplemente. Si lo quieres saber, no parecías muy alegre. De hecho, tenías un aspecto bastante penoso.

—Acabé en el hospital —tuve el valor de decir.

—¿Y ya has salido? —preguntó él.

—Firmé el alta esta tarde. Tuve un ataque de epilepsia, por eso me ingresaron —expliqué.

—Lo entiendo —contestó.

Caminamos en silencio.

—No creo que me pueda quedar toda la reunión. Tengo que ver a una persona a las diez.

—Te dará tiempo de quedarte casi hasta el final —dijo él.

—Sí, supongo, que sí —contesté.

Me pareció que todo el mundo me miraba. Algunos me saludaron y veía ironía en sus saludos. Otros no me decían nada, y

pensé que me estaban evitando porque mi borrachera les había ofendido. Estaba tan molesto que habría querido convertirme en el hombre invisible.

Durante el testimonio no me podía aguantar en mi sitio. No dejaba de hacer viajes a por café. Estaba convencido de que mis idas y venidas no eran bien recibidas, pero me sentía terriblemente atraído por la cafetera.

Mi mente se perdía constantemente. El conferenciante era un bombero de Brooklyn, y contó una historia muy interesante, pero no podía concentrarme en ella. Explicó que todos sus compañeros del departamento de bomberos habían sido bebedores empedernidos y que a los que no bebían los trasladaban a otro departamento.

—El capitán era alcohólico y quería verse rodeado de alcohólicos —explicó—. Solía decir: «Denme suficientes hombres borrachos y apagaré cualquier incendio». Y tenía razón. Estábamos dispuestos a todo, ir a cualquier sitio, correr los peligros más insensatos. Estábamos tan borrachos que no nos dábamos cuenta.

No entendía nada: había controlado mi consumo de alcohol y todo funcionaba perfectamente. Hasta que dejó de funcionar.

En el descanso dejé caer un pavo en el platillo y volví a por otra taza de café. Esta vez conseguí comer una galleta. Estaba de nuevo en mi sitio cuando empezó el coloquio.

Perdía constantemente el hilo de la cuestión, pero no parecía tener importancia. Escuché lo mejor que pude y aguanté todo lo que pude. A las diez menos cuarto me levanté y me escurrí por la puerta discretamente. Tenía la sensación de que todo el mundo me miraba y deseaba asegurarles que no iba a beber más, que tenía que ver a una persona, que tenía una cita de negocios.

Me di cuenta más tarde de que habría podido quedarme hasta el final. Saint Paul estaba solo a cinco minutos del hotel. Chance podría haber esperado.

Quizá buscaba un pretexto para irme antes de que me llegara el turno de hablar.

Llegué al vestíbulo a las diez en punto. Vi llegar el coche de Chance, salí a la calle y la crucé. Abrí la puerta, subí al coche y la cerré.

Él me miró.

—¿El puesto sigue vacante? —pregunté.

—Si lo quiere… —empezó, asintiendo con la cabeza.

—Lo quiero —contesté.

Asintió de nuevo, encendió el contacto y nos pusimos en marcha.

# 11

La carretera de circunvalación de Central Park tiene aproximadamente nueve kilómetros de largo. Íbamos por la cuarta vuelta en el sentido de las agujas del reloj. El Cadillac circulaba sin esfuerzo. Chance hablaba casi todo el tiempo. Yo había sacado mi agenda y, de cuando en cuando, anotaba alguna cosa.

Primero me habló de Kim. Sus padres eran inmigrantes finlandeses que se habían instalado en una granja al oeste de Wisconsin. La ciudad más cercana se llamaba Eau Claire. Kim había sido bautizada Kira, y pasó buena parte de su niñez ordeñando vacas y cultivando el huerto. Cuando tenía nueve años su hermano mayor comenzó a abusar de ella; iba todas las noches a su habitación y la obligaba a mantener relaciones sexuales con él.

—Salvo que una vez me contó la misma historia, y era su tío materno, y otra vez era su padre, de manera que quizá fuera fruto de su imaginación. O bien ocurrió de verdad, y ella la transformaba para escapar de la realidad.

Durante su penúltimo año de bachillerato tuvo una aventura con un agente inmobiliario de mediana edad. Él le dijo que iba a abandonar a su mujer para marcharse con ella. Hizo las maletas y se fueron a Chicago, en donde se quedaron tres días en el hotel Palmera House. Tomaban las comidas en la habitación. El segundo día el agente inmobiliario se emborrachó de pies a cabeza, y no dejó de decirle que él estaba arruinando la vida de ella. Al tercer día ya estaba repuesto, pero la mañana siguiente, cuando ella despertó, él se había esfumado. Había dejado una nota en donde explicaba que volvía con su mujer, que la habitación estaba pagada por cuatro días más, y que jamás podría olvidarla. Junto con la nota le había dejado seiscientos dólares en un sobre del hotel.

Se quedó toda la semana. Conoció Chicago y durmió con varios hombres. Dos de ellos le dieron dinero sin que ella se lo pidiera.

Kim pensó en pedírselo a otros, pero finalmente no tuvo coraje. Consideró volver a la granja. Sin embargo, la última noche conoció a un hombre que se hospedaba en el mismo hotel, un delegado nigeriano que asistía a algún tipo de conferencia comercial.

—Eso acabó con ella —me dijo Chance—. Dormir con un negro significaba que nunca más podría volver a su granja. Lo primero que hizo a la mañana siguiente fue coger un autobús a Nueva York.

Kim se había equivocado toda la vida hasta que él la apartó de Duffy y le puso un piso para ella sola. Tenía todo lo que hacía falta para ser una prostituta de lujo: modales, belleza, y eso era algo bueno porque no tenía el empuje necesario para trabajar en la calle.

—Era perezosa —dijo Chance. Y se quedó pensativo un instante —. Las putas son perezosas.

Tenía a seis mujeres trabajando para él. Ahora, con Kim muerta, le quedaban cinco. Habló sobre ellas a grandes rasgos para pasar más adelante a detallar cada caso, dándome los nombres, direcciones e informaciones precisas.

Tomé bastantes notas. Cuando llegamos al final de nuestra cuarta vuelta al parque, giró a la derecha y salió a la calle 72; condujo un par de manzanas y aparcó en la acera.

—Será un momento —dijo.

Esperé mientras él llamaba desde una cabina telefónica en la esquina. Había dejado el motor al ralentí. Eché un vistazo a las notas tratando de componer algo coherente con los fragmentos y vestigios de información que había obtenido.

Chance retomó su lugar al volante, miró por el retrovisor y efectuó un giro tan hábil como ilegal.

—He llamado al servicio para saber si tenía algún mensaje —comentó.

—Debería tener teléfono en el coche —dije.

—Demasiado complicado —saltó.

Nos dirigimos al sur de Manhattan y nos detuvimos junto a una boca de incendio ante un edificio de ladrillos blancos en la calle 17, entre la Segunda y la Tercera Avenida.

—Es la hora de la colecta.

Una vez más dejó el motor al ralentí, pero en esta ocasión transcurrieron quince minutos antes de que reapareciera; pasó delante del portero con un discreto trote para colarse ágilmente

detrás del volante.

—Ahí vive Donna —dijo—. ¿Le he hablado de Donna?

—La poetisa —dije yo.

—Está muy contenta. Envió dos poemas a una revista de San Francisco y se los han aceptado. Recibirá seis ejemplares gratis del número en el que los publiquen. Eso es lo único que recibirá, ejemplares de la revista.

El semáforo se puso en rojo ante nosotros. Chance aminoró la marcha, miró a derecha e izquierda, y se lo saltó tranquilamente.

—Sus poemas han aparecido una o dos veces en revistas de las que pagan. En cierta ocasión, la suma ascendió a veinticinco dólares. Es lo máximo que ha recibido hasta ahora.

—Parece difícil ganarse la vida de esa manera.

—Un poeta no puede ganar dinero. Las fulanas son perezosas pero esta no lo es cuando se trata de sus poemas. Es capaz de aguantar sentada hasta seis u ocho horas buscando las palabras precisas, y siempre tiene una docena de poemas en el correo. Se los devuelven de un sitio y ella los vuelve a enviar a otro. Se gasta más en sellos que lo que gana con el material.

Se calló un instante.

—¿Sabe cuánto dinero me acaba de dar? —dijo, riendo suavemente—. Ochocientos dólares y es solamente de los últimos dos días. Por supuesto hay días en los que su teléfono no suena ni una vez.

—Pero el promedio sigue saliendo bastante alto —dije.

—Es mejor que la poesía —me miró—. ¿Le apetece dar una vuelta?

—¿No es eso lo que hemos estado haciendo?

—Hemos estado haciendo círculos —terció—. Ahora voy a llevarle a otro mundo.

Bajamos por la Segunda Avenida, atravesamos el Lower East Side y cruzamos el puente Williamsburg para entrar en Brooklyn. Al salir del puente giramos tantas veces que perdí el sentido de la orientación y los letreros de las calles no ayudaban mucho. No reconocía los nombres. De todas formas me fijé en los barrios que pasábamos, que cambiaban de judíos a italianos o polacos, y me hice una idea de dónde estábamos.

En una calle sombría y silenciosa, repleta de casas de dos

portales, Chance se detuvo ante un edificio de ladrillo de tres plantas que tenía en mitad de la fachada la entrada al garaje. Lo abrió con un control remoto; una vez dentro, cerró. Subí tras él por una escalera hasta una espaciosa habitación de techo muy elevado.

—Me pregunto si sabe dónde estamos.

—Puede que en Greenspoint —respondí.

—Bravo. Parece conocer bastante bien Brooklyn.

—No esta parte. Los letreros de la publicidad del mercado de carne me dieron una pista.

—Ya veo. ¿Sabe de quién es esta casa? —preguntó—. ¿Oyó alguna vez hablar del doctor Casimir Levandowski?

—No —contesté.

—No me sorprende. Es un abuelete ya retirado y confinado a una silla de ruedas. Es un tipo excéntrico, muy reservado. Esta casa fue en su día una estación de bomberos.

—Sí, me imaginaba algo parecido —dije.

—Hace unos años un par de arquitectos la compraron y la remodelaron. Solo conservaron la fachada y la reconstruyeron por dentro. Debían de tener bastantes dólares porque no repararon en gastos. Mire el suelo, mire las molduras de las ventanas. —Iba señalando los detalles a la vez que los comentaba. Prosiguió diciendo—: Pasó un tiempo y se cansaron del lugar, o el uno del otro, no lo sé. Y vendieron la casa al doctor Levandowski.

—¿Vive aquí él?

—No existe —dijo Chance. Su discurso cambiaba continuamente, del gueto a la universidad—. Los vecinos nunca ven al viejo matasanos. Solo ven a su fiel criado negro, que entra y sale con el coche. Es mi casa, Matthew. ¿Quiere que le enseñe el resto?

Era una mansión extraordinaria. Había un gimnasio en la segunda planta perfectamente equipado con máquinas y pesas, sauna y *jacuzzi*. Su habitación estaba en la misma planta, y la cama, cubierta con una colcha de pieles, se hallaba centrada bajo una claraboya. Una biblioteca en el primer piso ocupaba toda la pared y al lado había una mesa de billar.

Se veían máscaras africanas por todas partes y alguna escultura aquí y allá. Chance señalaba alguna pieza, indicándome el nombre de la tribu de donde provenían. Yo le mencioné las máscaras que había visto en el piso de Kim.

—Máscaras de la sociedad Poro —dijo—. De las tribus de los Dan. Tengo un par de máscaras en todos los pisos de mis chicas. No son los objetos más valiosos, por supuesto, pero tampoco son chatarra. Yo no poseo ninguna chatarra.

Descolgó de la pared una máscara bastante tosca y me la tendió para que la examinara. Las aberturas de los ojos eran rectangulares, y todos los rasgos eran geométricamente precisos; el efecto del conjunto, en su sencillez, era de una gran fuerza.

—Esta es una máscara Dogan —dijo—. Cójala con las manos. Los ojos no bastan para apreciar la escultura. Las manos tienen que participar. Venga, cójala.

La cogí. Pesaba algo más de lo que había pensado. La madera en la que estaba esculpida debía de ser muy densa.

Chance alcanzó un teléfono de una mesita de teca, y marcó un número.

—¿Sí, querida? ¿Algún mensaje? —Escuchó un momento, y luego colgó—. Paz y tranquilidad. ¿Le puedo ofrecer una taza de café?

—Si no es molestia —dije.

Me aseguró que no. Mientras el café se hacía, me explicó que los artesanos africanos no consideraban sus obras como piezas de arte.

—Todo lo que hacen tiene una función específica —comentó—. Proteger la casa, espantar los espíritus o para ser utilizado en un rito específico de la tribu. Si la máscara ha perdido su poder la desechan y esculpen una nueva. La vieja es basura, la queman, la desarman, porque ya no sirve.

Se echó a reír.

—Luego llegaron los europeos y descubrieron el arte africano. Algunos pintores franceses se inspiraron en estas máscaras. Ahora resulta que en África, los artesanos se pasan el día haciendo máscaras para exportarlas a Europa y a América. Reproducen las viejas formas porque son las que quieren sus clientes; pero es gracioso, las obras no valen nada. No tienen sentimiento. No son verdaderas. Si las miras y las coges con las manos, y luego tomas una auténtica, enseguida se nota la diferencia; si es que verdaderamente el objeto le dice algo. Tiene gracia, ¿verdad?

—Interesante —contesté.

—Si tuviera alguna de esas baratijas por aquí, se la enseñaría,

pero no tengo. Compré algunas al principio. Uno debe cometer equivocaciones para llegar a lo auténtico. Pero me libré de ellas, las quemé en esa chimenea de ahí —sonrió—. La primera pieza que compré aún la conservo. Está colgada en el dormitorio. Una máscara Dan, Sociedad Poro. No sabía un carajo de arte africano pero la vi en una tienda de antigüedades y me atrajo su integridad artística. —Se detuvo, negó con la cabeza—. ¡Qué digo! Lo que pasó fue que miré aquella pieza de madera negra y lisa y estaba mirándome en un espejo. Me vi, vi a mi padre, vi el pasado. ¿Sabe lo que quiero decir?

—No estoy seguro —contesté.

—Demonios, quizá yo tampoco lo esté —negó con la cabeza—. ¿Sabe lo que pensaría uno de esos artesanos? Pensaría: «Mierda. ¿Qué coño quiere este negro loco con todas esas viejas máscaras? ¿Por qué las cuelga en la maldita pared?». El café está listo. Lo quiere solo, ¿verdad? —preguntó.

—¿Cómo se las apaña un detective para investigar? —continuó—. ¿Por dónde empieza usted?

—Moviéndome por ahí y hablando con la gente. A menos que a Kim la haya matado un loco por pura coincidencia, su muerte es el resultado de su vida —cerré mi bloc de notas—. Hay muchas cosas que desconoce de su vida —concluí.

—Sin duda.

—Hablaré con la gente, a ver qué me pueden decir. Quizá todo encaje y nos lleve a algún sitio; quizá no —dije.

—Mis chicas saben que pueden hablar con usted con total confianza —dijo Chance.

—Eso me ayudará.

—Puede que no sepan nada, pero si lo saben… —empezó.

—Algunas veces la gente sabe cosas sin saber que lo sabe —sugerí yo.

—Y algunas veces las dicen sin saber que lo han dicho —dijo él.

—También es verdad —dije.

Se levantó, y puso los brazos en jarras.

—Es curioso. No tenía intención de traerle aquí. No pensé que necesitara saber nada de esta casa. Y le he traído sin que usted me lo pidiera.

—Es una casa magnífica —dije.

—Gracias —contestó él.

—¿Le impresionó a Kim?

—Nunca estuvo aquí —respondió—. Ninguna de mis chicas la ha visto. Hay una vieja señora alemana que viene por aquí una vez a la semana para limpiar. Consigue que todo esté reluciente. Ella es la única mujer que ha estado en esta casa. Desde que es mía, se entiende, y los arquitectos que vivían aquí no tenían mucho trato con mujeres. Queda un poco más de café.

Su café era delicioso. Y yo había bebido bastante, pero era demasiado bueno para rechazarlo. Cuando poco antes se lo había mencionado, me explicó que era una mezcla de café colombiano y jamaicano. Me había ofrecido medio kilo, pero le comenté que no me serviría de mucho en la habitación del hotel.

Me bebí la taza mientras él volvía a llamar al servicio de mensajes.

—¿Le importaría darme el número de aquí? —le dije cuando colgó—. ¿O lo quiere mantener en secreto?

—No estoy mucho tiempo aquí —dijo él riendo—. Le será más sencillo llamar al servicio.

—De acuerdo —contesté.

—Y el número de aquí no le serviría de mucho —dijo—. Ni siquiera yo lo sé. Tengo que consultar una vieja factura. Además si lo marcase, no pasaría nada.

—¿Y eso? —pregunté.

—Porque los timbres no suenan. Los teléfonos son para hacer llamadas al exterior. Cuando me establecí en este lugar, me aboné al servicio de mensajes y coloqué extensiones por todos los sitios, de manera que nunca estuviera muy lejos de un aparato, pero jamás di el número a nadie, ni siquiera al servicio. A nadie —concluyó.

—¿Y? —pregunté.

—Y una noche que me encontraba aquí, creo recordar que estaba jugando al billar, el teléfono sonó, lo que me sobresaltó bastante. Era alguien que quería que me suscribiera al *New York Times*. Luego, dos días más tarde, recibí otra llamada de alguien que se había equivocado. Entonces me di cuenta de que las únicas llamadas que recibiría iban a ser de números equivocados, y gente vendiendo cosas. Cogí un destornillador y abrí todos los aparatos. Hay un pequeño martillo que golpea la campana cuando la

corriente pasa por la bobina; así que simplemente quité todos los martillos de las extensiones. Marcas el número desde otro teléfono, y crees que suena porque no sabes que no hay martillo, pero dentro de la casa no se oye nada.

—Muy listo —dije.

—Tampoco hay timbre en la puerta. Hay un botón para llamar junto a la puerta, pero no funciona, porque no está conectado a ningún sitio. Esa puerta nunca se ha abierto desde que me mudé aquí. Desde fuera no se ve nada por las ventanas, y hay alarmas antirrobo por todos lados. No hay muchos asaltos en Greenpoint, este barrio polaco suele ser muy tranquilo, pero el doctor Levandowski ama su seguridad y su intimidad.

—Sí, eso parece.

—Yo no estoy muy a menudo, Matthew. Pero cuando la puerta del garaje se cierra tras de mí, me retiro del mundo. Nada me puede tocar aquí. Nada.

—Me sorprende que me haya traído aquí.

—A mí también —contestó.

Dejamos el dinero para el final. Me preguntó cuánto quería y le respondí que dos mil quinientos dólares.

Me preguntó qué cubría el precio.

—No lo sé —dije—. No cobro por horas, y no llevo una lista de gastos. Si me doy cuenta que estoy poniendo mucho dinero, o que el asunto se alarga más de lo debido, le pediré más. Pero no le pasaré factura o lo mandaré a juicio si no paga.

—Todo muy informal.

—Así es —contesté.

—Me gusta. Dinero en mano y sin recibos. No me importa pagar un cierto precio. Mis mujeres me traen mucho dinero, pero también hay una gran parte dedicada a los gastos: alquileres, gastos varios, sobornos. Cuando tienes a una fulana instalada en un edificio has de pagar. No puedes simplemente dar veinte dólares al portero en Navidades, como hacen los demás inquilinos. Es más bien del orden de veinte al mes y cien por Navidades; lo mismo con todos los empleados. Y eso suma.

—Supongo que sí —dije.

—Pero aún queda bastante. Y no lo gasto en Coca-Colas o en el juego. ¿Cuánto ha dicho? ¿Dos mil quinientos? He pagado más del

doble por la máscara Dogo que tuvo entre sus manos. Pagué seis mil doscientos dólares, más una comisión del diez por ciento que hubo que pagar a los organizadores de la exposición. ¿Eso hace cuánto? Seis mil ochocientos veinte. Y todavía hay que añadir los impuestos.

No dije nada.

—Mierda, no sé qué quiero probar —añadió él—. Que soy un negro rico, supongo. Espere un momento.

Volvió con un fajo de billetes de cien. Contó veinticinco billetes usados. Me pregunté cuánto dinero tendría en efectivo en la casa y cuánto llevaba normalmente encima. Hace años conocí a un usurero que tenía por regla no salir nunca de casa con menos de diez mil dólares en el bolsillo. No hacía de ello un secreto, y todos los que le conocían estaban al corriente del paquete que cargaba.

Sin embargo, nadie trató nunca de quitárselo.

Me llevó a casa. El camino de vuelta fue diferente: el puente de Pulaski, Queens y luego el túnel de Manhattan.

No hablábamos mucho, y en algún momento me dormí, porque tuvo que ponerme una mano en el hombro para despertarme.

Pestañeé, me enderecé en el asiento. Estábamos delante del hotel.

—Servicio de reparto a domicilio —dijo.

Me bajé y me quedé en la acera. Él dejó pasar dos taxis para realizar su giro. Miré el Cadillac alejarse hasta que se perdió de vista.

Las ideas me bullían en la cabeza como nadadores exhaustos. Estaba muy fatigado para pensar. Me fui a la cama.

# 12

—No la conocía muy bien. Nos encontramos hace un año o así en la peluquería y fuimos a tomar un café. No tuve que esforzarme mucho para darme cuenta de que no se trataba de la chica de Avon. Nos intercambiamos los números de teléfono y nos llamábamos de vez en cuando, pero jamás fuimos muy íntimas. Luego, hace un par de semanas me llamó diciéndome que me quería ver. Me sorprendió porque no hablábamos desde hacía meses.

Me encontraba en el piso de Elaine Mardell en la calle 51, entre la Primera y la Segunda Avenida. Una alfombra blanca cubría el suelo y había óleos abstractos en las paredes. En el estéreo sonaba algo inofensivo. Yo bebía café, Elaine un refresco sin azúcar.

—¿Qué quería? —pregunté.

—Me dijo que quería dejar a su chulo. Quería abrirse sin tener problemas. Y ahí es donde tú intervienes, ¿recuerdas?

—Sí, pero ¿por qué se dirigió a ti? —dije, asintiendo con la cabeza.

—No lo sé. Tengo el presentimiento de que no tenía muchas amigas. No era el tipo de asunto que pudiera tratar con alguna de las chicas de Chance; y probablemente, tampoco con alguien totalmente ajeno al mundo de la prostitución. Era joven, sabes, sobre todo si la comparas conmigo. Quizá me veía como una especie de vieja tía sabia.

—Eso es lo que eres —confirmé.

—¿Verdad? ¿Qué edad tendría? ¿Veinticinco?

—Ella decía que veintitrés. Creo que en los periódicos decían veinticuatro.

—Jesús, si era una niña —dijo Elaine.

—Lo sé —asentí.

—¿Más café, Matt? —preguntó ella.

—No, gracias —contesté.

—¿Sabes por qué creo que me escogió a mí para hablar de ello? Porque yo no tengo chulo.

Ella se acomodó en su sillón, cruzó y descruzó las piernas. Recordé otros momentos en aquel piso, uno sentado en el sillón, el otro en el sofá, con el mismo tipo de música discreta que redondeaba los ángulos de la habitación.

—Tú nunca has tenido chulo, ¿verdad? —pregunté.

—No —contestó ella.

—¿Es algo habitual tenerlo? —quise saber.

—Todas las que conocía ella tenían uno. Es casi indispensable cuando se hace la calle. Alguien tiene que defender los derechos de tu territorio y pagar la fianza cuando te detienen. Cuando se trabaja como yo en un piso como este, es diferente. Pero incluso así, la mayoría de las fulanas que conozco tiene un amiguito.

—¿Un amiguito es lo mismo que un chulo? —pregunté.

—No, en absoluto. Un amiguito no tiene rebaño de chicas. Es solo tu amigo. No le das dinero, pero le compras muchas cosas porque te apetece, le ayudas económicamente cuando tiene apuros, o cuando hay un negocio en el que quiere participar y necesita invertir enseguida, pero eso no es realmente darle dinero.

—Una especie de chulo monógamo —dije.

—Sí, algo así, pero cada niña te jura que su amiguito no es como los otros, que su relación con él es diferente; lo que nunca cambia es quién gana el dinero y quién se lo gasta.

—¿Tú tampoco has tenido un amiguito?

—Jamás. Una vez una mujer me leyó la mano y se quedó impresionada. Me dijo: «Querida, tienes una doble línea de la inteligencia. Tu cabeza controla tu corazón». —Se acercó a mí para enseñarme la mano—. Es esta línea de aquí, ¿la ves?

—Sí, no está mal —contesté.

—Es demasiado recta —dijo.

Fue a buscar un refresco y se sentó en el sofá junto a mí.

—Cuando me enteré de lo que pasó con Kim —siguió—, lo primero que hice fue llamarte, pero no estabas.

—No me pasaron ningún mensaje —dije.

—No dejé mensaje. Colgué y llamé a una agencia de viajes que conozco y, dos horas después, me encontraba en un avión rumbo a Barbados.

—¿Tenías miedo de figurar en alguna lista? —pregunté.

—No —contestó—. Pensé que Chance la había matado; y por supuesto, nunca creí que empezara a cargarse también a todas sus amigas y conocidas. No, me di cuenta de que era hora de tomar un descanso. Una semana en un hotel en la playa. Algo de sol al mediodía, un poco de ruleta por la noche, y bastante música marchosa y bailarines de ensueño para disfrutar de un buen rato.

—Una decisión muy inteligente —dije.

—La segunda noche me encontré con un tipo en una fiesta en la piscina. Estaba en el hotel de al lado. Un tío muy simpático, abogado. Se había divorciado hacía un año y medio, luego se había liado con alguien demasiado joven para él. Lo superó. Y va y se tropieza conmigo.

—¿Y? —pregunté.

—Y tuvimos una aventurilla maravillosa el resto de la semana. Largos paseos por la playa, chapuzones, tenis, cenas románticas, copas en mi terraza. Tenía una terraza que daba al mar.

—Aquí tienes una que da al East River —dije.

—No es lo mismo. Lo pasamos muy bien, Matt. Sexo del bueno, además. Pensaba que tendría que disimular por mi trabajo, ¿sabes?, actuar tímidamente. Pero no tuve que actuar. Era tímida de verdad; y tuve que superar mi timidez.

—No le dijiste… —empecé.

—¿Bromeas? Por supuesto que no —contestó—. Le dije que trabajaba para galerías de arte, que restauraba cuadros. Que trabajaba por mi cuenta. Lo encontró apasionante, y me hizo muchas preguntas. Habría sido más fácil si le hubiera dicho algo más normal pero, ya ves, quería ser realmente fascinante.

—Entiendo —dije.

Elaine se miraba las manos, posadas en sus rodillas. Su rostro no tenía ni una arruga, pero los años empezaban a reflejarse en sus manos. Me pregunté cuántos años tendría, ¿treinta y seis, treinta y ocho?

—Matt, él quería que nos volviéramos a ver aquí. No nos dijimos que estábamos enamorados ni nada de eso, pero teníamos el presentimiento de que nuestra relación podía desembocar en algo sólido. Él no quería dejar pasar la posibilidad de construir algo duradero. Vive en Merrick. ¿Sabes dónde queda? —preguntó.

—Sí, claro —dije—, en Long Island. No muy lejos de donde yo vivía.

—¿Es bonito? —preguntó.

—Algunas zonas están muy bien —contesté.

—Le di un número de teléfono falso. Sabe mi nombre pero no figuro en la guía. No he sabido nada de él, ni creo que ocurra. Me apetecía una semana de sol y un pequeño romance, y eso es lo que tuve, pero de vez en cuando pienso que podría llamarle e inventarme alguna historia sobre lo del número de teléfono equivocado. Ya se me ocurriría algo convincente.

—Probablemente.

—¿Pero para qué? —continuó—. Incluso podría llegar a convencerlo para llegar a ser su mujer, o su novia o algo parecido. Y podría dejar este piso y arrojar mi agenda de clientes a la chimenea. ¿Pero para qué? —Me miró—. Vivo bien. Ahorro dinero, siempre lo he hecho.

—Y lo inviertes —le recordé—. En inmobiliarias, ¿no? Pisos en Queens.

—No solo en Queens —puntualizó—. Me podría retirar ahora mismo si tuviera que hacerlo y seguiría viviendo cómodamente. Pero no tengo motivos para hacerlo. ¿Y para qué necesito un novio?

—¿Por qué se quería retirar Kim Dakkinen? —inquirí.

—¿Eso es lo que quería? —preguntó ella.

—No lo sé. ¿Qué motivo tenía para dejar a Chance? —insistí.

—Nunca me lo pregunté —contestó tras una pausa, negando con la cabeza.

—Yo tampoco —dije.

—Para empezar, nunca entendí por qué una chica necesita un chulo, de manera que no pido aclaraciones cuando una de ellas me dice que quiere librarse de él —explicó.

—¿Estaba enamorada de alguien? —pregunté.

—¿Kim? Puede. Pero nunca lo mencionó.

—¿Pensaba irse de la ciudad? —seguí preguntando.

—No me dio la impresión. Pero aunque ese fuera el caso, no me lo habría dicho jamás.

—¡Joder! —dije, posando la taza vacía en el borde de la mesa—. Estaba liada en algo con alguien. Solo quiero saber con quién.

—¿Por qué?

—Porque es la única forma de encontrar al asesino —contesté.
—¿Piensas que es así como funciona? —dijo.
—Por lo general así es —contesté.
—Suponte que mañana aparezco muerta. ¿Qué harías tú? —preguntó.
—Te enviaría flores —ironicé.
—En serio —insistió.
—¿En serio? Buscaría entre los abogados de Merrick —respondí.
—Debe de haber unos cuantos, ¿no crees?
—Sin duda. Pero supongo que no hay muchos que hayan pasado una semana en Barbados este mes. ¿Dijiste que se hospedó en el hotel junto al mar cerca del tuyo? No creo que fuera muy difícil de encontrar, o de relacionarlo contigo —dije.
—¿De verdad harías todo eso? —preguntó.
—¿Por qué no?
—Porque nadie te iba a pagar —respondió.
—Tú y yo somos viejos compañeros, Elaine —dije riendo.
Y así era. Cuando estaba en la policía, había entre nosotros una especie de acuerdo. Yo le echaba un cable cuando ella lo necesitaba, bien fueran problemas con la ley o con un cliente difícil. En contrapartida, cuando tenía deseos de ella, estaba disponible para mí. Me pregunté de pronto si no habría jugado un papel de chulo o de amiguito. Ni lo uno ni lo otro. ¿Qué era entonces?
—¿Matt? ¿Por qué te contrató Chance? —preguntó.
—Para averiguar quién la mató —respondí.
—¿Por qué? —dijo ella.
—No lo sé —dije, tras pensar en las razones que él me había dado.
—¿Por qué aceptaste el trabajo? —preguntó.
—Me hace falta el dinero, Elaine —respondí.
—Nunca te ha importado tanto el dinero —replicó ella.
—Por supuesto que sí. Tengo que ahorrar para mi vejez. Tengo un ojo puesto en esos pisos de Queens —ironicé.
—Muy gracioso.
—Apostaría que eres una casera —dije—. Seguro que se enamoran de ti cuando pasas a cobrar el alquiler.
—Hay un administrador que se encarga de todo eso. Nunca veo a mis inquilinos —aclaró.

—No deberías habérmelo dicho. Has arruinado mi fantasía.

—Seguro que sí —dijo ella.

—Kim me llevó a la cama después de completar su encargo —solté—. Fui a su casa, me pagó y nos acostamos.

—¿Y? —preguntó.

—Fue casi como una propina. Una forma cariñosa de dar las gracias.

—Es mejor que diez dólares por Navidades —dijo Elaine.

—Pero ¿habría hecho eso —pregunté— si estuviese enamorada de alguien? ¿Se acostó conmigo por capricho?

—Matt, te olvidas de algo —dijo.

Solo por un instante Elaine me pareció una anciana tía sabia. Le pregunté qué era lo que olvidaba.

—Matt, era una fulana —puntualizó.

—¿Eras una fulana cuando estabas en Barbados?

—No lo sé —terció—. Tal vez sí o tal vez no. Pero lo que te puedo decir es que era enormemente feliz cuando el último baile terminó y nos fuimos a la cama juntos, porque por una vez sabía lo que hacía. Y mi trabajo consiste en acostarme con hombres.

—Cuando te llamé antes —dije tras pensar un instante—, me pediste que te diera una hora, que no viniera de inmediato.

—¿Y qué? —preguntó.

—¿Lo dijiste porque esperabas a un cliente? —pregunté.

—Bueno, desde luego no era el de la lectura de la luz.

—¿Necesitabas ese dinero? —pregunté.

—¿Necesitabas ese dinero? ¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que le cobré —recalcó.

—Sin embargo, habrías podido pagar el alquiler sin ese dinero.

—Y no me habría tenido que saltar ninguna comida, ni llevar las medias con carreras. ¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó.

—Así que has visto a ese tío porque eso es lo que haces —concluí.

—Supongo que sí —dijo Elaine.

—Me preguntaste por qué acepté el trabajo —tercié.

—Eso es lo que haces.

—Algo así —confirmé.

Se quedó un instante pensativa; luego rio.

—Cuando Heinrich Heine —dijo—, el poeta alemán, se estaba

muriendo…

—¿Qué? —pregunté.

—Cuando estaba agonizando, dijo: «Dios me perdonará, es su trabajo».

—No está mal —dije.

—Supongo que en alemán suena mejor. Yo follo, tú investigas y Dios perdona —bajó los ojos—. Espero que Él perdone. Cuando me llegue la hora, espero que no esté de fin de semana en Barbados.

# 13

Cuando salí de la casa de Elaine estaba oscureciendo, y la hora punta complicaba la circulación. De nuevo estaba lloviendo, una llovizna persistente que aún hacía más lenta la circulación. Contemplaba aquel río crecido de coches y me pregunté si el abogado de Elaine no estaría en uno de ellos. Pensando en él, traté de imaginarme cómo reaccionaría al descubrir que el número de teléfono que ella le dio era falso.

Si quería podía encontrarla. Sabía su nombre. La compañía telefónica no le daría un número que no figurase en la guía; pero seguro que él tenía contactos suficientes para dar con alguien que lo consiguiera. Si aquello fallase, la podría localizar fácilmente por medio de su hotel. Le darían el nombre de su agencia de viajes, y acabaría por dar con la dirección. Por supuesto, yo había sido poli, y pensaba automáticamente en ese tipo de cosas; pero creo que cualquiera podía llegar a esas conclusiones, no pienso que fuera excesivamente complicado.

Quizá se sintió herido en su amor propio cuando se enteró de que su número era falso. Tal vez saber que ella no lo quería ver le había quitado las ganas de verla. ¿Pero no sería la idea de que ella se había confundido lo primero que le vendría a la cabeza? Entonces se dirigiría a información y supondría que el número que no figuraba en la lista no podía diferir en más de dos cifras. ¿Entonces por qué no proseguir?

Tal vez él nunca la llamó y no se enteró de que el número era falso. Quizá había arrojado el número en los servicios del avión que le llevaba de regreso con su mujer y con sus hijos.

Quizá tuviera un sentimiento de culpa de vez en cuando, pensando en la restauradora de cuadros que esperaba, sentada junto al teléfono, su llamada. Puede que acabase por lamentar su apresuramiento. Después de todo, no tenía necesidad de tirar el

número. Podía quedar con ella de vez en cuando. No había motivo alguno para hablarle de su mujer y sus hijos. Qué demonios, sin duda ella estaría agradecida de que alguien la sacara de sus pinceles y su trementina.

En el camino de regreso me detuve en un local de *delicatessen* y tomé un caldo, un sándwich y un café. El *Post* traía una curiosa historia: dos vecinos de Queens habían estado discutiendo durante meses a causa de un perro que ladraba cuando su dueño no estaba. La noche previa a la tragedia, el dueño estaba paseando el perro y este se meó en un árbol ante la casa del vecino. Casualmente, el vecino lo vio y, armándose de un arco, le disparó una flecha al animal desde una ventana. El dueño del perro corrió a su domicilio, volvió con una Walther P-38 que conservaba de la Primera Guerra Mundial. El vecino salió a la calle con su arco y sus flechas, y el dueño del perro lo dejó seco de un disparo. El vecino tenía ochenta y un años, el dueño del perro sesenta y dos, y ambos habitaban en casas contiguas desde hacía más de veinte. La edad del perro no la ponía, pero el periódico traía una fotografía del animal tirando de la correa que sostenía un agente de policía.

La comisaría de Midtown North no estaba muy lejos de mi hotel. La lluvia seguía cayendo sin demasiada convicción cuando llegué, cerca de las nueve. En recepción, un policía joven muy repeinado y con bigote me indicó la escalera con la mano; subí un piso, hasta la sala de los detectives. Cuatro policías de paisano estaban delante de sus escritorios, y otros dos miraban la televisión al fondo de la sala. Tres jóvenes negros esposados se fijaron en mí cuando entré; luego perdieron el interés al ver que yo no era su abogado.

Me acerqué a la mesa. Un policía algo calvo levantó la vista del informe que pasaba a máquina. Le dije que tenía una cita con el inspector Durkin. Un poli de otra mesa volvió la cabeza hacia mí.

—Usted debe de ser Scudder. Soy Durkin.

Su apretón de manos fue excesivamente firme, casi una prueba de masculinidad. Me señaló una silla, se sentó, apagó el cigarrillo en un cenicero rebosante de colillas, encendió otro, se reclinó y me miró. Sus ojos eran de ese color gris claro que no deja entrever nada.

—¿Sigue lloviendo? —preguntó.

—A ratos —dije.

—Qué mierda de tiempo. ¿Quiere un poco de café? —ofreció.

—No, gracias —contesté.

—¿En qué puedo servirle?

Le dije que me gustaría ver todo lo que me pudiera enseñar de Kim Dakkinen.

—¿Por qué? —quiso saber él.

—Le he prometido a alguien que indagaría en el asunto —expliqué.

—¿Le ha prometido a alguien que indagaría en el asunto? ¿Quiere decir que tiene un cliente? —preguntó.

—Sí, lo puede llamar así.

—¿Quién? —dijo.

—No puedo decírselo —respondí.

Un músculo se tensó en su mejilla. Durkin tendría treinta y cinco años y algunos kilos de más, los suficientes para hacerle parecer mayor. Todavía tenía el pelo de un castaño oscuro, casi negro. Lo llevaba liso, todo pegado a la cabeza. Debía haberle pedido prestado el secador de mano al vecino gay del piso de abajo.

—No puede guardarse eso —me dijo—. Usted no tiene licencia y, aunque la tuviera, no sería información confidencial.

—No sabía que estábamos en un tribunal.

—No lo estamos. Pero usted ha venido a pedirme un favor —contestó.

—No puedo decirle el nombre de mi cliente —dije, encogiéndome de hombros—. Es alguien que tiene un especial interés en que se atrape al asesino, eso es todo.

—Y cree que eso sucederá antes si le contrata.

—Evidentemente —confirmé.

—¿Usted también piensa lo mismo? —dijo.

—Lo único que pienso es que tengo que ganarme la vida —contesté.

—Ya, no es el único —puntualizó.

Había dicho lo correcto. Ahora yo ya no era una amenaza para él. Tan solo era un tipo que enredaba un poco para ganarse unos dólares.

Suspiró, palmeó sobre el escritorio, se incorporó y cruzó la

habitación hasta una fila de archivadores. Era un hombre rechoncho con las piernas arqueadas, iba arremangado y llevaba el cuello desabotonado y se balanceaba al andar, como un marinero. Volvió con su carpeta marrón de acordeón, se sentó, la abrió y extrajo una fotografía que arrojó sobre la mesa.

—Tenga —dijo—. Disfrútelo.

Era una foto de Kim en blanco y negro, $13 \times 18$, pero si no lo hubiera sabido nunca la hubiera reconocido. Miré la fotografía; tuve que sobreponerme a un sentimiento de vómito y me obligué a mirarla de nuevo.

—Verdaderamente se ensañó con ella —dije.

—La acuchilló sesenta y seis veces con lo que podría ser, según el forense, un machete. ¿Le habría gustado ser quien contó los golpes? No entiendo como se puede hacer algo así. Le aseguro que el trabajo del médico forense es aún peor que el mío —dijo.

—¡Toda esa sangre! —exclamé.

—No se queje, lo está viendo en blanco y negro. Imagíneselo en color —dijo.

—Qué horror —contesté.

—Le seccionó las arterias, y la sangre salió a borbotones, cubriendo toda la habitación —detalló.

—Incluso él se debió de llenar de sangre —dije.

—Algo inevitable.

—Entonces, ¿cómo salió sin que nadie se enterara? —pregunté.

—Aquella noche hacía mucho frío. Debía de llevar un abrigo para esconder lo que llevaba puesto —arrojó su cigarrillo—. O quizá no llevaba ropa cuando la descuartizó. Ella estaba desnuda, no creo que él deseara tener mucha ropa en aquel momento. De manera que lo único que tuvo que hacer al acabar fue darse una ducha. Había un magnífico cuarto de baño, y tenía todo el tiempo del mundo, así que, ¿por qué no usarlo?

—¿Estaban usadas las toallas? —pregunté.

Me miró. Sus ojos grises seguían impenetrables, pero me pareció por su gesto que me tomaba algo más en serio.

—No recuerdo haber visto ninguna toalla usada —respondió—. Uno no suele reparar en ese tipo de cosas ante semejante espectáculo. De todos modos debe figurar en el inventario. —Pasó

rápidamente las hojas del informe—. Ya debe saber que se toman fotografías de todo, y que cualquier objeto susceptible de constituir una prueba se etiqueta, se inventaría y se guarda en bolsas. Luego se manda todo al depósito, y cuando hay que preparar el caso nadie lo encuentra. —Cerró la carpeta y se inclinó hacia mí—. Le voy a contar algo. Hace dos o tres semanas recibí una llamada telefónica de mi hermana. Ella y su marido viven en Brooklyn. En Midwood. ¿Lo conoce?

—Hace unos años lo conocía muy bien —contesté.

—Ya. Probablemente era mucho más agradable cuando usted lo conocía. Pero no está mal, considerando que la ciudad entera es una cloaca. Me llamó porque al volver a casa se encontraron con que habían entrado a robar. Alguien forzó la puerta y se llevaron una televisión portátil, una máquina de escribir y algunas joyas. Me llamó para saber cómo tenía que hacer la denuncia, a quién debía llamar y qué trámites tenía que hacer. Lo primero que le pregunté es si tenía algún tipo de seguro. Dijo que no, que no pensaba que valiera la pena. Entonces le dije que lo olvidara, que no lo denunciara, que iba a perder el tiempo.

»Ella me preguntó que cómo se iba a coger al delincuente si no ponía una denuncia. Yo le expliqué que a la policía ya no le quedaba tiempo para investigar los robos. Se toma nota de las denuncias y van a parar a un archivo; pero nadie se pone a buscar para encontrar al responsable. Apresar a un delincuente *in situ* es una cosa, pero abrir una investigación, eso no es un tema prioritario y nadie tiene tiempo para eso. Me respondió que lo entendía, pero ¿qué pasaba si los objetos robados eran recuperados?; si ella no denunciaba, ¿cómo iban a devolverle sus pertenencias? Entonces le tuve que explicar hasta qué punto está podrido el sistema. Tenemos almacenes repletos de objetos robados que hemos recuperado, y tenemos carpetas llenas de denuncias, con listas de objetos robados, pero somos incapaces de devolver esas porquerías a sus legítimos propietarios. Continué así durante una hora. No quiero aburrirle con los detalles, pero después de todo, no creo que ella me creyese realmente, porque a fin de cuentas no quieres creer que todo funciona tan mal.

Abrió el informe, sacó un folio y lo ojeó frunciendo el ceño.

—Una toalla de baño blanca —leyó en voz alta—, dos manoplas

de baño blancas. Aquí no dice si estaban sucias o limpias.

Sacó un paquete de fotografías y las examinó rápidamente. Miré por encima de su hombro las fotos de la habitación donde había muerto Kim Dakkinen. La chica no aparecía en todas las fotos. El fotógrafo había documentado el escenario del crimen fotografiando prácticamente cada centímetro de la habitación del hotel.

—Una fotografía del cuarto de baño mostraba un juego de toallas sin usar.

—No hay toallas sucias —dijo.

—Se las llevó —sentencié.

—¿Qué?

—Tuvo que limpiarse; aunque se hubiera tapado la ropa manchada de sangre con un abrigo. Y en la foto no se ven suficientes toallas. Debería haber al menos dos juegos. En una habitación doble de un hotel de lujo no hay normalmente una sola toalla de baño y una pequeña.

—¿Por qué se las habría de llevar? —preguntó.

—Quizá para envolver el machete —sugerí.

—En principio tuvo que tener alguna bolsa o maleta para introducirlo en el hotel. ¿Por qué no sacarlo de la misma forma?

Convine en que pudo haberlo hecho así.

—¿Y por qué envolverlo en toallas sucias? Suponga que usted se ducha y se seca y que quiere envolver el machete antes de ponerlo en la maleta. Tiene toallas limpias ahí. ¿No debería haberme fijado en una limpia en vez de en una mojada?

—Tiene razón —confirmé.

—No vale la pena lamentarse ahora por ello, Scudder —dijo, golpeando el borde de la mesa con la fotografía—. Pero fue un despiste no notar la falta de toallas.

Repasamos el informe juntos. La parte médica contenía pocas sorpresas. La muerte se debió a causa de las hemorragias generalizadas por las múltiples heridas.

Leí las declaraciones de los testigos y repasé los demás formularios y recortes de papel que componen el expediente de una víctima de homicidio.

Tenía problemas para concentrarme. Empezaba a dolerme la cabeza y me daba vueltas. Al cabo de un momento, Durkin me dejó continuar solo. Encendió otro cigarrillo y volvió a su trabajo de

teclear.

Cuando ya no pude continuar, cerré la carpeta y se la entregué.

Él la devolvió al archivador, y a la vuelta hizo una parada en la cafetera.

—Los dos tienen leche y azúcar —terció, colocando una taza a mi lado—. No sé si es así como le gusta.

—Así me vale —dije.

—Ahora sabe tanto como nosotros —dijo él.

Le expresé mi gratitud.

—Mire, nos ha ahorrado tiempo con el soplo de lo de ese chulo. Le debemos una —explicó—. Si usted se puede ganar unos pavos, ¿por qué no?

—¿Adónde quiere ir a parar? —pregunté yo.

—Nosotros vamos a seguir con nuestra investigación —dijo, encogiéndose de hombros—. Intentar atar cabos, seguir las pistas, hasta que tengamos algo para presentar en la oficina del fiscal del distrito.

—Suena como una cinta grabada —ironicé.

—¿De veras?

—¿Y luego qué, Joe?

—Oh, Dios mío —exclamó—, este café está asqueroso.

—No está mal.

—Siempre creí que eran las tazas. Pero un día me traje mi propia taza de porcelana y no de plástico. No era porcelana fina, vale, era una taza normal, como la de los restaurantes, ya sabe.

—Claro —dije.

—Pues bien, el café seguía sabiendo mal, y al segundo día de haberme traído la taza estaba escribiendo un informe sobre una detención de algún cabronazo y sin darme cuenta la puñetera taza se cayó de la mesa y se rompió. ¿Tiene que ir a algún sitio?

—No.

—Entonces vayamos abajo. Hay un bar en la esquina.

# 14

Doblamos la esquina y caminamos manzana y medía hacia el sur por la Décima Avenida hasta llegar a una taberna digna de ser mencionada en cualquier declaración. No vi su nombre, y no estaba seguro de que lo tuviera. Podría haberse llamado «Última parada antes de ir a desintoxicación». Dos viejos con trajes de segunda mano estaban en la barra bebiendo en silencio. En el otro extremo, un latino de unos cuarenta años bebía una jarra de vino mientras leía el periódico. El barman, un tipo huesudo en camiseta y vaqueros, miraba un pequeño televisor en blanco y negro. El volumen estaba al mínimo.

Durkin y yo nos instalamos en una mesa y me tocó a mí ir a la barra a pedir las consumiciones: un vodka doble para él y un *ginger-ale* para mí. Llevé los vasos a la mesa; se fijó en mi refresco sin hacer comentario alguno.

Realmente el color se parecía al de un vaso de *whisky* con soda.

Bebió un poco de vodka.

—Ahhh, sabe, esto sí que ayuda —dijo—. Realmente ayuda.

No dije nada.

—¿Qué me estaba preguntando? ¿Adónde quiero ir a parar? Creo que usted mismo puede responder.

—Probablemente —contesté.

—Le dije a mi hermana que se comprara una televisión nueva y otra máquina de escribir, y que colocara más cerraduras en la puerta. Que no se molestara a llamar a la policía. ¿Adónde vamos a parar con Dakkinen? No vamos a ningún sitio.

—Es lo que me imaginaba.

—Sabemos quién la ha matado —dijo él.

—¿Chance? —pregunté. Él asintió—. Su coartada parece bastante buena.

—Desde luego que es buena, no hay por dónde cogerle, ¿y qué?

—preguntó—. Pudo haberlo preparado. La gente con la que estaba no dudaría en mentir con tal de ayudarle.

—¿Cree que mienten? —inquirí.

—No, pero no pondría la mano en el fuego por ello. De cualquier forma, pudo haber contratado a un asesino. Ya hemos hablado de eso.

—En efecto —confirmé.

—Si así lo hizo está limpio. Nosotros no podemos demostrar la falsedad de su coartada. Si ha pagado a un asesino nunca sabremos quién es. A menos que tengamos un golpe de suerte. Eso ocurre a veces. Un tipo dice algo en un bar y alguien que no le quiere bien lo hace correr, y de pronto sabemos algo que antes no sabíamos. Pero aunque eso sucediera, aún tendríamos que recorrer mucho camino para presentar un caso ante el juez; mientras tanto, no nos vamos a romper la cabeza indagando.

Lo que me estaba diciendo no me sorprendía, pero sus palabras tenían un efecto calmante. Tomé lentamente mi vaso y lo observé.

—En este oficio —me dijo Durkin—, hay que saber seleccionar. Trabajar en los casos en los que existe una posibilidad de ser resueltos, y dejar otros flotando en el aire. ¿Sabe cuál es el índice de criminalidad en esta ciudad?

—Sé que va en aumento.

—Dígamelo a mí. Crece cada año. Hay más y más delitos cada año, salvo que las estadísticas indican que empezamos a tener una baja en delitos menores, no porque ya no se cometan, sino porque la gente se está cansando de denunciarlos. Como el robo a mi hermana. ¿Te atracan al volver a casa y solo se llevan tu dinero? Bueno, mierda. ¿Vamos a hacer un asunto federal de ello? Considérate afortunado por estar vivo. Vete a tu casa y da las gradas al Señor.

—Para Kim Dakkinen… —empecé.

—Que se vaya a la mierda Kim Dakkinen. Una estúpida putilla que hace dos mil quinientos kilómetros para venir a vender su culo y le da dinero a un chulo negro. ¿A quién coño le importa si alguien la corta en pedazos? ¿Por qué no se quedó en su maldita Minnesota?

—Wisconsin —corregí.

—Está bien, Wisconsin. La mayoría de ellas —dijo— vienen de

Minnesota.

—Lo sé.

—Antes teníamos mil muertos por año —dijo—. Tres al día en los cinco distritos juntos. Eso ya era mucho.

—Suficiente —dije.

—Hoy es el doble —se inclinó hacia adelante—. Pero eso no es realmente nada, Matt. La mayoría de los homicidios son por violencia doméstica, o dos amigos que van a beber, y uno le mete un tiro al otro; y ni siquiera se acuerda al día siguiente. Ese porcentaje no aumenta jamás. Es el mismo. Lo que ha cambiado son los asesinatos donde la víctima y el asesino no se conocían. Es el índice de ese tipo de homicidios el que refleja la peligrosidad de un sitio. Si tomamos tan solo esos muertos, dejando a un lado los otros, y los ponemos en un gráfico, la curva sube como una flecha.

—Ayer por la noche, en Queens —dije—, un tipo se armó con un arco y flechas y el vecino lo mató con una 38.

—Sí, lo he leído. Algo de un perro que se confundía de jardín a la hora de hacer sus necesidades, ¿no?

—Más o menos.

—Eso no entraría en el gráfico; los dos se conocían —sentenció.

—Es verdad —dije.

—Pero forma parte del mismo fenómeno. La gente no deja de matarse entre sí. Ni siquiera se paran a pensarlo, simplemente se matan. ¿Cuánto tiempo hace que dejó el cuerpo? ¿Un par de años? Permítame que le diga que las cosas están mucho peor —aclaró.

—Le creo.

—Es verdad. El mundo se ha convertido en una jungla donde todos los animales van armados. ¿Se puede hacer una idea del número de gente que se pasea con revólver? —preguntó—. Un ciudadano honrado se compra un arma para protegerse, y he aquí que un hermoso día se suicida, o acaba con su mujer o con el vecino de al lado.

—El tipo del arco y las flechas —dije.

—Él o cualquier otro. Pero ¿quién le va a decir que no tenga un arma de fuego?

Se llevó las manos al estómago, donde guardaba el arma reglamentaria, debajo del cinturón.

—Yo también pensaba así pero con el tiempo uno se

acostumbra.

—¿Usted no va armado?

—No.

—¿Y no le preocupa?

Volví a la barra a pedir otra ronda; Durkin vació su vaso de un viaje, luego suspiró. Parecía un neumático deshinchándose. Encendió un cigarrillo, aspiró profundamente y echó el humo como si tuviese prisa por librarse de él.

—¡Maldita ciudad! —exclamó.

Me explicó que no había nada que hacer, que no tenía arreglo. Echó la culpa al sistema judicial: policías, tribunales y prisiones, nada funcionaba e iba peor cada día. No puedes arrestar a un tipo, luego encima no lo puedes acusar y, para colmo, no puedes meter a ese cabrón en chirona.

—Las cárceles están abarrotadas —dijo—, por eso los jueces no dictan condenas largas y los prisioneros no las cumplen hasta el final. Y además los tribunales están sobrecargados y son tan sumamente cuidadosos a la hora de proteger los derechos de los acusados que casi hace falta una fotografía del tipo cometiendo el delito para condenarlo; y si es así, lo más probable es que se anule por haber violado sus derechos al hacer la foto sin autorización. Y mientras tanto, no hay policías. La policía tiene diez mil hombres menos que hace diez años. ¡Diez mil policías menos en la calle! —exclamó.

—Lo sé —dije.

—El doble de criminales y un tercio menos de policías; y uno se pregunta por qué no es seguro caminar por la calle. ¿Y sabe por qué? Porque la ciudad está en bancarrota. No hay dinero para policías, no hay dinero para que funcione el metro, no hay dinero para nada. El país entero está perdiendo dinero, y ese dinero va a parar a Arabia Saudí. Todos esos cabrones están cambiando camellos por Cadiliacs mientras este país se revuelve en la mierda. —Se levantó—. Ahora me toca a mí ir a la barra.

—No, no. Yo iré. Esto va incluido en mis dietas —tercié.

—Es verdad, usted tiene un cliente —dijo. Se sentó de nuevo.

—¿Qué es eso que bebe? —me preguntó cuando volví con la siguiente ronda.

—Solo *ginger-ale* —contesté.

—Sí, eso me parecía. ¿Por qué no se toma una copa, una buena copa? —inquirió.

—Estoy intentando frenar un poco el consumo —respondí.

—¿Ah, sí? —Sus ojos grises se fijaron en mí cuando comprendió el significado de mi respuesta. Levantó su vaso, bebió la mitad y lo volvió a dejar en la mesa con un golpe seco—. Ha tenido una idea muy buena. —Yo creí que hablaba del refresco pero para entonces su antena ya estaba trabajando en otra frecuencia—. Hizo bien dejando el cuerpo, abandonando. ¿Sabe lo que voy a hacer? Voy a seguir seis años más.

—Para entonces tendrá sus veinte —calculé.

—Tendré mis veinte años de servicio, y tendré derecho a recibir la jubilación y largarme adonde quiera. Dejar este trabajo y este vertedero de ciudad. Florida, Texas, Nuevo México, algún lugar cálido y limpio. Olvidémonos de Florida, he oído cosas de Florida, todos esos malditos cubanos; el índice de delincuencia es similar al de aquí. Esos colombianos locos. ¿Ha oído hablar de los colombianos?

—Conozco a un sujeto —dije pensando en Royal Waldron— que afirma que son buena gente; mientras no trates de aprovecharte de ellos, claro.

—Tiene toda la razón del mundo. ¿Leyó lo de las dos niñas de Long Island City? Pasó hace seis u ocho meses. Eran hermanas, una de doce y la otra de catorce. Las encontraron en la parte de atrás de una gasolinera fuera de servicio, con las manos atadas detrás de la espalda y dos disparos en la cabeza. Balas de pequeño calibre, un 22 creo. ¿Pero a quién le importa? —Vació su vaso—. Ningún motivo aparente. No habían sido violadas, nada. Fue una ejecución. ¿Pero quién ejecuta a un par de crías?

»Luego todo se aclaró —explicó—, porque una semana después alguien entró en la casa donde vivían las niñas y se cargó a la madre de un disparo. La encontramos en la cocina con la cena aún en el horno. ¿Lo ve?, era una familia de colombianos, y el padre andaba metido en tráfico de cocaína, que es la principal industria de ese país, además del contrabando de esmeraldas.

—Yo creía que tenían muchas plantaciones de café —dije sorprendido.

—Probablemente es una tapadera. ¿Por dónde iba? Ah, sí, un

mes más tarde, el padre aparece muerto en la capital de Colombia, que no sé cómo se llama. Se hace pasar por otra persona y huye rápidamente; pero finalmente, dan con él en Colombia, tras haber matado a sus hijas y a su mujer. ¿Comprende lo que quiero decir?, los colombianos no razonan como nosotros: les jodes y no se contentan con matarte. No, acribillan a toda tu familia. Les da igual qué edad tengan los críos. Tienes un perro, un gato, un pez tropical, da igual, los puedes dar por muertos —concluyó.

—Increíble —dije.

—La mafia siempre ha tenido mucho respeto por las familias. Incluso llegan a citarse para consumar las ejecuciones y evitar así que la familia esté presente. Ahora tenemos una nueva especie de criminales que acaban con toda la familia; bonito, ¿verdad? —ironizó.

—Ya lo creo.

Apoyó las manos en la mesa para levantarse y se incorporó con cierta dificultad.

—Esta vez es mi turno. No necesito que un chulo me pague las copas —soltó—. Él es el cliente, ¿no? —preguntó al volver a la mesa—. ¿Chance? —No respondí. Continuó—: Bueno, mierda, ayer estuvo con él. Él quería verle, y ahora, usted tiene un cliente y no me quiere decir su nombre. Dos más dos hacen cuatro, ¿no?

—No puedo decirle cómo tiene que hacer las sumas —dije.

—Supongamos que tengo razón y que él es el cliente. Solo para que podamos seguir con la conversación, así no traiciona a nadie.

—Está bien —acordé.

Se inclinó hacia adelante.

—Él la mató —dijo—. Entonces, ¿qué motivos puede tener para contratarle?

—Puede que él no la matara —sugerí.

—Por supuesto que sí —con un gesto de la mano desechó cualquier posibilidad de inocencia de Chance—. Ella le dice que lo quiere dejar, él le responde que de acuerdo, y al día siguiente ella aparece muerta. Vamos, Matt, blanco y en botella.

—Volvamos a su pregunta. Entonces, ¿para qué contratar mis servicios? —pregunté.

—Quizá para alejar sospechas —dijo.

—¿Cómo? —pregunté.

—Tal vez piense que si lo contrata a usted nosotros creeremos que es inocente —contestó.

—Pero eso no es lo que usted piensa en absoluto.

—No —confirmó.

—¿De veras cree que es así como piensa?

—¿Cómo voy a saber lo que piensa un jodido chulo adicto a la coca? —soltó.

—¿Cree que es adicto a la coca? —pregunté yo.

—De alguna manera tiene que gastar el dinero. Y no es en clubes de campo ni en el cepillo de los bailes de caridad. Ahora soy yo el que va a preguntar —contestó.

—Adelante —dije.

—¿Cree que existe una posibilidad de que él no sea el asesino? —inquirió.

—Sí, creo que la hay —dije.

—¿Por qué?

—Tiene que haber un motivo para que me contratara. Y no es para que la policía le deje en paz, porque hasta ahora la policía no le ha inquietado en lo más mínimo y usted mismo ha dicho que no tiene intención de hacerlo.

—Eso no tiene por qué saberlo.

No se lo discutí.

—Veámoslo desde otro ángulo —sugerí—. Supongamos que yo nunca le hubiera llamado a usted.

—¿Cuándo? —preguntó.

—La primera vez. Entonces no se habría enterado de que había roto con el chulo.

—Siempre nos podíamos haber enterado por alguna otra fuente —dijo.

—¿Qué fuente? Kim estaba muerta y Chance no se iba a prestar a ello. Y estoy seguro de que no hay nadie más que estuviera al corriente. —Aparte de Elaine, pero no quería meterla en aquello—. No creo que se enterara por nadie más. En cualquier caso, no sería una información con la que daría en un bar.

—¿Y entonces? —preguntó.

—Entonces, ¿cómo habría explicado el asesinato?

—Sé lo que trata de decir —contestó tras mirar su vaso vacío y fruncir el ceño.

—¿Cómo lo habría explicado?

—Como lo hicimos antes que nos llamara. La obra de un psicópata, de un trastornado. ¿Sabe que ahora no le podemos llamar así? Venía en una directiva del Departamento, que mandaron hará cosa de un año, ahora se les llama PEP.

—¿Qué quiere decir PEP?

—Persona Emocionalmente Perturbada. Fue idea de un gilipollas de la Central que no tenía nada mejor que hacer. En la ciudad hay más chiflados que manos para agarrarlos, pero nuestra prioridad es llamarlos por un nombre adecuado. No queremos dañar sus sentimientos —ironizó—. No, me habría figurado que era obra de un sádico, una nueva versión de Jack el Destripador. El tipo llama a una fulana, la invita a venir a su hotel y la corta en pedacitos.

—¿Y si hubiera sido un sádico? —pregunté.

—Ya sabe cómo funciona. Esperas tener suerte y encontrar una prueba física de la presencia del asesino en el lugar del crimen. En este caso las huellas dactilares no sirvieron de nada; una habitación de hotel significa demasiadas personas en el mismo sitio, y no saber por dónde empezar. A menos que encuentres una hermosa huella sellada con sangre; y esa sería forzosamente la del asesino. Pero no tuvimos esa suerte.

—Y aunque la hubiera tenido… —sugerí.

—Aunque la hubiéramos tenido, una sola huella no nos habría servido de mucho sin un sospechoso. Los de Washington no son capaces de pronunciarse con una sola huella. Siempre dicen que no tardarán mucho pero…

—Llevan años diciendo lo mismo —concluí.

—Nunca sucede. O será para dentro de seis años, y para entonces, yo ya estaré en Arizona. Si no tenemos pruebas que nos lleven a algún sitio solo nos queda esperar a que lo haga de nuevo. Prefiero cambiar de tema, coño, no quiero empezar con la misma historia.

Pagué la siguiente ronda. Los escrúpulos que había tenido al rechazar que el dinero de un chulo pagase sus vodkas parecían haberse disuelto en el mismo alcohol que nacieron. Estaba claro que estaba bebido, pero solo si sabías dónde mirar. Le brillaban los ojos y eso se reflejaba en todo su comportamiento. Estaba interpretando su papel en una típica conversación de borrachos, en la que una

pareja de alcohólicos se pasan la palabra respetuosamente hablándose a sí mismos a gritos.

No habría notado nada si le hubiera acompañado con el vodka. Sin embargo, estaba sobrio, y mientras el alcohol hacía su efecto en él, el abismo crecía entre nosotros.

Yo intentaba centrar la conversación en el tema de Kim Dakkinen, pero él se iba constantemente. Quería hablar de todo lo que no funcionaba en Nueva York.

—¿Sabe por qué nada funciona? —dijo, inclinándose hacia mí y bajando el tono de la voz como si fuéramos los únicos dos clientes que quedábamos en el bar; solo nosotros dos y el barman—. Pues bien, se lo voy a decir. Son esos jodidos negros.

No hice ningún comentario.

—Y los mestizos. Los negros y los hispanos —añadió.

Dije algo acerca de polis negros y puertorriqueños. No le gustó mi observación.

—No me diga eso. Hay un tipo con el que suelo patrullar a menudo. Larry Haynes se llama, a lo mejor lo conoce —no lo conocía—. Es un tío genial. Yo le confiaría mi vida. ¡Qué coño, eso ya ha pasado! Es negro como el carbón y jamás he encontrado mejor persona en el departamento. Pero eso no tiene nada que ver con lo que estoy hablando. —Se limpió la boca con el dorso de la mano—. ¿Alguna vez ha subido en el metro?

—Siempre que me hace falta —contesté.

—Mierda, nadie sube por gusto. La ciudad vive en una cáscara de nuez, la maquinaria se estropea continuamente, los vagones están llenos de pintadas y apestan a meados, los polis que patrullan por allí son totalmente incapaces de evitar los delitos que se cometen. ¿Pero de qué estoy hablando? Mierda, si yo tomo el metro y miro a mi alrededor, ¿sabe cómo me siento? Me siento en un jodido país extranjero.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que todo el mundo es negro o hispano. U oriental, tenemos todos esos inmigrantes chinos, además de los coreanos. A los coreanos no les podemos reprochar absolutamente nada, ellos se montan esos estupendos puestos de verduras por toda la ciudad, trabajan las veinticuatro horas del día y mandan a sus hijos a la universidad; pero todo eso forma parte de algo —

concluyó.

—¿De qué? —quise saber.

—Mierda, sé que esto que voy a decir suena intolerante, pero qué le vamos a hacer. Antes esto era una ciudad de blancos; y ahora, hay veces que tengo la impresión de que soy el último blanco que queda —dijo.

Tras un silencio que se alargó más de la cuenta, continuó:

—Ahora la gente fuma en el metro, ¿lo ha notado?

—Sí —contesté.

—Eso antes no se veía. Una persona podía asesinar a sus padres con un hacha pero nunca osaría encender un cigarrillo en el metro. Ahora tenemos a toda la clase media fumando tranquilamente en los vagones. Eso desde hace unos meses. ¿Sabe cómo empezó todo? —preguntó.

—No.

—¿No se acuerda, hace un año, de un tipo que estaba fumando en el metro, en la línea PATH, y cuando el policía le pidió que lo apagara el tipo sacó una pistola y lo mató? ¿No lo recuerda?

—Sí, lo recuerdo.

—Ahí empezó todo. Lo lees, y quienquiera que seas, ya seas policía o un ciudadano de a pie, no te das ninguna prisa en decirle al tío que tienes enfrente que apague el jodido cigarrillo. De manera que algunos lo encienden y nadie les dice nada; y cada día hay más que lo hacen. ¿A quién cojones le importa si fuman o no fuman en el metro cuando es una pérdida de tiempo denunciar un robo? Dejas de preocuparte de un aspecto de la ley, y la gente actúa como si ese aspecto no existiera —frunció el ceño—. Pero piense en ese policía de la PATH. ¿Le gustaría morir así? No has acabado de pedir a un tío que apague el cigarrillo y ¡bang! Estás muerto.

Le conté la historia de la madre de Rudenko, muerta por una bomba porque un amigo le había llevado una tele equivocada. Y así fuimos intercambiándonos terribles historias. Me contó la de una asistenta social a la que llevaron a la azotea de un sórdido edificio donde la violaron repetidas veces y luego la lanzaron al vacío. Me vino a la cabeza una historia que leí hace tiempo de un crío de catorce años abatido por otro de la misma edad porque se había reído de él. Durkin me contó varios casos de niños de los que habían abusado hasta matarlos, y uno de un hombre que había

ahogado al bebé de su novia porque estaba harto de pagar a una canguro para poder ir al cine. Yo mencioné la historia de la mujer de Gravesend, muerta por un disparo mientras colgaba ropa en el armario.

—El alcalde cree haber encontrado la respuesta. La pena capital. Recuperar el gran trono negro —dijo.

—¿Piensa que ocurrirá?

—Sin duda, el pueblo lo quiere. Hay una buena razón para que funcione, y no me lo va a negar. Fríes a uno de esos cabrones, y al menos sabes que no lo va a hacer de nuevo. Qué coño, yo voto por ello. Desempolvemos la silla, retransmitamos las ejecuciones por televisión, pongamos anuncios, busquemos unos dólares y contratemos a unos cuantos polis más. ¿Quiere que le diga algo? —preguntó.

—¿Qué?

—Ya tenemos la pena capital. No para los criminales, sino para los ciudadanos normales. El hombre de la calle tiene más oportunidades de ser asesinado que las que tiene un asesino de sentarse en la silla. Cada día hay cinco, seis, y hasta siete que encuentran la pena de muerte.

Su tono había subido ligeramente y el camarero estaba atendiendo a nuestra conversación. Habíamos conseguido que apartase la vista de la tele.

—La historia de la televisión bomba me ha gustado —dijo Durkin—. No entiendo cómo se me pudo pasar por alto. Crees haber oído de todos los colores y siempre hay algo que se te escapa.

—Es verdad.

—Hay ocho millones de historias en la ciudad —dijo—. ¿Se acuerda de aquel programa? Estuvo en la televisión unos cuantos años.

—Me acuerdo —contesté.

—Decían esa frase al final de cada transmisión: Hay ocho millones de historias en la ciudad desnuda. Esta es una de ellas —dijo.

—Me acuerdo —dije.

—Ocho millones de historias. ¿Sabe lo que hay en esta ciudad, en esta pestilente cloaca que es esta ciudad? ¿Sabe lo que hay? Tienes ocho millones de maneras de morir.

Tuve que sacarlo del bar. El aire fresco de la noche le quitó las ganas de hablar. Rodeamos un par de manzanas y dimos con la calle de la comisaría. Su coche era un Mercury bastante achacoso. Estaba un poco abollado. En la matrícula había un prefijo que indicaba que era un vehículo de la policía y que no debía ser multado. Los ladronzuelos más avispados también reconocerían que era un coche de la policía.

Le pregunté si se encontraba lo bastante bien para conducir. Mi pregunta no le hizo gracia.

—¿Quién se cree que es? ¿Policía? —luego, dándose cuenta de lo absurdo de semejante reflexión rompió a reír. Se apoyó en la puerta abierta y siguió riéndose, balanceando la puerta y repitiendo —: ¿Se cree un policía? ¿Se cree un policía?

Luego su humor se transformó tan deprisa como el cambio de plano de una película. En un segundo estaba serio y aparentemente sobrio; los ojos medios cerrados, el mentón salido como el de un bulldog.

—Escuche —dijo con voz grave y firme—: Deje ese aire de superioridad, ¿me entiende?

No entendí de qué me hablaba.

—No tiene por qué darme lecciones, cabrón. Usted no vale más que yo, hijo de puta —soltó.

Arrancó y se alejó. Mientras pude verlo me pareció que conducía correctamente. Esperaba que no viviese muy lejos.

# 15

Volví derecho a mi hotel. Las tiendas de licores estaban cerradas pero los bares seguían abiertos. Pasé por delante sin tener tentaciones. Resistí a las invitaciones de las prostitutas de la 57. Saludé a Jacob, me aseguré de que no había mensajes en mi casilla, y subí a mi habitación.

*No tiene que darme lecciones, cabrón. Usted no vale más que yo*. Él estaba borracho cuando me soltó aquello, por lo tanto su agresividad defensiva se podía disculpar. Sus palabras no querían decir nada. Se las habría dicho a su mejor amigo o a la noche misma.

De todas formas no me las quitaba de la cabeza. Me acosté pero no podía dormir; me levante, encendí la luz y me senté en el borde de la cama con mi agenda. Miré algunas de las notas que había escrito, luego anoté una o dos cosas que había retenido de nuestra conversación en el bar de la Décima Avenida. Anote también cosas mías jugando con las ideas como un gatito con un ovillo. Cerré la agenda cuando me di cuenta de que estaba dando vueltas sin llegar a ningún sitio. Cogí un libro que había comprado antes, pero no pude concentrarme en el texto. Leía una y otra vez el mismo párrafo sin comprenderlo.

Por primera vez, desde hacía muchas horas, me apetecía un trago. Estaba incómodo, nervioso y no quería salir. Había una tienda abierta con un frigorífico lleno de cervezas a solo tres portales del hotel; la cerveza nunca me había hecho perder la memoria.

Me quedé donde estaba.

Chance no me había preguntado por qué motivo había aceptado trabajar para él. Durkin había aceptado el dinero como una razón válida. Elaine podía creerse que lo hacía porque ese era mi trabajo, al igual que el de ella era prostituirse y el de Dios perdonar a los

pecadores. Y era verdad; en efecto necesitaba dinero y si se puede decir que tengo un trabajo, el mío es el de investigar.

Pero tenía otro motivo, y posiblemente era más poderoso. Buscar al asesino de Kim me distraería de la necesidad de beber.

Al menos durante un tiempo.

El sol brillaba cuando me desperté. Después de ducharme y afeitarme, bajé a la calle. Para entonces el sol ya se había escondido detrás de una masa de nubes. Aparecía y desaparecía, y así seguiría durante todo el día; parecía que el responsable no se quería comprometer.

Tomé un desayuno ligero, hice unas llamadas telefónicas y luego me acerqué al hotel Galaxy. El empleado que había registrado a Charles Jones no estaba de servicio. Yo había leído el informe de su interrogatorio en el expediente y no esperaba sacar mucho más de él.

Un director adjunto me dejó echar un vistazo a la ficha de Jones. Este había escrito «Charles Owen Jones» al lado del nombre y había firmado como

C. O.

JONES,

en letras mayúsculas. Señalé esto al director adjunto que me dijo que la discrepancia era común.

—Escriben su nombre entero en una línea y el abreviado en otra. Eso no es ilegal —me aseguró.

—Pero esto no es una firma.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Está en mayúsculas —contesté.

—Hay personas que escriben todo con mayúsculas —dijo, encogiéndose de hombros—. El sujeto en cuestión hizo una reserva por teléfono, y pagó por adelantado. En estos casos, no espero que mis empleados pongan en duda una firma.

No era eso lo que quería decir. Lo que me había chocado era que Jones se las había arreglado para no dejar muestras de su caligrafía, eso me parecía interesante. Miré la línea donde había escrito el nombre entero. Las tres primeras letras de *Charles* eran las mismas de *Chance*. Una simple constatación que no quería decir nada. Además, ¿por qué tratar de sacar indicios comprometedores para mi propia clientela?

Le pregunté si el señor Jones había estado alguna otra vez en el Galaxy anteriormente.

—No en el curso del último año —me aseguró—. Llevamos todos los registros por orden alfabético en nuestro ordenador. Uno de los inspectores ya lo ha comprobado. Si no tiene nada más que…

—¿Cuántos clientes más hay que firmen con el nombre en mayúsculas? —corté.

—No tengo ni idea.

—¿Le importaría dejarme ver las fichas de los últimos dos o tres meses? —dije.

—¿Qué espera descubrir? —preguntó él.

—Otros tipos que escriban como este, en letra de imprenta —respondí.

—Oh, no creo que pueda —dijo—. ¿Sabe cuántas fichas puede haber? Se trata de un hotel con seiscientas treinta y cinco habitaciones, señor…

—Scudder —concluí.

—Señor Scudder. Eso suma más de dieciocho mil fichas por mes —explicó.

—Solo si los clientes se quedan una noche —puntualicé yo.

—Normalmente están tres noches. Aún así son más de seis mil fichas por mes, doce mil en dos meses. ¿Se da cuenta de lo que llevaría mirar doce mil fichas? —preguntó.

—Una persona sola puede mirar dos mil fichas en una hora; teniendo en cuenta que solo tiene que ojear la firma para ver si está escrita en letras mayúsculas. Estamos hablando de un par de horas, no más. Yo puedo hacerlo, o puede encargar a alguien que haga el trabajo.

—No puedo dar mi autorización —dijo negando con la cabeza —. No puedo. Usted es un particular, no es policía; y aunque quisiera cooperar, mi autoridad tiene un límite aquí. Si la policía presentara una demanda oficial… —empezó a decir.

—Soy consciente de que le estoy pidiendo un gran favor —dije.

—Si yo estuviera en condiciones de hacer ese tipo de favor…

—Ya sé que sería algo excepcional —insistí—. Y estoy dispuesto a pagar por el tiempo perdido y las molestias.

Aquello habría servido en un hotel más modesto, pero allí perdía el tiempo. No creo siquiera que se diera cuenta de que le estaba

ofreciendo una propina. Repitió que estaría encantado de colaborar si la policía lo formulaba por mí. No insistí. Le pregunté simplemente si me podía llevar la ficha de Jones para hacer una fotocopia.

—Tenemos fotocopiadora —dijo encantado de poder ayudar en algo—. Espere un momento.

Volvió con una fotocopia. Le di las gracias y me preguntó si quería algo más. Su tono sugería que estaba seguro de que no quería nada más. Le dije que me gustaría echar un vistazo a la habitación en que había muerto la chica.

—Pero si la policía ya ha terminado allí arriba. La habitación está en obras. Tienen que cambiar la moqueta, ¿sabe?, y pintar las paredes.

—De todas formas me gustaría verla —insistí.

—No hay nada que ver. Creo que hay obreros trabajando. Los pintores han terminado pero los de la moqueta… —empezó.

—No les interrumpiré —prometí.

Me dio la llave y me dejó subir solo. Encontré la habitación y me felicité por mi talento como detective. La puerta estaba cerrada con llave. Los obreros debían de haber ido a comer. La moqueta vieja había sido retirada y una moqueta nueva cubría un tercio del suelo; en una esquina estaba enrollada la que faltaba por instalar.

No me entretuve mucho. Como el sujeto de abajo había dicho, no había nada que ver. La habitación no tenía ninguna señal de Kim. No había muebles. Las paredes estaban recién pintadas y el cuarto de baño relucía. Di una vuelta al lugar como lo hubiera hecho un vidente lúcido, tratando de captar las vibraciones a través de las yemas de los dedos. Si había vibraciones, me eludieron por completo.

La ventana daba al centro de la ciudad. La vista quedaba cortada por la fachada de los edificios más altos. Entre dos de ellos, distinguí el World Trade Center.

¿Kim tuvo tiempo de mirar por la ventana? ¿Y Jones, miró antes o después?

Cogí el metro para ir al centro. El tren era nuevo, el interior estaba pintado en una agradable mezcla de amarillo, naranja y beis. Los de las pintadas ya habían hecho su oportuna visita, dejando sus mensajes indescifrables hasta en el más mínimo recodo.

No vi a nadie fumando.

Me bajé en la calle 40 Oeste y caminé hasta llegar a la calle Morton, donde Fran Schecter tenía un pequeño apartamento en el último piso de un edificio de ladrillo de cuatro plantas. Llamé, me anuncié por el interfono y la puerta de entrada se abrió.

La escalera era una colección de olores: aromas de cocina en el primer piso, olor a gatos un poco más arriba, y el típico olor de marihuana en el último piso. Estaba convencido de que se podía hacer un boceto de un edificio y de sus inquilinos a través de los aromas de la escalera.

Fran me estaba esperando en la puerta. Pelo corto rizado de color castaño, enmarcando un rostro adolescente. Su nariz era menuda, boca de gesto mohíno y unas mejillas dignas de una ardilla.

—Hola, soy Fran —me dijo—. Usted es Matt. ¿Puedo llamarle Matt? —Le aseguré que podía, ella apoyó la mano en mi brazo y me hizo entrar.

En el interior el olor a marihuana era mucho más fuerte. El piso era un estudio. Una habitación larga con una cocinita incrustada en la pared. El mobiliario consistía en un sillón plegable, un sofá y cajas de plástico que hacían la función de biblioteca o de ropero, y una enorme cama de agua cubierta por una colcha de piel sintética. Sobre la cama un póster representaba el interior de una habitación con una chimenea de donde surgía una locomotora.

Rechacé una copa pero acepté una lata de un refresco *light*. Me senté en el sofá, que resultó mucho más cómodo de lo que había pensado.

—Chance me dijo que está investigando lo que pasó con Kim y que no dudara en responder a cualquier pregunta que me hiciera —dijo.

Su voz hacía pensar en la de una joven intimidada, pero habría sido incapaz de decir si era cierto o simplemente lo fingía. Le pregunté si conocía bien a Kim.

—No muy bien. Solo la he visto tres o cuatro veces. Algunas veces Chance llevaba a dos chicas juntas a cenar o a ver un espectáculo. Por eso he visto a todas alguna vez. A Donna solo la he visto una vez. Ella vive en su propio mundo. ¿Conoce a Donna? —Negué con la cabeza—. Sunny me cae muy bien. No sé si nos

podemos llamar verdaderamente amigas pero es a quien llamo cuando tengo ganas de hablar con alguien. La llamo una o dos veces por semana, o a veces me llama ella, y charlamos un rato.

—¿Nunca telefoneó a Kim? —pregunté.

—No. Ni siquiera tenía su teléfono —pensó un instante, luego dijo—: Tenía unos ojos preciosos. Puedo cerrar los ojos y ver los suyos en mi memoria.

Sus ojos eran enormes, entre marrones y verdes. Sus pestañas eran excesivamente largas, y supuse que eran postizas. Era pequeña, con el tipo adecuado para trabajar de bailarina en una revista de Las Vegas. Llevaba pantalones vaqueros desteñidos con el dobladillo vuelto y un suéter fucsia que marcaba claramente sus pechos.

No sabía que Kim quería dejar a Chance, y la noticia parecía interesarle mucho.

—Bueno, lo puedo entender —terció tras pensar un momento—. Él no se ocupaba mucho de ella, y la verdad, no quieres quedarte eternamente con un hombre que no se ocupa de ti.

—¿Qué le lleva a pensar que él no se ocupaba de ella? —pregunté.

—Son pequeños detalles. Imagino que estaría a gusto cuando estaba con ella, la chica no le causaba problemas y le daba beneficios, pero él no tenía un trato especial hacia ella —me explicó.

—¿Y las otras chicas? ¿Tiene un trato especial con alguna chica?

—Tiene sentimientos hacia mí.

—¿Solo hacia usted?

—Le gusta Sunny. A todo el mundo le gusta Sunny, te lo pasas muy bien con ella. Pero no sé si cuida de ella. Es como Donna, estoy segura de que no se ocupa de Donna, aunque también es verdad que ella no se ocupa de él. Creo que es una cuestión de negocios por ambas partes. No creo que Donna se preocupe por nadie. No creo que ella se dé cuenta de que el mundo está habitado por seres humanos —sentenció.

—¿Y Ruby?

—¿La ha visto?

Respondí que no.

—Bueno, ella… cómo decirlo, es exótica. Por lo tanto, ha de gustarle. Y Mary Lou es muy inteligente, y van a los conciertos y

mierdas como el Lincoln Center, sabe, música clásica; pero eso no quiere decir que tenga un trato especial.

Se echó a reír. Le pregunté qué le hacía gracia.

—Oh —respondió—, acabo de pensar que soy ese tipo de prostituta estúpida que se cree que es la única a la que su chulo ama. ¿Pero sabe por qué lo creo? Porque soy la única con la que puede descansar. Él sube aquí, se quita los zapatos y dice todo lo que se le pasa por a cabeza. ¿Sabe lo que es el karma?

—No —contesté.

—Es algo que tiene que ver con la reencarnación. No sé si cree en eso.

—Nunca pensé demasiado en ello —respondí.

—Bueno, yo sí creo en ello. Algunas veces pienso que Chance y yo nos hemos conocido en otra vida. No como amantes necesariamente, ni como marido y mujer, nada de eso. Tal vez como hermano y hermana, o quizá como si él fuera mi padre o yo fuera su madre. O pudimos haber sido del mismo sexo, porque eso es algo que cambia de una vida a otra. Pudimos haber sido dos hermanos, en fin, cualquier cosa.

El teléfono interrumpió sus especulaciones. Cruzó la habitación para responder a la llamada. Estaba de espaldas a mí, con una mano en la cadera. No pude entender nada de lo que decía. Al cabo de un instante, ella tapó el auricular con la mano y se volvió hacia mí.

—¿Matt? No quiero importunarle, ¿pero cuánto tiempo calcula que se va a quedar? —preguntó.

—No mucho —contesté.

—¿Puedo decirle a alguien que venga dentro de una hora? —volvió a preguntar.

—Por supuesto.

De nuevo me dio la espalda. Terminó la conversación en voz baja y colgó.

—Es uno de mis habituales, un tipo muy simpático. Le he dicho que en una hora.

Volvió a sentarse. Le pregunté si ya tenía el piso cuando conoció a Chance. Dijo que llevaba dos años y medio con Chance, y que antes vivía en un piso más grande, en Chelsea, con otras tres chicas. Chance le puso aquel piso. Solo tuvo que trasladarse.

—Tan solo me traje los muebles —prosiguió—. Salvo la cama de

agua, que ya estaba aquí. Tenía una cama sencilla de la que me deshice. Y compré el póster de Magritte; pero las máscaras ya estaban aquí.

No había reparado en las máscaras. Tuve que volverme para poder verlas. Colgadas de la pared había tres talladas en ébano que representaban rostros llenos de solemnidad.

—Lo sabe todo sobre máscaras —me dijo—. De qué tribu vienen y todo eso. Sabe mucho de esas cosas.

Le comenté que el piso no me parecía el más idóneo para el uso que hacía de él. En su rostro se dibujó una sonrisa interrogativa.

—La mayoría de las chicas —aclaré— viven en edificios con portero, ascensor y demás.

—Ah, ya. No sabía qué quería decir. Sí, es verdad —sonrió ampliamente—. Aquí es otra cosa. Los tíos que vienen aquí no se consideran clientes.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Piensan que son amigos míos. Creen que soy una de esas tías *guays* del Village; y es verdad. Y ellos son mis colegas; y también es verdad. Sí, claro, vienen aquí a acostarse conmigo, pero podrían hacerlo más rápido y más fácilmente en un salón de masajes, sin problemas, sin fatigas, ¿me entiende? Pero aquí suben, se quitan los zapatos, se fuman un porro, y es como si estuvieran en una de esas casas *guays* del Village, quiero decir, tienen que subir tres pisos a pie para luego revolcarse en una cama de agua. Lo que quiero decir es que no soy una puta. Soy una amiguita. No cobro. Me dan dinero porque tengo que pagar el alquiler, ya sabe, soy una pobre chica del Village que quiere hacer carrera en el teatro y nunca lo conseguirá. Lo cual es verdad, nunca lo conseguiré, y me da igual, pero sigo asistiendo a clases de danza dos veces por semana, y tengo clase de expresión todos los martes por la noche; hice un papel en una comedia para aficionados, tres semanas seguidas en Tribeca. Representamos a Ibsen en *Cuando los muertos se despiertan*. ¿Y sabe qué? Tres de mis clientes vinieron a verme.

Me habló de la obra; luego de que sus clientes no solo le daban dinero sino que le hacían regalos.

—Nunca tengo que comprar nada de alcohol. De hecho, tengo que librarme de él porque no bebo. Y no he comprado hierba en años. ¿Sabe quién me consigue la hierba? Los tipos de Wall Street.

Se compran unos cuantos gramos, nos fumamos un poco y me dejan el resto. Me gusta bastante fumar —explicó.

—Ya lo he notado —dije.

—¿Cómo? ¿Parezco colocada? —preguntó.

—Por el olor —respondí.

—Ah, sí. Yo no lo noto porque estoy aquí; pero cuando salgo y luego entro, ¡puaj! Es como una amiga que tengo, que tiene gatos y que jura que no huelen, pero ese olor es capaz de dejarte
K. O.
Lo que ocurre es que ella está acostumbrada. ¿Ha fumado alguna vez, Matt? —preguntó.

—No —contesté.

—No bebe, no fuma. Eso es formidable. ¿Quiere que le traiga otro refresco? —dijo.

—No, gracias —respondí.

—¿Está seguro? Esto… ¿Le molesta si me fumo un canutito? —preguntó.

—Cómo no.

—Es que como va a venir ese tipo, la maría me ayuda a entonarme —se explicó.

Le dije que no me molestaba. Sacó una bolsita de plástico de un estante que había en la cocina y lio uno con habilidad.

—Sin duda también querrá fumar —dijo.

Lio otros dos cigarrillos. Encendió uno, volvió a colocar todo en su sitio y luego se sentó en el sillón. Se fumó el canuto hasta el final. Hablaba de su vida entre bocanadas. Luego apagó la colilla y la apartó para más tarde. Su comportamiento no pareció cambiar. Debía de haber fumado desde primera hora, y seguro que ya estaba colocada cuando llegué. Quizá la droga no tuviera ningún efecto visible sobre ella, como esos bebedores que no dan nunca impresión de estar borrachos.

Le pregunté si Chance fumaba cuando iba a verla, lo que le hizo reír.

—No bebe ni fuma jamás —dijo—. Oiga, ¿es de eso de lo que se conocen? Frecuentan el mismo bar para no alcohólicos.

Me costó un poco hacer volver la conversación al tema de Kim. Si Chance no se ocupaba de Kim, ¿es posible que Kim estuviese viendo a alguien más?

—Él no se ocupaba de ella, de eso estoy segura. ¿Quiere que le diga algo? Soy la única a la que ama de verdad —soltó.

Ahora el efecto de la hierba se podía sentir en su forma de hablar. Tenía siempre el mismo tono, pero su mente seguía el camino fantástico de las nubes de humo.

—¿Cree que Kim tenía un amiguito? —pregunté.

—Yo tengo amiguitos. Kim tenía clientes. Todas las demás tienen clientes —dijo.

—Quiero decir que si Kim tenía…

—Sí, ya entiendo —cortó—. Alguien que no fuera cliente y por el que quisiera romper con Chance. Se refiere a eso, ¿no?

—Más o menos —dije.

—Y entonces él la mató —dedujo.

—¿Chance? —pregunté.

—¿Esta loco? A Chance no le importaba tanto ella como para matarla. ¿Sabe cuánto tardará en sustituirla? Mierda.

—¿Insinúa que ese amiguito o novio la mató? —dije.

—Pues claro —dijo—. ¿Por qué? Porque se encontraba en una encrucijada —siguió—. Ella deja a Chance y está dispuesta a empezar una nueva vida feliz; ¿y qué es lo que va a hacer él? Tiene su mujer, su trabajo, su familia, su casa en Scarsdale…

—¿Cómo sabe todo eso? —pregunté.

Ella suspiró.

—Es una suposición, hombre. La hierba me suelta la lengua, pero así es como lo veo. Un tipo casado se enamora de Kim; no es muy difícil enamorarse de una fulana y que ella se enamore de ti. Así no te fundes el dinero, pero no quieres que nadie cambie tu vida. Ella le dice: escucha, he roto mis cadenas, es hora de que entierres a tu mujer y de que partamos en una preciosa puesta de sol. Pero el atardecer es una cosa que a él le gusta disfrutar desde la terraza del club de golf y quiere que las cosas sigan así. Entonces, al día siguiente, *paf*, ella está muerta y él de vuelta en Larchmont.

—Creía que era Scarsdale —corregí.

—Lo mismo da.

—¿Quién puede ser él, Fran? —pregunté.

—¿El amiguito? No lo sé. Cualquiera —dijo.

—Un cliente —sugerí.

—Una no se enamora de un cliente.

—¿Dónde pudieron conocerse? ¿Y qué clase de individuo puede ser él? —pregunté.

Hizo un esfuerzo por pensar, se encogió de hombros y renunció. La conversación no llegó más lejos. Usé su teléfono, hablé un momento, luego escribí mi nombre y mi número de teléfono en una hoja de la libreta, y la dejé junto al aparato.

—Por si le viene la inspiración —dije.

—Le llamaré si se me ocurre algo. ¿Ya se va? ¿No quiere otro refresco? —ofreció.

—No, gracias.

—Está bien.

Se acercó a mí apagando un perezoso bostezo con la palma de la mano, y me miró a través de sus enormes pestañas.

—Estoy muy contenta de que haya venido —dijo—. Cualquier día que necesite compañía, ya sabe, me llama por teléfono. ¿Me lo promete? Podemos charlar tranquilamente.

—De acuerdo —contesté.

—Me agradaría muchísimo que lo hiciera —dijo suavemente poniéndose de puntillas para plantarme un increíble beso en la mejilla—, me gustaría muchísimo, Matt.

No había llegado abajo cuando rompí en una sonora carcajada pensando en la facilidad, casi automática, con la que Fran había retomado sus maneras de prostituta: su calor, su sinceridad en el adiós… Era toda una profesional, qué duda cabe. No me extrañaba que a esos agentes financieros no les importara subir la escalera. No me extrañaba que fueran a ver sus pinitos en escena. Qué demonios, era una actriz, y no de las malas precisamente.

Dos manzanas más allá aún podía sentir la huella de su beso en la mejilla.

# 16

El piso de Donna Campion estaba en la décima planta de un edificio blanco de ladrillos de la calle 17. La ventana del salón daba al oeste, y el sol hizo su efímera aparición cuando yo llegué. El cuarto estaba inundado de luz. Había plantas por todos lados, de un verde intenso, y en flor. Las había en el suelo, en las repisas de las ventanas, colgando de las paredes, en las estanterías y en las mesas del salón. La luz se filtraba a través de aquella cortina vegetal dibujando motivos entrelazados en el parqué del suelo.

Me senté en un sillón de mimbre y tomé un sorbo de café. Donna estaba tumbada en un banco de madera de metro y medio de largo. Me había explicado que era un viejo banco de iglesia de roble inglés, de la época jacobita o posiblemente isabelina. Estaba oscurecido por el paso de los años y admirablemente pulido durante tres o cuatro siglos por traseros beatos. Algún vicario del rural Devon decidió un día redecorar la iglesia, y fue así como Donna lo consiguió en una subasta de la sala de exposiciones de la University Place.

Su rostro hacía juego con el banco, una cara alargada, de frente despejada y barbilla puntiaguda. Su piel era muy pálida, como si el único sol que tomara fuera aquel que se filtraba a través de las plantas. Llevaba una blusa blanca almidonada y cuello Peter Pan, falda de franela gris sobre medias negras y bailarinas de ante acabadas en punta.

La nariz era fina y larga, la boca pequeña de labios finos. El pelo, oscuro y largo, lo llevaba peinado hacia atrás, dejando al descubierto toda la frente, y le caía por detrás sobre los hombros. Ojeras, manchas de nicotina entre el índice y el corazón de la mano derecha. Nada de esmalte en las uñas, nada de joyas, nada de maquillaje vistoso. No era hermosa, sin duda, pero tenía un aire medieval que la acercaba a la belleza.

No se parecía en nada a las prostitutas con las que me había encontrado. Tampoco parecía una poetisa; o al menos a la idea que yo tenía de una poetisa.

—Chance me pidió que le ayudara —me dijo— en la medida que me fuera posible. Parece que está tratando de descubrir quién mató a la Reina de la Vaquería.

—¿La Reina de la Vaquería? —pregunté.

—Era una reina de la belleza; y luego me enteré de que era originaria de Wisconsin; y pensé en toda esa inocencia robusta, alimentada con leche. Era una especie de lechera regia —esbozó una pequeña sonrisa—. Estoy dejando hablar a mi imaginación, en realidad no la conocía.

—¿Conoció a su novio? —pregunté.

—No sabía que tuviera uno.

Tampoco sabía que Kim planeara dejar a Chance, y esta información le interesó mucho.

—Me pregunto si era inmigrante o emigrante.

—¿Qué quiere decir? —inquirí.

—¿Qué iba *de* o *a*? Depende de cómo se mire. La primera vez que vine a Nueva York vine *a*, había dejado a mi familia y la ciudad en la que crecí, pero eso era secundario. Más tarde, cuando dejé a mi marido, huía de algo. La acción de partir era más importante que el destino —explicó.

—¿Estuvo casada? —pregunté.

—Durante tres años. Bueno, juntos tres años. Un año juntos y dos de casada —puntualizó.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unos cuatro años —calculó mentalmente—. Van a hacer cinco esta primavera. Aunque oficialmente sigo casada. Nunca me preocupé de pedir el divorcio. ¿Cree que debo hacerlo?

—No lo sé —dije.

—Quizá sí. Aunque solo sea para poner las cosas en su sitio —dijo ella.

—¿Cuánto tiempo lleva con Chance?

—Unos tres años, ¿por qué?

—No responde al prototipo —contesté.

—¿Es que hay un prototipo? Sé que no me parezco a Kim. No soy una reina, ni tampoco una vaquera —dijo riendo—. Cuando

dejé a mi marido me fui a vivir al Lower East. ¿Conoce la calle Norfolk? ¿Entre Stanton y Rivington?

—No muy bien.

—Yo la conocí muy bien. Vivía allí y estuve haciendo trabajitos en el barrio. Trabajé en una lavandería, luego fui camarera, dependienta. Cuando no era yo la que dejaba mi trabajo, era el trabajo el que me dejaba a mí y casi nunca tenía dinero. Comencé a odiar el sitio en el que vivía y la vida que llevaba. Estuve a punto de llamar a mi marido y pedirle que me dejara volver solo para que se hiciera cargo de mí. Llegó a ser como una obsesión. Un día llegué incluso a marcar su número pero comunicaba.

Y así, casi accidentalmente, pasó a venderse a sí misma. Había en su bloque un comerciante que no dejaba de hacerle proposiciones. Un día, sin pensarlo dos veces, se oyó a sí misma decir «Mire, si de verdad quiere follarme, ¿por qué no me da veinte pavos?». Él se quedó de piedra, nunca se imaginó que fuera una puta. «No lo soy, pero me hace falta el dinero —le respondí—, y seguramente más de uno pagaría para hacérselo conmigo».

Tenía algunos clientes a la semana. Se mudó de Norfolk a una calle más agradable del mismo barrio; más tarde se instaló en la calle 9, cerca de Tompkins Square. Ya no tenía la necesidad de trabajar, pero se enfrentaba a otros problemas. Una vez recibió una paliza, le robaron. De nuevo pensó en llamar a su marido.

Luego conoció a una chica del barrio que trabajaba en una casa de masajes. Donna probó allí. Le gustó la seguridad que ofrecía. En la puerta había un hombre que se encargaba de solucionar los posibles jaleos, y el trabajo era mecánico, impersonal, casi clínico. Prácticamente todo lo que tenía que hacer era oral o manual. No invadían su cuerpo, y no mantenía relaciones íntimas más allá del puro manoseo. Al principio le gustaba. Se veía a sí misma como una especialista sexual, una especie de psicoterapeuta. Pero no tardó mucho tiempo en cambiar de opinión.

—Aquel sitio olía a mafia. Un olor a muerte impregnaba las paredes, las moquetas. Era un trabajo, es decir, tenía que seguir un horario, coger el metro para ir y venir de la casa. Todo eso me chupaba —como me gusta esa palabra— hasta la última gota de poesía.

Entonces lo dejó y volvió a trabajar por su cuenta; y luego, un

buen día, Chance la encontró y todo se arregló. Él la colocó en aquel piso, que era el primer lugar decente que tuvo en Nueva York, e hizo circular su teléfono, y solucionó todos sus problemas. Le pagaba las facturas, le hacían la limpieza, no tenía que ocuparse de nada, tan solo de escribir poemas, enviarlos a las revistas y ser cariñosa cuando sonaba el teléfono.

—Chance se lleva todo el dinero que gana. ¿No le molesta? —pregunté.

—¿Debería molestarme? —dijo ella.

—No lo sé —respondí.

—De todas maneras, no es dinero auténtico. El dinero ganado rápidamente no dura nada —aclaró ella—. Si no, Wall Street sería de los traficantes. Pero este tipo de dinero se va tan rápido como llega. —Pasó las piernas al otro lado del banco y se quedó sentada frente a mí—. De todas formas tengo todo lo que quiero. Lo único que siempre he deseado es que me dejaran en paz, un lugar decente para vivir y tiempo para mi trabajo. Me refiero al de la poesía.

—Entiendo —dije.

—¿Sabe cómo se las apañan la mayoría de los poetas? Enseñan, o tienen un empleo estable o participan en el juego de la poesía dando recitales y conferencias, pidiendo ayuda a fundaciones, se relacionan con gente bien colocada y han de besar muchos traseros. Yo nunca quise hacer nada de eso. Solo quería escribir poemas.

—¿Qué es lo que quería hacer Kim?

—Solo Dios lo sabe —contestó.

—Creo que estaba comprometida con alguien, creo que por eso la mataron.

—Entonces yo estoy a salvo —dijo ella—. Yo no estoy comprometida con nadie. Por supuesto, puede argumentar que estoy comprometida con la humanidad. ¿Cree que eso me llevará a la tumba?

No supe qué responder.

—La muerte de cualquier ser humano me merma —recitó con los ojos cerrados—, porque estoy comprometido con la humanidad. John Donne. ¿Sabe de qué manera estaba comprometida, o con quién?

—No —contesté.

—¿Cree que su muerte me merma en algo? Me pregunto si

estaba comprometida con ella. No la conocía realmente —dijo—, aunque le escribí un poema.

—¿Puedo verlo?

—Sí, cómo no. Pero no creo que le diga nada. Escribí una vez algo acerca de la Osa Mayor, pero si realmente quiere saber algo sobre esa constelación tendrá que ir a un astrónomo, no a mi poema. Los poemas no tratan nunca de los temas que los inspiran, ¿sabe?, tratan siempre del poeta.

—De todas formas me gustaría verlo.

Esto pareció satisfacerla. Fue a su escritorio, una versión moderna de un modelo con tapa corrediza, y encontró casi inmediatamente lo que buscaba. El poema estaba escrito a mano, en papel blanco de carta y con una pluma especial.

—Los paso a máquina cuando los envío a las revistas —dijo—, pero los prefiero así. Yo misma aprendí caligrafía de un manual. Es más fácil de lo que parece.

Leí:

*Bañadla en leche, que corra el blanco chorro,*
*Puro, el bovino bautismo*
*Cicatrizad el más mínimo cisma*
*Bajo el primer sol. Tomad su mano,*
*Decidle que no importa,*
*Leche no es algo por lo que llorar.*
*Sembrad el grano del fusil plateado.*
*Triturad sus huesos en un mortero, despedazad*
*Botellas de vino a sus pies, y que el vidrio verde*
*Centellee en su mano. Que así sea.*
*Dejad que la leche corra.*
*Que corra, por los campos salvajes.*

Le pregunté si lo podía copiar en mi agenda. Ella sonrió.

—¿Por qué? ¿Acaso le dice quién la ha matado? —dijo.

—No sé lo que me dice. Pero si lo guardo quizá llegue a decirme algo —contesté.

—Si llega a comprender lo que quiere decir, espero que me lo diga. No, bueno, exagero, yo sé más o menos lo que quiere decir. Pero no pierda el tiempo copiándolo. Puede quedarse con esa copia

—ofreció.

—No sea tonta. Es suya.

—El poema no está acabado —dijo, negando con la cabeza—. Necesita más trabajo. Desearía mencionar sus ojos. Si conoció a Kim, tuvo que reparar en sus ojos.

—Sí —dije.

—En un principio quise comparar el azul de los ojos y el verde del vidrio. Así es como me vino la imagen en un principio, pero sus ojos desaparecieron cuando lo escribí. Creo que estaba en uno de mis borradores pero debí perderlo, y así, en un parpadeo, desaparecieron. Me quedé con el verde, el blanco, el plateado, pero no con el azul de sus ojos. —Posó su mano en mi espalda mientras miraba el poema—. ¿Cuántos versos tiene? ¿Doce? Debería tener catorce, la longitud de un soneto, si bien los versos son irregulares. Además, no rima. Tal vez con rima funcione mejor.

Continuó hablando, más para ella que para mí, discutiendo sobre los posibles retoques al poema.

—De todos modos quédeselo —concluyó ella—. Aún falta mucho para que esté terminado. Es curioso. No había vuelto a mirarlo hasta que Kim fue asesinada.

—¿Lo escribió antes de que la matasen?

—Sí. Y nunca lo consideraré terminado aunque lo haya pasado a limpio. Lo suelo hacer en bocetos. Así saco ideas más claras. Habría seguido trabajando en ello si Kim no hubiera muerto.

—¿Qué la detuvo? ¿El *shock*? —pregunté.

—¿El *shock*? Sí, supongo que sí. «Me puede ocurrir». Salvo que no lo creo. Es como el cáncer de pulmón. Solo le pasa a los demás. «La muerte de cualquier ser humano me merma». ¿Me ha mermado la muerte de Kim? No, no lo creo. No estoy tan comprometida con la humanidad como lo estaba John Donne. O al menos como él decía que estaba.

—Entonces, ¿por qué dejó el poema de lado? —quise saber.

—Yo no lo dejé de lado. Simplemente no lo volví a mirar. Le estoy liando demasiado —pensó un momento—. Su muerte ha cambiado el recuerdo que tenía de ella. Quería trabajar en el poema, pero no quería meter su muerte en él. Ya tenía suficientes colores. No tenía necesidad de la sangre.

# 17

Había cogido un taxi en la calle Morton hasta la calle 17 Oeste. Así que tomé otro para ir al edificio de Kim en la calle 37. Cuando pagué al conductor me di cuenta de que aún no había pasado por el banco. Mañana sería sábado, de manera que iba a tener todo el dinero de Chance en el bolsillo durante el fin de semana. A menos que algún chorizo tuviera su día.

Me descargué un poco soltando cinco pavos al portero para conseguir una llave del piso de Kim. Me hice pasar por el representante de una asociación de vecinos. Por cinco dólares habría creído cualquier cosa. Subí en el ascensor y entré en el piso.

La policía ya había pasado por allí. No sabía lo que buscaban, ni si lo habían encontrado. El informe que Durkin me enseñó no decía mucho, pero nadie escribe todo lo que le atrae la atención.

No sabía en qué habían reparado los agentes de turno. Por la misma razón, no sabía si se habían llevado algo. Hay polis que no dudan en desvalijar a los muertos, lo cual no quiere decir que sean particularmente deshonestos en otras circunstancias.

Los polis están acostumbrados a los cadáveres, a historias sórdidas, y para poder tratar con ellas tienen que deshumanizar la muerte. Me acuerdo de la primera vez que ayudé a trasladar un cadáver de un hotel. El fallecido había muerto vomitando sangre y llevaba varios días en el sitio en que murió hasta que lo encontraron. Ayudé a un policía veterano a introducir el cuerpo en una bolsa, y cuando bajamos las escaleras, mi compañero se aseguró de que el cuerpo golpeara en cada escalón. Habría tenido más cuidado con un saco de patatas.

Aún recuerdo la forma en que los otros huéspedes del hotel nos miraban. Y me acuerdo de que mi compañero había examinado las pertenencias personales del muerto, contando el poco dinero que tenía y dividiéndolo conmigo.

Yo no quería cogerlo.

—Guárdatelo en el bolsillo, chico —me dijo—. ¿Sabes qué pasará si no lo haces? Que otro lo cogerá. O irá a parar al estado. ¿Qué va a hacer el estado de Nueva York con cuarenta y cuatro dólares? Guárdatelos en el bolsillo y luego cómprate algún jabón perfumado y trata de quitarte de las manos el tufo de este pobre demonio.

Me los guardé. Más tarde, era yo quien machacaba los cadáveres en bolsas por las escaleras, y quien contaba y dividía sus pertenencias.

Algún día, supongo que el círculo se cerrará y seré yo quien vaya en la bolsa.

Me pasé más de una hora examinando los armarios y cajones sin saber realmente lo que estaba buscando. No encontré mucho. Si tenía una agenda llena de números de teléfono, el complemento imprescindible de una prostituta de lujo, alguien la encontró antes que yo. No, no tenía razón para pensar que tenía una. Elaine la tenía, pero Fran y Donna no.

No encontré drogas o algo que indicara que Kim las consumía, lo que tampoco probaba nada. Un policía podía apropiarse la droga que encontraba al igual que lo hacía con el dinero. Reparé, sin embargo, en que habían dejado las máscaras africanas. Me observaban con hostilidad desde lo alto de la pared, como si guardaran el hogar de quienquiera que fuese la joven prostituta que Chance iba a instalar en lugar de Kim.

El póster de Hooper seguía encima del estéreo. ¿Seguiría en el mismo sitio con la próxima inquilina?

Su olor flotaba por todas partes. Impregnaba sus vestidos en los cajones de la cómoda y en el ropero. Su cama no estaba hecha. Levanté el colchón y miré debajo. Sin duda otros ya habían tenido la misma idea. No encontré nada y dejé caer el colchón en su sitio; su olor especiado emanó de las sábanas y me inundó la nariz.

En el salón abrí un ropero y encontré su chaqueta de piel entre otras prendas y abrigos. Encima había una estantería repleta de vinos y licores. Una botella de Wild Turkey atrajo mi atención y sentí realmente el sabor de aquel *bourbon* en el paladar, el calor del líquido bajando hasta el estómago, para expandirse luego por el resto del cuerpo. Cerré la puerta del armario, crucé la habitación y

me senté en el sillón. Hacía ya horas que no me apetecía un trago; ni siquiera pensaba en ello, y ahora, la visión de la botella me había cogido desprevenido por completo.

Volví al dormitorio. Había un joyero sobre la mesita de noche y lo examiné. Muchos pendientes; algunos collares, uno de ellos de perlas de imitación no muy conseguidas; unas cuantas pulseras, incluyendo un brazalete de marfil con un remate de oro o marfil dorado; un anillo horrible, recuerdo de sus años en un instituto de Wisconsin. El anillo era de oro de catorce quilates según rezaba una inscripción en su interior. Era lo suficientemente pesado como para tener cierto valor.

¿Quién se iba a quedar con todo aquello? Habían encontrado dinero en su bolso, cuatrocientos dólares más moneda suelta, según ponía en el informe. Era probable que lo recibieran sus padres en Wisconsin. ¿Pero cogerían un avión para venir a reclamar sus abrigos y jerseys? ¿Se llevarían la chaqueta de piel, el anillo del instituto y la pulsera de marfil?

Me quedé lo suficiente para tomar algunas notas. Luego me las arreglé para salir del piso sin volver a abrir la puerta del armario. Bajé en el ascensor hasta el vestíbulo de la entrada, saludé al portero y a una vieja que entraba con un perrito de pelo corto con una correa que tenía incrustados diamantes de bisutería. El perro me ladró; y me pregunté por primera vez qué habría ocurrido con el gato de Kim. No había visto señales del animal. El cajón de arena no estaba en el baño. Seguro que alguien lo había recogido.

Cogí un taxi en la esquina. Mientras le pagaba delante de mi hotel, me di cuenta de que tenía la llave de Kim en el bolsillo con la calderilla. No me acordé de devolvérsela al portero y este se olvidó de pedírmela.

Había un recado para mí. Joe Durkin me había llamado y había dejado su número de teléfono en la comisaría. Lo llamé, pero me dijeron que había salido, que no tardaría mucho en volver. Dejé mi nombre y mi número.

Subí a mi cuarto. Estaba cansado, sin fuerzas. Me eché en la cama, pero no podía descansar y las ideas se agolpaban en mi cabeza. Bajé otra vez y salí para tomar un sándwich de queso con patatas fritas y café. Tomé otro café y saqué el poema de Donna Campion del bolsillo. Tenía la sensación de que trataba de decirme

algo, pero no sabía qué. Lo leí de nuevo. No sabía lo que el poema quería expresar, suponiendo que tuviera un significado. Sin embargo, me daba la impresión de que quería que me fijara en algo, en un elemento particular. De cualquier forma, me era del todo imposible, mi cabeza estaba demasiado cansada para dar con él.

Me fui a Saint Paul. El conferenciante contó una historia horrorosa en tono prosaico y vulgar. Sus padres fueron víctimas del alcohol. Su padre había muerto de una cirrosis aguda y su madre se suicidó estando bebida; dos hermanos y una hermana habían muerto alcoholizados; un tercer hermano se encontraba en el hospital con edema cerebral.

—Tras estar sobrio unos meses —dijo—, empecé a enterarme de cómo el alcohol destruía las células del cerebro y me pregunté hasta qué punto estaría mi cerebro deteriorado. Así que me dirigí a mi consejero y le conté mis preocupaciones. Él me dijo: «Es posible que tu cerebro haya sufrido daños. Pero déjame hacerte dos preguntas: ¿Eres capaz de recordar dónde tienen lugar las reuniones de un día para otro? ¿Puedes encontrar el camino para asistir a ellas?». Yo le respondí que no me parecía muy difícil y él concluyo: «Entonces creo que por el momento tienes todas las células que necesitas».

Me marché en el descanso.

Tenía otro mensaje de Durkin en la recepción del hotel. Le llamé inmediatamente, pero de nuevo había salido. Dejé mi nombre y mi número de teléfono y subí a la habitación. Estaba mirando otra vez el poema de Donna cuando el teléfono sonó. Era Durkin.

—Hola Matt —dijo—. Tan solo quería decirle que espero no haberle causado muy mala impresión el otro día.

—¿Con respecto a qué? —pregunté.

—Oh, pues respecto a todo en general —dijo—. Muchas veces el trabajo me desborda. ¿Sabe lo que quiero decir? Tengo que descargarme, beber un poco, soltar lo que llevo dentro. De veras, no lo tengo por costumbre, pero de vez en cuando tengo que hacerlo.

—Entiendo —contesté.

—Disfruto con mi trabajo la mayor parte del tiempo; pero hay ciertas cosas que me afectan demasiado. Trato de evitarlas, sin embargo hay veces en que no puedo más y me salgo de mis casillas. Espero no haberme pasado de la raya anoche, sobre todo al final.

Le aseguré que no había hecho nada reprochable. Me pregunté si

se acordaba claramente de lo que había dicho y hecho. Estaba lo bastante borracho como para perder la memoria, pero no todo el mundo la pierde. Quizá no se acordara muy bien de cómo había reaccionado yo ante su embriaguez.

Pensé en lo que la casera le había dicho a Billie.

—Olvídelo —dije—, le puede pasar hasta a un obispo.

—Hombre, esa es buena, tengo que aprendérmela. «Le puede pasar hasta a un obispo». Y seguro que más de una vez le pasa a un obispo.

—Seguro —dije.

—¿Qué tal la investigación? ¿Ha averiguado algo? —preguntó.

—No mucho, es un asunto complicado.

—Le entiendo. Si hay algo que yo pueda hacer por usted…

—Pues sí. Fui a dar una vuelta por el Galaxy. Hablé con un director adjunto que me mostró la ficha de registro rellenada por el señor Jones.

—El famoso señor Jones —dijo.

—No había ninguna firma, el nombre estaba escrito en letras mayúsculas.

—No me sorprende.

—Le pedí que me dejara echar un vistazo a las fichas de los últimos meses para ver si había más firmas en mayúsculas y compararlas con las del señor Jones. No me dio permiso.

—Debió haber soltado unos pavos —sugirió.

—Lo intenté, pero ni siquiera sabía de qué le hablaba. Podría usted pedirle que mire a ver si hay otras fichas firmadas de la misma forma. Como no tengo ninguna autoridad no accede a mi petición, pero si un policía se lo pidiera no dudaría un segundo.

No dijo nada durante un momento. Luego me preguntó si creía que eso llevaría a algún sitio.

—Nunca se sabe —dije.

—¿Cree que el asesino estuvo más veces en el hotel con otro nombre? —preguntó.

—Es posible —dije.

—Pero no con su nombre verdadero, de otro modo habría firmado normalmente en vez de hacerse el gracioso. Con lo cual, si tenemos suerte y damos con más fichas, no avanzamos nada; lo que tenemos es otro nombre falso del mismo cabrón; y estaríamos igual

de lejos de saber quién es él.

—Mientras se ocupa de eso hay algo más que puede hacer —dije.

—¿Qué?

—Pedir a los hoteles de la zona que comprueben sus ficheros de los últimos seis meses, o incluso del último año.

—¿Buscando qué? ¿Firmas en mayúsculas? Vamos, Matt, ¿sabe la cantidad de horas que llevaría semejante tarea?

—No hay que mirar las firmas. Simplemente clientes que se llamen Jones. Piense que los hoteles como el Galaxy, hoteles modernos y caros, están informatizados. No les llevaría más de cinco o diez minutos encontrar a todos los Jones, pero para eso han de tener una placa delante.

—¿Y qué sacamos de ello? —preguntó.

—Una vez que tenga las fichas, busque a un Jones cuyas iniciales sean C o bien CO, compare las firmas, trate de situarlo en alguna parte. Si encuentra una pista, no voy a ser yo quien le diga lo que tiene que hacer con ella.

Permaneció en silencio de nuevo.

—No sé —dijo al fin—. Parece poco consistente.

—Puede que lo sea.

—Le voy a decir lo que realmente pienso. Pienso que es una pérdida de tiempo.

—Tampoco es que sea una gran pérdida de tiempo. Y no es tan poco consistente. Joe, usted lo haría si el caso no estuviese cerrado en su cabeza.

—No lo considero cerrado.

—Por supuesto que sí. Cree que se trata de un asesino a sueldo o de un loco. Si se trata de un asesino contratado, usted quiere cerrar el caso. Y si se trata de un loco, pretende esperar a que actúe de nuevo.

—Yo no llegaría tan lejos —dijo.

—Pues anoche bien que llegaba —contesté.

—Anoche fue anoche. Ya le he explicado antes lo de anoche —puntualizó.

—No es un asesino a sueldo —dije—. Y tampoco un loco que la escogió al azar.

—Parece muy seguro —dijo.

—Tengo mis razones —contesté.

—¿Cuáles? —preguntó.

—Un matón a sueldo no actúa de esa manera. ¿Cuántas veces la hirió? ¿Sesenta veces con un machete?

—Creo que fueron sesenta y seis. Y no tuvo que ser necesariamente con un machete. Algo parecido a un machete.

—La obligó a desvestirse para masacrarla luego de aquella manera. Las paredes se cubrieron de tanta sangre que tuvieron que pintar la habitación entera. ¿Cuándo ha visto a un profesional trabajar así?

—¿Quién sabe a qué monstruo puede llegar a contratar un chulo? A lo mejor le dijo que la destrozara, que hiciese un buen trabajo para dar ejemplo con ella. ¿Quién sabe lo que se les puede pasar por la cabeza a semejantes tipos?

—¿Y luego me contrata para que investigue el caso? —pregunté.

—Reconozco que es extraño Matt, pero…

—Tampoco se trata de un loco. Sí fue alguien que se comportó como un loco, pero seguramente no lo hizo un psicópata por placer.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—Ha tomado demasiadas precauciones. Firmó la ficha con mayúsculas. Se llevó las toallas sucias. Está claro que se tomó la molestia de no dejar ninguna prueba física.

—Creí que se había llevado las toallas para envolver el machete —dijo Joe.

—¿Por qué iba a hacerlo? Tras lavar el machete lo colocó en la maleta, de la misma manera que lo trajo —expliqué—. Si quisiese envolverlo en toallas las usaría limpias. No creo que se llevara las toallas que usó a no ser que quisiera evitar que las encontráramos. Es muy fácil dejar una huella en una toalla: un cabello, una mancha de sangre; y él sabía que podría ser sospechoso porque había algo que lo relacionaba con Kim.

—No tenemos la seguridad de que las toallas estuvieran sucias, Matt. Ni tampoco sabemos si se duchó.

—¿Acaso piensa que se llevó las toallas como recuerdo? Tuvo que tener un motivo —dije.

—Bien, de acuerdo —hizo una pausa—. Pero un desequilibrado también puede tomar precauciones para no dejar evidencias. Usted dice que fue alguien que la conocía, que tuvo una razón para

matarla, pero no está seguro de ello.

—¿Por qué la hizo venir al hotel? —pregunté.

—Porque allí era donde la esperaba. Con su pequeño machete —contestó.

—¿Por qué no fue con su pequeño machete al piso de Kim en la calle 37?

—¿En vez de obligarla a desplazarse? —preguntó.

—Correcto. Me he pasado todo el día con prostitutas —dije—. No les gusta nada ir a hoteles por el tiempo que pierden en los desplazamientos. Es verdad que algunas veces aceptan, pero prefieren que los tipos que llaman vayan a su piso, es más cómodo para ambos. Ella debió de intentar convencerlo, pero él no le hizo caso.

—Hombre, él había pagado la habitación, de manera que por qué no aprovechar el dinero —dijo Joe.

—¿Y por qué no ir con ella a su casa? —pregunté yo.

—El edificio tenía portero —dijo, tras pensarlo durante unos instantes—. Quizá no le gustaba la idea de tener que pasar por delante del portero.

—En vez de eso tuvo que cruzar toda la entrada del hotel, registrarse y hablar con el recepcionista. Quizá no quiso pasar por delante del portero porque este ya lo había visto otras veces. De no ser por eso, un portero es muchísimo menos molesto que toda la parafernalia de un hotel —concluí.

—Son demasiadas suposiciones, Matt.

—No tengo la culpa. Alguien ha hecho un montón de cosas que carecen de sentido, a no ser que conociera a la chica y que tuviera una razón personal para desear su muerte. Tal vez estuviera perturbado emocionalmente. La gente equilibrada no suele descargarse a machetazos, pero es más que un simple psicópata que escoge mujeres al azar.

—¿De quién se trata? ¿De un novio? —preguntó.

—Algo así —contesté.

—Ella rompe con su chulo, entonces le dice al novio que se quiere ir con él y este se acojona —aventuró.

—Más o menos eso es lo que pienso —confirmé.

—¿Y la masacra con un machete? ¿Cree que eso cuadra con su teoría de un individuo que decide que es mejor quedarse con su

mujer? —dijo.

—No lo sé.

—¿Tiene la seguridad de que tenía un novio?

—No —admití.

—Esas fichas de registros, Charles O. Jones y demás alias, ¿cree que nos llevarán a algún sitio? —inquirió.

—Nunca se sabe.

—Eso no es lo que estoy preguntando —insistió.

—Entonces mi respuesta es no; no creo que nos lleven a ningún sitio —contesté.

—Pero aun así, cree que vale la pena intentarlo —dijo.

—Yo mismo habría comprobado las fichas en el Galaxy. Habría estado todo el tiempo necesario si aquel tío me hubiese autorizado —expliqué.

—Creo que nos podemos encargar de esas fichas —dijo.

—Gracias, Joe.

—También creo que podemos ocuparnos de los demás hoteles —dijo—; comprobar los clientes llamados Jones de los últimos seis meses; ¿es eso lo que quiere?

—Sí, eso es.

—La autopsia muestra rastros de semen en la garganta y en el esófago. ¿Lo sabía? —preguntó Joe.

—Sí, lo vi anoche en el informe —dije.

—Para empezar, él la obliga a hacerle un trabajito con la boca; y luego la corta en pedacitos con su machete de *boy scout*. Y usted cree que fue un novio.

—El semen podría venir de un contacto anterior. No olvide que era una prostituta —dije.

—Es posible. Se puede clasificar el semen en diferentes grupos, igual que se hace con la sangre, y supone una prueba circunstancial. Pero tiene razón, dado su trabajo no podemos descartar a un sospechoso porque su semen no encaja con el encontrado en la garganta de la víctima.

—Y en caso contrario, tampoco constituye una prueba contra él —concluí.

—No, pero eso le haría pasar un mal rato. Ojalá lo hubiera arañado y tuviésemos restos de piel en sus uñas. Eso siempre ayuda.

—No se puede tener todo.

—Por supuesto. Si ella le hizo una mamada, pudo haber quedado algún pelo entre sus dientes. El problema es que era demasiado refinada —dijo.

—Ese es el problema —confirmé.

—Y mi problema es que comienzo a creer que estamos ante un caso serio, con un asesino escurridizo. Mi mesa está repleta de porquería que aún no he tenido tiempo de mirar y usted me está encadenando a este caso.

—Piense en lo reconfortante que será resolverlo.

—Porque los méritos serán para mí, ¿verdad? —preguntó.

—Habrá que atribuírselos a alguien.

Aún me quedaban tres visitas: Sunny, Ruby y Mary Lou. Sus números estaban en mi agenda, pero ya había hablado con suficientes prostitutas en un día. Llamé al servicio de Chance, le dejé un aviso de que me llamara. Era viernes por la noche; quizás estuviera en el Garden viendo cómo un par de críos se partían los morros. A menos de que solo fuera cuando Kid Bascomb peleaba.

Saqué el poema de Donna y lo leí. En mi mente todos los colores del poema estaban cubiertos de sangre, sangre fresca y brillante de arterias. Recordé que Kim estaba viva en el momento en que el poema fue escrito. Entonces, ¿cómo explicar ese sentimiento de fatalidad que sentía al leer los versos? ¿Había presentido algo Donna? ¿O yo veía algo donde no había nada?

Donna se había olvidado del oro de los cabellos de Kim. A menos que el sol ya cubriera esa faceta. Vi sus trenzas doradas alrededor de la cabeza y pensé en la medusa de Jan Keane. Sin pensarlo dos veces descolgué el teléfono y pedí que me pusieran con un número. Era un número que no marcaba desde hacía mucho tiempo, pero mi memoria me lo impuso al igual que un mago te obliga a sacar la carta que él quiere.

Sonó cuatro veces y ya iba a colgar, cuando escuché una voz grave y jadeante.

—Jan —dije—, soy Matt Scudder.

—¡Matt! Estaba pensando en ti hace menos de una hora —dijo —. Espera un momento que acabo de entrar en casa. Déjame quitarme el abrigo… ya está. ¿Qué tal te va? Qué alegría más grande oírte.

—Todo va bien. ¿Y tú cómo estás?

—Oh, todo me va sobre ruedas. Día a día —contestó.

Los eslóganes de las reuniones de
A. A.

—¿Aún vas a las reuniones? —pregunté.

—Sí, acabo de salir de una. ¿Y tú cómo te las arreglas? —dijo.

—No del todo mal —respondí.

—Eso es bueno.

—¿Qué día es hoy? ¿Viernes? Miércoles, jueves, viernes —pregunté—. Llevo tres días —dije.

—Matt, eso es estupendo —contestó.

No veía nada de estupendo en ello.

—Sin duda —afirmé.

—¿Asistes a las reuniones?

—Más o menos. No sé si estoy preparado para ello —respondí.

Hablamos un rato. Ella dijo que quizá nos encontráramos en una reunión algún día. Le respondí que era posible. Ella llevaba sin beber más de seis meses y ya había compartido su testimonio un par de veces. Le dije que me gustaría oír su historia algún día.

—¿Oír mi historia? —dijo sobresaltada—. Pero hombre, si tú formas parte de ella.

Había vuelto a la escultura. La había dejado de lado cuando empezó a beber, le resultaba difícil transmitir sus ideas en forma de barro. Pero lo intentaba, trabajando sin perder de vista que su objetivo principal era una vida de abstinencia.

¿Y yo que? Pues bien, estaba con un caso, una investigación que llevaba a cabo para un conocido. No entré en detalles y ella no insistió…

La conversación perdió intensidad y se cortó con varios silencios.

—Solo quería llamarte para saludarte —dije finalmente.

—Me alegra que me hayas llamado —contestó.

—Tal vez nos podríamos ver algún día —sugerí.

—Me gustaría —respondió ella.

Colgué. Me vino el recuerdo de una noche, bebiendo en el *loft* de Lispenard Street. La magia del alcohol nos excitaba el corazón. Cuántas noches dichosas como esa pasamos juntos.

En las reuniones se oye a la gente decir: «El peor de mis días sobrios vale más que el mejor de mis días ebrios». Y todo el mundo

asiente con la cabeza como uno de esos perritos de plástico de los puestos ambulantes de los puertorriqueños. Pensé en aquella noche y miré la pequeña celda que me servia de habitación tratando de comprender por qué esta de ahora era mejor que aquella con Jan.

Miré el reloj. Las tiendas de licores estaban cerradas. Los bares seguirían abiertos durante una hora más.

Me quedé allí. Fuera oí un coche patrulla ululando. El ruido se alejó. Los minutos pasaron hasta que el teléfono sonó.

Era Chance:

—Ya he oído que se ha puesto en marcha —me dijo con tono de satisfacción—, Me han informado de ello. ¿Han colaborado las chicas?

—Muy bien —dije.

—¿Empieza a aclarar algo? —preguntó.

—No es fácil de decir. Recoges una pieza por aquí, otra por allá y nunca sabes si van a encajar. ¿Qué es lo que se llevó del piso de Kim? —pregunté.

—Solo dinero. ¿Por qué?

—¿Cuánto? —insistí.

—Doscientos dólares. Ella guardaba dinero en el cajón de arriba de la cómoda. No era ningún escondite, simplemente el sitio donde lo guardaba. Revolví un poco para asegurarme de que no hubiera una suma importante, pero no encontré nada. No vi ningún talonario ni las llaves de una caja de seguridad de un banco. ¿Y usted? —preguntó.

—No.

—¿Ni tampoco dinero? Ya supongo que si encontró algo se lo debió de quedar. Solo pregunto por preguntar.

—Nada de pasta. ¿Es todo lo que se llevó?

—No. También cogí una foto que nos hicieron en un local. No vi ninguna razón para que la poli se la quedase. ¿Por qué?

—Por nada, solo estaba pensando. Estuvo allí una hora antes dé que la policía lo detuviera —le dije.

—La policía no me detuvo, yo me entregué voluntariamente. Y en efecto, estuve antes de que la bofia llegase allí. Y menos mal que así fue, de otro modo los doscientos hubieran volado.

Tal vez sí, tal vez no.

—¿Se llevó el gato? —pregunté.

—¿El gato?

—Tenía un gatito negro —aclaré.

—Ah, sí, es verdad. No pensé en el gato. No, yo no me lo llevé. Pero si hubiera pensado en él, le habría puesto comida. ¿Por qué? ¿No está en la casa?

Le respondí que no, al igual que tampoco estaba el cajón de arena. Le pregunté si estaba el gato cuando él estuvo en el piso, pero no lo sabía. No lo había visto, aunque tampoco se había molestado en buscarlo.

—Además, tenía prisa, ya sabe. Salí en menos de cinco minutos, El gatito pudo haberse frotado en mis tobillos sin que yo me enterara. ¿Qué importancia tiene? No fue el gato el que la mato —concluyó.

—No —dije.

—Usted no cree que se lo llevó consigo al hotel, ¿verdad?

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—No sé. Ni siquiera sé por qué estamos hablando del gato.

—Alguien se lo llevó. Alguien más entró en el piso después de que Kim muriera y sacó al minino de allí.

—¿Está seguro de que no estaba allí hoy? Los animales se asustan; cuando ven a una persona que no conocen se esconden —sugirió.

—El gato no estaba —insistí.

—Pudo haberse escapado cuando entró la poli. La puerta está abierta, el gato se escapa, ¡adiós gatito!

—Nunca oí que un gato se escapara con el cajón de arena —ironicé.

—Quizás algún vecino se lo llevara. Lo oyó maullar y pensó que tendría hambre —aventuró.

—¿Un vecino con llave?

—Hay gente que le deja la llave a un vecino, por si la pierde. O el vecino pudo haber pedido la llave al portero —contestó.

—Sí, eso debió de ser lo que pasó.

—Sí.

—Mañana preguntaré a los vecinos.

Emitió un ligero silbido.

—No se le escapa detalle, ¿verdad? —dijo él—. Incluso algo tan pequeño como un minino. Usted es como un perro tras un hueso.

—Así es como hay que actuar. Pecaca —solté.

—¿Qué? —preguntó.

—Pecaca —lo deletreé—. Quiere decir: Pesado que va de Casa en Casa —aclaré.

—Me gusta. Repítamelo.

Lo dije de nuevo.

—Pesado que va de casa en casa —repitió él.

# 18

El sábado era un buen día para ser pesado e ir de casa en casa porque la gente está más tiempo en su domicilio que entre semana. Aquel sábado, el tiempo no era propicio para salir. Una lluvia fina caía de un cielo sombrío y un fuerte viento la dispersaba.

El viento de Nueva York tiene a veces un curioso comportamiento. Los edificios altos parecen romperlo, dividiéndolo en vientecillos más pequeños que luego giran como una bola de billar, rebotando de forma imprevista y soplando de forma diferente de una manzana a otra. Ese día me lo encontraba siempre de cara. Doblaba una esquina y él doblaba conmigo, siempre soplando hacia mí, echándome encima el chorro de lluvia. Por momentos lo encontraba refrescante; en otros, con la cabeza entre los hombros y echado hacia adelante maldecía a los elementos y a mí mismo por ser tan estúpido de salir de casa en un día como aquel.

Mi primera parada fue en el edificio de Kim, donde saludé al portero y pasé ante él llave en mano. Me era tan desconocido como yo lo debía de ser para él; aún así, no puso en duda mi derecho de encontrarme allí. Así que subí y entré en el apartamento de Kim.

Quizá me quería asegurar de que el gato seguía sin aparecer.

Todo seguía igual y no encontré ni gato ni cajón de arena. Mientras pensaba en ello registré la cocina. No encontré comida de gatos, ni arena para la caja, ni platillo para la comida. No pude detectar olor de gato y comenzaba a dudar de la existencia del animal. Entonces, en el frigorífico, encontré un bote a medias de comida para mininos.

Victoria, pensé. El gran detective ha descubierto una pista. No mucho después, el gran detective encontró un gato. Recorrí todo el rellano llamando a las puertas. No todos los vecinos estaban en casa a pesar de que era un sábado lluvioso, y las tres primeras personas que me abrieron no sabían que Kim tuviera un gato, y mucho

menos cuál era su actual paradero.

La cuarta puerta que me abrió pertenecía a una tal Alice Simkins, una mujer pequeña de unos cincuenta años que se mostró muy reservada hasta que le hablé del gato de Kim.

—Oh, *Panther* —dijo—. Ha venido a por *Panther*. No pensaba que nadie viniera a buscarlo. Pero, por favor, no se quede ahí fuera. Entre.

Me ofreció una silla tapizada, me invitó a una taza de café y se disculpó por el exceso de trastos en la habitación. Era viuda, me dijo, y se había trasladado de una casa en las afueras, y aunque se había librado de montones de cosas había cometido la equivocación de guardar demasiados muebles.

—Parece que esto es una carrera de obstáculos. Y no es que me haya mudado precisamente ayer; hace prácticamente dos años que vivo aquí. Pero como no es ninguna urgencia, siempre lo voy demorando.

Se enteró de la muerte de Kim por un vecino. A la mañana siguiente, en la mesa de la oficina, pensó en el gato de la vecina. ¿Quién iba a alimentarlo? ¿Quién iba a ocuparse de él?

—Tuve que esperar hasta la hora del almuerzo —dijo—. No estaba tan loca como para dejar el trabajo con el pretexto de que un gatito iba a pasar hambre durante una hora más. Cuando llegué aquí limpié la caja de arena y le puse agua fresca y luego, por la tarde, al volver de la oficina, me pasé otra vez por el piso y noté que nadie había ido a ocuparse de él. Por la noche pensé en el pobre animal y, a la mañana siguiente, cuando le llevé comida, creí que sería mejor que me lo quedara momentáneamente. —En su cara se dibujó una sonrisa—. Parece haberse adaptado bastante bien. ¿Usted cree que la echa de menos?

—No lo sé —dije.

—Yo no creo que me vaya a echar de menos; sin embargo, yo sí lo voy a extrañar. Nunca he tenido gatos. Hace tiempo tuvimos perros. No me gusta la idea de tener un perro en la ciudad, pero un gato no supone ninguna molestia. A *Panther* le operaron las uñas, así que no puede estropear los muebles, aunque a veces desearía que pudiera arañar y estropear algunos, seria una solución para decidirme a librarme de ellos. —Dejó escapar una risita—. Espero que me disculpe por haber cogido toda la comida del animal del

piso, pero se lo entregaré todo junto. *Panther* debe de estar escondido en alguna parte, pero estoy segura de que lo encontraré.

Yo le aseguré que no había venido por el gato, que podía quedarse con el animal si quería. Eso pareció sorprenderla y aliviarla. Pero si no había ido a por el animal, ¿cuál era el motivo de mi visita? Se lo resumí en pocas palabras. Mientras asimilaba la información, le pregunté cómo había accedido al piso de Kim.

—Tenía una llave. Le había dado una llave de mi piso hace unos meses. Estuve fuera mucho tiempo, y le pedí que me regara las plantas; poco tiempo después de mi regreso, ella me dio la suya, pero no recuerdo por qué. A lo mejor quería que le diera de comer a *Panther*. Realmente no me acuerdo. ¿Cree que le puedo cambiar el nombre? —preguntó.

—¿Cómo dice? —dije yo.

—Es que no me gusta mucho su nombre, pero no sé si se le puede cambiar el nombre a un gato. No creo que se dé cuenta. De lo único que se da cuenta es del ruido del abrelatas eléctrico anunciando que la comida está servida —sonrió—.
T. S.
Eliot escribió que cada gato tiene un nombre secreto que solo él conoce. Así que no creo que importe mucho cómo lo llame.

Llevé la conversación al tema de Kim. Le pregunté si la conocía bien.

—No me atrevería a decir que éramos amigas. Sí, éramos vecinas, buenas vecinas. Yo guardaba una llave de su piso pero no creo que fuéramos verdaderas amigas.

—¿Sabía que era prostituta? —pregunté.

—Supongo que sí lo sabía. Al principio pensaba que era modelo. Tenía el físico y los atributos para ello —dijo.

—Lo sé.

—Pero poco a poco acabé por deducir cuál era su verdadero trabajo. Nunca lo mencionó. Creo que el hecho de que no lo mencionara nunca me llevó a adivinar de qué se trataba… y luego estaba aquel negro que la visitaba frecuentemente. De algún modo asumí que era su chulo.

—¿Tenía algún novio, señora Simkins?

—¿Aparte de ese negro? —Lo pensó un momento. Una pequeña flecha negra atravesó la moqueta, botó en el sofá, saltó a tierra y

desapareció—. ¿Lo ve? No se parece en nada a una pantera. No sé a qué se parece, pero desde luego no a una pantera. Me preguntaba si tenía algún novio.

—Eso es —dije.

—No lo sé seguro. Ella debía de tener algún plan secreto en su vida, porque algo me dijo la última vez que hablamos. Me explicó que se iba a ir, que su vida iba a cambiar para mejor. En ese momento pensé que tenía demasiados pájaros en la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque pensé que se refería a que ella y su chulo iban a escaparse juntos para consumar una aventura romántica; aunque no precisó mucho, ya que nunca me dijo que tuviera realmente un chulo o que ella fuera una prostituta. Parece ser que los chulos les dicen a sus mujeres que las otras no significan nada para ellos y que, cuando reúnan el suficiente dinero, se escaparán juntos y comprarán un rancho de ovejas en Australia.

Pensé en Fran Schecter en la calle Morton, convencida de que Chance y ella se habían conocido en una vida anterior y tenían en común un número infinito de vidas paralelas por delante.

—Tenía la intención de dejar a su chulo —dije.

—¿Por otro hombre? —preguntó.

—Eso es lo que estoy intentando averiguar.

La señora Simkins nunca había visto a Kim con alguien en particular, nunca había prestado mucha atención a los hombres que venían de visita. De todas formas, me explicó que aquellos visitantes no eran muy numerosos por la noche, que era la hora en la que ella se encontraba en casa.

—Yo creía que se había comprado la chaqueta de piel —dijo—. Estaba muy orgullosa de ella, como si alguien se la hubiera regalado, pero pensaba que no quería hacer ver que se la había comprado ella. Como si quisiese dar a entender que tenía un novio. Presumía de ella, como si un hombre se la hubiera comprado, pero nunca me lo dijo explícitamente.

—Porque la existencia de un hombre y su relación con él era un secreto —aventuré.

—Sí. Estaba orgullosa de la chaqueta, orgullosa de las joyas. ¿No dijo que tenía intención de dejar a su chulo? ¿Ha sido él quién la ha matado? —preguntó.

—No lo sé —dije.

—Trato de no pensar en su muerte, en la forma en que lo hicieron. ¿Ha leído *Wathership Down*? —No lo había leído—. Trata de una colonia de conejos, de conejos semidomésticos. La reserva de comida es abundante ya que los humanos les facilitan todo lo que les hace falta. Es una especie de paraíso para conejos; salvo que los hombres encargados de darles la comida aprovechan para tender trampas y pegarse una buena cena de vez en cuando. Los conejos que sobreviven nunca hablan de las trampas, nunca mencionan a sus compañeros desaparecidos. Tienen una especie de acuerdo tácito porque actúan como si las trampas no existieran y sus compañeros muertos no hubieran existido jamás.

Hasta ese momento, mientras hablaba había estado mirando a un lado. Su mirada se clavó en la mía cuando prosiguió:

—Sabe, creo que los neoyorkinos somos como esos conejos. Vivimos aquí porque nos beneficiamos de lo que la ciudad nos ofrece: cultura, trabajo… lo que sea. Y bajamos la vista cuando la ciudad asesina a uno de nuestros vecinos o a un amigo. Oh, por supuesto, lo leemos en los periódicos, hablamos de ellos durante uno o dos días, pero luego nos apresuramos a olvidarlo. Porque de otro modo estaríamos obligados a encontrar una solución, solución que no existe. Lo único que podemos hacer es mudarnos, y somos demasiado perezosos para ello. Somos como esos conejos, ¿no cree?

Le dejé mi número, y le dije que me llamara si se le ocurría algo. Me prometió que lo haría. Cogí el ascensor y bajé al vestíbulo, pero no salí de él y subí de nuevo a la duodécima planta. Había encontrado al gatito, pero eso no me impedía seguir siendo un pesado y llamar a unas cuantas puertas más.

Y eso fue lo que hice. Hablé con media docena de personas y no obtuve nada nuevo, salvo que Kim y ellos habían evitado discretamente cualquier contacto. Había incluso un sujeto resuelto a ignorar que una vecina suya había sido asesinada. Los demás lo sabían, pero su información no iba mucho más allá.

Cuando ya no quedaban más puertas a las que llamar me di cuenta de que me sentía irresistiblemente atraído por la de Kim. De hecho, me encontré aproximándome a ella llave en mano. ¿Por qué? ¿A causa de la botella de Wild Turkey que había en el armario de la entrada? Volví a poner la llave en el bolsillo y me marché.

El libro de información sobre reuniones me llevó a una que se celebraba a las doce en un edificio cerca del bloque de Kim. La sala estaba repleta y la reunión se hallaba en su ecuador cuando entré. La conferenciante me pareció Jan a primera vista, pero cuando la examiné más de cerca vi que no tenía ningún parecido. Me serví una taza de café y me senté al fondo.

Había mucha gente y el ambiente estaba cargado de humo. El coloquio parecía orientarse casi por completo a un aspecto espiritual del programa. No sabía muy bien en qué consistía ese aspecto y nada de lo que oí me lo aclaró.

Sin embargo, hubo un tipo que dijo algo que me gustó. Un tipo grande con voz grave.

—Yo vine aquí para salvar mi culo —dijo—, y ahora me entero de que está ligado con mi alma.

Si el sábado era un día para llamar a las puertas, también lo era para hacer visitas a las prostitutas. El cliente del sábado por la tarde es una especie inexistente, aunque siempre hay excepciones.

Después de comer, fui en metro al norte de Manhattan. No había muchos pasajeros en el vagón. Frente a mí, un muchacho negro con una cazadora verde oliva y botas de militar fumaba un cigarrillo. Recordé la conversación con Durkin y estuve a punto de pedirle que lo apagara.

Por Dios, Matt, ocúpate de tus asuntos. Déjalo en paz.

Me bajé en la calle 68 y caminé una manzana hacia el norte y dos hacia el este. Ruby Lee y Mary Lou Barcker vivían casi enfrente la una de la otra. Entré primero en el edificio de Ruby porque era el que más cerca me quedaba. El portero me anunció por el interfono y compartí el ascensor con el repartidor de la floristería. Las rosas casi le tapaban los brazos, y su aroma llenaba por completo el reducido espacio.

Ruby me abrió la puerta, me dirigió una fría sonrisa de bienvenida y me invitó a pasar. El piso estaba decorado con gusto pero sin abusos. El mobiliario era neutro y moderno, pero había otros elementos que le daban una nota oriental: una alfombra china, un grupo de estampas japonesas con marco de ébano barnizado, un biombo de bambú. Los elementos por sí solos no bastaban para calificar el piso de exótico, pero el toque de Ruby conseguía dar ese efecto.

Era alta, aunque no tanto como Kim; su cuerpo era esbelto y ágil. Iba enfundada en un traje negro con una falda abierta que descubría una parte de la pierna al caminar. Me hizo sentar en un sillón y me preguntó si quería algo de beber. Me sorprendí al oírme pedir una taza de té. Ella sonrió y volvió con dos tazas, una para ella y otra para mí. Era té Lipton, lo noté. Dios sabía lo que yo quería.

Su padre era mitad francés y mitad senegalés, y su madre china. Ella había nacido en Hong Kong, vivió durante un tiempo en Macao, luego pasó a América, tras una temporada en París y Londres. No me dijo su edad y yo tampoco se la pregunté; habría sido incapaz de calcularla. Podía tener perfectamente veinte o cuarenta y cinco años, o cualquier cifra entre esas dos.

Había visto a Kim una vez. No sabía mucho acerca de ella ni de las demás. Llevaba un tiempo con Chance, y su relación con él la beneficiaba.

No sabía si Kim tenía o no un novio. No veía por qué una mujer iba a desear dos hombres en su vida. Porque entonces tendría que darles dinero a ambos.

Le sugerí que quizá Kim tuviera una relación especial con aquella persona. Quizá él le hacía regalos. Esa idea la desconcertó.

—¿Quiere decir un cliente? —me preguntó.

Respondí que era posible. Me dijo que un cliente nunca podría llegar a ser un novio o un amiguito. Un cliente era simplemente otro hombre en una larga lista de nombres. ¿Cómo podía sentir algo por un cliente?

Al otro lado de la calle, Mary Lou Barcker me sirvió una Coca-Cola y un plato de canapés de queso.

—¿Así que conoce a la mujer dragón? —me dijo—. Impactante, ¿verdad?

—Por decirlo de una forma suave —contesté.

—Tres razas mezcladas en una mujer absolutamente sensacional. Luego viene el choque. Abres la puerta, y no hay nadie dentro. Acérquese un momento.

La seguí hasta la ventana, miré hacia donde señalaba.

—Esa es su ventana —dijo—. Puedo ver su piso desde aquí. Quizá piense que somos grandes amigas. Que estamos todo el día

pidiéndonos azúcar o quejándonos del síndrome premenstrual. Algo normal, ¿no?

—Y no es así —aventuré.

—Siempre es muy amable. Pero es como si no estuviese. Nunca se relaciona. Conozco un montón de clientes que han pasado por allí. Yo le facilito el negocio. Por ejemplo, un tipo me cuenta que tiene una atracción especial por las orientales. O yo le cuento al tipo que hay una chica que le va a gustar. Pues bien, ¿a que no se lo imagina? No pierdo nunca un cliente. Quedan satisfechos, porque es verdad que es bella y exótica; y seguramente sabe cómo desenvolverse con ellos, pero nunca vuelven. Van una vez y están contentos de haber ido. Dejan el número a sus amigos pero ellos no llaman. Estoy seguro de que tiene trabajo pero apostaría a que no sabe lo que es un cliente regular. Estoy convencida de que nunca lo ha tenido.

Era esbelta, morena, un poco alta, de rasgos definidos; tenía los dientes pequeños. Llevaba el cabello peinado hacía atrás y recogido en un moño, gafas de sol con los vidrios tintados de color ámbar. El cabello y las gafas combinaban y le daban un aspecto bastante serio, del cual era perfectamente consciente.

—Normalmente cuando me quito las gafas y me suelto el pelo —me dijo—, no parezco tan dura, mi aspecto intimida mucho menos. Aunque, por supuesto, a algunos clientes les gusta que las mujeres sean amenazadoras y agresivas.

A propósito de Kim me dijo:

—Apenas las conocía. No conozco muy bien a ninguna de ellas. Menudo equipo formamos. Sunny es la típica tía marchosa a quién le gusta pasárselo bien. Cree que ha dado un gran paso en la escala social convirtiéndose en prostituta. Ruby es una especie de adulta autista, virgen de todo contacto con la mente humana. Estoy segura de que se queda con bastante dinero y de que uno de estos días va a volver a Macao o a Port Said a abrir un fumadero de opio. Chance sin duda sabe que ella se queda con bastante, pero tiene el buen juicio de no impedírselo.

Puso un trocito de queso en un canapé y me lo ofreció, cogió otro para ella y sorbió un poco de vino tinto.

—Fran es una pequeña ingenua. Yo la llamo La Tonta del Village. Ha elevado el autoengaño a una forma de arte. Tiene que

fumar una tonelada de hierba para sostener esa ilusión que se ha creado. ¿Un poco más de
Coca-Cola
? —preguntó.

—No, gracias —dije.

—¿Está seguro de que no quiere tomar un poco de vino, o algo más fuerte?

Negué con la cabeza; una radio sonaba discretamente al fondo de la habitación, el dial estaba centrado en una cadena de música clásica. Mary Lou se quitó las gafas, las empañó con su aliento y las limpió con una servilleta de papel.

—Y luego está Donna —dijo—. La prostitución al servicio de la poesía. Pienso que los poemas son para ella lo mismo que la hierba para Fran. Sin embargo, sus poemas no son nada malos.

Yo llevaba encima el poema de Donna. Se lo enseñé a Mary Lou. Lo leyó y arrugó la frente.

—No está acabado —le dije.

—Yo me pregunto cómo saben los poetas que un poema está terminado. O los pintores, ¿cómo saben cuándo parar? Me intriga, ¿sabe? Este poema, ¿es sobre Kim?

—Sí —contesté.

—No sé lo que significa, pero siento que hay algo dentro —explicó.

Pensó un momento, inclinó la cabeza hacia un lado igual que un pajarito.

—Creo que en mi mente —prosiguió—, Kim era un arquetipo de puta. La exótica rubia escandinava oriunda del norte del Medio Oeste, nacida para cruzar la vida en los brazos de un chulo negro. Pero déjeme decirle algo: no me sorprendí cuando me enteré de que la habían asesinado.

—¿Por qué no? —pregunté.

—No lo sé muy bien. Bueno, tengo que admitir que me chocó, pero no me sorprendió. Creo que esperaba un final de ese tipo para ella, un final brutal. No necesariamente que fuera a ser asesinada, pero víctima de la prostitución de una forma u otra. Suicidio, por ejemplo. O una de esas combinaciones mortales de pastillas y alcohol. Por lo que yo sé no es que tomara drogas o bebiese mucho alcohol. Me esperaba un suicidio, supongo, aunque un asesinato

también entra dentro de los pronósticos para poner fin a su vida de prostitución. No creo que siguiese con ese trabajo para siempre. Una vez perdida esa inocencia aldeana no podía seguir en esto mucho tiempo más. Tampoco la veía buscando una salida.

—Tenía la intención de dejarlo en serio. Le había dicho a Chance que se quería marchar.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Si —dije.

—¿Y qué hizo él?

—Le dijo que era su decisión —respondí.

—¿Así de simple?

—Eso parece.

—Y luego aparece muerta. ¿Cree que hay alguna relación? —dijo.

—Creo que sí, que hay una relación. Creo que ella tenía un amiguito o un novio, y en ese amiguito está la relación. Creo que él fue la causa de que ella quisiera dejar a Chance y la razón por la que la mataron.

—Pero no sabe quién fue —añadió.

—No.

—¿Hay alguna pista?

—No por el momento.

—Bien, no creo que le pueda ayudar a desvelar el misterio. No me acuerdo cuándo fue la última vez que la vi, pero no recuerdo haber visto en sus ojos el brillo de un gran amor. De todos modos, me parece lógico. Un hombre la metió en este tipo de vida. Necesitaba de otro hombre que la sacara.

A continuación me contó cómo entró en la prostitución. No había pensado preguntárselo, pero tuve que oírlo de todas maneras.

Alguien le había señalado a Chance en la inauguración de una de las galerías del West Broadway. Iba con Donna y la persona que se lo había señalado le había dicho a Mary Lou que era un chulo. Animada por un par de vasos de vino barato se le acercó, se presentó y le dijo que le gustaría escribir algo sobre él.

Ella no era en realidad escritora. En aquella época vivía al lado de la calle 90 Oeste, con un hombre que trabajaba en algo incomprensible en Wall Street. El hombre en cuestión estaba divorciado, aunque aún perduraba una pequeña llama de amor

hacia su exmujer; además, sus horrorosos niños iban a pasar los fines de semana con ellos. Las cosas no iban del todo bien. Mary Lou trabajaba de correctora para varias editoriales, y había publicado un par de artículos en una revista feminista.

Chance acordó una cita, la llevó a cenar y ella acabó siendo la entrevistada. Estaban tomando unas copas cuando se dio cuenta de que le gustaría acostarse con él, más por curiosidad que por deseo. Antes de terminar de cenar, él le sugirió que dejara de lado ese artículo superficial y escribiera algo real, una historia del mundo de la prostitución visto desde dentro. Él le comentó que parecía totalmente fascinada. ¿Por qué no usar esa fascinación, lanzarse a la aventura, vivir plenamente aquella vida durante un par de meses y ver adónde le conducía?

Ella se rio ante la sugerencia. Tras la cena, la llevó a casa sin pretender nada más, ajeno a la invitación sexual de ella. Durante toda la semana, Mary Lou no pudo quitarse de la cabeza la proposición de Chance. Todo en su vida le desagradaba. Había dejado de tener relaciones con su amante y, a veces, le daba la impresión de que estaba con él para tener un techo donde vivir. Su trabajo le había dejado de interesar y no la llevaba a ninguna parte. El dinero que ganaba no era suficiente para mantenerse.

—De repente —dijo—, sentí una irresistible necesidad de escribir un libro sobre la prostitución. Maupassant se había dirigido a un depósito de cadáveres para procurarse la carne humana, y la comió para describir su sabor. ¿Por qué no pasar un mes ejerciendo la prostitución de lujo para escribir el mejor libro sobre el tema?

Una vez que aceptó su prostitución, Chance se ocupó de todo. La sacó de su antiguo piso y la instaló donde estaba ahora. La sacaba, la arreglaba, la llevaba a la cama. En la cama, le explicaba lo que había que hacer. Ella lo encontraba todo muy excitante. Otros hombres con los que había tenido relaciones anteriormente siempre se habían mostrado reticentes, como si esperaran que tú adivinaras sus deseos más íntimos. Incluso los clientes lo pasan mal a la hora de decirte lo que quieren.

Durante los primeros meses ella seguía pensando que estaba buscando información para escribir un libro. Cuando el cliente se iba, tomaba notas, con sus impresiones. Llevaba un diario. Se distanciaba de lo que estaba haciendo y de lo que era. Se servía de

su objetividad de periodista, como Donna se servía de la poesía o Fran de la marihuana.

Cuando se dio cuenta de que la prostitución era un fin en sí mismo, tuvo una crisis emocional. Nunca había pensado en el suicidio, pero durante una semana no estuvo muy lejos de consumarlo. Luego las cosas se arreglaron. El hecho de que se prostituyese no significaba que fuera una prostituta. Era una actividad que había escogido temporalmente. El libro al principio fue una excusa para conocer aquella vida; quizás algún día tuviese verdaderas ganas de escribirlo. Sin embargo, ese tema no tenía la más mínima importancia. La vida de cada día la reconfortaba. Lo único que le inquietaba era imaginarse de aquella manera para siempre. Pero no pasaría. Cuando se sintiera preparada, saldría de ello tan fácilmente como había entrado.

—Así me planteo todo el asunto, Matt —explicó—. No soy una fulana. La prostitución es algo temporal para mí. Hay formas mucho Peores de pasar dos años de tu vida.

—Lo sé —dije.

—Tengo todo el tiempo del mundo, todas las comodidades. Leo bastante, voy al cine, visito museos, y a Chance le gusta llevarme a conciertos. ¿Conoce la historia de los dos ciegos y el elefante? Uno de ellos le agarra el rabo y piensa que es una serpiente, el otro le palpa un costado y piensa que es una pared.

—¿Y bien? —pregunté.

—Creo que Chance es el elefante, y que sus chicas somos los ciegos. Cada una de nosotras vemos una persona diferente en él —explicó.

—Y todas tienen esculturas africanas en sus pisos.

La suya era una escultura de ochenta centímetros de altura de un hombrecillo con un manojo de palos en la mano. El rostro y las manos estaban hechos de perlas rojas y azules, mientras que el resto del cuerpo estaba recubierto por pequeñas conchas de mar.

—Mi Dios del Hogar —terció—. Es una figura ancestral de los bamunes de Camerún. Esas son conchas de porcelana. Las sociedades primitivas en todo el mundo siempre han utilizado las conchas de este molusco como moneda de cambio. Viene a ser el franco suizo de las sociedades tribales. ¿Se ha fijado en la forma?

Me acerqué para observarla más de cerca.

—Se parecen a los órganos genitales femeninos. Por eso los hombres las utilizan para comprar y vender. ¿Quiere que le traiga más queso? —ofreció.

—No, gracias.

—¿Y otra Coca-Cola?

—No, está bien.

—De acuerdo. Si desea algo más, no tiene más que pedírmelo.

# 19

Justo cuando salía del edificio de Mary Lou, un taxi se detuvo delante para dejar a un cliente. Me subí en el vehículo y le di la dirección del hotel.

El limpiaparabrisas no funcionaba en el lado del conductor. Este era blanco, pero la fotografía de la licencia del salpicadero era de un negro. Un cartel anunciaba: prohibido fumar, conductor alérgico. El interior del taxi apestaba a marihuana.

—No veo una mierda —dijo el conductor.

Me eché hacia atrás y disfruté del paseo.

Telefoneé a Chance desde el vestíbulo, luego subí a mi habitación.

Quince minutos después recibía su llamada.

—Pecaca —me dijo—. Me gusta esa palabra. ¿Ha visitado muchas casas hoy?

—Unas cuantas —dije.

—¿Y? —preguntó.

—Kim tenía un amiguito. Le hacía regalos de los que ella alardeaba.

—¿A quién se los enseñaba? ¿A mis chicas? —inquirió.

—No, por eso estoy convencido de que quería guardar el secreto. Fue una vecina quien me habló de los regalos.

—¿La vecina que tenía el minino? —preguntó.

—Exacto —dije.

—Pecaca. Verdaderamente funciona. Empezó con un gato extraviado y acabó encontrando una pista. ¿De qué regalos se trata?

—Una chaqueta de piel y unas joyas.

—¿Piel? ¿Se refiere a la chaqueta de conejo? —preguntó.

—Ella dijo que era de visón —respondí.

—Conejo —puntualizó—. Fui yo quien le compró la chaqueta, la llevé de compras y pagué al contado. Creo que se la regalé este

último invierno. La vecina dijo que era de visón, ¿no? Y una mierda de visón. Ya me gustaría venderle unos cuantos abrigos de visón como ese. Incluso le haría un precio especial.

—Kim dijo que era de visón —insistí.

—¿Eso fue lo que le dijo la vecina?

—Me lo dijo a mí —aclaré.

Cerré los ojos y me la imaginé sentada en la mesa junto a mí, en el bar Armstrong.

—Dijo que vino a la ciudad con una cazadora vaquera, que ahora llevaba un abrigo de visón y que no dudaría en cambiarlo por la cazadora vaquera si eso pudiera ayudarla a volver atrás.

Su risa me llegó a través del cable…

—Conejo —aseguró—. Esa chaqueta costó un poco más que la cazadora que llevaba cuando se bajó del autobús. Pero no fue tanto como supone. Y no fue un amiguito quien le hizo el regalo, porque se la compré yo.

—Entonces…

—A menos que yo sea el amiguito del que hablaba —dijo él.

—Es posible —confirmé.

—Habló también de joyas. Solo tenía bisutería. ¿Vio su joyero? No había nada de valor.

—Lo sé.

—Perlas falsas, un anillo del colegio. Lo único bonito era algo que yo le había comprado. Quizá lo haya visto, se trata de un brazalete.

—De marfil, ¿verdad?

—Marfil de colmillo de elefante. Marfil antiguo y la montura es de oro. El cierre también es de oro. No tiene mucho metal, pero el oro es oro —dijo.

—¿Usted se lo compró? —pregunté.

—Lo conseguí por cien dólares. En una tienda le costaría trescientos, más incluso si encontrase uno de la misma calidad —aclaró.

—¿Era robado? —pregunté.

—Digamos que no me dieron factura. El tipo que me lo vendió nunca dijo que fuese robado. Todo lo que dijo fue que quería cien dólares por él. Debería habérmelo llevado junto con la foto. Compré el brazalete porque me gustaba y se lo di porque yo no me quería

comprometer llevándolo y porque luciría mejor en su muñeca. Y así fue. ¿Sigue pensando que tenía un amiguito?

—Creo que sí —contesté.

—No parece tan seguro ahora. O quizá simplemente esté un poco cansado. ¿Está cansado? —preguntó.

—No lo sabe usted bien —respondí.

—Ha visitado demasiadas casas. ¿Qué más hacía este amiguito aparte de hacerle regalos?

—Cuidar de ella.

—Bueno, mierda, eso era mi tarea. ¿Qué hacía yo sino cuidar de ella?

Me eché sobre la cama y me dormí vestido. Había llamado a demasiadas puertas y hablado con demasiada gente. Debería de haber ido a ver a Sunny Hendryx. La había llamado para anunciarle que iba a pasar por su nido, pero en vez de eso eché una cabezadita. Soñé con sangre y con una mujer gritando. Me desperté bañado en sudor y con un sabor metálico en el fondo de la boca.

Me duché y me cambié de ropa. Miré el número de Sunny en mi agenda. La llamé desde el vestíbulo. No hubo respuesta.

Me sentí aliviado. Miré el reloj y tomé el camino de Saint Paul.

El conferenciante era un tipo de voz pausada, cabellos castaños y rostro aniñado. En un principio pensé que se trataba de un clérigo.

Resultó ser un asesino. Era homosexual, y una noche, durante un período de amnesia, agarró un cuchillo y apuñaló a su amante treinta o cuarenta veces. Explicó con claridad que recordaba muy vagamente el suceso, ya que perdía y recuperaba la conciencia durante el incidente. Se encontró de repente con el cuchillo en la mano, quedó paralizado por el horror de lo que había hecho y volvió a hundirse en la oscuridad. Cumplió siete años en la prisión de Attica y desde que salió no había probado ni una gota de alcohol; y ya hacía tres años de eso.

Le escuchaba y no sabía muy bien qué pensar. No sabía si alegrarme o lamentar que siguiera con vida y fuera de la prisión.

En el descanso me puse hablar con Jim. Puede que estuviese reaccionando contra aquel testimonio, o quizá tenía aún muy presente la muerte de Kim, lo cierto es que comencé a hablar de la

violencia, de los crímenes, de los muertos.

—Me siento muy afectado —dije—. Abro el periódico y me encuentro con crímenes y más crímenes, y cada día me afectan más y más.

—¿Conoces aquel chiste que dice «Doctor, me duele cuando hago esto. Bueno, pues no lo haga»? —preguntó.

—¿Y?

—Pues que no tienes porqué abrir el periódico —lo miré como si se estuviera mofando de mí—. Esas noticias tampoco me agradan. Al igual que las noticias sobre la situación del mundo. Y aunque no las lea, siempre me acabo enterando de alguna manera, pero no hay una ley que me diga que tengo que leer esas porquerías.

—Simplemente las ignoras.

—¿Y por qué no? —preguntó.

—Es la política del avestruz, ¿no? Lo que no veo, no puede dañarme, ¿no? —dije.

—Quizá, pero yo lo veo de otro modo. Supongo que no tengo que volverme loco con problemas que no puedo resolver —soltó.

—Pues yo no puedo hacer la vista gorda a ese tipo de cosas —sentencié.

—¿Por qué no?

—Quizá porque estoy comprometido con la humanidad.

—Yo también. Vengo aquí, escucho, hablo. No bebo. De este modo me comprometo con la humanidad —dijo.

Tomé otro café y un par de galletas. Durante el coloquio todo el mundo felicitó al conferenciante por su franqueza.

Pensé que, gracias a Dios, yo nunca había hecho nada parecido. La vista se me fue a la pared. Siempre colocan los eslóganes en las paredes, perlas de sabiduría como «Una copa es mucho, mil copas no son bastante». Me fijé en una que decía: «Estás aquí exclusivamente por la gracia de Dios».

Bórralo, pensé. No soy un asesino en mis períodos de pérdida de memoria. Que no me hablen de la gracia de Dios.

Cuando me llegó el turno pasé.

# 20

Danny Boy alzó su vaso de vodka ruso para mirar el líquido a través de la luz.

—Pureza, claridad, precisión —dijo, articulando las palabras con sumo cuidado—. El mejor vodka, Matthew, es una cuchilla de afeitar. Un escalpelo bien afilado en las manos de un experto cirujano. No deja huellas.

Inclinó ligeramente el vaso y se tragó buena parte de aquella pureza y calidad. Nos hallábamos en el Poogan's Pub y Danny Boy llevaba un traje azul marino con rayas rojas tan finas que apenas se distinguían en la penumbra del bar. Yo bebía soda con lima. Habíamos estado antes en otro bar en donde una camarera me dijo que mi bebida se llamaba Lime Rickey. Supe que nunca me decidiría a pedirla por ese nombre.

—Recapitulemos un poco —me dijo Danny Boy—. Su nombre era Kim Dakkinen. Una rubia alta, de poco más de veinte, vivía en Murray Hill, murió hace quince días en el hotel Galaxy.

—Aún no hace quince días —puntualicé.

—De acuerdo. Era una de las chicas de Chance. Tenía también un amiguito y es a él a quien quieres, al amiguito —explicó.

—Exacto —confirmé.

—Y estás dispuesto a pagar a quienquiera que te facilite la más mínima información sobre él. ¿Cuánto?

—Pasta —contesté, encogiéndome de hombros.

—¿Cien dólares? ¿Ciento cincuenta? ¿Cuánto?

—No lo sé, Danny —volví a encogerme de hombros—. Depende de la información, de dónde venga y adónde nos lleve. No tengo un millón, pero tampoco ando seco.

—Has dicho que se trata de una de las chicas de Chance.

—Eso he dicho —confirmé.

—Hace menos de dos semanas andabas detrás de Chance, Matthew. Luego me llevaste a un combate de boxeo para que yo lo señalase.

—Así fue —dije.

—Y un par de días después la foto de tu gran rubia aparece en todos los periódicos. Buscabas a su chulo y ahora ella está muerta; y ahora buscas a su novio.

—¿Y? —pregunté.

—¿Sabe Chance lo que haces? —dijo, acabando con el vodka.

—Lo sabe —respondí.

—¿Has hablado con él? —preguntó.

—He hablado con él —dije.

—Interesante.

Levantó el vaso vacío y entrecerró los ojos para ver a través de él. Sin duda para asegurarse de la pureza, claridad y precisión.

—¿Quién es tu cliente?

—Eso es confidencial.

—Es gracioso como la gente que busca información nunca está dispuesta a suministrarla —ironizó—. No te preocupes, preguntaré por ahí, haré correr la voz por ciertos barrios. ¿Es eso lo que quieres?

—Eso es —respondí.

—¿Sabes algo de ese amiguito?

—¿Cómo qué? —inquirí.

—Como si es joven o viejo, inteligente o tonto, casado o soltero. Si va al trabajo a pie, o si se lleva la comida —soltó.

—Al parecer, le hacía regalos.

—Eso estrecha mucho el campo de búsqueda —ironizó.

—Lo sé —dije.

—Bueno, pero lo intentaremos de todas formas —concluyó Danny.

Eso era todo lo que podía hacer. Después de la reunión volví al hotel donde me pasaron un aviso: LLAMAR A SUNNY, ponía e incluía su número. La llamé desde el vestíbulo pero no obtuve respuesta. ¿Por qué no tenía un contestador? Pensaba que todo el mundo tenía uno de esos cacharros.

Subí a la habitación pero no me podía estar quieto. No estaba cansado. La siesta había sido lo bastante larga como para disipar mi

fatiga y todo el café de la reunión me había puesto nervioso. Repasé las notas de la agenda y releí el poema de Donna, que me golpeó con la idea de que andaba buscando una respuesta que alguien ya conocía.

Eso suele ocurrir en las investigaciones oficiales. El medio más simple de enterarse de algo es preguntarlo a alguien que lo sepa. La parte difícil es encontrar a la persona que tiene la respuesta.

¿En quién habría confiado Kim? Desde luego, en ninguna de las chicas que había visitado hasta aquel momento, ni tampoco en su vecina. ¿En quién entonces? ¿En Sunny? Quizá. Pero Sunny no respondía al teléfono. Lo intenté de nuevo desde la centralita del hotel.

No hubo respuesta. Mejor. No tenía ganas de pasar otra hora bebiendo *ginger-ales* con una fulana.

¿Qué es o qué habían hecho Kim y su amiguito sin rostro? Si se habían pasado todo el tiempo detrás de puertas cerradas, revolcándose en un colchón y jurándose amor eterno, sin hablar jamás con nadie, no iba a tener muchas posibilidades de dar con algo sólido. Pero quizá salieran de vez en cuando, tal vez se había dejado ver con ella en público en algunos ambientes. Tal vez él había hablado de ella con alguien y a su vez esa persona había hablado de ella con alguien más, quizá…

No sería en mi cuarto de hotel donde iba a encontrar las respuestas. Qué demonios, no era una noche tan mala. La lluvia había bajado de intensidad durante la reunión. Era hora de mover el culo, tomar algún taxi y gastar algo de dinero. Ya que no lo metía en el banco, ni llenaba los cepillos con él, ni lo gastaba en vicios, tal vez estaría bien repartirlo por ahí.

Eso fue exactamente lo que estuve haciendo. El Poogan's Pub era el octavo o el noveno que visitaba y Danny Boy hacía el número quince de personas con las que hablaba esa noche. Algunos de los lugares eran los mismos que había visitado cuando andaba buscando a Chance, pero otros no. Probé en bares del Village, en antros de Murray Hill y Turtle Bay, en los baretos de la Primera Avenida. Seguí haciendo lo mismo tras irme del Poogan's Pub, gastando pequeñas pero numerosas sumas en taxis y

consumiciones, y contando una y otra vez la misma historia.

Nadie sabía nada. Cuando te lanzas a este tipo de peregrinaje desesperado vives de la esperanza. Siempre existe la posibilidad de que la enésima persona a la que cantas el estribillo se vuelva y te diga: «Es aquel de allí; ese es el amiguito que anda buscando; el alto de la esquina».

Pero casi nunca ocurre de esa manera. Lo que sí ocurre, si es que tienes suerte, es que la historia se expande. Hay ocho millones de habitantes en esta maldita ciudad pero es increíble cómo la gente se cuenta las cosas. Si lo hacía bien, no pasaría mucho tiempo sin que buena parte de esos ocho millones supieran que una fulana asesinada tenía un amiguito y que un tal Scudder lo andaba buscando.

Dos taxis seguidos rechazaron ir a Harlem. Hay una ley que les prohíbe negarse. Si un cliente que se comporta con normalidad les pide que le lleven a cualquiera de los distritos que hay en Nueva York, están obligados a hacerlo. No perdí el tiempo recordándoles la normativa. Era más sencillo ir andando hasta la boca de metro más próxima.

La plataforma estaba desierta; la empleada estaba encerrada en una cabina blindada a prueba de balas. Me preguntaba si se sentiría segura. Los taxis neoyorkinos tienen una mampara de plexiglás que divide el interior y protege al conductor, pero los dos taxistas se habían negado, con o sin protección, a llevarme a Harlem.

No hace mucho, un empleado tuvo un ataque al corazón en una de esas peceras. El equipo médico de reanimación no pudo entrar en la cabina, porque se cerraba por dentro. De manera que aquel pobre diablo se murió allí. De todas formas, pienso que tales artefactos protegen a más gente de la que matan.

Tampoco protegieron a las dos empleadas de la estación de Broad Channel. Dos muchachos se la tenían jurada a una de las mujeres que los había denunciado por colarse sin billete. Llenaron un extintor con gasolina, lo proyectaron dentro de la pecera y encendieron una cerilla. La cabina explotó y murieron incineradas. Otra manera de morir.

Había leído la noticia un año antes en la prensa. Por supuesto, no había ninguna ley que me obligara a leer la prensa.

Compré el billete. Cuando llegó el metro me subí; luego me bajé

en una estación de Harlem. Comencé por Kevin Small y algunos bares más de la avenida Lenox, me encontré con Royal Waldron en un garito divertido y le solté el mismo discurso que a los demás. Bebí una taza de café en un bar de la calle 125, luego fui andando hasta la avenida Saint Nicholas y me tomé un *ginger-ale* en la barra del Club Camerún.

La estatua del piso de Mary Lou era de Camerún. Una estatua ancestral con conchas de mar incrustadas.

No encontré a nadie en el bar al que conociera lo bastante como para entablar conversación. Miré el reloj. Se estaba haciendo tarde. En Nueva York los bares cierran una hora antes los sábados por la noche; o sea a las tres. Nunca entendí por qué. Quizá para que los bebedores empedernidos puedan ir a misa matinal en un estado más o menos decente.

Le hice un gesto al camarero y le pedí que me indicara qué bares cerraban más tarde. Se contentó con mirarme con rostro inexpresivo. Yo solté mi estribillo de que buscaba información sobre el amiguito de Kim. Sabía que no me respondería, sabía que no me daría ni la hora aunque me pusiera de rodillas, pero esa era la manera de propagar el mensaje. Me escuchó, al igual que los tipos que había en la barra a mi lado. Ellos lo comentarían más tarde. Eso era lo que yo pretendía.

—No puedo ayudarle —dijo—. No sé lo que está buscando, pero ha venido muy lejos a buscarlo.

El muchacho debió de seguirme cuando salí del bar. No reparé en ello y fue un error. Uno debe prestar atención a ese tipo de cosas.

Caminaba por la calle con un montón de ideas bulléndome en la cabeza. Desde el misterioso amiguito al conferenciante que había apuñalado a su amante. Noté un movimiento a mi lado. Pero ya era demasiado tarde para reaccionar. Apenas comencé a volverme cuando una mano me agarró por el hombro y me empujó a la boca del callejón.

Él se precipitó detrás de mí. Era unos dos centímetros más bajo que yo pero con el peinado afro me pasaba más de seis centímetros. Tenía unos veinte años, bigote incipiente y una cicatriz de una quemadura en una mejilla. Llevaba una cazadora de piloto con los bolsillos de cremallera, vaqueros negros de pitillo y un revólver

pequeño en la mano que me apuntaba directamente.

—Hijo de puta. Grandísimo hijo de puta —me soltó—. Dame la pasta, asqueroso. Dámela toda, dámela toda o te mato, grandísimo hijo de puta.

¿Por qué no habré metido el dinero en el banco? ¿Por qué no he dejado una parte en el hotel? Dios, pensé, Mickey ya puede ir olvidándose de la ortodoncia. Saint Paul se puede despedir de su diez por ciento.

Y yo podía olvidarme del día siguiente.

—Hijoputa, pedazo de mierda, cabrón.

Porque iba a matarme. Eché la mano al bolsillo para coger la cartera, lo miré a los ojos, luego al dedo en el gatillo, y lo supe. Estaba a punto de estallar, y fuera lo que fuese lo que llevara encima no le iba a parecer suficiente. Él iba a llevarse un premio grande, más de dos mil dólares, pero yo era hombre muerto.

Estábamos en un callejón de apenas metro y medio de ancho, no era más que un hueco entre dos edificios de ladrillo. La luz de las farolas se colaba por el callejón y alumbraba diez o doce metros más por detrás de nosotros. El suelo estaba cubierto de cajas empapadas por la lluvia, papeles, latas de cerveza y botellas rotas.

Bonito lugar para morir. Bonita manera de morir, ni siquiera era original. Abatido por un chorizo, asesinado en las calles, unas pocas lineas en una página interior.

—Aquí lo tiene, todo lo que tengo. Se lo puede quedar todo —dije.

Sabía que eso no bastaría, sabía que estaba resuelto a disparar. Le tendí la cartera con mano temblorosa y la dejé caer al suelo.

—Lo siento —dije—. Lo siento mucho. Yo la recojo.

Me incliné esperando que él se inclinara también. Doblé las rodillas y junté los pies y pensé *¡Ahora!* y me incorporé con fuerza y rapidez golpeando el revólver, al tiempo que le dirigía un cabezazo a la barbilla con todas mis fuerzas.

El arma se disparó, resonando con estrépito en aquel sitio tan angosto. Pensé que la bala me había tocado, pero no sentí nada. Lo agarré con las dos manos y le golpeé de nuevo con la cabeza, luego lo lancé con todas mis fuerzas contra la pared. Tenía los ojos vidriosos, la mano apenas aguantaba el revólver. Le di una patada en la muñeca y el arma salió por los aires.

Él se apartó de la pared, con la mirada asesina brillando en sus ojos. Le engañé con la izquierda y le clavé la derecha en la boca del estómago. Lanzó un gemido que venía desde dentro y se dobló en dos; agarré al hijo de puta, una mano en la cazadora, la otra en sus greñas y lo llevé corriendo hasta la pared; tres pasos rápidos y cortos que acabaron cuando su rostro se estrelló contra los ladrillos. Tres o cuatro veces tiré de su cabeza hacía atrás para luego machacarla contra la pared. Cuando lo solté, se cayó como si fuera una marioneta con los hilos rotos, y quedó tendido en el suelo de la callejuela.

Mi corazón palpitaba como si hubiera subido diez pisos a grandes zancadas. Estaba sin aliento. Me apoyé en la pared de ladrillos jadeando a esperar que llegara la policía.

Nadie llegaba. Había habido una disputa escandalosa, con disparos incluidos, pero no venía nadie, y nadie iba a venir. Miré al joven que me habría matado si hubiera podido. Yacía con la boca abierta, mostrando los dientes rotos al nivel de las encías. Tenía la nariz completamente aplastada contra el rostro y la sangre le salía a borbotones.

Me aseguré de no tener ninguna herida. Algunas veces puedes recibir un disparo y no sentirlo. El choque y la adrenalina pueden funcionar como anestesia. Pero no, había tallado. Examiné la pared detrás del sitio donde la bala había hecho saltar un fragmento antes de rebotar. Calculé el sitio donde había transcurrido la pelea y vi que no había errado por mucho.

¿Y ahora qué?

Encontré mi cartera y me la volví a guardar en el bolsillo. Busqué hasta encontrar el revólver, un calibre 32 con un cartucho usado en una de las recámaras y con las otras cinco cargadas y listas para ser disparadas. ¿Habría matado a alguien ese revólver? Parecía muy nervioso, quizá yo era su primera víctima. De todas formas, hay asesinos que se ponen nerviosos antes de apretar el gatillo, como algunos actores tienen pánico escénico.

Me arrodillé y lo registré. Tenía una navaja automática en un bolsillo y otra escondida en un calcetín. No llevaba identificación de ningún tipo, pero encontré un rollo grueso de billetes. El cabrón tenía más de trescientos pavos. Era obvio que no me había atacado para pagar el alquiler o para comprarse una dosis.

¿Y qué demonios iba a hacer con él? ¿Llamar a la policía? ¿Y que harían? No había pruebas, no tenía testigos, y el presunto agresor parecía la víctima en este caso. No había motivos para un juicio, ni siquiera para un arresto preventivo. Se lo llevarían a un hospital, allí lo remendarían; incluso le devolverían el dinero. Sería imposible comprobar que se trataba de dinero robado, que aquel dinero no era realmente suyo.

No le devolverían el arma. Pero no podría acusarle de tenencia ilícita porque yo no podía probar que era él quien la llevaba.

Me guardé el rollo de billetes y saqué el arma que había dejado en el bolsillo, tratando de recordar la última vez que había sostenido una. De eso hacía ya bastante tiempo. Yacía allí; la respiración burbujeaba a través de la sangre de la boca y la garganta. Me agaché a su lado. Al cabo de un momento, le introduje el cañón del revólver en su boca destrozada y dejé que mi dedo acariciara el gatillo.

¿Por qué no?

No sé qué fue lo que me detuvo; y no fue el miedo a un castigo en este mundo o en el próximo. No sé lo que fue, después de lo que me pareció un rato interminable, suspiré y saqué el cañón de su boca. Había restos de sangre en el tambor, brillando como bronce bajo la pálida luz del callejón. La limpié en su cazadora y la volví a guardar en mi bolsillo.

Mierda, maldito imbécil, pensé. ¿Qué voy a hacer contigo?

No podía matarlo y no podía entregarlo a la poli. Así que, ¿qué hacer? ¿Dejarlo donde estaba?

Poco más podía hacer.

Me incorporé. Me entró un mareo, titubeé, busqué la pared con las manos para apoyarme. Al cabo de un momento la cabeza dejo de darme vueltas y me recuperé.

Inspiré profundamente y solté el aire. Volví a agacharme y lo agarré por los pies; lo arrastré de nuevo unos metros hacia el interior del callejón hasta un alféizar de unos 30 centímetros de altura, que era la parte superior del marco de la ventana de un sótano. Lo tendí de espaldas, atravesado en el callejón, con los pies en el alféizar y la cabeza encajada en la pared de enfrente.

Le pateé con todas mis fuerzas en una rodilla, pero eso no bastó.

Tuve que saltar y dejarme caer con los pies. Su pierna izquierda

se astilló como una cerilla al primer intento, pero me hicieron falta cuatro saltos para romperle la derecha. Durante toda la operación se mantuvo inconsciente gimiendo ligeramente, pero lanzó un grito desgarrador cuando su pierna derecha se rompió.

Tropecé, me caí, aterricé sobre mi rodilla y me incorporé. De nuevo volvieron los mareos, esta vez acompañados de náuseas y me apoyé en la pared para vomitar, pero solo me salían arcadas secas. El mareo pasó, pero no conseguía recuperar el aliento y temblaba como una hoja. Alcé una mano y vi que los dedos me temblaban. Nunca había visto nada semejante. Había fingido los temblores cuando dejé caer la cartera, pero estos de ahora eran reales y no podía controlarlos. Mis dedos tenían voluntad propia y querían temblar.

Los temblores eran aún mucho peores en el interior.

Me volví, le eché un vistazo. Luego giré sobre mis talones y me dirigí por encima de las basuras hacia la calle. Seguía temblando y no parecía que fuera a mejorar.

Bueno, había un remedio para los temblores, los del exterior y los del interior. Existía un remedio específico para aquel mal.

En la acera de enfrente un neón rojo hacía guiños. Una invitación de tres letras: bar.

# 21

No crucé la calle. El muchacho de la cara aplastada y las piernas rotas no era el único chorizo del barrio, y me dije que no sería buena idea cruzarme con otro de su calaña estando bebido.

No, tenía que llegar a terreno familiar. Solo tomaría una copa, quizá dos, pero no podía garantizarlo, ni tampoco decir con certeza qué efecto me haría lo que tomase.

Lo más seguro era volver a mi barrio, beber uno o como mucho dos tragos en un bar y luego subir un par de cervezas a mi habitación.

Salvo que no existía manera segura de beber. No para mí, ya no. ¿No lo había comprobado ya, acaso? ¿Cuántas veces más tengo que intentar demostrarlo?

Entonces, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Temblar hasta no poder más? No iba a ser capaz de conciliar el sueño sin haber echado un trago, por todos los demonios.

Bueno, mierda. Una copa era indispensable, medicinal. Cualquier médico me la recetaría sin dudarlo.

¿Cualquier médico? ¿Y el interno del Roosevelt? Notaba su mano en el hombro, justo donde el chorizo me había agarrado para meterme en el callejón. «Míreme. Escúcheme. Usted es un alcohólico. Si sigue bebiendo morirá».

De todas maneras moriría, de alguna de las ocho millones de maneras. Aunque si podía escoger, mejor morir cerca de casa.

Caminé hasta el bordillo. Un taxi independiente, los únicos que se aventuran en Harlem, aminoró su marcha a medida que se acercaba. La conductora, una chicana de mediana edad, con una gorra sobre su estrambótico pelo rojo, consideró que era un cliente aceptable, y se detuvo. Me instalé en la parte trasera, cerré la puerta y le dije que me llevara a la intersección de la 58 y la Novena.

Durante el trayecto las ideas no paraban de girar en mi cabeza. Seguían temblándome las manos, si bien no con la misma intensidad que antes, pero los temblores interiores eran igual de violentos. El trayecto se me estaba haciendo interminable, cuando la mujer me preguntó a qué lado de la calle quería bajarme. Le dije que se detuviera delante del bar Armstrong. Cuando el semáforo cambió la mujer atravesó cautelosamente el cruce y paró en donde le había indicado. Como no me movía, ella se volvió para ver qué ocurría.

Acababa de recordar que no podía beber en el Armstrong. Por supuesto, tal vez habían olvidado que Jimmy les había prohibido que me sirvieran alcohol, pero lo más seguro era que no. No estaba seguro y la idea de entrar y de que no me sirvieran me hacía entrar en cólera. De acuerdo, se pueden ir todos a la mierda, yo no voy a cruzar esa maldita puerta.

¿Adónde entonces?

Polly's

Cage debía de estar cerrado, nunca llegan hasta la hora del cierre. ¿Y Farrell?

Allí fue donde tomé la primera copa después de la muerte de Kim. Llevaba ocho días sobrio hasta que levanté aquel vaso. Me acuerdo de aquella copa. Era un *bourbon*, un Early Times.

Es curioso como siempre recuerdo la marca del alcohol que bebo. Es siempre la misma basura, pero es uno de los detalles que nunca olvido.

Había oído esa observación en una reunión hacía algún tiempo.

¿Cuánto llevaba ya? ¿Cuatro días? Podía subir a mi habitación y encerrarme en ella; cuando despertase se cumpliría el quinto día.

Salvo que no podría conciliar el sueño. Ni siquiera aguantaría en la habitación. Lo intentaría, pero me sería imposible encerrarme en ningún sitio; no tal como me encontraba; no con la mente en semejante estado. Si no bebía ahora, bebería dentro de una hora.

—¿Señor? ¿Se encuentra bien? —preguntó la taxista.

La miré parpadeando, luego saqué la cartera del bolsillo y encontré un billete de veinte.

—Voy a hacer una llamada telefónica desde la cabina de la esquina. Tenga esto y espéreme. ¿De acuerdo?

Quizá se largase con los veinte. Me era indiferente. Caminé

hasta la cabina, eché la moneda y esperé hasta oír el tono.

Era ya demasiado tarde para llamar. ¿Qué hora era? Las dos de la madrugada. No eran horas de llamar a nadie para saludar.

Solo tenía que subir a mi habitación. Quedarme en ella una hora, y ya no tendría problemas. A las tres, los bares ya estarían cerrados.

¿Y qué? Había una tienda de comestibles en la que vendían cerveza, aunque fuera ilegal. Había un bar abierto toda la noche en la calle 51, entre la Undécima y la Duodécima Avenida. A menos que aquel bar ya no existiese. Hacía mucho tiempo que no iba.

Había una botella de Wild Turkey en el armario del salón de Kim Dakkinen y tenía la llave del piso en el bolsillo. Pero no me contentaría con uno o dos vasos. Acabaría con la botella, y después tendría muchas más a mi disposición.

Hice la llamada.

Estaba dormida. Lo noté en su voz cuando respondió.

—Soy Matt —le dije—, perdona que te moleste a estas horas.

—No te preocupes. ¿Qué hora es? ¡Jesús! —exclamó—. Si son las dos.

—Lo siento —me disculpé.

—Es igual. ¿Estás bien, Matthew?

—No.

—Entonces estás bien —concluyó.

—Estoy a punto de caer. Te llamo porque eres la única persona que puede evitar que beba esta noche —dije.

—Has hecho bien.

—¿Puedo pasar a verte? —pregunté.

Hubo una pausa. No pasa nada, pensé, olvídalo. Una copa rápida en Farrell antes de que cierren y luego me vuelvo al hotel. No tendría que haber llamado.

—Matthew. No creo que sea una buena idea, tienes que aguantar hora tras hora, minuto tras minuto si es necesario, y llámame todas las veces que quieras. No me importa que me despiertes, pero…

—Casi me matan hace apenas una hora —la interrumpí—. Acabo de propinarle una paliza tremenda a un chiquillo y le he roto las dos piernas. Estoy temblando como no he temblado en mi vida. No sé cómo voy a sobreponerme sin echar un trago y tengo pánico

de no poder evitarlo. Pensé que estar con alguien y hablar me ayudaría a pasar el mal trago, pero eso probablemente tampoco serviría de nada. Lo siento, no debería haberte llamado. Tú no eres responsable de mí. Lo siento muchísimo.

—¡Espera! —exclamó.

—Sigo aquí —dije.

—Hay un club en Saint Marks Place, en el que hay reuniones todas las noches los fines de semana. Está en la lista. Puedo buscarte la dirección, si quieres.

—De acuerdo —dije.

—Pero no irás, ¿verdad?

—Soy incapaz de hablar durante las reuniones. Pero no te preocupes, saldré adelante, Jan.

—¿Dónde estás? —volvió a preguntar.

—En la esquina de la 58 con la Novena.

—¿Cuánto tardarías en llegar aquí?

Miré la calle. El taxi seguía en su sitio.

—Tengo un taxi esperando —contesté.

—¿Recuerdas cómo llegar aquí?

—Lo recuerdo.

El taxi se detuvo delante del edificio de seis plantas de Lispenard.

El taxímetro había devorado el billete de veinte dólares. Le di otros veinte para que se quedara con ellos. Sabía que aquello era demasiado, pero me sentí bien y podía permitirme ser generoso.

Llamé al timbre de Jan —dos pitidos largos y tres cortos— y volví a la acera para que me lanzara la llave. Subí en el ascensor hasta la quinta planta y entré en el piso.

—Has venido rápido —me dijo—. Era verdad que tenías un taxi esperando.

Le había dado tiempo a vestirse. Llevaba vaqueros viejos y una camisa de franela de cuadros rojos y negros. Era una mujer hermosa de talla media y bien proporcionada, hecha más para la comodidad que para las prisas. Una cara en forma de corazón, cabellos castaño oscuro con alguna que otra cana que le caían sobre la espalda. Sus grandes ojos eran grises y estaban separados. No llevaba maquillaje.

—He hecho café —dijo—. Tú lo tomas sin nada, ¿verdad? —ofreció.

—Solo con un poco de *bourbon* —ironicé.

—No tengo ni una gota. Siéntate. Voy a buscar el café.

Cuando ella volvió yo me encontraba al lado de Medusa, resiguiendo con la yema del dedo una de las serpientes de su cabellera.

—Sus cabellos me recordaban a tu escultura —le dije—. Llevaba trenzas rubias, pero se las enrollaba alrededor de la cabeza de un modo que me recordaba a tu medusa.

—¿Quién? —preguntó Jan.

—Una mujer que fue asesinada. No sé por dónde empezar.

—Da igual por donde empieces —dijo ella.

Hablé durante mucho tiempo, saltando de un tema a otro; de lo que me había ocurrido aquella noche a los hechos de hacía dos semanas. De vez en cuando, Jan se levantaba e iba a buscar café. Cuando volvía yo retomaba la conversación donde la había dejado o un poco más adelante. Eso era lo que menos importaba.

—No sabía qué demonios hacer con él. Tras haberle propinado aquella paliza y dejarlo
K. O.
, no podía hacer que lo detuviesen y no soportaba la idea de dejarlo marchar así. Iba a dispararle pero no pude. No sé por qué. Si le hubiera machacado la cabeza contra la pared un par de veces más quizá lo hubiera matado; y si quieres saberlo, eso me habría satisfecho. Pero no podía dispararle mientras estaba tendido inconsciente.

—Claro que no —dijo.

—Pero no podía dejarlo ahí, no quería que siguiera suelto por la calle. Simplemente conseguiría otro revólver y seguiría haciendo lo mismo, así que le rompí las piernas. Sé que con el tiempo los huesos se acaban soldando; ese día podrá continuar con su carrera de chorizo, pero hasta entonces no podrá pasearse por la calle. —Me encogí de hombros—. No tiene mucho sentido, pero no se me ocurrió nada mejor.

—Lo importante es que no has bebido.

—¿Eso es lo importante? —dije.

—Creo que sí —contestó.

—Estuve a punto de beber. Si hubiera estado en mi barrio, o si no te hubiera localizado. Dios sabe cuánto deseaba un trago, y aún

tengo ganas.

—Pero no vas a beber —dijo.

—No —confirmé.

—¿Tienes un padrino, Matthew?

—No.

—Deberías tener uno. Es una gran ayuda —explicó.

—¿Por qué? —pregunté.

—Bueno, un padrino es alguien al que puedes llamar a cualquier hora, alguien al que le puedes contar prácticamente todo —dijo Jan.

—¿Tú tienes uno? —pregunté.

—La llamé tras hablar contigo —dijo asintiendo con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque estaba nerviosa. Me tranquiliza hablar con ella. Quería saber lo que pensaba —contestó.

—¿Y qué pensaba?

—Que no debí haberte dicho que vinieras —rio—. Afortunadamente tú ya estabas en camino.

—¿Qué más te dijo? —volví a preguntar.

Sus grandes ojos grises evitaron encontrarse con los míos.

—Qué no debía acostarme contigo —dije.

—¿Por qué te dijo eso? —inquirí.

—Porque no es bueno mantener relaciones durante el primer año. Y porque es muy negativo liarse con alguien que hace poco que ha dejado de beber —explicó.

—¡Por Dios! —exclamé—. He venido a verte porque tenía los nervios a flor de piel, no porque estuviera cachondo.

—Lo sé.

—¿Haces todo lo que te dice? —pregunté.

—Lo intento —respondió.

—¿Quién es esa mujer? ¿La voz de Dios en la tierra? —ironicé.

—Solo una mujer. Tiene mi edad, o para ser exactos, un año y medio menos que yo. Hace casi seis años que no prueba una gota.

—Eso es mucho tiempo —dije.

—Lo es para mí —levantó la taza. Vio que estaba vacía y la dejó —. ¿No hay nadie a quien puedas pedirle que sea tu padrino?

—¿Es así como funciona? ¿Tienes que preguntarle a alguien? —inquirí.

—Así es.

—¿Y si te lo pido a ti? —dije.

—Tiene que ser alguien de tu mismo sexo. En segundo lugar, yo no llevo sobria el tiempo suficiente. Y tercero: somos amigos.

—¿Un padrino no debe ser un amigo?

—No esa clase de amigo. Un amigo de
A. A.
Cuarto: debe ser alguien que asista a las reuniones de tu barrio, para que los contactos sean frecuentes —dijo.

—Hay un tipo con el que hablo a veces —no pude evitar pensar en Jim.

—Es importante escoger a alguien con el que puedas hablar —puntualizó.

—No sé si puedo hablar con él. Supongo que sí —dije.

—¿Respetas su condición de abstemio?

—No sé lo que quieres decir —contesté.

—Bueno si tú… —empezó Jan.

—Esta tarde le dije lo mucho que me afectaban las noticias que leía en los periódicos. Los crímenes de la calle, todo el mal que la gente hace. Poco a poco eso me va corroyendo por dentro, Jan —expliqué.

—Sí, lo sé —dijo.

—Me dijo que dejara de leer los periódicos. ¿Por qué te ríes? —pregunté.

—Esa es la política del programa —respondió.

—La gente dice lo que sea —solté—. «He perdido mi trabajo y mi madre se está muriendo de cáncer y a mí me van a amputar la nariz, pero hoy no he bebido y eso me convierte en un triunfador».

—Realmente suena a algo parecido, ¿no te parece?

—Algunas veces. ¿Qué te hace gracia?

—«Me van a amputar la nariz». ¿De veras amputan narices? —preguntó.

—No te rías. Eso es un problema muy serio.

Un poco más tarde ella me habló de un miembro de su grupo cuyo hijo había sido atropellado por un conductor que se había dado a la fuga. El hombre había ido a la reunión, había hablado sobre el tema y había transmitido una sensación de solidaridad a todo el grupo. Todo el mundo salió enriquecido por la experiencia.

Él no trató de olvidar bebiendo; y su aguante le permitió levantar la moral a los miembros de su familia mientras él sufría interiormente su propio dolor.

Me pregunté qué tenía de maravilloso experimentar uno su propio dolor. Luego acabé preguntándome qué habría pasado unos cuantos años atrás si hubiera aguantado sobrio cuando la bala perdida acabó con la vida de una niña de seis años llamada Estrellita Rivera. Ahogué mis sentimientos en *bourbon*. En aquella época me pareció una excelente idea.

Quizá me equivoqué. Quizá no había atajos ni rodeos. Tal vez la mejor solución fuera afrontar las consecuencias tal como son, sin tapujos.

—En Nueva York nadie se preocupa de que un coche le pase por encima a alguien. Pero ocurre aquí como en cualquier otro sitio. ¿Encontraron al conductor?

—No —dijo Jan.

—Debía de estar bebido. Casi siempre ocurre así.

—Quizá había perdido la conciencia. Es posible que a la mañana siguiente se despertara sin saber lo que había hecho.

—Cielos —pensé en el conferenciante que había apuñalado a su amante—. Ocho millones de historias en la Ciudad Esmeralda. Ocho millones de maneras de morir.

—La ciudad desnuda —dijo.

—¿No es eso lo que acabo de decir?

—Tú has dicho la Ciudad Esmeralda —aclaró.

—¿Sí? ¿De dónde sacaría eso?

—De *El Mago de Oz*, ¿recuerdas? ¿Dorothy y Toto en Kansas? ¿Judy Garland y el arco iris? —preguntó.

—Sí, sí me acuerdo.

—«Sigue el camino de adoquines amarillos» —citó Jan—. Conducía a la Ciudad Esmeralda, donde vive el mago maravilloso.

—Sí, me acuerdo. El Hombre de Paja, el León Cobarde y todo eso. ¿Pero de dónde saqué lo de la esmeralda?

—Eres un alcohólico, no lo olvides —sugirió—. Tu cerebro está dañado, eso es todo.

—Debe de ser eso —dije, asintiendo con la cabeza.

El cielo comenzaba a clarear cuando nos fuimos a dormir. Yo me acosté en el sofá, envuelto en un par de mantas. En un principio

creí que no iba a ser capaz de dormir, pero el cansancio se me echó encima como una ola gigante a la que no pude resistirme.

No sé adónde me llevó porque dormí como un tronco. Si soñé algo no lo recuerdo. Cuando desperté, fui recibido por los aromas del café instantáneo; luego me vestí y me uní a ella en la mesa de pino de la cocina. Bebí zumo de naranja y café y comí huevos revueltos, bacón y bollos de pan integral con pasas. No recordaba la última vez que había tenido semejante apetito.

Jan me informó de que había un grupo que se reunía los domingos al mediodía a unas pocas manzanas de su casa. Era una de las reuniones a las que ella asistía regularmente. Me preguntó si quería acompañarla.

—Tengo que trabajar —dije.

—¿En domingo?

—¿Es que cambia algo porque sea domingo? —pregunté.

—¿Crees que serás capaz de llegar a algo un domingo al mediodía?

No había llegado a nada desde que empecé. ¿Había algo que pudiera hacer hoy?

Saqué mi agenda y marqué el número de Sunny. No hubo respuesta. Llamé a mi hotel. Nada de Sunny. Nada de Danny Boy Bell ni de ninguno de los que había visto el día anterior. Bueno, de cualquier forma Danny Boy aún debía de estar dormido a aquellas horas, al igual que los demás.

Chance no había dejado ningún recado. Comencé a marcar su número pero me detuve. Si Jan iba a una reunión, yo no tenía ningún deseo de esperar en su piso hasta que él llamara. La madrina de Jan probablemente no lo aprobaría.

La reunión era en el segundo piso de una sinagoga de Forsythe Street. No se podía fumar dentro. No estaba acostumbrado a asistir a una reunión de los de la doble A sin aire enrarecido por una espesa capa de humo de tabaco.

Había unas cincuenta personas y ella parecía conocer a casi todos. Se encargó de presentarme a unos cuantos, de los que me apresuré a olvidar sus nombres. Me sentía incómodo, molesto por la atención que recibía. Mi aspecto tampoco ayudaba mucho. No había dormido vestido, pero mis ropas reflejaban la pelea de la pasada noche.

Además ahora sentía las secuelas de aquello. Jan y yo salimos del edificio cuando me di cuenta de las magulladuras que tenía en el cuerpo. Mi cabeza se resentía, particularmente donde se había estrellado contra el mentón del muchacho. Tenía un moretón en el antebrazo y un hombro estaba pasando por toda la gama de los colores existentes sin dejar de doler. Había otros músculos que se resentían cuando me movía. No había sentido nada después del incidente, pero el dolor suele aparecer al día siguiente.

Fui a buscar una taza de café y unas galletas y me quedé sentado durante la reunión. Todo fue bastante bien. El conferenciante dio un testimonio bastante breve, dejando el resto del tiempo para el coloquio. Había que levantar la mano para hablar. A quince minutos del final, Jan levantó la suya y manifestó lo feliz que estaba de haber dejado la bebida, el gran papel que jugaba en su vida la madrina, que le aportaba una ayuda eficaz cada vez que había algo que la preocupaba o cuando se enfrentaba con un problema y no sabía qué hacer. No entró en más detalles. Tuve el presentimiento de que su intervención era una forma de enviarme un mensaje. No le di mucha importancia.

Yo no levanté la mano.

Tras la reunión, ella pensaba ir a tomar café con un grupo de conocidos. Me preguntó si los quería acompañar. No me apetecía más café y tampoco deseaba compañía, de manera que le puse una excusa.

Ya en la calle, antes de tomar caminos diferentes, me preguntó cómo me encontraba. Le respondí que me encontraba bien.

—¿Sigues teniendo ganas de beber?

—No —contesté.

—Me alegro de que me llamases anoche —dijo.

—Yo también me alegro —respondí.

—Llámame cuando quieras, Matthew. No importa que sea medianoche, si lo necesitas, hazlo —insistió.

—Espero no necesitarlo de nuevo —me disculpé.

—Pero si hace falta, no lo dudes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contesté.

—Matthew, ¿me prometes una cosa? —preguntó.

—¿Qué?

—No bebas sin haberme llamado antes —dijo Jan.

—Hoy no voy a beber —solté.

—Lo sé. Pero si alguna vez tienes ganas de echar un trago, no levantes la copa sin haberme llamado primero. ¿Prometido? —insistió.

—Prometido.

En el metro, camino del centro, pensé en la conversación y en lo estúpido de aquella promesa. En fin, si eso la había hecho feliz…

Tenía otro recado de Chance. Llamé desde el vestíbulo; le dije a la del servicio que estaría en el hotel. Compré un periódico y lo llevé a mi habitación para matar el tiempo mientras esperaba su llamada.

La noticia del día no tenía desperdicio. Una familia de Queens —padre, madre y dos niños de menos de cinco años— habían ido a dar una vuelta en su flamante Mercedes nuevo. Alguien se colocó a su lado con otro coche y descargó los dos cartuchos de una escopeta dentro del Mercedes, matando a los cuatro miembros de la familia. Un registro policial de su apartamento en Jamaica States había revelado una suma importante de dinero en efectivo y una cantidad nada despreciable de cocaína sin cortar. La policía extrajo la conclusión de que el crimen estaba relacionado con el tráfico de drogas.

¡Poca broma!

No venía nada del muchacho que había dejado tirado en el callejón. No era de extrañar. Los periódicos del domingo ya habían salido cuando tuvimos nuestro encuentro. Había pocas posibilidades de que viniera algo en el de mañana o en el de pasado. Si lo hubiera matado se habría ganado algún párrafo en alguna esquina, ¿pero que interés periodístico tenía un joven negro con las piernas rotas?

Estaba pensando en eso cuando llamaron a mi puerta.

Era extraño. Las mujeres de la limpieza tenían los domingos libres y las pocas personas que me venían a visitar se hacían anunciar en la conserjería. Cogí mi chaqueta de la silla y saqué el 32 del bolsillo. Aún no me había librado de él ni de las dos navajas que había confiscado a mi amigo el mutilado. Revólver en mano me acerqué a la puerta y pregunté quién era.

—Soy Chance.

Dejé caer el arma en el bolsillo y abrí la puerta.

—La mayoría de la gente se hace anunciar —dije.

—El amigo de abajo estaba leyendo y no quería interrumpirle —contestó.

—Eso es ser atento —solté.

—Esa es una de mis características —me observó como si me estuviera juzgando. Luego su mirada no dejó de estudiar la habitación—. Un sitio acogedor.

Las palabras eran pura ironía, pero no el tono de su voz. Cerré la puerta, le ofrecí una silla. Permaneció de pie.

—Me pareció apropiado para mí —dije.

—Sí, ya veo. Espartano, despejado.

Llevaba una chaqueta fina azul marino y pantalón de franela gris. No llevaba abrigo. Evidentemente el día era más cálido y además tenía coche.

Se acercó hacia la ventana, miró fuera.

—Traté de localizarle anoche —dijo.

—Lo sé —contesté.

—No contestó mi llamada —insistió.

—No recibí el mensaje hasta hace un rato, y anoche no estaba localizable.

—¿No durmió aquí?

—No —contesté.

Negó con la cabeza. Se había vuelto hacia mí y su expresión era reservada, casi indescifrable. No conocía aquella expresión en su cara.

—¿Ha hablado con todas mis chicas? —preguntó.

—Con todas menos con Sunny —respondí.

—Ya. ¿Aún no la ha visto?

—No. La llamé varias veces ayer por la tarde, e incluso la llamé hoy al mediodía, pero no estaba —dije.

—Ella lo llamó anoche —dijo Chance.

—Así es —respondí.

—¿A qué hora?

—Salí del hotel sobre las ocho —dije, tratando de recordar—, y volví un poco después de las diez. Me encontré el aviso cuando volví. No sé a qué hora lo dejó. La gente de conserjería casi nunca anota la hora, aunque se supone que deben hacerlo. De todas formas, me deshice del papel.

—No había motivo para conservarlo —dijo.

—No. ¿Qué importancia puede tener la hora a la que llamara? —Me miró largamente. Pude ver motas doradas en el fondo de sus ojos marrones.

—Mierda, no sé qué hacer. No estoy acostumbrado a este tipo de cosas. Por lo general, al menos creo que realmente sé lo que tengo que hacer.

No dije nada.

—Usted es uno de mis hombres, ya que trabaja para mí. Pero no estoy seguro de lo que eso significa —dijo.

—No sé adónde quiere ir a parar, Chance.

—Mierda. El problema es que no sé hasta qué punto puedo confiar en usted. Es ahí adonde quiero ir. De hecho tengo que confiar en usted. La prueba es que le llevé a mi casa. Nunca había llevado a nadie más a mi casa. ¿Por qué lo hice? —preguntó.

—No lo sé —respondí.

—Quiero decir, ¿estaba presumiendo? Le estaba diciendo: «Vea la clase que tiene este negro». ¿O es que lo invité para que conociera mi alma? Qué más da. Mierda, sea lo que sea tengo que confiar en usted. ¿Pero tengo razón para ello? —preguntó.

—Yo no puedo pensar por usted —contesté.

—No, no puede —clavó su barbilla entre el pulgar y el índice—. La llamé anoche, a Sunny, dos veces, al igual que a usted: no hubo respuesta. Bueno, nada raro. No había contestador pero tampoco es extraño porque a veces se olvida de conectarlo. Luego llamé otra vez, una hora y media o dos horas más tarde, y de nuevo no hubo respuesta. ¿De manera que qué hice? Me fui a su casa en coche. Por supuesto tengo una llave. Es mi piso. ¿Por qué no habría de tener llave?

Ya sabía adónde quería ir, pero dejé que lo soltara él mismo.

—Pues bien, estaba allí. Aún está allí. Pero muerta.

# 22

Estaba muerta. Yacía sobre su espalda, desnuda, un brazo sobre la cabeza, y la cara vuelta hacia ese mismo lado, el otro doblado por el codo, con la mano descansando en la caja torácica, justo debajo del pecho. Estaba en el suelo, a un par de pasos de la cama sin hacer, el cabello cobrizo le caía por encima y por detrás de la cabeza. Junto a los labios pintados una elipse de vómito flotaba en la moqueta como espuma de mar. Entre sus musculosos muslos blanquecinos, una mancha de orina oscurecía la moqueta.

Tenía moretones en el rostro y en la frente, y otro en uno de los hombros. Automáticamente palpé su muñeca buscando el pulso, pero su carne estaba demasiado fría para que aún siguiera con vida.

Los ojos abiertos miraban hacia arriba. Quise cerrarle los párpados. No hice nada.

—¿La ha movido? —pregunté.

—Por supuesto que no. No he tocado nada —respondió.

—No me mienta. Ya lo hizo en el piso de Kim después de su muerte. Seguro que echó un vistazo por aquí —insistí.

—Abrí un par de cajones. No me llevé nada —respondió.

—¿Qué era lo que buscaba?

—No lo sé. Cualquier cosa que me interesase. Encontré dinero, doscientos dólares. Lo dejé donde estaba. Encontré una cartera con cheques y también lo dejé —explicó.

—¿Cuánto tenía en el banco?

—Menos de mil, ninguna fortuna. Lo que sí encontré fue un montón de píldoras. Son en parte causantes del resultado que tiene frente a usted.

Señaló un tocador al otro lado de la habitación. Allí, en medio de innumerables tarros y botellas de maquillaje y perfumes, había dos frascos de plástico vacíos con la etiqueta de la receta médica. El nombre del paciente en ambos era S. Hendryx, si bien las recetas

habían sido prescritas por diferentes médicos y vendidas en diferentes farmacias, ambas del barrio. Una receta era para Valium, la otra para Seconal.

—Siempre echaba un vistazo para ver las medicinas —dijo—. Como una comprobación rutinaria, ya sabe. Y lo único que había era antihistamínico para la fiebre del heno. Cuando abrí el cajón anoche, encontré una farmacia entera. Y todo con recetas.

—¿Qué fue lo que encontró? —pregunté.

—No leí todas las etiquetas. No quise dejar mis huellas donde no debía. Por lo que vi eran casi todo sedantes. Muchos tranquilizantes: Valium, Librium, Evalil. Somníferos como el Seconal. Un par de excitantes, como ese como se llame, Ritalin. Pero mayormente tranquilizantes. —Negó con la cabeza—. Hay algunas mierdas de las que jamás he oído hablar. Nos haría falta un médico para que nos dijese qué es cada una de ellas.

—¿No sabía que ella tomaba pastillas?

—No tenía ni idea. Venga y mire esto —dijo.

Abrió un cajón con mucho cuidado de no dejar huellas.

—Mire —dijo, señalando con el dedo.

En un lado del cajón, junto a un montón de jerseys, había una docena de frascos de píldoras.

—Esto es de alguien que está muy metido en ese mundillo —dijo —. Alguien que tiene miedo de que se le acaben las existencias. Y yo no sabía nada de ello. Eso me duele, Matt. ¿Ha leído la nota?

La nota estaba en el tocador sujeta con un frasquito de colonia. Aparté el frasquito con el dorso de la mano y llevé la nota junto a la ventana. Sunny la había escrito con tinta marrón en un papel beige y me hacía falta una buena luz para leerla.

Leí:

> *Kim, has tenido suerte, encontraste a alguien que lo hiciera por ti. Yo tuve que hacerlo yo misma.*
>
> *Si hubiera tenido coraje habría usado la ventana. Podría cambiar de idea a mitad de camino y reírme el resto de la caída. Pero no tuve agallas y la cuchilla no me sirvió.*
>
> *Espero haber tomado bastantes esta vez.*
>
> *No tiene sentido. Los buenos tiempos ya se han acabado. Chance, lo siento. Tú me diste tiempos felices, pero se han*

*acabado. La multitud se fue a casa en el descanso, ya no se escuchan vítores y ni siquiera hay alguien que lleve la cuenta.*

*No hay modo de bajarse del tiovivo. Ella asió el anillo de cobre y le tiñó el dedo de verde.*

*Nadie va a comprarme esmeraldas. Nadie va a darme niños. Nadie va a salvarme la vida.*

*Estoy harta de sonreír. Estoy cansada de cazar y de ser cazada. Los tiempos felices se han ido.*

A través de la ventana, al otro lado del Hudson, contemplé el horizonte de Nueva Jersey. Sunny había vivido y muerto en el piso treinta y dos de un complejo de torres de apartamentos llamado Lincoln View Gardens. No había visto ningún jardín a excepción de las macetas con palmeras que decoraban la entrada.

—Ahí debajo está el Lincoln Center —me dijo Chance.

Asentí con un gesto.

—Habría sido mejor instalar a Mary Lou aquí. A ella le gustan los conciertos, de manera que le quedaría al lado de casa. Lo que ocurre es que ella vivía en el lado oeste. Así que preferí instalarla en el este. Así era mejor; un cambio radical.

No me interesaba en lo más mínimo la filosofía macarra.

—¿Lo había hecho antes? —pregunté.

—¿Suicidarse?

—Intentarlo. Ha escrito «Espero haber tomado bastantes esta vez». ¿Sabe si hubo alguna otra vez en la que no tomó bastantes? —aclaré.

—No desde que la conozco. Y de eso hace un par de años —contestó.

—¿Qué quiere decir cuando dice que la cuchilla no le sirvió? —dije.

—No lo sé —respondió.

Me acerqué a ella, examiné la muñeca del brazo extendido sobre la cabeza. Se distinguía claramente una cicatriz horizontal. Encontré una cicatriz idéntica en la otra muñeca. Me incorporé. De nuevo leí la nota.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Chance.

Saqué mi agenda y copié lo que había escrito palabra por palabra. Usé un *Kleenex* para borrar las huellas que podía haber

dejado en la hoja y la volví a poner donde estaba, utilizando nuevamente el frasquito de colonia como pisapapeles.

—Dígame lo que hizo la pasada noche —le dije a Chance.

—Exactamente lo que le he dicho. La llamé y, no sé por qué, tuve un presentimiento y vine aquí —explicó.

—¿A qué hora? —pregunté.

—Después de las dos. No sé la hora exacta —respondió.

—¿Subió directamente?

—Sí.

—¿Le vio el portero? —pregunté.

—Nos saludamos con la cabeza. Él me conoce. Piensa que vivo aquí —contestó.

—¿Cree que se acordará de usted?

—No sé lo que recuerda y lo que no —espetó.

—¿Trabaja los fines de semana, viernes incluidos?

—No lo sé, ¿qué importancia tiene? —respondió.

—Si está todas las noches, quizá se acuerde de haberlo visto, pero no sabrá qué día fue. Pero si solo trabaja los sábados… —empecé.

—Ya lo entiendo —me interrumpió.

En la diminuta cocina había una botella de vodka Georgi, en el fregadero, con un par de dedos de licor. Al lado un cartón de litro de zumo de naranja. En el mármol había un vaso y, en el vaso, los residuos de lo que parecía una mezcla de ambos líquidos. Yo había notado un leve rastro de naranja en el vómito. No había que ser un gran detective para juntar las piezas. Los cubatas habían multiplicado los efectos de la píldoras.

*Espero haber tomado bastantes esta vez.*

Tuve que resistirme al impulso de vaciar lo que quedaba de vodka en el fregadero.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el piso, Chance?

—No lo sé. No me fijé en la hora —contestó.

—¿Habló con el portero cuando salió? —pregunté.

—Bajé al sótano y salí por el garaje —respondió, negando con la cabeza.

—De manera que no pudo verlo.

—Nadie me vio —confirmó.

—Y mientras estuvo aquí… —empecé.

—Como le dije —interrumpió—, miré en los armarios y en los cajones. No toqué muchas cosas y no moví nada.

—¿Leyó la nota?

—Sí, pero no la cogí para hacerlo —dijo.

—¿Hizo alguna llamada? —pregunté.

—Al servicio de mensajes, para ver si tenía alguno. Y le llamé a usted. Pero no estaba —dijo.

No, no estaba. Estaba ocupado rompiéndole las piernas a un crío en un callejón algo más al norte.

—¿Alguna llamada fuera de la ciudad?

—Solo esas dos llamadas. Y fueron dentro de la ciudad. Su hotel está a tiro de piedra de aquí.

Y yo podría haber venido caminando anoche, después de la reunión, cuando no me contestaba al teléfono. ¿Estaría viva entonces? Me la imaginé, sobre la cama, esperando que las píldoras y el vodka surtieran efecto, dejando sonar el teléfono, *ring, ring*… ¿Habría ignorado también el timbre de la puerta?

Quizá. Puede que para entonces ya estuviera inconsciente. Pero habría presentido que algo andaba mal, podría haber hecho subir al portero o echar abajo la puerta, podría haber llegado a tiempo.

Seguro que sí. También podría haber salvado a Cleopatra de la mordedura de la víbora, si no hubiera nacido demasiado tarde.

—¿Tiene la llave de este piso? —pregunté.

—Tengo la llave de todos los pisos —contestó.

—Entonces entró sin problemas —dije.

—Tenía la cadena puesta —dijo, negando con la cabeza—. Ahí fue cuando supe que algo andaba mal. Usé mi llave. La puerta se abrió unos centímetros, y luego se bloqueó por la cadena; la prueba de que algo no marchaba. Hice saltar la cadena y entré. Sabía que me iba a encontrar con algo que no quería ver.

—Pudo haberse ido. Dejar la cadena y volver a su casa —dije.

—Lo pensé —me miró directamente a los ojos. Era la primera vez que le veía esa expresión desarmada—. ¿Sabe?, cuando vi que ella había echado la cadena, pensé inmediatamente que se había suicidado. Fue la primera y la única cosa en la que pensé. Por eso hice saltar la cadena. Pensé que aún podía estar viva, que quizá podría salvarla. Pero era demasiado tarde.

Me dirigí a la puerta y la examiné. La cadena no estaba rota,

pero el ensamblaje se había despegado del marco y había quedado colgando de la puerta. No había reparado en ello cuando entramos en el piso.

—¿La hizo saltar cuando entró?

—Tal como le acabo de contar —respondió.

—La cadena pudo no estar echada cuando entró. Luego la pudo echar y romperla desde dentro —solté.

—¿Por qué iba a hacer semejante cosa?

—Para dar la impresión de que el piso estaba cerrado desde el interior cuando entró —expliqué.

—Pues claro que lo estaba. No tenía necesidad de hacer algo así. No sé adónde quiere ir a parar —dijo.

—Simplemente quiero asegurarme de que estaba cerrada desde el interior cuando llegó —aclaré.

—¿Pero no se lo acabo de decir?

—¿Y revisó todo el piso? ¿No había nadie más?

—No, a menos que estuviese escondido en el horno —ironizó.

Era un suicidio claro. El único problema era su primera visita. Él sabía que ella estaba muerta desde hacía más de doce horas y aún no había avisado a la policía.

Pensé un momento. Estábamos en el norte de la calle 60, lo que nos sacaba del territorio de Durkin, pues dependía de la comisaría 20. Su gente cerraría el caso como suicidio, a menos que los exámenes del forense probaran lo contrario; en ese caso, su primera visita acabaría saliendo a la luz.

—Podemos proceder de diversas maneras —le dije—. Podemos decir que trató de localizarla durante toda la noche y que acabó preocupándose demasiado; habló conmigo esta tarde y vinimos aquí juntos. Usted tiene una llave con la que abrió la puerta; la encontramos, y llamamos a la policía.

—De acuerdo —dijo.

—Pero la cadena se pone por medio —dije—. Si usted no estuvo aquí antes, ¿cómo se rompió? Si alguien más entró aquí, ¿quién era y cómo entró aquí?

—¿Por qué no les decimos que la rompimos cuando entramos? —preguntó.

—No nos sirve —dije, negando con la cabeza—. Suponga que acaban descubriendo evidencias sólidas de que usted estuvo aquí

anoche. Entonces quedaría como un encubridor. Puedo llegar a mentir por usted cuando se trata de algo que me ha contado de manera confidencial, pero no estoy dispuesto a jugármela cuando se trata de algo que está directamente relacionado con este caso. No, me veo en la obligación de decir que la cadena estaba rota cuando vinimos.

—Vale, puede que la rompieran hace semanas.

—Solo que la rotura parece muy reciente. Si hay algo que es totalmente desaconsejable es que le cacen en ese tipo de mentira, en la que su historia y las pruebas apuntan en direcciones opuestas. Le voy a decir lo que vamos a hacer.

—¿Qué? —preguntó.

—Decir la verdad —dije—. Usted vino aquí, echó la puerta abajo, ella estaba muerta y usted se esfumó. Subió a su vehículo y condujo durante un rato tratando de aclararse las ideas. Quería localizarme a mí antes de hacer nada, y yo no estaba localizable. Luego me llamó, vinimos aquí y llamamos a la policía —concluí.

—¿Cree que es lo mejor? —preguntó.

—Lo es para mí —dije.

—¿Por culpa de esa historia de la cadena?

—Sí, sobre todo por eso —contesté—. Pero incluso sin la cadena, le interesa más decir la verdad. Mire, Chance, usted no la mató. Ella se suicidó.

—¿Y qué? —dijo.

—Si usted no la mató, lo mejor que puede hacer es decir la verdad. Si es culpable, lo mejor es no decir nada, ni una palabra. Llame a un abogado y mantenga la boca cerrada. Pero siempre que sea inocente, diga la verdad. Es lo más fácil, lo más simple, y le evita tener que recordar lo que dijo antes. Porque, ¿sabe?, los criminales mienten todo el tiempo y los polis lo saben y es una cosa que odian. Una vez que dan con una mentira, tiran de ella hasta que llegan a algo que no encaja. Usted quiere mentir para evitarse complicaciones, y quizá funcione, es un suicidio evidente y tiene muchas oportunidades de salirse con la suya, pero si algo sale mal, va a tener muchísimas más complicaciones que las que trataba de evitar en un principio.

Reflexionó un momento y luego suspiró.

—Van a preguntarme por qué no los llamé inmediatamente —

dijo.

—¿Por qué no lo hizo?

—Porque estaba acojonado —dijo—. No sabía si cagarme o agarrar una cogorza.

—Dígales eso —dije.

—Sí, supongo que sí —contestó.

—¿Qué hizo tras salir de aquí?

—¿Anoche? Lo que acaba de decir. Conduje por ahí. Di unas cuantas vueltas alrededor del parque. Atravesé el puente de George Washington y subí por Palisades Parkway. Como un paseo dominical, solo que un poco temprano. —Movió la cabeza recordando el paseo—. Volví y me fui a ver a Mary Lou. Entré con mi llave, no tuve necesidad de hacer saltar la cadena. Estaba durmiendo. Me acosté a su lado, la desperté y me quedé un momento allí. Luego volví a mi casa.

—¿A su casa? —pregunté.

—Sí, a mi casa. Pero no quiero hablarles de mi casa —aclaró.

—No es necesario. Durmió un rato en casa de Mary Lou —dije.

—Jamás duermo teniendo alguien al lado. Pero eso no tienen por qué saberlo.

—No.

—Me quedé en casa un rato. Luego volví a la ciudad a buscarle a usted —explicó.

—¿Qué hizo en su casa? —pregunté.

—Dormir un poco. Un par de horas. No necesito dormir mucho —dijo.

—¿Eso fue todo? —inquirí.

—No hice nada en particular.

Se acercó a la pared y descolgó una de las máscaras. Se puso a explicarme de qué tribu venía, del lugar donde vivía la tribu, la madera en la que estaba tallada. Yo escuchaba a medias.

—Ahora he dejado mis huellas en ella —me dijo—. Bueno, no importa. Les puedo decir que mientras esperábamos a que vinieran la descolgué y le conté la historia. Lo que es decir la verdad. No quiero que me cojan en una mentirijilla —la frase le hizo reír—. ¿Por qué no hace la llamada?

# 23

No fue ni la mitad de complicado de lo que pudo haber sido. Yo no conocía a los polis que acudieron de la comisaría pero no habría ido mucho mejor si los hubiera conocido. Después de responder a preguntas en el lugar de la escena, nos llevaron a la comisaría de la calle 82 Oeste para firmar la declaración. Los polis no tardaron en señalar que Chance debió haberles llamado inmediatamente tras encontrar el cadáver, pero no le agobiaron por haberse tomado su tiempo. Encontrarse con un cuerpo inesperadamente es un *shock*, incluso si eres un chulo y ella es una puta; y esto, después de todo, es Nueva York, la ciudad de la indiferencia, y lo que había que destacar no era que él había llamado tarde, sino que había llamado.

Comencé a sentirme mejor cuando llegamos a la comisaría. Al principio me puse muy inquieto cuando me vino a la cabeza la idea de que podían cachearnos. Mi abrigo era un arsenal en miniatura. En mis bolsillos había un revólver y dos navajas, todo lo expropiado al muchacho del callejón. Las navajas eran armas ilegales. El revólver lo era también; y posiblemente más; solo Dios sabe cuál era su origen. Pero no habíamos hecho nada para que nos cachearan, y finalmente no lo hicieron.

—Las putas se suelen suicidar —dijo Joe Durkin—. Hay un porcentaje muy alto, y esta no era su primera tentativa. ¿Vio las cicatrices de la muñeca? Según el informe médico, se remontan a hace algunos años; lo que usted ignora, seguramente, es que ella ya lo intentó con píldoras hace menos de un año. Una amiga suya la llevó al hospital de Saint Claire para que le hicieran un lavado de estómago.

—Había una alusión a ello en la nota. Decía que esperaba haber tomado bastantes esta vez, o algo así —expliqué.

—Bien, pues cumplió su deseo —dijo Durkin.

Nos encontrábamos en el Slate, un asador de la Décima Avenida muy frecuentado por los polis de John Jay College y de Midtown North. Yo había vuelto a mi hotel, me había cambiado la ropa, había encontrado un escondite donde guardar las armas y una parte del dinero que llevaba encima, cuando me llamó para sugerirme que lo invitara a cenar.

—Creo que es mejor que me invite ahora —me había dicho—, antes de que todas las fulanas de su cliente estén muertas y le recorte la cuenta de gastos.

Escogió una parrillada de carne y se tomó un par de cervezas. Yo pedí solomillo y bebí café solo. Estuvimos hablando del suicidio de Sunny, pero no llegamos a ninguna conclusión.

—Si no fuera por la otra, por la rubia —dijo—, no me lo pensaría dos veces. Todas las pruebas médicas cuadran con un suicidio. Por los moratones, no hay problema. Estaba grogui, no sabía lo que hacía, se cayó y se golpeó con el mobiliario. Además, por eso estaba en el suelo y no en la cama. Los moratones no tienen nada en particular, y sus huellas estaban donde tenían que estar: en la botella, en el vaso, en los frascos de píldoras. La nota coincide con otros ejemplos de su caligrafía. Si creemos a su cliente, se había encerrado echando la cadena cuando él la encontró. ¿Usted cree que esa es la verdad?

—Sí, creo que lo que dice es cierto —contesté.

—De manera que se suicidó. Incluso cuadra con la muerte de Dakkinen hace quince días. Eran amigas y esta estaba muy afectada por la muerte de la otra. ¿Ve alguna posibilidad de que fuera otra cosa?

—Es un suicidio bastante difícil de forzar —dije, negando con la cabeza—. ¿Qué haría usted? ¿Meterle píldoras en la boca con un embudo? ¿O hacérselas tragar a punta de pistola?

—Se pueden disolver, las podría haber tomado sin enterarse. Pero encontraron restos de cápsulas de Seconal en el estómago. Así que olvídelo. Fue un suicidio.

Traté de recordar el índice de suicidios anuales de la ciudad. No pude encontrar una cifra, ni siquiera aproximada y Durkin no pudo ayudarme. Me gustaría saber si el índice estaba en alza, al igual que el de delincuencia.

—Pedí a un par de empleados —dijo cuando tomaba su café— que comprobaran las fichas de registro del Galaxy desde principios de año. Solo las que estuvieran en mayúsculas. Ninguna de ellas coincidió con la firma de Jones.

—¿Y los demás hoteles? —inquirí.

—Nada que se pareciera. Había montones de gente que se llamaban Jones, es un nombre bastante común, pero todas las fichas fueron firmadas normalmente, pagaron con tarjeta de crédito y no había por qué dudar de sus identidades. En resumen, una pérdida de tiempo —dijo.

—Lo siento.

—¿Por qué? El noventa por ciento de lo que hago es una pérdida de tiempo. Tenía razón, valía la pena comprobarlas. Si este fuera un asunto serio, ya sabe, un asunto de portada con los de arriba metiendo presión, yo mismo habría verificado todos los hoteles de los cinco distritos de la ciudad. ¿Y usted?

—¿Yo, qué?

—¿Qué tal va con lo de Kim Dakkinen? —preguntó.

Tuve que meditar la respuesta.

—No voy a ningún sitio —dije finalmente.

—Es irritante. De nuevo revisé el expediente y, ¿sabe lo que no consigo digerir? Lo del empleado de la recepción —explicó.

—¿Aquel con el que hablé?

—Ese era director, director adjunto o algo así. No, el que registró al asesino. Tenemos a un sujeto que llega, rellena su ficha en mayúsculas y paga al contado. Ambas cosas son poco habituales hoy en día. ¿Usted cree que hay mucha gente que paga al contado en los hoteles? No me refiero a hoteles de paso, tugurios, sino hoteles decentes donde dejas sesenta u ochenta dólares por la habitación. Hoy todo el mundo tiene tarjetas de crédito. Pero ese tío paga en efectivo y el empleado no recuerda una mierda.

—¿Se informó sobre él? —pregunté.

—Sí —asintió con la cabeza—, ayer fui a hablar con él. Es un sudaca de no sé qué país. Estaba colocado cuando le hablé. Probablemente estuviera colocado cuando llegó el asesino. Creo que nunca se ha bajado de la nube. No sé cómo lo consigue, no sé si fuma, si se pica, o qué demonios es lo que hace, pero creo que no lo hace de mala fe. ¿Tiene idea de cuál es el porcentaje de gente que

está continuamente colocada en esta ciudad?

—Sé a lo que se refiere —dije.

—Los vemos a la hora de desayunar. Empleados de oficinas, de Wall Street, no importa de qué barrio son. Se compran los malditos porros en la calle y se pasan la hora de la comida fumándoselos en el parque. Luego te preguntas cómo son capaces de rendir en el trabajo —dijo.

—No lo sé —contesté.

—Luego están todas esas adictas a las pastillas. Como esa mujer que se ha suicidado. Se las tragó todas a la vez y ni siquiera va contra la ley. Drogas. —Suspiró, negó con la cabeza, se alisó el cabello oscuro—. Bueno, voy a probar el coñac, si es que su cliente puede pagarlo.

Llegué a Saint Paul a tiempo para asistir a los diez últimos minutos de la reunión. Me serví un café y unas galletas y no me preocupé por escuchar lo que decían. Ni siquiera tuve que decir mi nombre, y me escurrí durante el rezo.

Volví al hotel. No tenía mensajes. Había recibido un par de llamadas según me dijo el recepcionista, pero nadie había dejado su nombre. Subí a la habitación y traté de pensar en la impresión que me había causado la muerte de Sunny, pero aparentemente lo único que sentía era una especie de entumecimiento. Estuve a punto de reprocharme que quizá me habría enterado de algo si no hubiese postergado tanto su interrogatorio. Tal vez le habría dicho alguna cosa que hubiera impedido su suicidio, aunque no estaba muy convencido de ello. Había hablado con ella por teléfono, y podría haberme dicho algo, pero no lo hizo. Y el suicidio, después de todo, era algo que había intentado dos veces oficialmente, y probablemente una vez o dos de las que no teníamos noticia.

A fuerza de intentarlo acabas consiguiendo lo que quieres.

Por la mañana, tras un ligero desayuno, me acerqué al banco para depositar parte del dinero, luego me encaminé a la oficina de correos para mandarle un giro a Anita. No había pensado mucho en la ortodoncia de mi hijo; ahora podía olvidarme del todo.

Caminé hasta Saint Paul y encendí una vela en memoria de Sonya Hendryx. Me senté en un banco y dediqué unos minutos al recuerdo de Sunny. No había mucho que recordar. Apenas nos habíamos conocido. Difícilmente recordaba su rostro, ya que la

imagen de su muerte desplazaba la imagen, ya de por sí borrosa, de la Sunny viva.

Pensé de repente que debía dinero a la iglesia. El diez por ciento de los últimos honorarios eran doscientos cincuenta dólares, a los cuales había que sumar el tributo por los trescientos y pico dólares del chorizo que trató de asaltarme. No sabía la cifra exacta, pero debían de ser trescientos cincuenta. Si echaba doscientos ochenta y cinco dólares en el cepillo quedaría en paz con Dios.

Sin embargo, había ingresado casi todo el dinero en el banco y si daba los doscientos ochenta y cinco dólares a la iglesia no tendría suficiente dinero para mis gastos corrientes. Estaba sopesando la molestia que me suponía otro paseo hasta el banco cuando lo absurdo de mi jueguecito me golpeó como un puñetazo.

¿Qué era lo que hacia exactamente? ¿Por qué creía que debía dinero a alguien? Y, además, ¿a quién? No a la iglesia, ya que no pertenecía a ninguna. Daba mis tributos a cualquier casa de culto que encontrara en el camino.

¿Con quién estaba en deuda? ¿Con Dios?

¿Dónde estaba el sentido de aquello? ¿Y cuál era la naturaleza de esa deuda? ¿Cómo la había contraído? ¿Estaba devolviendo un préstamo? ¿O era simplemente un tipo de soborno, una especie de chantaje celestial?

Era la primera vez que me lo planteaba racionalmente. No era, de hecho, más que una costumbre, una pequeña excentricidad. No hacía la declaración de la renta, así que en su lugar pagaba un diezmo.

Nunca me permití preguntarme por qué.

No estaba seguro de que me gustase la respuesta. Entonces recordé un pensamiento que me asaltó en aquel callejón de la avenida Saint Nicholas: que aquel chico me iba a matar porque no había pagado el diezmo. No lo creía realmente, no podía pensar que el mundo funcionara de esa manera, pero de cualquier modo era sorprendente que se me pasara la idea por la cabeza.

Al cabo de un rato saqué la cartera y conté los doscientos ochenta y cinco dólares. Me senté allí con el dinero en la mano. Luego lo puse de nuevo en la cartera, todo menos un dólar.

Al menos pagaría la vela.

Esa tarde fui andando hasta el edificio de Kim. El día era

agradable y no tenía nada mejor que hacer. Pasé ante el portero y entré en el piso.

Lo primero que hice fue vaciar la botella de Wild Turkey en el fregadero.

No sabía qué sentido tenía aquello. Había otras botellas de alcohol y no me apetecía imitar a Carrie Nation, la famosa activista antialcohólica. Pero la de Wild Turkey se había convertido en un símbolo. Veía la botella cada vez que pensaba en ir a aquel piso y aquella imagen llegaba acompañada del recuerdo del sabor y del olor. Cuando todo desapareció por el desagüe, me relajé.

Luego volví al armario de la entrada y eché un vistazo a la chaqueta de piel que estaba allí colgada. Una etiqueta cosida al forro identificaba que la prenda era de piel de *lapin*. Un peletero elegido al azar en las páginas amarillas me informó que *lapin* era la palabra francesa de conejo.

—Podría encontrarla en un diccionario normal —me dijo—. En un diccionario normal de inglés. Es una palabra aceptada. El término se introdujo en nuestro idioma por el negocio de la peletería. Conejo, simplemente.

Como Chance había dicho.

Al volver a casa de pronto me entraron ganas de beber una cerveza. No recuerdo siquiera cuál fue la chispa de ese impulso, pero la respuesta fue una imagen en que me vi apoyado en el mostrador, un pie apoyado en la barra metálica del suelo, una copa con forma de campana en la mano, serrín en el suelo y las narices llenas del aroma rancio de una vieja taberna.

La urgencia no era muy potente y no era cuestión de exagerar, pero me recordó la promesa que le había hecho a Jan. Puesto que no iba a beber, no me sentía obligado a llamarla, pero lo hice de todas maneras. Me gasté una moneda de diez centavos y marqué su número desde una cabina en la esquina de la biblioteca pública.

Nuestra conversación fue difícil por el ruido del tráfico, así que no se alargó. No le hablé del suicidio de Sunny, ni de la botella de Wild Turkey.

Leí el *Post* mientras cenaba. El *News* matinal había dedicado dos párrafos al suicidio de Sunny, que no se merecía más, pero el *Post* siempre exagera cualquier historia que pueda vender, e insistía en el hecho de que Sunny tenía el mismo proxeneta que Kim —la

prostituta masacrada en la habitación de un hotel un par de semanas atrás.

El artículo, sin embargo, no cumplía la promesa de los titulares. Hablaba simplemente de que era un suicidio, añadiendo algunas especulaciones volátiles, como que Sunny se había suicidado porque sabía quién había matado a Kim.

No encontré nada sobre el muchacho al que le había roto las piernas. Pero sí la dosis habitual de delitos y muertes esparcidas por todo el diario. Pensé en lo que me había dicho Jim Faber sobre la prensa. Por lo visto yo no parecía renunciar a nada.

Después de cenar recogí el correo en recepción. Era la misma basura de siempre, junto con el recado de llamar a Chance. Lo llamé y contestó al cabo de un rato para preguntarme qué tal me iban las cosas. Le dije simplemente que no iban. Me preguntó si tenía la intención de continuar.

—Sí, un poco más. Me gustaría dar con algo —le dije.

Me explicó que la poli no le había molestado. Había pasado el día haciendo preparativos para el funeral de Sunny. Al contrario que Kim, ya que sus restos habían sido repatriados a Wisconsin, Sunny no tenía ni padres ni familia que la reclamase. Como no sabía el día que se podría sacar el cadáver de la chica del depósito, Chance había organizado un servicio funerario en Walter B. Cooke, en la calle 72 Oeste. El servicio tendría lugar el jueves a las dos del mediodía.

—Habría hecho lo mismo por Kim —me dijo—. Pero no pensé en ello. Lo hago sobre todo por las chicas. No sabe en qué estado se encuentran.

—Me lo imagino —dije.

—Todas piensan lo mismo. No hay dos sin tres, y se preguntan quién será la tercera.

Esa noche asistí a la reunión. Durante el testimonio pensé en que la semana anterior estaba pasando por un período de amnesia haciendo Dios sabe qué.

—Me llamo Matt. Esta noche prefiero escuchar. Gracias.

Cuando la reunión se disolvió, un tipo me siguió escaleras arriba hasta la calle y se puso a caminar a mi lado. Tendría unos treinta años, llevaba una cazadora escocesa y una gorra de plato. No recordaba haberlo visto antes.

—Su nombre es Matt, ¿verdad? —preguntó intrigado.

Asentí.

—¿Le gustó la historia de esta noche? —dijo.

—Era interesante —contesté.

—¿Quiere oír otra historia interesante? Yo escuché una sobre un sujeto de la zona alta con la cara destrozada y las dos piernas rotas. Eso sí que es una historia, tío.

Sentí un escalofrío. El revólver estaba en mi cajón de la cómoda, enrollado en un par de calcetines. Las navajas estaban en el mismo cajón.

—Menudo par de huevos tienes, tío. Tienes cojones —dijo en español—, ¿sabes lo que quiero decir? —Se tocó la entrepierna con una mano, como un jugador de béisbol ajustándose el suspensorio.

—¿De qué me estás hablando? —pregunté.

—¿Qué sé yo? —dijo, extendiendo las manos—. Yo soy un simple telegrafista, tío. Te traigo el mensaje, eso es todo. Que alguna chavala aparezca tiesa en un hotel es una cosa, tío; pero quién son sus amigos, eso es otra cosa muy distinta. No es importante, ¿sabes?

—¿De quién proviene el mensaje?

Se contentó con mirarme.

—¿Cómo sabías que me encontrarías en la reunión? —pregunté.

—Te seguí cuando entraste, te seguí cuando saliste —soltó una risita—. El maricón de las piernas rotas, fue una pasada, tío. Una pasada.

# 24

El martes fue el día dedicado al juego de «Sigue el Rastro».

Comenzó en aquel estado entre el sueño y el mundo consciente.

Había despertado de un sueño, luego, de nuevo, me quedé medio dormido viendo una cinta de vídeo mental de mi encuentro con Kim en el bar Armstrong. Empecé con un recuerdo falso, porque la vi tal como debió de ser cuando llegó del autobús de Chicago. Una maleta barata en la mano, una cazadora vaquera sobre los hombros. Luego estaba sentada a mi mesa con la mano en el cuello; la luz hacía brillar su anillo mientras ella jugueteaba con el cierre de su chaqueta de piel. Me estaba diciendo que era de visón pero que la cambiaría por la cazadora tejana que llevaba cuando había llegado a la ciudad.

La secuencia se fue de mi mente, que pasó a otra cosa. Estaba de vuelta en el callejón de Harlem, salvo que mi asaltante tenía ayuda. Royal Waldron y el telegrafista de la noche anterior lo escoltaban. La parte consciente de mi cerebro intentó arrancar aquella imagen, tal vez para igualar las oportunidades, y luego tomé consciencia y me incorporé de golpe, me quedé sentado en la cama con las piernas fuera, mientras las imágenes de mi sueño iban a refugiarse en los recovecos de mi mente, en donde habitaban.

*Era una chaqueta diferente.*

Me afeité y me duché. Salí de allí. Tomé un taxi para ir al edificio de Kim y mirar de nuevo el armario. El abrigo de *lapin* teñido, aquel que Chance le había comprado, no era la prenda que había visto en el Armstrong. Era más larga y con más cuerpo, no tenía cierre en el cuello. No era la que ella había llevado, no era la que ella había descrito como visón y que había asegurado estar dispuesta a cambiar por la vieja cazadora vaquera.

Tampoco encontré la chaqueta que recordaba haber visto en el piso.

Tomé otro taxi para ir a Midtown North. Durkin no estaba de servicio pero le pedí a otro poli que le llamara a su domicilio y finalmente conseguí la autorización para echar un vistazo al expediente. Sí, en el inventario de los objetos encontrados en la habitación del Galaxy figuraba una chaqueta de piel. Miré las fotografías y no encontré en ninguna de ellas la chaqueta.

Me subí al metro para ir a la comisaría 1 en Police Plaza, donde hablé con algunas personas y esperé que mi petición pasara por los diferentes canales. Llegué a una oficina instantes después de que el agente al que tenía que ver saliera a comer. Llevaba conmigo el libro de reuniones, y encontré una a media manzana de distancia, en la iglesia de Saint Andrew. Ahí pasé una hora. Luego me compré un sándwich en una charcutería y me lo comí de pie.

Volví a la comisaría de Police Plaza y pude ver por fin la chaqueta de piel que llevaba con ella cuando había muerto. No podía jurar que fuera la misma que llevaba aquel día en Armstrong pero parecía encajar con mi recuerdo. Pasé la mano por la sedosa piel e intenté repetir la imagen que había cruzado aquella mañana mi mente. Todo parecía encajar. La chaqueta era igual de larga, tenía el mismo color y un cierre en el cuello con el que sus uñas color Oporto probablemente habían jugado.

La etiqueta cosida al forro decía que era de visón y que había sido hecha por un peletero llamado Arvin Tannenbaum.

La firma Tannenbaum se hallaba en la tercera planta de un edificio comercial en la calle 29 Oeste, en pleno corazón del barrio peletero. Habría sido más fácil si hubiese llevado la prenda. Pero la policía de Nueva York no iba tan lejos. Describí la chaqueta, lo que no me sirvió de mucha ayuda; luego describí a Kim. Un vistazo al registro de ventas reveló la compra de una chaqueta de visón por Kim Dakkinen seis semanas antes, al igual que el nombre del vendedor, que se acordaba muy bien de la transacción.

Era un hombre con la cara rechoncha, los cabellos en plena recesión y ojos azules acuosos tras de unas gafas de muchos aumentos.

—Una muchacha alta, muy bonita —me dijo—. ¿Sabe?, he leído su nombre en el periódico, y me sonaba pero no sabía de qué. Qué pena, una muchacha tan bella.

Recordó que había ido con un caballero y que él fue quien pagó

la prenda. Pagó al contado. Y no, eso no tenía nada de extraño, no en un establecimiento de peletería. Ellos vendían muy poco al por menor y en esos casos era casi siempre a gente que trabajaba en el mundo de la industria de la confección o que tenía relaciones con aquel mundo; pero, por supuesto, cualquier persona podía entrar a comprar lo que quisiese. La mayoría de los pagos se hacían al contado porque a los clientes, por lo general, no les gustaba esperar a que el vendedor comprobara que el cheque tuviera fondos; y además la mayoría de las veces un abrigo de pieles era un regalo de lujo destinado a una amiga de lujo, por así decirlo; y los clientes preferían que no hubiera registro de la transacción. Por eso el pago se efectuó al contado y el recibo de compra figuraba a nombre de la señorita Dakkinen y no del comprador.

El precio de venta, incluidos los impuestos, sumaba cerca de dos mil quinientos dólares. Una suma considerable para llevar encima; pero no era extraño. No hace mucho yo mismo llevaba encima casi la misma cantidad.

¿Podía describir al caballero? El vendedor suspiró. Era mucho más sencillo describir a la mujer. Aún la veía con sus trenzas doradas alrededor de la cabeza y el azul penetrante de sus ojos. Se había probado varias chaquetas, sabía llevar pieles, pero el señor…

Treinta y ocho, cuarenta, supuso. Más bien alto que bajo, pero no tan alto en comparación con la mujer.

—Lo siento —dijo—, me acuerdo de él, pero no lo suficiente como para poder describirlo. Si hubiera llevado algo de piel entonces le podría contar hasta los más mínimos detalles, pero desafortunadamente…

—¿Qué era lo que llevaba? —pregunté.

—Un traje, creo, pero no recuerdo cómo era. Era de esa clase de hombres que lleva trajes. Pero no le sabría decir cómo iba vestido —contestó.

—¿Lo reconocería si lo viera de nuevo?

—Si me cruzo con él en la calle me daría cuenta —respondió.

—Suponga que se lo enseñan.

—Es probable que lo reconociese —dijo él—. ¿Quiere decir como en una rueda de identificación? Sí, supongo que sí.

Le dije que quizá recordaba más de lo que pensaba. Le pregunté cuál era la profesión de aquel hombre.

—Ni siquiera sé su nombre —dijo—. ¿Cómo quiere que sepa cómo se ganaba la vida?

—Su impresión —tercié—. ¿Era mecánico? ¿Agente de cambio? ¿*Cowboy*?

—Oh —dijo pensándolo con más detenimiento—. Quizá fuera contable.

—¿Contable?

—Algo así. Experto en finanzas, contable —contestó—. Esto es un juego, trato simplemente de adivinar, no vaya a creer…

—Entiendo. ¿Qué nacionalidad? —pregunté.

—¿Americano? No sé qué quiere decir —respondió.

—Inglés, irlandés, italiano…

—Ya —dijo—. Seguimos con el juego. Yo diría judío. O italiano. Diría moreno mediterráneo. Porque ella era tan rubia, ¿sabe? El contraste… No sé si era moreno, pero había mucho contraste. Podía ser griego, podía ser español.

—¿Fue a la universidad? —pregunté.

—No me enseñó ningún diploma —contestó.

—No, pero hablaría con usted o con ella. ¿Su vocabulario era culto o no?

—No hablaba como la gente de la calle. Era un señor, un caballero educado —contestó.

—¿Casado?

—No con ella.

—¿Con alguna otra?

—¿No lo están todos? Si no estás casado, no le compras un visón a tu novia. Sin duda debió de comprar otro para su mujer, para tenerla contenta.

—¿Llevaba anillo de casado? —pregunté.

—No recuerdo ningún anillo —se tocó la alianza—. Quizá sí, quizá no. No, no recuerdo ningún anillo.

No recordaba demasiado, y las impresiones que le había conseguido sacar no eran muy fiables. Podían ser válidas, pero también podía haberlas dado para dejarme contento con las respuestas que él pensaba que yo quería. Podría haber continuado así: *bien, usted no se acuerda de qué tipo de zapatos llevaba en los pies, ¿pero qué tipo de zapatos llevaría un hombre como él? ¿Botas? ¿Mocasines? ¿Adidas? ¿Córdovans? ¿Qué?* Llegué a un punto en el

que sentía que estaba perdiendo el tiempo. Le di las gracias y me fui.

Había una cafetería en el primer piso del edificio; una barra larga con taburetes y una ventana para servir a la gente de la calle. Me senté con un café y traté de calmarme un poco.

Kim tenía un amante. No había duda. Alguien le compró la chaqueta, contó los billetes de cien y evitó que su nombre apareciera en la transacción.

¿Tenía un machete el amante? Esa era la pregunta que no le había hecho al dependiente de la peletería: *venga, ponga en marcha su imaginación. Trate de representar al tipo en la habitación de un hotel con la rubia. Digamos que él quiere cortarla en pedacitos. ¿Qué utilizaría? ¿Un hacha? ¿Un sable de caballería? ¿Un machete? Deme solo su impresión.*

Por supuesto. Era contable, ¿verdad? Seguro que usaría un bolígrafo. Una navaja tan mortífera como una espada en las manos de un samurái. *Sip, sip*, toma zorra.

El café no era bueno. Aún así, pedí una segunda taza. Entrelacé los dedos y me miré las manos. Ahí estaba el problema: mis dedos formaban una pieza conjunta, pero no había nada más que encajara. ¿Qué clase de contable podía desenvolverse con un machete? Sin duda, cualquier persona podía tener un ataque de rabia, pero esta había sido una explosión planeada: la habitación del hotel registrada bajo nombre falso y el asesinato perpetrado sin dejar rastro.

¿Era posible que ese hombre fuera el mismo que había comprado el visón? Bebí un sorbo de café y decidí que no. Tampoco la imagen que me hacía del novio me cuadraba con el mensaje que recibí después de la reunión de la noche anterior. El tipo de la chaqueta de leñador era simplemente puro músculo, enviado solo con la intención de asustarme. ¿Un contable de alta posición contrataría a ese tipo de elemento?

No me parecía verosímil.

¿El amante y Charles Owen Jones eran la misma persona? ¿Y por qué un nombre falso tan rebuscado? La gente que usaba un apellido como Smith o Jones como alias, normalmente elegía uno como John o Joe para acompañarlo. ¿Charles Owen Jones?

Quizá su nombre fuera Charles Owen. Pudo haber empezado a

escribirlo, cambió de idea rápidamente, suprimiendo la última letra de Owens para convertir su apellido en su segundo nombre. ¿Lógico?

No.

Y aquel estúpido empleado de la recepción. Pensé que quizá no lo habían interrogado correctamente. Durkin había dicho que siempre estaba colocado, y que al parecer era sudamericano. Quizá no se explicaba bien en inglés. Imposible, sino no lo habrían contratado en un hotel de lujo para atender al público. No, el problema estaba en que nadie lo presionó. Si hubiera sido interrogado del modo que yo había interrogado al empleado de la peletería, habría soltado algo. Los testigos siempre recuerdan más de lo que creen que recuerdan.

El recepcionista que había registrado a Charles Owen Jones era Octavio Calderón; el último día que trabajó fue el sábado desde las cuatro hasta la medianoche. El domingo por la tarde llamó al hotel diciendo que estaba enfermo. Había habido otra llamada ayer y una tercera una hora antes de que yo llegara al hotel e interrogara al ayudante del director. Calderón seguía enfermo y no volvería al trabajo hasta dentro de un día o quizá más.

Le pregunté qué tenía. El ayudante del director negó con la cabeza.

—No lo sé —dijo—. No es fácil sacar una respuesta concreta de esta gente. Cuando quieren salirse por la tangente, su conocimiento del inglés flaquea considerablemente. Enseguida recurren a la frase «no comprendo».

—¿Quiere decir que contrata a recepcionistas que no saben inglés? —pregunté.

—No, no. Calderón habla inglés perfectamente. Alguien llamó por él —de nuevo negó con la cabeza—. El joven Tavio es muy tímido. Sospecho que mandó a alguien que llamara por él para que yo no lo pudiera intimidar por teléfono. Su excusa, por supuesto, fue que él no estaba suficientemente fuerte para salir de la cama y llamar por teléfono. Creí entender que vivía en una de las pensiones familiares en donde el teléfono está en la entrada. El que llamó tenía un acento español mucho más pronunciado que el de Tavio.

—¿Le llamó ayer? —pregunté.

—Alguien llamó por él —contestó.

—¿La misma persona que llamó hoy?

—No se lo puedo asegurar. Las voces de los hispanos al teléfono son todas iguales. Era una voz de hombre las dos veces. Creo que era la misma voz, pero no lo juraría. ¿Qué importancia tiene? —preguntó.

No se me ocurría ninguna.

—¿Y el domingo? —pregunté—. ¿Llamó él mismo aquel día?

—No estaba aquí el domingo —dijo.

—¿Tiene su número de teléfono?

—Es que suena en la entrada de la pensión. Dudo que se ponga al aparato —respondió.

—De todas maneras me gustaría tener su número de teléfono —contesté yo.

Me lo dio, al igual que hizo con su dirección en la avenida Barnett, en Queens. Jamás había oído hablar de esa calle y le pregunté al ayudante del director si sabía en qué parte de Queens quedaba.

—No conozco lo más mínimo Queens. ¿No estará pensando hacerle una visita? —Sonó como si me hiciese falta un pasaporte y una mochila repleta de provisiones y agua—. Porque estoy seguro de que Tavio volverá al trabajo en un día o dos.

—¿Qué le hace estar tan seguro?

—Es un buen empleo. Si no vuelve, pronto lo perderá. Y él debe saberlo —dijo.

—¿Falta muy a menudo? —pregunté.

—En absoluto. Estoy seguro de que está enfermo de verdad. Probablemente a causa de uno de esos virus, nada que dure más de tres días. Hay un brote ahora.

Llamé a Octavio Calderón desde uno de los teléfonos públicos instalados en el vestíbulo del Galaxy. Sonó durante bastante tiempo, por lo menos nueve o diez veces, antes de que una mujer respondiera en español. Pregunté por Octavio Calderón.

—*No está aquí* —respondió.

Me forcé en formular la pregunta en español. *¿Es enfermo?* No sabía si me hacía entender. Sus respuestas eran deliberadamente en un español que nada tenía que ver con el puertorriqueño que normalmente se oía en Nueva York, y cuando ella me ayudaba hablando inglés, su acento era prácticamente incomprensible y su

vocabulario totalmente insuficiente. *No está aquí*, seguía diciendo, y era la única frase que decía que entendía sin dificultad. *No está aquí*.

Volví a mi hotel. Tenía un plano detallado de los cinco distritos de Nueva York. Busqué la avenida Barnett en el índice de Queens, consulté la página indicada y acabé encontrando la calle en cuestión, en el barrio de Woodside. Estudié el plano y me pregunté qué hacía una pensión de una familia hispana en un barrio irlandés.

La avenida Barnett se extendía unas doce manzanas, desde el este de la calle 43 hasta el final de la avenida Woodside. Tenía diferentes combinaciones de líneas de metro para ir hasta allí.

Suponiendo que tuviera ganas de ir.

Llamé de nuevo desde mi habitación. Una vez más tardaron una infinidad en contestar. Esta vez respondió un hombre.

—Octavio Calderón, por favor —dije.

—*Momento* —dijo.

Luego se oyó un ruido sordo, como si dejara el auricular colgado del cable y este, en su balanceo, golpease contra la pared. A continuación no se oía ningún ruido salvo la radio con música latina. Pensaba colgar cuando se puso de nuevo al aparato.

—*No está aquí* —dijo, y colgó antes de que pudiera decirle cualquier cosa en una u otra lengua.

Miré de nuevo el mapa e intenté pensar una manera de evitarme un viaje a Woodside. Era la hora punta en aquellos momentos. Si iba tendría que hacer todo el trayecto de pie. ¿Y qué podía ganar? Un largo viaje de pie, encerrado como una sardina en una lata para que alguien me pudiera decir *no está aquí* a la cara. ¿Qué sentido tenía? Tanto si estaba realmente enfermo como si no lo estaba, no iba a sacar nada de él. Si finalmente llegaba a echarle el guante seria recompensado por un *no lo sé* en vez del habitual *no está aquí*.

Mierda.

Joe Durkin había vuelto a interrogar a Calderón el sábado por la noche, alrededor de la misma hora en que yo daba voces de que buscaba al amiguito de Kim a todos los colgados y parásitos que pude encontrar. Esa misma noche yo había confiscado un arma a un atracador y Sunny Hendryx se tragaba un montón de pastillas ayudándose con un vodka con zumo de naranja.

Al día siguiente, Calderón llamó diciendo que estaba enfermo. Y al día siguiente un tipo con cazadora de leñador me siguió a una de

las reuniones de
A. A.
, me acosó a la salida y me advirtió de que no me ocupara más de Kim Dakkinen.

El teléfono sonó. Era Chance. Tenía un aviso para que lo llamara, pero evidentemente él había decidido no esperar a que yo le devolviera la llamada.

—¿Cómo lo lleva? ¿Algún avance? —preguntó.

—Sin duda. Ayer por la tarde recibí una advertencia —respondí.

—¿Qué tipo de advertencia?

—Un tipo me dijo que no me buscara problemas.

—¿Está seguro de que era a propósito de Kim? —dijo.

—Segurísimo —respondí.

—¿Conoce al tipo? —preguntó.

—No.

—¿Qué va a hacer?

—Buscarme problemas —contesté riendo—. En Woodside.

—¿Woodside? —preguntó.

—Está en Queens.

—Ya sé dónde está Woodside. ¿Y qué pasa allí?

—Probablemente nada —contesté. Había decidido mantenerlo al margen de este asunto—. Y seguramente debería ahorrarme el viaje, pero voy a ir de todas formas. Kim tenía un amante.

—¿En Woodside?

—No, Woodside no tiene nada que ver. Pero estoy seguro de que tenía un amante. Le regaló una chaqueta de visón.

—Pero si se lo he dicho. Conejo teñido —dijo suspirando.

—Sé que tenía una chaqueta de conejo —dije—. La vi en un armario.

—¿Entonces? —preguntó.

—Tenía también una chaqueta más corta de visón. La llevaba la primera vez que la vi. Ahora se encuentra en una caja de seguridad en la comisaría Primera de Police Plaza —expliqué.

—¿Qué hace allí? —dijo Chance.

—Es una prueba —contesté.

—¿De qué?

—Nadie lo sabe. Conseguí examinarla y dar con el hombre que se la vendió. El registro de la venta se hizo a nombre de Kim, pero

ella iba con un hombre que sacó el dinero y la pagó.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Dos mil quinientos —respondí.

Reflexionó un instante.

—Quizá me escatimara algo —dijo—. No es muy difícil. Un par de cientos cada semana. Lo hacen de cuando en cuando. Yo no notaría una cantidad semejante.

—El hombre pagó con su dinero, Chance —insistí.

—Puede que ella se lo diera para que pagara —dijo—. Las mujeres hacen eso en los restaurantes para no molestar a los tipos que las acompañan.

—¿Por qué le cuesta tanto creer que tenía un amante?

—Mierda —exclamó—. No me importa en lo más mínimo. Si tenía uno, lo tenía. Pero me cuesta creerlo, eso es todo.

Lo dejé pasar.

—Quizá fuera un cliente y no un novio. Hay clientes que a veces quieren pasar por un amigo especial, no quieren pagar, de manera que hacen regalos en vez de dar dinero. Quizá fuera solo un cliente y ella se lo hacía por un visón.

—Tal vez —dije.

—Usted cree que era un amante.

—Sí, eso creo.

—¿Y que él la mató? —dijo Chance.

—No sé quién la mató —respondí.

—Y quienquiera que la haya matado quiere que usted deje de husmear —añadió.

—No lo sé. Puede que su muerte no tenga nada que ver con el novio. Quizá fuera un demente, como cree la poli, y el amante solo quiere evitar verse involucrado en una investigación.

—No tiene nada que ver y quiere quedarse al margen. ¿Eso es lo que quiere decir?

—Más o menos —contesté.

—No sé, pero quizá debería dejarlo —dijo.

—¿Pasar de la investigación?

—Tal vez sea lo mejor. Una advertencia. Mierda, no querrá que lo maten por esto —soltó.

—No —contesté.

—¿Entonces, qué va a hacer?

—Por el momento tomar el metro para ir a Queens.

—Woodside —dijo.

—Así es.

—Yo podría pasar a recogerlo y llevarlo en coche —dijo.

—No me disgusta coger el metro.

—Sería más rápido en el coche. Podría llevar mi gorra de chófer. Usted iría en el asiento de atrás.

—Otra vez será —dije.

—Como quiera —dijo Chance—. Pero llámeme a la vuelta, ¿vale?

—De acuerdo.

Acabé tomando la línea Flushing que me llevaba a la esquina de la avenida Roosevelt con la calle 52. El tren salió a la superficie tras dejar Manhattan. Casi me pasé de parada ya que era difícil decir dónde estaba. Las señales de la estación estaban tan desfiguradas por las pintadas que los mensajes eran indescifrables.

Una escalera mecánica me devolvió al nivel de la calle. Saqué el plano, me orienté y me encaminé hacia la avenida Barnett. No había llegado muy lejos cuando comprendí qué hacía una pensión hispana en Woodside. El barrio había dejado de ser irlandés. Aún quedaban algunos lugares con nombres como The Emerald Tavern y The Shamrock, pero la mayoría de los carteles estaban en español y los mercados se llamaban ahora *bodegas*. En el escaparate de la agencia de viajes Tara se ofrecían vuelos chárter a Bogotá y Caracas.

La pensión de Octavio Calderón era un edificio oscuro de madera de dos pisos con un porche en la entrada; en él había cinco o seis sillas de plástico alineadas, había también una caja de naranjas con revistas y periódicos. Las sillas estaban vacías, lo cual no era extraño. Hacía fresco para estar en el porche.

Llamé al timbre. No pasó nada. Se oían conversaciones y varias radios sonando dentro. Llamé de nuevo y una mujer de mediana edad, pequeña y corpulenta, abrió la puerta.

—¿Sí? —preguntó con curiosidad.

—¿Octavio Calderón? —pregunté.

—*No está aquí* —dijo.

Puede que fuera la mujer con la que hablé la primera vez que llamé por teléfono. Era difícil decirlo y no me importaba

demasiado. Hablé con ella a través de la tela metálica de la puerta, tratando de hacerme entender en una mezcla de español e inglés. Unos minutos después se fue, para volver acompañada de un hombre alto de mejillas hundidas y bigote cuidado con esmero. Hablaba inglés, y le dije que quería ver a Octavio Calderón.

Al parecer no estaba, según me dijo.

—No me importa —respondí.

Le dije que quería de todas maneras ver su habitación. Pero no había nada que ver, protestó, perplejo. Calderón no estaba. ¿De qué me servía ver su habitación?

No es que se negaran a cooperar. Ni siquiera eran especialmente reacios a ello. Era solo que no lo entendían. Cuando comprendieron que la única forma de librarse de mí o al menos la más fácil era enseñándome la habitación de Calderón, lo hicieron. Seguí a la mujer a un recibidor, y luego atravesamos una cocina que daba a una escalera. La subimos, atravesamos otro vestíbulo, al final de este se detuvo ante una puerta, que abrió sin llamar. Se apartó y me hizo un gesto para que entrara.

El suelo estaba cubierto de linóleo. Había un viejo somier de hierro con el colchón desnudo y una mesita de escritura con una silla plegable delante. Junto a la ventana había un sillón con una funda floreada. En la cómoda había una lámpara de mesa con una pantalla de papel estampada y del centro del techo colgaban dos bombillas desnudas.

Eso era todo lo que había.

—*¿Entiende usted ahora? ¡No está aquí!*

Di una vuelta por la habitación mecánica y automáticamente. No podía estar más vacía. El pequeño armario no contenía más que un par de perchas de alambre. Los cajones de la cómoda y el cajón de la mesita estaban totalmente vacíos. Por no haber no había ni polvo en las esquinas.

Con el hombre demacrado de intérprete, me las apañé para interrogar a la mujer. No era una mina de información en ninguna lengua. No sabía cuándo se había marchado Calderón. El domingo o el lunes, creía. El lunes ella había entrado en la habitación para hacer la limpieza y descubrió que se había llevado todas las pertenencias sin olvidar nada. Dedujo que se había mudado. Como los otros inquilinos, pagaba cada semana. Le quedaban aún un par

de días, pero debió de encontrar otro alojamiento, y no, no era extraño que se hubiera marchado sin decir nada. Los inquilinos lo hacían con frecuencia, incluso cuando no se atrasaban con el alquiler. Ella y su hija le habían hecho una buena limpieza a la habitación y estaba lista para ser alquilada. No estaría libre por mucho tiempo. Sus habitaciones no estaban libres mucho tiempo.

¿Había sido Calderón un buen inquilino? Sí, un excelente inquilino, jamás había tenido problemas con sus inquilinos. Solo alquilaba a colombianos, panameños y ecuatorianos y nunca había tenido problema con ninguno de ellos. Algunas veces se mudaban repentinamente por culpa del Servicio de Inmigración. Quizá por eso Calderón se había marchado de repente, pero eso no era asunto suyo. Su trabajo era limpiar la habitación y alquilarla a otra persona.

Calderón no tenía problemas con los de inmigración, eso lo sabía. No era ilegal; de otro modo no estaría trabajando en el Galaxy. Un gran hotel no contrataría a un extranjero sin permiso de residencia.

Tenía que haber otra razón para que se hubiera ido con tanta prisa.

Me pasé una hora interrogando a otros inquilinos. La imagen que extraje de Calderón no me ayudó en nada. Que ellos supieran era un joven tranquilo y reservado. Debido a su horario de trabajo, se encontraba siempre ausente cuando los demás inquilinos estaban en casa. Que ellos supieran, no tenía novia. En los ochos meses que había vivido en la avenida Barnett, jamás recibió visita alguna, ni de hombres ni de mujeres, ni muchas llamadas telefónicas. Antes de instalarse en la pensión había vivido en algún otro lugar de Nueva York, pero nadie conocía su dirección anterior, o ni siquiera si esta estaba en Queens.

¿Se drogaba? A todos los que pregunté pareció asustarles la pregunta. Deduje que la pequeña patrona rellenita era muy estricta. Todos sus inquilinos tenían empleos regulares y una vida respetable. Si Calderón fumaba marihuana, me aseguró uno de ellos, no lo hacia en su habitación. De otro modo la propietaria habría notado el olor y le habría dicho que se largase.

—Quizá tuviera morriña —sugirió un joven de ojos negros—. Quizá ha vuelto a Cartagena.

—¿Era de allí? —pregunté.

—Es colombiano. Creo que dijo de Cartagena —contestó.

Así que eso fue todo lo que obtuve en una hora, que Octavio Calderón era de Cartagena. Y además, nadie estaba seguro de ello.

# 25

Llamé a Durkin desde un Dunkin' Donuts en la avenida Woodside. No había cabina, solo teléfono de pago en la pared. A unos pocos pasos de mí, dos muchachos jugaban con uno de esos juegos electrónicos. Alguien más escuchaba música disco en una radio del tamaño de una cartera de colegio. Protegí el micro con la mano y le dije a Durkin lo que había descubierto.

—Puedo emitir una orden de búsqueda. Octavio Calderón, unos veinte años. ¿Cuánto medía? ¿Un metro setenta? —preguntó.

—Jamás lo he visto —dije.

—Ah sí, es verdad. Puedo pedir a la gente del hotel que nos haga una descripción. ¿Estás seguro de que se ha ido, Scudder? Solo hace un par de días que hablé con él.

—El sábado por la noche —dije.

—Sí, el sábado por la noche. Antes del suicidio de Hendryx —confirmó.

—¿Sigue siendo un suicidio?

—¿Por qué no habría de serlo? —dijo Durkin.

—No lo sé. Usted habló con Calderón el sábado por la noche, y esa es la última vez que se le ha visto.

—Sí, suelo causar ese efecto en mucha gente —ironizó.

—Algo lo espantó. ¿Cree que fue usted? —pregunté.

Me respondió algo pero no lo pude escuchar por el ruido. Le pedí que lo repitiese.

—Digo que no pareció prestar mucha atención. Pensé que estaba colocado —repitió.

—Según sus vecinos era un joven muy correcto —dije.

—Sí, un chico amable y tranquilo —ironizó—. El típico que tiene una rabieta y se carga a toda la familia. ¿Desde dónde llama? ¡Menudo follón!

—Desde una cafetería de la avenida Woodside.

—¿No ha podido encontrar una apacible bolera? ¿Cree que Calderón está muerto? —preguntó.

—Hizo el equipaje antes de dejar la habitación. Y alguien está llamando por él diciendo que está enfermo. Si lo hubieran matado, no creo que se tomasen tantas molestias —dije.

—Sí, las llamadas hacen pensar que quiso ganar tiempo… Sacar unos kilómetros de ventaja antes de soltar los perros —sugirió.

—Eso es lo que estaba pensando.

—Quizás haya vuelto a casa —dijo Durkin—. Muchas veces vuelven a sus países de origen, ¿sabe? El mundo ha cambiado. Mis abuelos vinieron a instalarse aquí y nunca volvieron a ver Irlanda, a no ser en el calendario que les regalaba una empresa de licores —ironizó—. Ahora, estos malditos vuelan una vez al mes a su isla y vuelven con un par de gallinas bajo el brazo y otro jodido familiar. Por supuesto, mis abuelos trabajaban, quizá esa sea la diferencia. Ellos no se pagaban la vuelta al mundo a costa de la asistencia social.

—Calderón trabaja —aclaré.

—Bueno, bien por ese pequeño gilipollas. Quizá compruebe los vuelos que han salido del Kennedy en los últimos tres días. ¿De dónde es? —preguntó.

—Alguien dijo que era de Cartagena —contesté.

—¿Qué es eso? ¿Una ciudad? ¿O una isla?

—Una ciudad, diría. Y está en Panamá o en Colombia, o en Ecuador. O no le habrían alquilado la habitación. Creo que está en Colombia.

—La perla del océano. Si volvió a su país es normal que pidiera a alguien que llamara por él, para estar seguro de conservar el empleo a la vuelta. No podía llamar todos los días desde Cartagena —dedujo.

—¿Por qué habrá dejado la habitación?

—Quizá ya no le gustaba. Tal vez el exterminador acabó con todas las cucarachas de compañía —ironizó—. Quizá debía varias semanas de alquiler.

—La patrona dijo que no —puntualicé—. Había pagado toda la semana.

No dijo nada durante un momento. Luego, a pesar suyo, añadió:

—Alguien lo espantó y huyó.

—Eso es lo que parece, ¿no?

—Me temo que sí. Ni siquiera creo que haya dejado la ciudad. Creo que debió de irse unas manzanas más allá, se cambió el nombre y encontró otra habitación amueblada. Debe haber medio millón de inmigrantes clandestinos en los cinco distritos. No tiene que ser Houdini para esconderse donde no lo podamos encontrar.

—Puede estar de suerte —sugerí.

—La esperanza es lo último que se pierde. Empezaré por los depósitos de cadáveres, luego las líneas aéreas. Será más fácil de encontrar si está muerto que si salió de Estados Unidos —se rio.

Yo le pregunté qué le hacía gracia.

—Si ha muerto o se ha ido, no nos servirá de mucho, ¿verdad?

El metro que me llevó de vuelta a Manhattan era uno de los peores. El interior del vagón había sido destrozado a conciencia. Me senté en una esquina e intenté librarme de una ola de desesperación. Mi vida era un témpano de hielo roto en el mar, y sus fragmentos se dispersaban en direcciones opuestas. Nada iba a encajar jamás, ni en este caso ni fuera de él. Todo era absurdo, inútil y no había esperanza.

*Nadie va a comprarme esmeraldas. Nadie va a darme un niño. Nadie va a salvarme la vida.*

*Los tiempos felices se han acabado.*

Ocho millones de maneras de morir, y entre ellas, una amplia variedad para llevarlas uno mismo a la práctica. Puedes reprocharle todos los defectos que quieras al metro, pero cuando alguien se arroja delante de él, cumple su cometido. Y la ciudad tenía montones de puentes, ventanas en edificios elevados, farmacias abiertas las veinticuatro horas que vendían cuchillas de afeitar, hilo de nailon y pastillas.

Tenía una 32 en el cajón de mi cómoda, y la ventana de la habitación del hotel era lo suficientemente alta como para garantizar una muerte certera. Pero nunca había probado ese tipo de cosas y sabía que nunca lo haría. Era demasiado miedoso o demasiado terco; o quizá mi desesperación no era tan categórica como yo creía. Siempre había algo que me empujaba a continuar.

Evidentemente, si bebía todo podía cambiar. En una reunión oí decir a un hombre que salió de un período de amnesia en el puente de Brooklyn. Estaba sobre la barandilla con un pie en el vacío

cuando recuperó la conciencia. Retiró el pie, se bajó de la barandilla y salió corriendo de allí.

¿Y si hubiese recuperado la conciencia dos segundos después, con los dos pies en el aire?

Me sentiría mejor si tomase un trago.

No podía sacar esa idea de mi cabeza. Lo peor de todo era que sabía que era verdad. Me encontraba horriblemente mal, y una copita me ayudaría a librarme de esa sensación. Sabía que a la larga me arrepentiría, me encontraría igual de mal y mucho peor aún a largo plazo, ¿pero y qué? A la larga todos acabamos muertos.

Recordé algo que oí una vez en una reunión. Mary, una de las habituales de Saint Paul, lo había dicho. Era una mujer menuda, con aspecto de pájaro y voz débil, que siempre iba bien vestida y arreglada, y era afable. Había oído su testimonio solo una vez y entendí que había sido vagabunda antes de tocar fondo.

Una noche, en su turno en el coloquio había dicho: «¿Sabéis?, tuve una revelación el día que comprendí que no estaba obligada a sentirme bien. No está escrito en ningún sitio que yo tenga que sentirme bien.

»Siempre creí que si estaba nerviosa, inquieta o preocupada tenía que hacer algo por remediarlo. Pero aprendí que eso no es verdad. Sentirme mal no va a matarme. El alcohol sí me matará, pero no mis sentimientos».

El metro entró en un túnel. Cuando se sumergió bajo tierra las luces se apagaron un momento. Al poco volvieron. Podía oír a Mary pronunciando cada palabra con suma precisión, podía verla con sus manos delicadas, descansando una sobre otra en su regazo mientras hablaba.

El conferenciante era alto y robusto, un irlandés de Bay Ridge. Parecía policía, y de hecho, lo había sido durante veinte años, hasta que lo jubilaron. Ahora trabajaba como vigilante para complementar su pensión. El alcohol nunca había interferido en su carrera o en su matrimonio pero, con los años, empezó a afectarle físicamente. Su resistencia era menor, las resacas se hacían insoportables y un médico le dijo que el hígado se le había dilatado.

—Me dijo que la bebida estaba poniendo mi vida en peligro —prosiguió—. No estaba acabado. No era un borracho degenerado, ni tenía necesidad de beber para librarme de la tristeza. No,

simplemente era un tipo normal, un «cantamañanas» al que le gustaba tomarse un pelotazo y alguna cerveza después del trabajo, y luego seis latas más viendo la tele. De manera que si eso me iba a matar, habría que dejarlo, ¿no? Salí de la consulta del médico resuelto a hacerlo. Y ocho años después, eso es lo que sigo haciendo.

Un borracho no dejaba de interrumpir el testimonio. Era un tipo bien vestido y no parecía que quisiera crear problemas. Daba la impresión, simplemente, de que era incapaz de escuchar con tranquilidad. A su quinta o sexta interrupción, dos miembros de la reunión se levantaron y lo hicieron salir. La reunión prosiguió.

Recordé que yo mismo había asistido a una reunión en un período de amnesia. Dios mío, ¿me habría comportado igual que aquel hombre?

No me era fácil concentrarme en lo que estaban diciendo. Pensaba en Octavio Calderón y en Sunny Hendryx; y también pensaba en los pésimos resultados que había obtenido hasta el momento. No había llegado muy lejos, me faltaba sincronización desde que empecé. Habría podido ver a Sunny antes de que se suicidara. Eso, probablemente, no hubiera evitado su muerte y no pensaba cargar con el peso de su autodestrucción; pero habría podido obtener información de ella.

También podría haber hablado con Calderón antes de que desapareciese. Había preguntado por él en mi primera visita al hotel, luego me olvidé de él porque no estaba disponible. Tal vez no hubiese sacado nada en claro, pero al menos habría podido notar que escondía algo. Pero no se me ocurrió ir tras él hasta que desapareció en la oscuridad del bosque.

Mi *tempo* era terrible. Siempre llevaba un día de retraso y un dólar de menos en el bolsillo, y me torturaba la idea de que eso no ocurría solo en aquel caso. Era la historia de mi vida.

*Pobre de mí, pobre de mi, ponme una copa.*

Durante el coloquio, una mujer llamada Grace fue muy aplaudida cuando dijo que era su segundo aniversario. Yo la aplaudí, y cuando los aplausos cesaron, calculé y me di cuenta de que era mi séptimo día. Si iba a la cama sobrio serían siete días.

¿Cuántos llevaba la última vez? ¿Ocho?

Puede que consiguiese batir ese récord. Y puede que no; quizá

mañana cayese.

Esta noche, pensé. Esta noche podía aguantar. No me sentía mejor que antes de la reunión. No tenía mejor opinión de mí mismo. El tanteo era el mismo, pero antes cada movimiento me conducía a una copa y ahora no.

No sabía por qué pero supe que estaba a salvo.

# 26

Tenía un aviso en recepción para que llamara a Danny Boy Bell. Marqué el número que había en la nota.

—Poogan's Pub —respondió un hombre. Pregunté por Danny Boy y esperé a que se pusiera al aparato.

—Hola Matt —dijo—, creo que deberías venir por aquí y dejar que te invite a un *ginger-ale*. En serio, Matt.

—¿Ahora? —pregunté.

—¿Y por qué no?

Ya estaba en el vestíbulo cuando di media vuelta, subí las escaleras y saqué el 32 del cajón. No pensaba realmente que Danny Boy me la fuera a jugar, pero tampoco habría puesto la mano en el fuego. De todos modos, nunca sabes quién más puede estar rondando por el
Poogan's
.

Había recibido una advertencia la noche anterior, de la que no había hecho caso. El empleado del hotel que me había pasado el aviso de Danny Boy me comentó que otras dos personas me habían telefoneado pero no dieron sus nombres. Tal vez fueron los amigos del sujeto de la chaqueta de leñador para aconsejarme que fuera listo. Dejé caer el arma en mi bolsillo, salí y cogí un taxi.

Danny Boy insistió en pagar las consumiciones: vodka para él. *Ginger-ale* para mí. Iba tan elegante como de costumbre y había pasado por el peluquero después de mi última visita. Su casco de rizos blancos había menguado, y las uñas, impecablemente limadas, brillaban con una capa de esmalte incoloro.

—Tengo dos cosas que darte. Un mensaje y una opinión —soltó.

—¿Sí? —dije.

—Primero el mensaje, es una advertencia —contestó.

—Me la esperaba —dije.

—Olvídate de lo de Kim Dakkinen.

—¿O qué?

—¿O qué? O qué no, mejor dicho. Si no, vas a acabar igual, o algo así. ¿Quieres una advertencia más explícita antes de decidir sí la quieres tener en cuenta o no?

—¿Quién me la envía, Danny? —pregunté.

—No lo sé —respondió.

—¿Quién habló contigo? ¿Un arbusto en llamas? —ironicé.

Echó un trago de vodka.

—Alguien habló con alguien que se lo contó a otro que habló conmigo —dijo.

—Bonito rodeo.

—¿Verdad? Te podría decir la persona que habló conmigo pero no, no lo haré, ese no es mi estilo. Y aunque te lo dijera no te iba a servir de nada, porque probablemente no lo encontrarías; y aunque lo encontraras, no te diría nada. Y mientras tanto alguien te va a matar. ¿Quieres un refresco?

—No, acabo de empezar este.

—De acuerdo. No sé de quién viene la advertencia, Matt, pero estoy seguro de que por los dos mensajeros que usaron no son ningunos payasos. Y lo que es más interesante, no he encontrado en ningún sitio a nadie que haya visto a Dakkinen con otro tipo excepto con nuestro amigo Chance. Por tanto, si ella salía con alguien con tanto poder, ¿por qué no iba a sacarla por ahí?, ¿no lo harías tú?

Asentí. ¿Y por qué, en ese caso, me necesitaba a mí para salir de las garras de Chance?

—Vale —añadió—, ese es el mensaje. ¿Quieres la opinión?

—Venga —solté.

—La opinión es que creo que deberías tomar en serio la advertencia. No sé si me he hecho viejo demasiado rápido o si esta ciudad se ha vuelto más desagradable en estos últimos dos años. Pero parece que la gente ahora aprieta el gatillo con mucha más facilidad. Antes hacían falta razones más rotundas, o por lo menos más de una, para matar. ¿Sabes lo que te quiero decir? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Ahora lo hacen aunque no tengan razón para ello. Prefieren matar a no hacerlo. Es una reacción automática. En serio, eso me acojona.

—No eres el único —dije.

—Tuviste un pequeño incidente en Harlem hace unas cuantas noches, ¿no es verdad? ¿O es un cuento que se ha inventado alguien? —preguntó.

—¿Qué has oído?

—Que un hermano negro se cruzó contigo en un callejón y acabó con varias fracturas —dijo.

—Las noticias vuelan —respondí.

—Entonces es verdad. Por supuesto que hay cosas más peligrosas en esta ciudad que un tonto disfrazado de ángel exterminador —soltó.

—¿Ah, se trataba de eso? —pregunté.

—¿No lo son todos? Yo, por mi parte, me ciño a lo clásico —terminó la frase con un trago de vodka—. A propósito del asunto de Kim —prosiguió—, puedo devolver un mensaje.

—¿Qué clase de mensaje?

—Que pasas del caso.

—Puede que no sea verdad, Danny —sugerí.

—Matt…

—¿Te acuerdas de Jack Benny?

—¿Cómo no voy a acordarme de Jack Benny?

—¿Recuerdas aquella historia que tuvo con un atracador, que le dijo «La bolsa o la vida»? Benny le respondió después de una larga pausa: «Me lo tengo que pensar».

—¿Esa es la respuesta? ¿Que lo tienes que pensar? —preguntó Danny.

—Esa es la respuesta —dije.

Fuera, en la calle 72, me detuve en la penumbra de la puerta de una tienda de comestibles para asegurarme de que no salía nadie del Poogan's detrás de mí. Me quedé allí durante unos cinco minutos y pensé en lo que me había dicho Danny Boy. Un par de tipos salieron del bar, pero no me pareció que fueran peligrosos.

Me acerqué al bordillo para llamar a un taxi; luego decidí que

podía ir andando media manzana hasta la esquina de la avenida Columbus y tomar allí un taxi que fuera en aquella dirección. Cuando llegué a la esquina, me dije que hacía una noche preciosa, que no tenía ninguna prisa y que un pequeño paseo de dos kilómetros por la avenida Columbus no me vendría mal y me ayudaría a dormir. Crucé la calle y fui hacia el sur. Pero antes de cubrir la primera manzana me di cuenta de que tenía la mano en el bolsillo del abrigo agarrando el pequeño 32.

Curioso. Nadie me había seguido. ¿De qué coño tenía miedo?

Había algo en el ambiente.

Seguí caminando, tomando todas las precauciones que no había usado el sábado por la noche. Iba por el bordillo, evitando acercarme a los edificios y a las puertas de entrada.

Miraba a izquierda y derecha, y de vez en cuando me volvía para ver si alguien me seguía. Y seguía agarrando el arma, mi dedo descansaba suavemente en el gatillo.

Atravesé Broadway, pasé delante del Lincoln Center y de O’Neal. Me hallaba en una de las manzanas más oscuras de las calles 60 y 61, cuando oí el coche detrás de mí y me volví. Se dirigía hacia mi, cruzando la ancha avenida, y le acababa de cortar el paso a un taxi. Probablemente fue el frenazo del taxi lo que hizo que me diera la vuelta.

Me tiré al suelo y rodé para apartarme de la calle y acercarme a los edificios. Saqué el 32. El coche estaba a mi altura; el conductor había enderezado las ruedas. Pensé que se iba a subir al bordillo, pero no lo hizo; las ventanillas estaban abiertas y alguien se asomó por una de las traseras, mirándome con algo en la mano…

Lo apunté con el revólver. Boca abajo en el suelo con los codos apoyados en la acera delante de mí, agarré el revólver con las dos manos. El dedo en el gatillo.

El sujeto que se asomaba por la ventanilla lanzó algo discretamente. «Mierda, una bomba», pensé. Lo encañoné y noté el dedo sobre el gatillo. Lo sentí temblar como un pequeño ser vivo y me quedé congelado, paralizado. No podía apretar aquel maldito gatillo.

El tiempo se congeló también, como un plano fijo en una película. A ocho o diez metros de mí, una botella chocó contra la

pared de ladrillo de un edificio y estalló en mil pedazos. No hubo otra explosión más que la de los cristales al romperse. No era más que una botella vacía.

El coche era un vehículo como cualquier otro. Lo observé alejarse por la Novena Avenida, seis críos dentro, seis críos tan borrachos que probablemente acabarían matando a alguien, pero sería un accidente. No eran asesinos profesionales, ni matones contratados para liquidarme. Solo una banda de críos que no sabía beber. Quizás atropellaran a alguien, tal vez destrozaran el coche, o quizá volvieran a casa con el parachoques intacto.

Me incorporé lentamente, miré el arma en mi mano. Gracias a Dios no había disparado. Los podría haber herido, incluso los podría haber matado.

Dios sabe que quise hacerlo. Realmente lo había intentado, pensando que ellos iban a por mí. Tenía motivos para creerlo.

Pero había sido incapaz de hacerlo. Y si hubieran sido matones a sueldo, si la botella no hubiera sido eso, sino un arma o una bomba, como pensé que era, tampoco habría podido apretar el gatillo. Me habrían matado y yo habría muerto con el arma en las manos sin disparar.

Mierda.

Dejé caer el inútil 32 en mi bolsillo. Extendí la mano y me sorprendí de que no temblase. Tampoco sentía temblores por dentro y no comprendía por qué.

Me acerqué a la botella para examinarla de cerca y asegurarme de que no era un cóctel Molotov que no había explotado providencialmente. Pero no había restos ni olor a gasolina. Noté un ligero olorcillo a *whisky*, a menos que fuera producto de mi imaginación, y pude ver una etiqueta en uno de los trozos que indicaba que la botella era de J&B. Otros fragmentos de cristal brillaban como joyas bajo la luz de la farola.

Me agaché y recogí uno de los trocitos de cristal. Me lo puse en la palma de la mano y lo miré como un gitano miraría su bola. Recordé el poema de Donna, la nota de Sunny y mi propio *lapsus linguae*.

Eché a andar y me contuve para no salir corriendo.

# 27

—Mierda, necesito un afeitado —dijo Durkin. Acababa de dejar caer la colilla de su cigarrillo en el poso de café mientras se pasaba la mano por la barbilla—. Necesito un afeitado, necesito una ducha, necesito un trago. No necesariamente en ese orden. He emitido una orden de búsqueda y captura de su amigo el pequeño colombiano, Octavio Ignacio Calderón y La Barra. Es un nombre demasiado largo para un tipo tan pequeño.

Abrió el primer cajón de su escritorio, extrajo un espejo de afeitar de marco metálico y una máquina de afeitar eléctrica y comenzó a afeitarse.

—No encontré nada referente a un anillo en el expediente —dijo, por encima del ruido de la maquinilla.

—¿Le importa que eche un vistazo? —pregunté.

—Es mi invitado —ironizó.

Estudié el inventario, sabiendo que no encontraría el anillo. Luego repasé las fotografías de Kim tomadas en la escena del crimen. Traté de concentrarme solo en las manos. Las examiné todas y no vi nada que sugiriese que llevaba anillo.

Se lo dije a Durkin. Apagó la maquinilla, cogió las fotografías y las miró con detenimiento, metódicamente.

—Es difícil ver las manos —dijo—. En esta mano de aquí es evidente que no hay ningún anillo. ¿Cuál es? ¿La izquierda? No llevaba anillo en la manó izquierda. En esta otra toma está muy claro que no hay anillo en esa mano. Un momento, mierda, esa es de nuevo la mano izquierda. En esta de aquí no está muy claro. Oh, ya, aquí la tenemos. La derecha y tampoco hay ningún anillo.

Volvió a agrupar las fotos, como si fueran cartas para barajar y repartir.

—No hay anillo —prosiguió—. ¿Y eso qué prueba?

—Llevaba un anillo cuando la vi. Las dos veces que la vi —dije.

—¿Y? —preguntó.

—Que ha desaparecido. No está en su piso. Hay un anillo en el joyero, pero es un anillo del instituto, no el que yo recuerdo haber visto en su mano.

—Quizás es un recuerdo falso —dijo.

—El anillo del colegio ni siquiera tiene piedra —negué con la cabeza—. Pasé por allí antes de venir aquí, tan solo para refrescar la memoria. Es uno de esos anillos toscos con demasiadas letras grabadas. No es el que llevaba. No lo hubiera llevado con el visón y las uñas de color vino.

No era el único que lo decía. Tras mi pequeña revelación con el pedacito de cristal roto, me fui directamente al piso de Kim y usé su teléfono para llamar a Donna Campion.

—Soy Matt Scudder —dije—. Sé que es tarde, pero quería hacerle una pregunta en relación a un verso de su poema.

—¿Qué verso? —dijo—. ¿Qué poema?

—El poema sobre Kim. Usted me dio una copia.

—Oh, sí. Un momento. No estoy totalmente despierta —dijo.

—Siento mucho tener que molestarla —me disculpé.

—No tiene importancia. ¿Qué verso era?

—Despedazad / botellas de vino a sus pies, y que el vidrio verde / centellee en su mano.

—«Centellee» está mal —corrigió.

—Tengo el poema aquí y dije… —empecé.

—Ya sé lo que escribí, pero está mal, tendría que buscar otra palabra. Yo creo. ¿Qué pasa con el verso?

¿De dónde sacó lo del vidrio verde?

—De las botellas de vino hechas añicos.

—¿Por qué un vidrio verde en su mano? ¿A qué hacía referencia? —pregunté.

—Oh, ya sé lo que quiere decir. A un anillo —contestó.

—Ella tenía un anillo con una piedra verde, ¿no es así? —pregunté.

—Efectivamente —respondió.

—¿Cuánto hace que lo tenía?

—No lo sé —lo pensó un momento—. La primera vez que lo vi fue antes de escribir el poema.

—¿Está segura? —pregunté.

—Por lo menos esa fue la primera vez que reparé en él. De hecho, fue lo que me dio la idea del poema. El contraste del azul de sus ojos con el verde del anillo, pero perdí el azul cuando me puse a trabajar en el poema.

Me había dicho algo parecido cuando me lo enseñó. Pero en aquel momento no sabía de qué me hablaba.

No estaba segura de cuándo había sido. ¿Cuánto tiempo estuvo trabajando en una versión u otra del poema? ¿Un mes antes de la muerte de Kim? ¿Dos meses?

—No lo sé. Me resulta difícil poner fechas a los hechos —se disculpó—. No tengo sentido del tiempo.

—Pero era un anillo con una piedra verde —insistí.

—Oh, sí; parece que lo estoy viendo —confirmó.

—¿Sabe de dónde lo sacó? ¿Quién se lo dio?

—No sé nada acerca del anillo. Quizá…

—¿Sí?

—Quizá rompió una botella de vino.

—Una amiga de Kim escribió un poema en el que hacía alusión al anillo —le dije a Durkin—. Y además está la nota que dejó Sunny Hendryx. —Saqué mi agenda y la leí en la página donde había copiado la nota de Sunny: «No hay modo de bajarse del tiovivo. Ella asió el anillo de cobre y le tiñó el dedo de verde. Nadie va a comprarme esmeraldas».

Durkin me quitó la agenda de las manos.

—Se refiere a Dakkinen, supongo —terció—. Pero aún hay más; «Nadie va a darme niños. Nadie va a salvarme la vida». Dakkinen no estaba embarazada y tampoco lo estaba Hendryx; entonces, ¿qué es toda esa tontería de los niños? Y nadie salvó sus vidas. —Cerró la agenda de golpe y me la tendió—. No sé adónde quiere ir con esto. No es nada tangible. ¿Quién sabe cuándo lo escribió Hendryx? Puede que después de que el alcohol y las pastillas empezasen a hacerle efecto, y en ese momento, su cabeza debía de estar llena de alucinaciones.

Detrás de nosotros, dos policías de paisano estaban metiendo a un joven blanco entre rejas. Un escritorio más allá del nuestro estaban interrogando a una arisca negra. Cogí la primera fotografía

del montón y contemplé el cuerpo destrozado de Kim. Durkin encendió la maquinilla y terminó de afeitarse.

—Lo que no entiendo —dijo— es qué cree haber encontrado. Usted cree que ella tenía un amante que le regaló un anillo. Está bien. También cree que le regaló la chaqueta de visón; y ha investigado en esa dirección y parece ser que tiene razón, pero la chaqueta no nos lleva hasta el novio porque no dejó su nombre. Si no puede llegar hasta él por medio de una chaqueta que tenemos, ¿cómo piensa encontrarlo por medio de un anillo, del cual solo sabemos que ha desaparecido? ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí, entiendo —respondí.

—Aquella historia de Sherlock Holmes, el perro que no ladra; pues bien, usted tiene un anillo que no esta, ¿y eso qué prueba?

—Ha desaparecido —dije.

—De acuerdo —confirmó.

—¿Adónde ha ido a parar?

—Adonde van los anillos que caen de la bañera. Se fue por el desagüe. ¿Cómo voy a saber adónde ha ido a parar?

—Pero el hecho es que ha desaparecido —dije.

—¿Y qué? ¿Se fue por el desagüe o alguien se lo llevó? —soltó Durkin.

—¿Quién?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Digamos que ella lo llevaba puesto en el hotel donde la mataron.

—Eso no lo sabe.

—Pongamos solo que es una suposición, ¿vale?

—De acuerdo, siga.

—¿Quién se llevó el anillo? ¿Algún poli se lo quedó? —añadí.

—No —dijo—. Ningún poli haría eso. Ambos sabemos que si se tratase de dinero es posible que sí que hubiese pasado, pero jamás con un anillo. Además, nadie se quedó a solas con el cadáver, y dudo mucho que alguien lo cogiese con otros polis mirando.

—¿Y la camarera de hotel, la que encontró el cadáver?

—Imposible. Yo mismo interrogué a esa pobre mujer. En cuanto vio el cadáver, empezó a gritar y aún estaría haciéndolo. Dudo mucho que pudiese acercarse al cuerpo de Dakkinen para poder coger el anillo.

—¿Quién se lo llevó?

—Asumiendo que lo llevara puesto —añadió.

—Exacto —dije.

—El asesino se lo llevó —concluyó.

—¿Por qué?

—Puede que tuviese una debilidad por las joyas. Puede que el verde fuese su color favorito —sugirió Durkin.

—Continúe.

—Quizá tuviera algún valor. Tenemos un tipo que anda por ahí matando gente, no tiene mucha moral. No creo que le importase robar —dijo.

—Se olvidó de algunos cientos que ella llevaba en el bolso, Joe —puntualicé.

—Tal vez no tuvo tiempo de rebuscar en el bolso.

—Bromea —dije—. Tuvo tiempo de ducharse. Claro que tuvo tiempo para mirar en el bolso. De hecho, no sabemos que no lo hiciese. Solo sabemos que no se llevó el dinero.

—¿Y? —dijo Durkin.

—Pero se llevó el anillo. Tuvo tiempo de agarrar la mano ensangrentada y arrancarle el anillo.

—No tuvo por qué arrancarlo. Quizá le quedara un poco holgado —dijo.

—¿Por qué se lo llevó? —insistí.

—Lo quería para su hermana —sugirió.

—¿No se le ocurre nada mejor?

—No —dijo—. No se me ocurre nada mejor, maldita sea. ¿Adónde quiere ir a parar? ¿Se lo llevó porque nos habría conducido hasta él?

—Es posible, ¿verdad? —dije—. ¿Entonces por qué no se llevó el visón?

—Demonios, tenemos la certeza de que el novio le compró el visón. De acuerdo, no dejó su nombre, ¿pero cómo puede estar seguro de que no dejó ninguna pista y de lo que el vendedor recuerda? Hasta se llevó las toallas para no dejar ningún pelo, pero no, el visón no se lo llevó. Y ahora usted dice que se llevó el anillo. Mierda, ¿por qué tengo que oír hablar de ese jodido anillo toda la noche cuando ya han pasado casi tres semanas de la muerte de Dakkinen?

No dije nada. Tomó el paquete de tabaco y me ofreció uno. Negué con la cabeza. Cogió uno y se lo encendió. Le dio una calada, expulsó una columna de humo y se pasó una mano por la cabeza para alisar el oscuro cabello que ya tenía totalmente liso.

—Puede que hubiera algo grabado. No es extraño que un anillo tenga algo grabado en la parte interior. «A Kim, de Freddie», o alguna tontería así. ¿Cree que fue por eso? —preguntó Durkin.

—No lo sé —respondí.

—¿Tiene alguna hipótesis?

Recordé lo que había dicho Danny Boy. Si el amante era un tipo tan poderoso que usaba aquel tipo de mensajeros, ¿por qué no lucía a Kim? Y si el tipo poderoso no era el novio, ¿qué relación tenía con él? ¿Quién era esa especie de contable que había pagado el visón y por qué no había sido capaz de encontrar ningún rastro de él hasta ahora, excepto el que me había proporcionado el vendedor?

¿Y por qué se había llevado el anillo el asesino?

Eché mano al bolsillo. Toqué el revólver con los dedos y noté el metal frío, pasé la mano por detrás y di con el trocito de cristal verde con el que había empezado todo aquello. Lo saqué del bolsillo y me quedé mirándolo. Durkin me preguntó qué era.

—Cristal verde —dije.

—Como el anillo —dijo él.

Asentí. Tomó el trocito de cristal, lo sostuvo bajo la luz y me lo devolvió.

—No sabemos si llevaba el anillo en el hotel —me recordó—. No era más que una suposición.

—Lo sé —confirmé.

—Puede que lo dejara en el piso —siguió—. Puede que alguien se lo llevara de allí.

—¿Quién? —pregunté.

—El amante. Supongamos que él no la mató. Supongamos que fue un
P. S. P.
como dije desde el principio… —empezó.

—¿De verdad utilizan esa expresión? —corté.

—Te acostumbras a todo lo que te imponen. Supongamos que el psicópata la mató y que el novio no quería verse mezclado en el asunto. De manera que va al piso, él tiene la llave, y se lleva el

anillo. Quizá le comprara otros regalos y también se los llevó. Se hubiera llevado el visón también, pero estaba en el hotel. ¿Por qué no es esta teoría tan buena como la del asesino que le arrancaba el anillo del dedo?

Porque no fue un psicópata, pensé. Porque un psicópata no se preocupa de su caligrafía ni de huellas en las toallas.

A menos que fuera una especie de Jack el Destapador, un psicópata que planifica y toma precauciones. Pero no era ese el caso, era impensable, y el anillo sería un elemento insignificante. Dejé caer de nuevo el cristal en mi bolsillo.

El teléfono de Durkin sonó.

—Joe Durkin… Sí —dijo—, de acuerdo, de acuerdo.

Escuchó, lanzando gruñidos de reconocimiento de vez en cuando, y mirando directamente hacia donde estaba yo. Tomaba notas en un bloc.

Me acerqué a la cafetera y llené dos tazas de café. No recordaba cómo lo tomaba Durkin; luego me acordé de lo infecto que era el café de aquel lugar y añadí leche y azúcar a ambos.

Seguía al teléfono cuando volví a la mesa. Tomó la taza agradeciéndomelo con un gesto de cabeza; lo sorbió, encendió un cigarrillo para acompañarlo. Mientras bebía el mío, examiné de nuevo el expediente de Kim con la esperanza de encontrar alguna clave. Pensé en mi charla con Donna. ¿Qué es lo que no funcionaba con la palabra *centellear*? ¿Acaso no centelleaba el anillo en el dedo de Kim? Recordé el efecto de la luz cuando se reflejaba en la piedra. ¿Me inventaba yo ese recuerdo para forzar la teoría? ¿Es que acaso tenía una teoría? Tenía un anillo desaparecido, pese a no tener evidencia alguna de que hubiese existido. Un poema, una nota de despedida de una suicida y mi propia reflexión a propósito de ocho millones de historias en la Ciudad Esmeralda. ¿El anillo había hecho aparecer esta idea en mi subconsciente?

—Sí, menuda faena, de acuerdo —decía Durkin por teléfono—. No te vayas. Voy enseguida.

Colgó, me miró. Su expresión era curiosa: una mezcla de autosatisfacción y algo que podía ser lástima.

—El motel Powhattan —dijo—, ¿conoce el cruce de Queen Boulevard con el paso a nivel de Long Island? Pasada la intersección. No sé exactamente dónde, si en Elmhurst o en Rego

Park. Pero es justo en la intersección.

—¿Y?

—Es uno de esos moteles para adultos, con camas de agua en algunas habitaciones, películas porno en la televisión. Trapichean, hacen negocio de camas calientes. Alquilan la habitación hasta cinco o seis veces por noche. Vamos, un negocio de lo más rentable.

—¿Y bien? —pregunté.

—Un tipo alquiló una habitación. Bueno, en ese negocio en cuanto el cliente se va arreglan la habitación. El encargado se da cuenta de que el coche ya no está y va a la habitación. El cartelito de no molesten cuelga de la puerta. Llama, no hay respuesta, llama de nuevo, sigue sin haber respuesta. Abre la puerta y… Imagina lo que encuentra.

Esperé.

—Un poli llamado Lennie Garfein es el primero en llegar, y lo primero que le llama la atención es la similitud con el caso del Galaxy. Es con él con quien acabo de hablar. Tendremos que esperar el informe del forense para conocer los detalles sobre el tipo de heridas, desde dónde la apuñaló, etc., pero coincide. El asesino incluso se duchó y se llevó las toallas cuando se fue.

—¿Se trata de…? —empecé.

—¿De qué?

No podía ser Donna. Acababa de hablar con ella. Fran, Ruby, Mary Lou…

—¿Es alguna de las chicas de Chance? —inquirí.

—¿Cómo demonios voy a saber quiénes son las mujeres de Chance? ¿Cree acaso que lo único que me interesa es vigilar a los macarras?

—¿Quién es?

—No es la mujer de nadie —dijo. Apagó el cigarrillo y se dispuso a encender otro. Cambió de idea y lo guardó de nuevo en el paquete—. No es una mujer.

—No…

—¿Quién?

—No será Calderón. Octavio Calderón. El recepcionista.

Soltó una carcajada.

—Joder, qué mente la suya —dijo—. Pretende que todo encaje. No, no es una mujer, y tampoco es su Calderón. Esta vez le tocó a

un transexual que se prostituía por las calles de Long Island City. Sin operar, según Garfein. Lo que es decir que las tetas están ahí; la silicona, vamos: pero que aún tiene sus genitales masculinos. Mierda, vaya mundo. Por supuesto, puede que esta noche le hayan hecho la operación. Sí, una operación con machete.

No podía reaccionar. Me quedé paralizado en la silla. Durkin se incorporó y me puso una mano en el hombro.

—Tengo un coche abajo. Voy a acercarme hasta allí, a ver lo que veo. ¿Me acompaña?

# 28

El cadáver aún seguía allí, tendido en la gran cama. No le quedaba una gota de sangre y la piel había adquirido un tono traslúcido de porcelana china. Solo los genitales, convertidos prácticamente en una papilla, permitían identificar a la víctima como un hombre. El rostro era el de una mujer, al igual que el cuerpo de piel suave y sin vello; era un cuerpo esbelto, de pechos grandes.

—Menuda nena —dijo Garfein—. Veis, se hizo la operación preliminar: silicona en el pecho, la nuez, los pómulos. Y cómo no, inyecciones de hormonas sin parar. Eso evita el nacimiento del vello y de la barba y hace que la piel sea más suave y femenina. Mirad la herida en el pecho izquierdo. Se ve el implante de silicona, ¿lo veis?

Había sangre por todas partes y el aire estaba impregnado de un olor a muerte reciente. No era el tufo que desprenden los cadáveres después de un tiempo, no era la emanación pestilente de la carne en descomposición, sino olor a carnicería, ese de la sangre fresca que se pega a la garganta. Sentía menos repugnancia que mareo por culpa del calor y la densidad del aire.

—Fue una suerte que la reconociera —decía Garfein—. Supe enseguida que era una profesional y la relacioné con ese caso tuyo, Joe. ¿Había tanta sangre?

—Más o menos —contestó Durkin.

—¿La reconoció? —pregunté yo.

—Sí, al momento —respondió Garfein—. No hace mucho que acompañé a los de la brigada antivicio en una redada que hicieron en Long Island City. Las putas llevan en ese barrio más de cuarenta años, pero ahora la gente de clase media que se instala compran las viejas pensiones de color rojizo y las convierten en hogares confortables. Firman el contrato de arrendamiento de día y luego, cuando se mudan y ven lo de alrededor, no les gusta; y surgen las presiones para que limpiemos el barrio. —Señaló al cadáver sobre

la cama—. La arresté al menos tres veces.

—¿Sabe cuál es su nombre? —pregunté.

—¿Cuál de ellos quiere? Todas tienen más de uno —explicó—. Su nombre de la calle era Cookie. Ese es el que me vino a la mente cuando la vi. Luego llamé a la comisaría de la esquina de la 50 con Vernon y les pedí que sacaran su ficha. Se hacía llamar Sara, pero cuando celebró su Bar Mitzva lo inscribieron como Mark Blaustein.

—¿De veras tuvo un Bar Mitzva?

—¿Quién sabe? A mí no me invitaron —ironizó Garfein—. En cualquier caso, es una simpática muchachita judía de Floral Park. Una simpática muchachita judía que fue en su día un simpático muchachito judío.

—¿Sara Blaustein?

—Sara Bluestone, alias Sara Blue. Alias Cookie. ¿Han reparado en las manos y en los pies? Un poco grandes para una mujer. Es una de las maneras de reconocer a un transexual. Por supuesto, no es seguro. Hay mujeres con manos grandes y hombres con manos pequeñas. Pero de todas formas, menuda nena. No dudarías en hacértelo con ella, ¿a que no?

Asentí.

—Se habría hecho el resto de la operación pronto. Seguro que ya tenía fecha fijada. La ley dice que tienen que vivir como mujeres durante un año antes de que la Seguridad Social les pague la intervención. Por supuesto, todos tienen asistencia médica y ayuda social. Se hacen de diez a veinte puteros por noche; todo son mamadas rápidas dentro de los coches a diez o veinte pavos por cada trabajito, con lo que vienen a sacarse doscientos dólares libres de impuestos; la ayuda social y familiar para las que tienen hijos, y la mitad de sus macarras cobran subsidio de desempleo.

Durkin y Garfein se fueron pasando la pelota sobre el tema: mientras, alrededor, los técnicos estaban muy ocupados midiéndolo todo, tomando fotografías, espolvoreando en busca de huellas. Nos quitamos de en medio para seguir discutiendo en el aparcamiento del motel.

—Sabes con quién hemos topado, ¿verdad? —dijo Durkin—, con un maldito Jack el Destripador.

—Lo sé —respondió Garfein.

—¿El interrogatorio de los otros clientes ha servido de algo? Sin

duda debió de hacer ruido —dijo Durkin.

—¿Bromeas? ¿Gente que viene aquí clandestinamente? «No vi nada, ni oí nada, y ahora me tengo que ir». E incluso si ella gritó un poco, en un lugar como este, seguro que todo el mundo pensó que era una nueva forma de diversión. Suponiendo que ellos mismos no estuviesen demasiado ocupados con su propia diversión.

—Primero va a un hotel del centro y llama a una puta de lujo. Luego recoge a un travestí de la calle y se lo lleva a un motel de paso. ¿Crees que tuvo un ataque cuando vio los huevos de la tía?

—No estoy seguro —dijo Garfein encogiéndose de hombros—. ¿Sabes?, la mitad de las putas callejeras son travestís. Hay zonas en que son más de la mitad.

—En los muelles del West Side son bastante más de la mitad —dijo Durkin.

—Sí, lo he oído. Si hablas con los clientes, algunos te dirán que prefieren que sea un tío. Afirman que los tíos la maman mejor. Y no por eso son maricones; ellos son la parte pasiva.

—Haría falta saber lo que pasa por la cabeza de los clientes —dijo Durkin.

—En cualquier caso a este, incluso si lo sabía, no creo que le molestase. Habría hecho su numerito de cualquier forma —dijo Garfein.

—¿Cree que tuvo sexo con ella? —preguntó Durkin.

—Es difícil de decir, a menos que encontremos algún resto en las sábanas. No creo que fuera su primer cliente de la noche.

—¿Se duchó? —preguntó Durkin.

Garfein se encogió de hombros al tiempo que gesticulaba con las palmas de las manos.

—¿Cómo saberlo? El encargado dice que faltan algunas toallas. Cuando hicieron la habitación —explicó—, trajeron dos toallas de baño y dos toallas de mano, y las de baño han desaparecido.

—Se llevó las toallas del Galaxy —dijo Durkin.

—Entonces quizá también se llevara las de aquí, pero quién sabe en una pocilga como esta. Nunca puedes estar seguro de si han hecho realmente la habitación. Lo mismo con la ducha. No creo que la limpiaran después de la última fiestecita.

—Puede que encuentre algo —dijo Durkin.

—Puede —contestó Garfein.

—Huellas, por ejemplo. ¿Había restos de piel entre las uñas?

—No. Pero eso no quiere decir que los chicos del laboratorio no encuentren nada. —Un músculo se le tensó bajo la mandíbula—. Déjeme decirle algo. Gracias a Dios que no soy forense o un técnico. Ya es bastante desagradable ser poli —concluyó Garfein.

—Amén —terció Durkin.

—Si la recogió en la calle, puede que alguien la viese subir al coche.

—Hay un par de agentes por allí tratando de tomar declaraciones —respondió Garfein—. Quizás encuentren algo. Si alguien vio algo y se acuerda, y si tiene ganas de hablar…

—Demasiados síes —dijo Durkin.

—El encargado tuvo que verlo —dije—. ¿Qué es lo que recuerda?

—No mucho. Pero vayamos de todas formas a hablar un poco más con él.

El encargado tenía una tez cetrina, de trabajador nocturno, y ojos rodeados de un cerco rojo. El aliento le olía a alcohol, sin embargo su comportamiento no era el de un bebedor, concluí que esa era su forma de sobreponerse al descubrimiento del cadáver, y solo le hacía parecer distraído e ineficaz.

—Este motel es un sitio respetable —insistía.

Semejante declaración era tan absurda que ninguno de nosotros se tomó la molestia de contestar. Sin duda quería decir que el asesinato no era un hecho cotidiano. No vio en ningún momento a Cookie. El hombre que supuestamente la mató había entrado solo, rellenó la ficha de registro y pagó en metálico. Esto no era algo infrecuente. La práctica habitual era que la mujer esperara en el coche mientras el hombre se registraba. No había detenido el coche justo delante del despacho, así que él no la había podido ver mientras el hombre se registraba. De hecho, él ni siquiera había visto el coche.

—De manera que usted vio que ya no estaba —le recordó Garfein—. Fue así como supo que la habitación estaba vacía.

—Salvo que no lo estaba. Abrí la puerta y…

—Pensó que estaba vacía porque el coche se había ido. ¿Cómo supo que se había ido si nunca lo vio? —inquirió Garfein.

—Su plaza de aparcamiento estaba vacía. Hay una plaza delante

de cada habitación. Las plazas tienen el mismo número que la habitación. Miré fuera y vi que la plaza estaba desocupada, lo que significaba que el coche se había ido.

—¿Siempre aparcan en el sitio adecuado los clientes? —preguntó Garfein.

—Se supone que sí —respondió el encargado.

—Hay muchas cosas que se supone que la gente debe hacer. Pagar impuestos, no escupir en la acera, cruzar por las esquinas… Un tipo con prisa por echar un polvo no mira si deja el coche en el sitio adecuado. Usted tuvo que ver el coche —insistió Garfein.

—Yo… —empezó el encargado.

—Miró una, puede que dos veces, y el coche estaba aparcado en la plaza. Luego miró otra vez y al ver que ya no estaba fue cuando dedujo que se había largado. ¿No es así? —preguntó.

—Bueno… puede que sí —respondió el hombre.

—Describa el coche.

—No me fijé en él verdaderamente. Solo eché un vistazo rápido para ver si seguía allí.

—¿De qué color era? —preguntó Garfein.

—Oscuro —respondió el hombre.

—Estupendo. ¿Dos puertas? ¿Cuatro puertas?

—No me fijé —contestó el hombre.

—¿Nuevo? ¿Viejo? ¿Qué marca? —insistió.

—Era un coche último modelo —respondió—. Americano. No era importado. En cuanto a la marca, cuando era un crío no había dos iguales, ahora todos se parecen.

—Tiene razón —dijo Durkin.

—Excepto American Motors. Un Gremlin, un Pacer, esos sí que se hacen notar. El resto son todos iguales.

—Y este no era un Gremlin ni un Pacer —dijo Garfein.

—No.

—¿Era un sedán? ¿Un descapotable? —inquirió Garfein.

—Le voy a decir la verdad —declaró el encargado—, solo me fijé que era un coche. Pero todo está en la ficha, la marca, el modelo, la matrícula.

—¿En la ficha de registro?

—Sí. Tienen que poner todo eso —respondió.

La ficha estaba en el escritorio, cubierta con una hoja de acetato

para preservar las huellas hasta que los chicos del laboratorio hiciesen su trabajo. *Nombre*: Martin Albert Ricone. *Dirección*: 211 Gilford Way. *Ciudad*: Fort Smith, Arkansas. *Marca del coche*: Chevrolet. *Año*: 1980. *Modelo*: Sedán. *Color*. Negro. *Número de matrícula*:
LJK-914
. *Firma*:
M. A.
RICONE
.

—Es la misma caligrafía —le dije a Durkin—. Aunque con mayúsculas es difícil de decir, ¿no?

—Los expertos nos lo dirán —contestó Durkin—. Al igual que nos dirán si los machetazos fueron propinados por la misma mano. Parece que al tipo este le gustan los Forts, ¿lo ha notado? Fort Wayne, Indiana, y Fort Smith, Arkansas.

—Empezamos a aclarar algo —dijo Garfein.

—Ricone —dijo Durkin—. Debe ser italiano.

—M. A. Ricone, me hace pensar en el tipo que inventó la radio.

—Ese era Marconi —dijo Durkin.

—Se parece, ¿no? Este es Macaroni. «Le puso una pluma a su sombrero y lo llamó Macaroni» —cantó.

—Se la metió en el culo —dijo Durkin.

—Tal vez la metió en el culo de Cookie y puede que no fuera precisamente una pluma. Martin Albert Ricone, es un alias chocante —dijo—. ¿Cuál fue el que usó la última vez?

—Charles Owen Jones —dije.

—Vaya, parece que le gustan los nombres compuestos. Bonito cabrón.

—Demasiado bonito —dijo Durkin.

—Los bonitos, los verdaderamente bonitos, siempre significan algo. Como *Jones*, en argot, quiere decir toxicomanía. Así cuando un yonqui dice que tiene un *jones* de cien dólares, lo que dice es que su toxicomanía le cuesta cien dólares al día.

—Gracias por explicármelo —dijo Durkin—. Qué seria de mí sin usted.

—Siempre a su servicio.

—Solo llevo catorce años en el cuerpo, y jamás he tenido

contactos con colgados —ironizó Durkin.

—Vale, vale —dijo Garfein.

—¿La matrícula ha conducido a algo?

—A lo mismo que el nombre y la dirección. Llamamos a Tráfico en Arkansas, pero fue una pérdida de tiempo. En un sitio como este, hasta los clientes normales se inventan el número de la matrícula. No aparcan delante de la ventanilla de recepción cuando se registran, así que este tipo no puede verificarlo. De cualquier forma, dudo que se tomase ninguna molestia, ¿verdad?

—No hay ninguna ley que me obligue a verificarlo —se defendió el encargado del hotel.

—Usan nombres falsos también —siguió Durkin—. Curiosamente nuestro hombre utilizó Jones en el Galaxy y Ricone aquí. Deben de tener un montón de Jones inscritos aquí, junto con el habitual rosario de Smiths y Browns. ¿Registra usted a muchos Smiths? —preguntó al encargado.

—No hay ninguna ley que diga que deba comprobar el carné de identidad —se disculpó el hombre.

—Ni las alianzas, ¿eh? —ironizó Durkin.

—Ni las alianzas, ni las licencias matrimoniales, ni nada. Adultos que consienten —dijo el empleado—, no es asunto mío.

—Puede ser que Ricone quiera decir algo en italiano —sugirió Garfein.

—Es una buena idea.

Le pidió al encargado un diccionario de italiano. El hombre lo miró atónito.

—Y le llaman motel —dijo Durkin negando con la cabeza—. Seguro que tiene buenas biblias.

—En casi todas las habitaciones hay una —se disculpó el hombre.

—Ya, ¿de veras? ¿Justo al lado de la televisión con las películas porno? ¿O a mano junto a la cama de agua? —ironizó Durkin.

—Solo hay dos habitaciones con camas de agua —dijo el pobre diablo—. Hay que pagar un suplemento por la cama de agua.

—Menos mal que nuestro Ricone era un tacaño —dijo Garfein—. De otro modo, Cookie habría acabado ahogada.

—Hábleme de ese hombre —dijo Durkin—. Descríbalo otra vez.

—Pero si ya… —empezó el encargado.

—Lo va a repetir otra vez. ¿Qué altura? —inquirió Durkin.

—Alto —respondió el hombre.

—¿Mi altura? ¿Más bajo? ¿Más alto?

—Yo…

—¿Cómo iba vestido? ¿Llevaba sombrero, corbata? —siguió Durkin.

—No me acuerdo —contestó el tipo.

—Entró por la puerta, le pidió una habitación. Rellenó su ficha. Le pagó al contado. A propósito, ¿cuánto cuesta una habitación como esa? —preguntó Durkin.

—Veintiocho dólares —respondió el encargado.

—No está mal. Supongo que las pelis no están incluidas en el precio —dijo Durkin.

—No, van con monedas —contestó el hombre.

—Muy práctico. Veintiocho dólares no es caro, y para usted es rentable si alquila la habitación más de una vez. ¿Cómo le pagó? —inquirió Durkin.

—Ya se lo he dicho, al contado.

—¿Quiero decir en qué tipo de billetes? ¿Cuánto le dio? ¿Dos billetes de quince? —preguntó Durkin.

—Dos billetes de… —empezó el tipo.

—¿Uno de veinte y uno de diez? —insistió Durkin.

—Me parece que fueron dos de veinte.

—¿Y usted le dio doce pavos de vuelta? Eh, un momento, tuvo que sumar el impuesto, ¿verdad? —dijo Durkin.

—Sumaba veintinueve cuarenta con el impuesto —convino el hombre.

—Y él le dio cuarenta pavos y usted le devolvió el cambio —dijo Durkin.

—Me dio dos de veinte y cuarenta centavos sueltos —dijo el hombre recordando algo.

—¿Se da cuenta? Se acuerda de la transacción —dijo Durkin.

—Sí, es verdad. Más o menos —dijo el hombre.

—Ahora dígame cómo era. ¿Blanco?

—Sí, sí. Era blanco.

—¿Gordo? ¿Delgado?

—Delgado, pero no mucho. Tirando a delgado.

—¿Barba?

—No.
—¿Bigote?
—Puede. No lo sé.
—Pero había algo, algo que le llamó la atención.
—¿Qué?
—Eso es lo que quiero que me diga, John. ¿Es así como se llama, John?
—Normalmente me llaman Jack.
De acuerdo, Jack. Ahora se acuerda de él. Vamos, ¿cómo tenía el pelo?
—No presté atención a su pelo.
—Por supuesto que lo hizo —insistió Durkin—, se inclinó para firmar y usted vio su cabeza, ¿recuerda?
—Yo no…
—¿Era calvo?
—Yo no…

—Lo van a sentar junto a uno de nuestros artistas —dijo Durkin—. Acabará recordando algo. Y cuando uno de estos días nuestro jodido destripador psicópata meta la pata, cuando lo cojamos con las manos en la masa o saliendo por la puerta, se parecerá tanto al retrato robot de nuestro dibujante como yo a Sara Blaustein. Parecía realmente una mujer, ¿eh?
—Más bien se parecía a un fiambre —ironicé.
—Lo sé. Un fiambre en el mostrador de la carnicería —dijo Durkin.
Nos encontrábamos en su coche, conduciendo sobre la accidentada superficie del puente de Queensboro. El cielo comenzaba a abrirse. Me sentía muy cansado y tanto mis emociones como mis nervios estaban a flor de piel. Podía sentir mi vulnerabilidad; la cosa más pequeña podía hacer que estallara de risa o me pusiera a llorar.
—Deberíamos preguntarnos cómo debe de haber ido el asunto —dijo Durkin.
—¿El qué? —pregunté.
—Recoger a una con ese aspecto. En la calle, en un bar, o en donde sea. Te la llevas a cualquier sitio, ella se despelota y *¡bang!*

Sorpresa. ¿Cuál sería su reacción?

—No lo sé —respondí.

—Por supuesto, si es una que ya se ha operado, puedes estar con ella sin saberlo nunca. Sus manos no me parecieron demasiado grandes. Hay mujeres con manos enormes y hombres con manos diminutas. De manera…

—Ya —convine.

—Hablando de sus manos, llevaba un par de anillos. ¿Reparó en ello?

—Sí.

—Uno en cada mano —puntualizó Durkin.

—¿Y? —pregunté.

—No se los llevó —dijo Durkin.

—¿Por qué iba a llevárselos?

—Usted decía que se llevó el de Dakkinen.

No respondí.

—Matt, no seguirá creyendo que Dakkinen fue asesinada por un motivo, ¿no? —dijo despacio.

Sentí que me hinchaba de rabia, iba a estallar como un aneurisma en una vena. Hice un tremendo esfuerzo por controlarme.

—Y no me hable de toallas sucias —continuó él—. Es un destripador, un astuto jodido psicópata que planifica y juega según sus propias reglas. No es el primero con el que nos encontramos.

—He recibido una advertencia para que dejara el caso, Joe. Una advertencia muy profesional —tercié.

—¿Y qué? Ha sido asesinada por un psicópata, pero además puede haber algo referente a su vida que algunos de sus amigos no desean que salga a la luz. Puede que tuviera un amiguito casado, como usted piensa, y aunque hubiera muerto de la escarlatina no le gustaría que usted anduviese revolviendo en sus cenizas.

Me recité mentalmente mis derechos: *Tiene derecho a permanecer en silencio*. Ejercí mi derecho.

—A menos que piense que Dakkinen y Blaustein tuviesen un lazo en común. Digamos que eran hermanas de sangre. Perdón, hermano y hermana. O quizá fueran hermanos, quizá Dakkinen se hizo la operación años atrás. Demasiado alta para ser mujer. ¿No le parece?

—Quizá Cookie sea una pantalla de humo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Durkin.

—Puede que la matara para desviar las sospechas —señale—, para hacer que parezcan una serie de muertes al azar. Para esconder el móvil de la muerte de Kim Dakkinen.

—Desviar las sospechas. ¿Qué sospechas? —preguntó Durkin airado.

—No lo sé —contesté.

—No hay ninguna jodida sospecha. Apenas nos hemos ocupado de este asunto. Pero esto va a cambiar. No hay nada que excite tanto a la prensa como una serie de asesinatos al azar. Los lectores devoran esas noticias, se las tragan con los cereales del desayuno. Cualquier pretexto es bueno para sacar analogías con Jack el Destripador, A los redactores les chiflan. Y no dejarán el asunto hasta que no hayamos encontrado al culpable.

—Probablemente.

—¿Sabe qué es usted, Scudder? Es un testarudo —dijo Durkin.

—Puede ser —convine.

—Su problema es que trabaja por su cuenta y no lleva más de un caso a la vez. Yo tengo tanta mierda en mi mesa que es un placer cuando puedo librarme de algo. Pero usted no, hace justo lo contrario, se agarra a ello todo el tiempo que puede.

—¿Así lo cree? —pregunté.

—No lo sé. Eso es lo que parece —soltó una mano del volante y me dio unas palmaditas en el antebrazo—. No quiero ser un rompe-huevos, pero cuando me encuentro con un caso como este, una víctima descuartizada hasta ese punto, trato de concentrarme en una pista, pero te lleva en múltiples direcciones. Ha hecho un buen trabajo.

—¿Sí?

—Sin duda alguna —dijo—. Se nos pasaron por alto muchas cosas. Y algunas de las que ha encontrado nos servirán para dar con el psicópata. ¿Pero quién sabe?

Desde luego yo no. Lo único que sabía era lo exhausto que estaba.

Guardó silenció mientras cruzábamos el centro. Llegamos a mi hotel y puso el freno de mano.

—Lo que dijo Garfein antes… —comentó—. Puede ser que

Ricone quiera decir algo en italiano.

—No será difícil comprobarlo —contesté.

—Claro que no. Si todo fuera así de fácil… Lo comprobaremos y tenemos muchas posibilidades de que sea el equivalente italiano de Jones.

Subí a mi habitación, me desvestí y me metí en la cama. Diez minutos después me levanté de nuevo. Me sentía sucio y me picaba la cabeza. Me di una ducha demasiado caliente y me froté hasta casi arrancarme la piel. Salí de la ducha, me dije que era una estupidez afeitarme antes de acostarme pero me afeité de todas formas. Cuando acabé, me puse el albornoz y me senté en el borde de la cama. Luego me instalé en el sillón.

Te recomiendan que no esperes nunca a tener demasiada hambre, estar demasiado enfadado, demasiado solo o demasiado cansado. Cualquiera de esos cuatro estados puede desequilibrarte y empujarte a un trago. Tenía la impresión de haber atravesado los cuatro límites durante este día y esta noche. Pero, curiosamente, no sentía deseos de beber.

Saqué el revólver del bolsillo de mi abrigo. Estaba a punto de guardarlo en el cajón de la cómoda cuando cambié de idea y me acomodé de nuevo en el sillón. Empecé a darle vueltas al arma en las manos. ¿Cuándo había sido la última vez que había disparado?

No tenía que pensar mucho. Había sido aquella noche en Washington Heights cuando perseguía a dos delincuentes armados por la calle, los abatí y, al mismo tiempo, abatí a aquella muchachita. Durante el tiempo que estuve en el cuerpo tras aquel incidente no volví a tener ocasión de sacar un revólver de servicio y menos aún de utilizarlo. Y con toda seguridad no había vuelto a disparar jamás un arma desde que dejé el cuerpo.

Y esta noche he sido incapaz de hacerlo. ¿Tuve tal vez la intuición de que los ocupantes del coche eran críos borrachos y no asesinos? Quizás esa percepción me hizo esperar a ver lo que pasaba antes de disparar.

No. No podía autoconvencerme de que fue lo que pasó.

Me había quedado petrificado. Si en vez de un crío con una botella de *whisky* hubiera sido un gánster con metralleta, tampoco habría podido apretar el gatillo. El dedo se me había paralizado.

Abrí el revólver, saqué las balas del tambor y lo cerré. Apunté

con el arma vacía a la papelera, al otro extremo del cuarto, y apreté dos veces el gatillo. El *clic* del percutor sobre la recámara vacía sonó sorprendentemente fuerte y seco en la pequeña habitación.

Apunté al espejo, sobre la cómoda. *¡Clic!*

Eso no probaba nada. Estaba vacío, sabía que estaba vacío. Podía llevármelo a una galería de tiro, cargarlo, disparar a los blancos y eso tampoco probaría nada.

Me preocupaba que hubiera sido incapaz de disparar. Y a la vez estaba contento de que hubiera ocurrido, porque de otro modo habría vaciado el arma sobre aquellos críos, probablemente habría matado a alguno de ellos y mi tranquilidad de espíritu se habría esfumado. A pesar de mi fatiga, pasé un buen rato tratando de aclarar aquel particular interrogante. Estaba contento de no haber disparado a nadie, y aterrorizado por las consecuencias de que fuera incapaz de disparar. Mi mente daba vueltas como un perro persiguiendo su cola.

Me quité la bata, me metí en la cama y no podía relajarme. Me vestí de nuevo con ropa de calle, usé la punta de una lima de uñas como destornillador y desmonté el revólver para limpiarlo. Metí las piezas en un bolsillo y los cuatro proyectiles sin usar en el otro, junto a las dos navajas confiscadas al atracador.

Ya era de día y el cielo aparecía despejado. Fui andando hasta la Novena Avenida y luego subí hasta la calle 58, donde arrojé las dos navajas a la alcantarilla. Crucé la calle y caminé hasta otra alcantarilla y me quedé un momento con las manos en los bolsillos, una con los cuatro cartuchos, la otra tocando las piezas del revólver.

¿Por qué cargar con un arma de fuego que no vas a usar? ¿Para qué guardar un revólver que eres incapaz de usar?

En el camino de vuelta al hotel me detuve en una tienda. El cliente que estaba antes de mí compró dos paquetes de seis botellines de licor de malta. Yo cogí cuatro barritas de chocolate, las pagué, me comí una por el camino y las otras tres en mi habitación. Luego saqué las piezas del revólver de mi bolsillo y lo monté de nuevo. Cargué las cuatro balas y puse el arma en el cajón de la cómoda.

Me metí en la cama, y me dije que tenía que quedarme allí, aunque no pudiese dormir. La idea me hizo sonreír mientras notaba

cómo me iba deslizando hacia el sueño.

# 29

El teléfono me despertó. Luché por salir del sueño, como un buceador que sube a la superficie a respirar. Me senté tratando de abrir los ojos y recuperar el aliento. El teléfono seguía sonando y no entendía de dónde venía aquel maldito sonido. Luego me di cuenta y respondí al aparato.

Era Chance.

—Acabo de leer el periódico —dijo—. ¿Qué es lo que piensa? ¿Es el tipo que mató a Kim?

—Deme un minuto.

—¿Estaba durmiendo?

—Ahora estoy despierto —dije.

—Entonces no sabe de qué estoy hablando. Hubo un asesinato, esta vez en Queens, un travestí callejero cortado en rodajas —explicó.

—Lo sé —dije.

—¿Cómo lo sabe si estaba durmiendo? —preguntó.

—Estuve allí, anoche —respondí.

—¿En Queens? —dijo. Parecía impresionado.

—Sí, en Queens Boulevard —contesté—. Con un par de polis. Es el mismo asesino —confirmé.

—¿Está seguro de eso?

—Aún faltan los resultados de las pruebas forenses, pero, sí, estoy seguro de que es el mismo —confirmé.

Reflexionó un momento.

—Entonces —dijo—, lo de Kim fue tan solo mala suerte. Se encontraba en el sitio equivocado en el momento equivocado.

—Quizá.

—¿Solo quizá?

Cogí el reloj de la mesita de noche. Eran casi las doce.

—Hay ciertas cosas que no encajan —respondí—. Al menos esa

es la impresión que tengo. Anoche, uno de los polis me dijo que mi problema es que soy un testarudo. Solo llevo un caso a la vez y no lo quiero dejar escapar.

—¿Y entonces?

—Puede que tenga razón, pero aún me quedan piezas sueltas. ¿Qué pasó con el anillo de Kim? —pregunté.

—¿Qué anillo?

—Tenía un anillo con una piedra verde.

—Un anillo… —dijo con un tono pensativo—. ¿Era Kim la que tenía ese anillo? Supongo que sí.

—¿Qué paso con él?

—¿No estaba en el joyero?

—Solo había un anillo del colegio. Un anillo del instituto de su pueblo —dije.

—Sí, es verdad. Me acuerdo del anillo del que habla. Una enorme piedra verde. Una piedra de cumpleaños o algo así —explicó.

—¿Dé dónde lo sacó? —pregunté.

—De un sobre sorpresa, sin duda. Creo que ella me contó que se lo había comprado. Una baratija. Nada más que un trozo de cristal verde.

*Despedazad botellas de vino a sus pies.*

—¿No era una esmeralda? —pregunté.

—¿Está de guasa? ¿Sabe lo que cuesta una esmeralda?

—No —contesté.

—Más que los diamantes. ¿Qué importancia tiene ese anillo? —soltó.

—Puede que ninguna.

—¿Qué es lo que va a hacer?

—No lo sé —dije—. Si Kim fue victima de un psicópata que la escogió al azar, no creo que pueda hacerlo mejor que los polis. Pero hay alguien que me quiere fuera de este caso, y hay un recepcionista de un hotel que estaba tan asustado como para irse de la ciudad, y hay un anillo desaparecido.

—Tal vez todo eso no quiera decir nada —dijo Chance.

—Quizá —convine.

—¿No había en la nota de Sunny algo sobre un anillo que había teñido el dedo de alguien de verde? Tal vez fuera una baratija que

le manchó el dedo de verde a Kim, y ella se deshizo de él.

—No creo que fuera eso lo que ella quería decir —dije.

—¿Qué quería decir entonces? —preguntó.

—No lo sé tampoco —respondí cogiendo aire—. Desearía relacionar a Cookie Blue con Kim Dakkinen. Si soy capaz de eso quizá pueda encontrar al hombre que acabó con ambas.

—Es posible. ¿Asistirá al funeral de Sunny mañana? —preguntó.

—Sí, allí estaré.

—Entonces ya nos veremos allí. Espero que podamos hablar un rato cuando acabe la ceremonia.

—De acuerdo —dije.

—Sí. ¿Qué tendrían en común Kim y Cookie? —preguntó.

—Creo recordar que Kim estuvo haciendo la calle durante un tiempo en Long Island City —sugerí.

—De eso hace años —dijo Chance.

—Tenía un chulo, un tal Duffy, ¿verdad? ¿Tenía Cookie un chulo? —pregunté.

—Es posible. Algunos travestis lo tienen. La mayoría no, por lo que sé. Pero me puedo enterar.

—Inténtelo —dije.

—No he visto a Duffy desde hace siglos. Creo que oí que había muerto. Pero preguntaré por ahí. Sin embargo es difícil de imaginar qué relación podía haber entre una chica como Kim y una pequeña reina judía de Long Island —dijo.

Una reina judía y una reina de la vaquería, pensé; y pensé en Donna.

—Quizá fueran hermanas —sugerí.

—¿Hermanas?

—Hermanas del alma.

Tenía ganas de desayunar, pero lo primero que hice al salir a la calle fue comprar el diario, y me di cuenta de que los huevos y el bacón no me iban a sentar bien. El estrangulador del hotel suma su segunda víctima, anunciaban los enormes titulares. Luego en mayúsculas venía: PROSTITUTA TRANSEXUAL MASACRADA EN QUEENS.

Lo doblé y me lo puse bajo el brazo. No sabía lo que iba a hacer primero, comer o leer, pero mis pies tomaron la decisión por mí. Había andado dos manzanas cuando me di cuenta de que me estaba

dirigiendo hacia la Asociación de Jóvenes Cristianos de la calle 63 Oeste y de que llegaría justo a tiempo para la reunión de las doce y media.

Qué demonios, pensé. El café es tan bueno allí como en cualquier otro sitio.

Salí de allí una hora después y desayuné en un bar griego, en la esquina de Broadway. Leí el diario mientras comía. Aparentemente ya no me afectaba a la hora de comer.

En el artículo no había mucho que no supiera. Se decía que la víctima vivía en el East Village, de manera que supuse que vivía al otro lado del río, en Queens. Garfein había mencionado Floral Park, en la frontera con el condado de Nassau, y evidentemente, era allí donde había crecido. Según el *Post*, sus padres habían muerto en un accidente aéreo años antes. El único familiar con vida de Mark/Sara/Cookie era un hermano, Adrián Blaustein, un vendedor mayorista de joyas que residía en Forest Hills, y que tenía sus oficinas en la calle 47 Oeste. Estaba en el extranjero y aún no le habían notificado la muerte de su hermano.

¿La muerte de su hermano, o de su hermana? ¿Cómo se relacionaba un pariente con otro que había cambiado de sexo? ¿Cómo un respetable hombre de negocios veía a su hermano transformado en hermana que hacía trabajitos rápidos a los clientes en sus coches? ¿Qué significaría la muerte de Cookie Blue para Adrián Blaustein?

¿Qué significaba para mí?

*La muerte de cualquier ser humano me merma porque estoy comprometido con la humanidad*. La muerte de un hombre, la muerte de una mujer, cualquier muerte. ¿Pero me disminuía? ¿Y estaba realmente comprometido con la humanidad?

Todavía podía sentir el gatillo del 32 temblando bajo el dedo.

Pedí otra taza de café y pasé a una historia sobre un joven soldado de permiso que participaba en un partido de baloncesto improvisado en un solar del Bronx. Aparentemente una pistola cayó del bolsillo de un espectador y se disparó con el impacto. La bala se incrustó en el cuerpo del joven soldado y lo mató en el acto. Leí por segunda vez el artículo y me quedé allí sentado, negando con la cabeza.

Otra manera de morir. ¡Dios! ¿Era verdad que había ocho

millones de maneras?

A las nueve menos veinte de aquella noche me deslicé en el sótano de una iglesia de la calle Prince, en el Soho. Me serví una taza de café y, mientras buscaba sitio, escudriñé la sala en busca de Jan. Estaba sentada delante, en el lado derecho. Me senté al fondo, junto a la cafetera.

La conferenciante era una mujer de unos treinta años. Había bebido durante diez años y había estado los tres últimos en el barrio de Bowery, mendigando y limpiando parabrisas para comprarse vino.

—Incluso en el Bowery —dijo—, hay gente que sabe cuidarse. Algunos hombres siempre llevan una cuchilla de afeitar y una pastilla de jabón. Yo fui directamente hacia el otro tipo de hombres, los que no se afeitan, no se lavan y no se mudan de ropa nunca. Una vocecita me decía desde el interior de la cabeza: «Rita, estás justo en el sitio que te corresponde».

Durante el descanso intercepté a Jan en su camino a la cafetera. Pareció alegrarse de verme.

—Pasaba por el barrio por casualidad —expliqué—, y como era la hora de la reunión, pensé que quizá te vería por aquí.

—Sí, esta es una de las reuniones a las que asisto habitualmente. Luego vamos a tomar café, ¿de acuerdo? —dijo.

—Estupendo —contesté.

Una docena de nosotros ocupábamos un par de mesas de una cafetería del West Broadway. No participé muy activamente en la conversación, ni tampoco le presté mucha atención. Finalmente el camarero distribuyó la cuenta de cada uno. Jan pagó la suya y yo pagué la mía, y nos encaminamos hacia su buhardilla.

—No vine hasta aquí por casualidad —dije.

—Vaya sorpresa —dijo Jan.

—Quiero hablar contigo. No sé si leíste la prensa hoy…

—¿Lo del asesinato de Queens? Sí, lo he leído.

—He estado allí. Estoy destrozado y necesito hablar con alguien.

Subimos a su piso y Jan hizo una cafetera. Me senté con la taza ante mí, y cuando acabé de hablar y bebí un sorbo, el café ya estaba frío. La puse al tanto de la historia. Le hablé de la chaqueta de Kim, de los jóvenes borrachos del coche, de la botella de vino rota, de la visita a Queens y de lo que encontramos allí. Y le dije también

cómo había pasado la tarde, que había cruzado el río en metro y dado vueltas a Long Island City para acabar volviendo a Manhattan a hablar con los vecinos de Cookie Blue, en un edificio del West Village; luego atravesé la isla recorriendo todos los bares de ambiente de Christopher y recorriendo de arriba abajo la calle West.

Para entonces era lo bastante tarde como para llamar a Joe Durkin y enterarme del informe del laboratorio.

—Se trata del mismo asesino —le dije a Jan—. Y usó la misma arma. Es alto, diestro, fuerte, y le gusta que su machete esté bien afilado, si es que es un machete.

Las comprobaciones telefónicas con Arkansas no llevaron a nada. La dirección de Fort Smith no existía —lo cual era previsible —, y el número de matrícula era el de un Volkswagen naranja de una maestra de Fayetteville.

—Y ella solo lo cogía los domingos —dijo Jan.

—Algo así. Se inventó toda la historia de Arkansas, como antes se había inventado lo de Fort Wayne, en Indiana. Pero la matrícula era real, o casi real. Alguien echó un vistazo a la lista de vehículos robados y encontró que un Impala azul marino había sido sustraído en una calle de Jackson Heights justo dos horas antes de la muerte de Cookie. La matrícula coincide con la que usó al rellenar la ficha salvo en un par de números, y el coche está matriculado en el estado de Nueva York, y no en el de Arkansas.

»El vehículo coincide con la descripción que hizo el recepcionista del motel. También encaja con la que hicieron las prostitutas que hacían la calle cerca de donde recogieron a Cookie. Vieron que un coche daba vueltas a la manzana hasta que el conductor se decidió y escogió a Cookie.

»El coche aún no ha aparecido, pero eso no quiere decir que el tipo lo siga utilizando. Puede llevar varios días recuperar un vehículo robado. Algunas veces los ladrones los dejan en una zona donde está prohibido aparcar y la grúa se los lleva al depósito. Se supone que no debería pasar. Alguien del depósito debería comprobar las listas de los coches robados, pero muchas veces no se hacen las cosas como se supone que se deben hacer. Acabarán por saber que el asesino abandonó el coche veinte minutos después de acabar con Cookie, y que borró todas las huellas.

—¿No puedes pasar, Matt? —preguntó Jan.

—¿Abandonar el caso?

Ella asintió con la cabeza.

—A partir de ahora, es una cuestión policial, ¿no? Control de testigos, verificaciones, informaciones diversas —añadió.

—Sí, supongo que sí —convine.

—Y es poco probable que lo dejen en una estantería y se olviden de él, como tú pensabas cuando era Kim la única asesinada. La prensa no dejará que le den carpetazo, suponiendo que esa fuese su intención —dijo Jan.

—Es verdad —dije.

—Entonces ¿por qué quieres forzarte a ti mismo a seguir con ello? Creo que ya has superado con creces el valor de lo que te pagó.

—¿Sí? —pregunté.

—¿No lo has hecho? —siguió Jan—. Creo que ya has hecho por el caso más de lo que él te pide.

—Supongo que tienes razón —convine.

—¿Entonces, por qué seguir? ¿Qué puedes hacer tú solo que no pueda conseguir toda la policía?

Reflexioné un momento.

—Tiene que haber una relación —inquirí.

—¿Qué tipo de relación?

—Una relación entre Kim y Cookie. Porque de otro modo este caso no tendría sentido, maldita sea. Incluso un psicópata ha de tener una pauta para lo que hace, aunque solo exista en su cabeza. Kim y Cookie no se parecían, no llevaban el mismo tipo de vida. No eran siquiera del mismo sexo. Kim trabajaba por teléfono y en su propio domicilio, y tenía un chulo. Cookie era un travesti callejero que se trabajaba a los clientes en sus coches. Era un marginal. Chance está comprobando si tenía un macarra del que nadie supiese nada hasta ahora, pero es poco probable que lo tuviese.

Bebí un sorbo de café.

—Y el asesino escogió a Cookie —proseguí luego—. Se tomó su tiempo, pasó por la calle varias veces, se aseguró de que fuese ella y no otra. ¿Dónde está la relación? No es una cuestión de físico. Porque el físico de Cookie era completamente diferente al de Kim.

—¿Algo que concernía a su vida íntima? —preguntó Jan.

—Puede ser. Es muy difícil seguir la pista de su vida. Vivía en el East Village y trabajaba en Long Island. No encontré a nadie en los bares de ambiente del West Side que la conociera. No tenía macarra ni amante. Sus vecinos de la calle 5 no sabían que era prostituta y solo algunos pocos sospechaban que no era una mujer. Su única familia es su hermano, y ni siquiera está al corriente de su muerte.

Seguí hablando por un momento. *Ricone* no era una palabra italiana, y si era un apellido, no era nada habitual, porque lo había comprobado en la guía de teléfonos de Manhattan y de Queens sin encontrar ningún Ricone.

Cuando acabé el café, Jan fue a buscar más para los dos y nos quedamos un momento callados.

—Gracias —dije.

—¿Por el café?

—Por escucharme —contesté—. Ahora me siento mejor. Tenía que hablar para poner en orden mis ideas.

—Siempre es bueno hablar —dijo.

—Supongo que sí —confirmé.

—Tú no hablas en las reuniones ¿no?

—Jan, no podría hablar de esto.

—No, claro que no, pero podrías hablar de los problemas que tienes y de cómo los sientes. Eso te ayudaría más de lo que crees, Matt —dijo.

—No creo que sea capaz. Joder, ni siquiera soy capaz de decir que soy alcohólico. «Mi nombre es Matt, y paso». Lo podría decir por teléfono —solté.

—Puede que eso cambie.

—Puede.

—¿Cuánto tiempo llevas sin beber? —preguntó.

—Ocho días —contesté después de pensarlo.

—Oh, eso es estupendo. ¿Qué te hace gracia? —preguntó.

—Me acabo de dar cuenta de algo. Cuando una persona le pregunta a la otra cuánto tiempo lleva sin beber, sea cual sea la respuesta, la reacción siempre es «¡Oh, eso es estupendo, eso es maravilloso!». Da igual que dijera ocho días u ocho años, la reacción siempre sería la misma. «Oh, eso es estupendo, maravilloso».

—Porque es verdad —dijo ella.

—Supongo —dije.

—Lo que es estupendo es que no hayas bebido. Ocho años es tan estupendo como ocho días.

—Sí. Eh…

—¿Qué ocurre? —inquirió Jan.

—Nada. El funeral de Sunny es mañana por la tarde —contesté.

—¿Vas a ir?

—Dije que iría.

—¿Eso te preocupa?

—¿Si me preocupa?

—¿Te pone nervioso? ¿Intranquilo?

—No lo sé. No me apetece ir —me fijé en sus enormes ojos grises, luego aparté mi mirada—. Jamás he superado los ocho días —dije con indiferencia—. La última vez aguanté ocho días y volví a beber.

—Eso no quiere decir que vayas a beber mañana —dijo.

—Mierda, ya lo sé. No voy a beber mañana.

—Lleva a alguien contigo —sugirió.

—¿Adónde?

—Al funeral. Pídele a alguien del grupo que te acompañe —contestó.

—No puedo pedir a nadie algo así —contesté.

—Por supuesto que sí —respondió Jan.

—Y además, ¿a quién? No conozco a nadie lo suficiente como para eso —dije.

—¿Es que hay que conocer bien a una persona para que se siente a tu lado en un funeral?

—En ese caso…

—¿En ese caso qué?

—¿Quieres venir conmigo? No, déjalo. No quiero mezclarte en esto —dije.

—Iré.

—¿En serio? —pregunté.

—¿Por qué no? Por supuesto, voy a parecer un poco mediocre junto a todas esas putas.

—No lo creo —dije.

—¿Ah no? —insistió.

—No lo creo en absoluto —repetí.

Le alcé la barbilla y probé su boca con la mía. Le acaricié el pelo. Cabello oscuro, salpicado con gris. Gris como el de sus ojos.

—Tenía miedo de que esto llegara a ocurrir —dijo—. Pero también tenía miedo de que no ocurriera.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ahora simplemente tengo miedo.

—¿Quieres que me vaya?

—¿Que si quiero que te vayas? No, no quiero que te vayas. Quiero que me beses otra vez —dijo.

La besé. Me rodeó con los brazos y me apretó contra ella. Sentí el calor de su cuerpo a través de nuestra ropa.

—Oh, querido —dijo ella.

Más tarde, recostado a su lado en la cama y escuchando los latidos de mi corazón, tuve un momento de desolación y aflicción total. Me sentí como si acabara de levantar la tapa de un pozo sin fondo. Estiré la mano y la posé en el costado de Jan, y el contacto físico calmó al momento la angustia.

—Hola —le dije.

—Hola —respondió.

—¿En qué piensas?

—Nada romántico —se rio—. Trataba de imaginar lo que va a pensar mi madrina.

—¿Tienes que decírselo?

—No estoy obligada a nada, pero quiero hacerlo. «Vaya, resulta que he acabado en la cama con un tipo que lleva ocho días sobrio».

—Eso es un pecado mortal, ¿no? —dije.

—Digamos simplemente que no es muy recomendable —contestó.

—¿Cuál será la penitencia? ¿Que reces seis padre nuestros?

Rio de nuevo. Tenía una risa bonita, espontánea, cordial. Siempre me había gustado.

—Me dirá: «Bueno, al menos no bebiste. Eso es lo importante». Y añadiría: «Espero que hayas disfrutado».

—¿Y?

—¿Y qué? —preguntó.

—Si has disfrutado.

—Claro que no. Fingí el orgasmo —bromeó.

—Seguro. Las dos veces, ¿no? —dije.

—Lo has adivinado.

Me atrajo hacia ella, me puso una mano en el pecho.

—Te vas a quedar, ¿verdad? —preguntó.

—¿Qué va a decir tu madrina?

—Probablemente que tal vez me convendría pensar que de perdidos, al río. Oh, mierda, casi me olvido —exclamó.

—¿Adónde vas?

—Tengo que hacer una llamada —respondió.

—¿A tu madrina?

Negó con la cabeza. Se puso una bata y empezó a pasar páginas en una pequeña agenda. Marcó un número.

—Hola, soy Jan —dijo—. ¿Estabas durmiendo? Mira, esto es un poco idiota, pero me gustaría saber si la palabra Ricone te dice algo. —La deletreó—. Pensé que podía ser un taco o algo parecido —escuchó un momento, luego dijo—: No, no, no es eso. Es porque hago crucigramas en siciliano en las noches de insomnio. No te puedes pasar la vida leyendo la Biblia.

Terminó la conversación y colgó.

—Es una idea que me vino de pronto —dijo—. Pensé que quizá se tratase de una palabra obscena o dialectal. Si así fuera no la encontrarías en el diccionario.

—¿En qué tipo de obscenidades pensabas? ¿Y cuándo se te pasó la idea por la cabeza? —pregunté.

—Eso no te interesa, entrometido —bromeó.

—Te has ruborizado —dije.

—Lo sé. Lo he notado. Eso me enseñará a no intentar ayudar a los amigos a resolver asesinatos.

—Ningún acto de caridad queda impune —bromeé.

—Eso es lo que dicen. Martin Albert Ricone y Charles Otis Jones. ¿Son esos los nombres que usó?

—Owen. Charles Owen Jones —corregí.

—¿Y tú crees que significa algo?

—Tiene que significar algo. Incluso si es un chiflado, unos nombres tan elaborados tienen que significar algo.

—¿Como Fort Wayne y Fort Smith? —preguntó.

—Sí, exactamente. Pero creo que los nombres que usó son más significativos. Y además, Ricone es un apellido demasiado raro.

—Quizá empezara escribiendo Rico —dijo.

—Sí, eso pensé. Hay un montón de Ricos en la guía. O tal vez es de Puerto Rico.

—¿Por qué no? No sería el único en Nueva York. Quizá sea un admirador de Cagney —dijo ella.

—¿Cagney?

—La escena de muerte. «Madre de la Misericordia, ¿es este el final de Rico?» ¿Te acuerdas?

—Creía que era Edward G. Robinson —dije.

—Tal vez. Siempre estaba borracha cuando veía el cine de medianoche en televisión, y además tenía tendencia a confundir a gánsteres de Warner Brothers. Era uno de esos tíos con pelotas. «Madre de la misericordia, ¿es este…» —empezó.

—¡Con dos cojones, claro! —espeté.

—¿Qué?

—¡Por todos los santos!

—¿Qué te pasa?

—Se está riendo de nosotros —dije.

—¿Quién? —preguntó Jan.

—El asesino.

C. O.

Jones y

M. A.

Ricone. Pensaba que eran nombres —dije.

—¿No lo son? —preguntó.

—Cojones. Maricón —dije.

—Eso es español —soltó Jan.

—Exacto —confirmé.

—Cojones quiere decir «pelotas», ¿no?

—Y maricón, «gay». Pero me parece que no lleva E al final.

—Quizá es más desagradable con E al final —sugerí.

—O quizá no sepa escribir bien —dijo Jan.

—Vaya, vaya —le dije—. Nadie es perfecto.

# 30

Volví a casa a media mañana, me duché, me afeité y me puse mi mejor traje. Tuve tiempo de asistir a una reunión al mediodía. Luego me comí un perrito caliente en la calle y me reuní con Jan, como habíamos convenido, delante del puesto de un vendedor de papayas, en la esquina de la calle 72 con Broadway. Jan llevaba un vestido de punto gris perla, salpicado con negro. Nunca la había visto tan elegante.

Doblamos la esquina y llegamos al local de Cooke, donde un profesional y compasivo joven vestido de oscuro decidió a qué sepelio veníamos y nos guio a través de un largo corredor hasta la sala 3. Un cartel fijado en la puerta abierta anunciaba: Hendryx. En la sala había cuatro filas de cuatro sillas, a izquierda y derecha del pasillo central. Al fondo, a la izquierda del altar, sobre un estrado, un ataúd abierto reposaba entre un exceso de ramos y coronas de flores. Había enviado flores por la mañana, pero no tendría que haberme preocupado. Sunny tenía suficientes como para no envidiarle nada a un gánster de la época de la ley seca en su camino hacia el Cielo.

Chance estaba sentado en la primera fila, a la derecha, en una silla que daba al pasillo. Donna Campion estaba sentada a su lado y Fran Schecter y Mary Lou Barcker completaban la primera fila. Chance llevaba un traje negro, camisa blanca y una fina corbata negra de seda. Las mujeres iban todas de negro, y me pregunté si las había llevado de compras el día anterior.

Cuando entramos se volvió y se incorporó. Me acerqué con Jan e hice las presentaciones. Luego hubo un silencio molesto que Chance rompió.

—Querrá ver el cuerpo —dijo señalando el ataúd con un gesto de la cabeza.

¿Cómo pueden desear ver los restos mortales de una persona?

Me acerqué hasta allí con Jan junto a mí. Sunny yacía en un ataúd forrado de satén crema con un vestido de colores vivos. Las manos unidas sobre el pecho; sostenía una sola rosa roja. Su rostro parecía esculpido en un bloque de cera, pero sin embargo no tenía peor aspecto que la última vez que la había visto.

Chance estaba a mi lado.

—¿Le puedo hablar un momento? —me dijo.

—Por supuesto —respondí.

Jan me apretó discretamente la mano y se escabulló. Chance y yo nos quedamos uno al lado del otro, con la mirada baja contemplando a Sunny.

—Pensaba que el cuerpo seguiría en el depósito —dije.

—Me llamaron ayer para avisarme de que lo podía retirar —explicó—. Los de las pompas fúnebres trabajaron hasta muy tarde para tenerla preparada. Han hecho un trabajo bastante bueno.

—Sí —convine.

—No se parece mucho, pero tampoco se parecía mucho cuando la encontramos, ¿verdad?

—No.

—Van a incinerar el cuerpo luego. Es más sencillo así. Las chicas están bien, ¿no cree? Sus vestidos y demás —dijo.

—Están perfectas —respondí.

—La dignidad —hizo una pausa un instante, luego prosiguió—; Ruby no ha venido.

—Me he dado cuenta —dije.

—No cree en los funerales. Culturas diferentes, costumbres diferentes, ya sabe. Y además jamás tuvo contacto con las demás. Apenas conocía a Sunny —explicó.

No dije nada.

—Cuando esto termine, voy a llevarlas a casa. Luego podríamos vernos —dijo.

—De acuerdo.

—¿Conoce a Parke Bernet? La galería que organiza subastas. La más grande de la avenida Madison. Mañana hay una venta, y antes me gustaría mirar un par de lotes que me interesan. ¿Le importaría que nos viéramos allí? —preguntó.

—¿A qué hora?

—No lo sé. Esto no durará mucho. Pienso salir de aquí a las tres.

De manera que, pongamos a las cuatro y cuarto, cuatro y media —calculó.

—Perfecto —dije.

—Y, Matt —me volví—, gracias por venir.

Había una decena de personas en la sala cuando el servicio comenzó. Un grupo de cuatro hombres negros se había sentado en medio, en el lado izquierdo. Entre ellos me pareció reconocer a Kid Bascomb, el boxeador que había visto pelear la única vez que vi a Sunny. Dos ancianas estaban sentadas juntas en la última fila, y un hombre, también mayor, estaba sentado, solo, en una de las primeras filas. Hay gente solitaria para los que asistir a los funerales de extraños es una forma de pasar el tiempo, y sospeché que los tres viejos pertenecían a ese grupo.

Justo cuando el servicio comenzaba, Joe Durkin y otro agente de paisano se deslizaron en un par de sillas de la última fila.

El reverendo tenía una cara aniñada. Ignoraba si estaba al corriente de los acontecimientos, pero hablaba de la tragedia de las personas cuyas vidas se segaban siendo aún jóvenes, de los misteriosos caminos del Todopoderoso y de los supervivientes, verdaderas víctimas de estas tragedias sin sentido aparente. Leyó los textos de Emerson, Teilhard de Chardin, Martin Buber y el libro de Eclesiastés. Luego pidió a los amigos de Sunny que lo desearan que se acercaran a pronunciar unas palabras.

Donna Campion leyó dos poemas que tomé por suyos. Luego me enteré que uno era de Sylvia Plath y el otro de Anne Sexton, dos poetisas que se habían suicidado. Luego subió Fran Schecter.

—Sunny —declaró—, no sé si me puedes oír, pero de todas formas, quisiera decirte esto.

Prosiguió diciendo cuánto había valorado la alegría, la amistad y el entusiasmo vital de su amiga. Empezó en un tono acalorado y acabó hecha un mar de lágrimas; el reverendo tuvo que ayudarla a bajar del estrado. Mary Lou Barcker no pronunció más que dos o tres frases, en voz baja y monótona, diciendo que lamentaba no haber conocido a Sunny, y que esperaba que estuviera en paz.

Nadie más subió. Me imaginé a Joe Durkin haciendo una declaración conmovedora en nombre de la policía de Nueva York, pero evidentemente no se movió. El reverendo pronunció unas palabras más, que no escuché, y luego uno de los empleados puso

una grabación de Judy Collins cantando *Gracia Milagrosa*.

Fuera, Jan y yo anduvimos en silencio dos o tres manzanas.

—Gracias por haber venido —le dije luego.

—Gracias por haberme invitado. Por todos los santos, qué respuesta más idiota. Parece una conversación de dos adolescentes después del baile de fin de curso. «Gracias por haberme invitado. Lo he pasado muy bien». —Sacó un pañuelo de su bolso y se frotó los ojos y la nariz—. Estoy contenta de que no hayas venido solo.

—Yo también.

—Y estoy contenta de haber ido. Fue tan triste y tan bonito. ¿Quién era el hombre que habló contigo a la salida? —preguntó.

—Durkin —respondí.

—¿Ah, sí? ¿Qué hacía allí?

—Esperaba un golpe de suerte. Nunca sabes quién se va a presentar a un funeral.

—No vino mucha gente a este —dijo.

—No, no había mucha.

—Estoy contenta de que hayamos ido.

—Sí —dije yo.

La invité a una taza de café, luego la hice subir a un taxi. Ella insistió en que podía ir en metro, pero no hice caso, y la obligué a aceptar diez dólares para pagar la carrera.

Una ordenanza de la galería de Parke Bernet me condujo al segundo piso, donde estaban expuestos los objetos de arte africano y oceánico de la venta de los viernes. Encontré a Chance ante una vitrina que contenía una veintena de estatuillas de oro. Algunas representaban animales, otras seres humanos y diversos utensilios.

Recuerdo que una de ellas representaba a un hombre sentado sobre sus talones ordeñando una cabra. La figura más grande habría cabido en la mano de un niño, y la mayoría tenían un aspecto gracioso.

—Pesas Ashanti para pesar oro —apuntó Chance—. Del país que los ingleses llamaron Costa Dorada, hoy Ghana. Puede encontrar algunas reproducciones chapadas en las tiendas. Son falsas. Estas de aquí son auténticas.

—¿Tiene la intención de comprarlas?

Negó con la cabeza.

—No, no me dicen nada —dijo—. Trato de comprar cosas por

las que siento algo. Déjeme enseñarle algo.

Cruzamos la habitación. Una cabeza de mujer de bronce descansaba sobre un pedestal de un metro veinte de alto. La nariz era ancha y plana y los pómulos marcados. Llevaba el cuello hasta tal punto repleto de collares de bronce que el conjunto de la cabeza tenía el aspecto de un cono.

—Una escultura de bronce del perdido reino de Benin. El busto de una reina. Se puede conocer el rango por el número de collares que lleva alrededor del cuello. ¿Le dice algo Matt? A mí sí —dijo.

Sentí la fuerza en los rasgos de bronce, una fuerza fría, una voluntad implacable.

—¿Sabe lo que me dice? —siguió Chance—. Dice: «Negro, ¿por qué me estás mirando de esa forma? Sabes que no tienes bastante dinero para llevarme a casa». —Se rio—. Su valor estimado se cifra entre cuarenta y cincuenta mil dólares.

—¿No irá a pujar? —pregunté.

—No sé lo que voy a hacer —dijo—. Hay algunas piezas que no me importaría poseer. Pero a veces voy a las subastas como quien va a las carreras y no apuesta. Tan solo van a sentarse al sol y ver correr a los caballos. Me gusta el ambiente de una sala de subastas. Me gusta oír el sonido del mazo. ¿Ya ha visto suficiente? Entonces salgamos de aquí.

Su coche estaba en un *parking* de la calle 78. Atravesamos la calle 59 Bridge y Long Island City. Aquí y allí las prostitutas, solas o en parejas, invadían la calle.

—No había muchas la noche pasada —dijo Chance—. Se sienten más seguras a la luz del día.

—¿Vino aquí anoche?

—Pasé por aquí. Él recogió a Cookie por esta zona, luego cogió Queens Boulevard. ¿O tomó la autopista? Supongo que no tiene importancia —concluyó.

—No, ninguna.

Nos adentramos en Queens Boulevard.

—Quiero darle las gracias por haber ido al funeral —dijo.

—No tiene por qué —contesté.

—Muy guapa la mujer que lo acompañaba.

—Gracias.

—Jan, ¿no? —preguntó.

—Sí, Jan —contesté.

—Salen juntos, o… —empezó.

—No, somos amigos —zanjé.

—Ya veo —se detuvo ante un semáforo rojo—. Ruby no vino.

—Lo sé —dije.

—Lo que le dije no era cierto —soltó—. No quise contradecirme delante de las demás. Ruby se ha largado. Recogió sus cosas y se esfumó.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Ayer, creo; durante el día. Anoche llamé al servicio telefónico. Me había dejado un mensaje. Estuve todo el día ocupado organizando lo del funeral. Salió bastante bien, ¿no cree? —preguntó.

—Sí, fue muy bonito.

—Eso es lo que pienso. De cualquier forma el mensaje decía que llamara a Ruby a un número con el prefijo 415. Eso es San Francisco. La llamé y me explicó que había decidido mudarse. Imaginé que era una broma, de manera que fui hasta su piso. Pues bien, todas sus pertenencias habían desaparecido. Había dejado los muebles. Eso significa que tengo tres pisos vacíos… La gente se mata por encontrar un sitio donde malvivir, y a mí me sobran los pisos. Es fuerte, ¿no le parece? —dijo.

—¿Está seguro de que era ella quien habló?

—Sí.

—¿Y de que está en San Francisco?

—Forzosamente. O en Berkeley, o en Oakland, en alguno de esos sitios, marqué el número con ese prefijo delante. Tenía que estar allí para responder a ese número, ¿no?

—¿Dijo por qué se fue? —pregunté.

—Dijo que era hora de cambiar de escenario. Me montó el numerito de la oriental inescrutable.

—¿Cree que tuvo miedo de ser asesinada? —pregunté.

—El motel Powhattan —dijo señalando con el dedo—. Ese es el sitio, ¿verdad?

—Así es —dije.

—¿Se encontraba allí y descubrió el cadáver?

—Ya lo habían descubierto. Pero llegué antes de que lo movieran —expliqué.

—Todo un espectáculo.
—No era muy agradable de ver.
—Cookie trabajaba sola, no tenía chulo —dijo.
—Es lo que dijo la policía —respondí.
—Podía tener un chulo sin que los polis lo supieran. Pero he hablado con bastante gente. Trabajaba sola, y si alguna vez conoció a Duffy Green, nadie lo sabe —giró a la derecha al llegar a una esquina—. Vayamos a mi casa. ¿Le parece?
—De acuerdo —dije.
—Le prepararé café. El mismo que la última vez. Creo que le gustó —dijo.
—Era muy bueno —confirmé.
—Pues lo probaremos de nuevo.
La manzana de Greenpoint donde estaba su casa era tan tranquila durante el día como lo había parecido durante la noche. La puerta del garaje se abrió cuando apretó un mando a distancia. La cerró de la misma manera. Salimos del coche y entramos en la casa.
—Quisiera hacer un poco de ejercicio —me dijo—. Hacer unas pesas. ¿Hace usted pesas?
—Hace años que no hago —dije.
—¿Le apetece sufrir un poco?
—Creo que voy a pasar.
Mi nombre es Matt y paso.
—No estaré mucho rato —dijo Chance.
Entró en la habitación y salió en pantalones de deporte rojos y un albornoz con capucha bajo el brazo. Nos dirigimos a la habitación que había adaptado como gimnasio, y durante un cuarto de hora o veinte minutos trabajó con las pesas y en la máquina multifunción. Bajo la piel brillante, cubierta de sudor, los músculos se tensaban.
—Ahora diez minutos en la sauna. No se merece entrar, pero creo podemos hacer una excepción hoy —dijo.
—No, gracias —respondí.
—¿Entonces le importaría esperarme abajo? Allí estará más a gusto.
Esperé mientras tomaba la sauna y se duchaba. Examiné alguna de las esculturas africanas y ojeé un par de revistas. Finalmente

llegó, vestido con tejanos desteñidos, un jersey azul marino y unas sandalias. Me preguntó si me apetecía café. Le dije que desde hacía media hora no esperaba otra cosa.

—No tardará mucho en hacerse.

Se fue a prepararlo. Cuando regresó se sentó en un canapé de cuero.

—¿Quiere saber una cosa? —preguntó—. Yo no valgo un centavo como chulo.

—Creía que hacía el numerito de gran señor. Reservado, digno y todas esas cosas —le solté.

—Tenía seis chicas y ahora solo tengo tres. Y Mary Lou no tardará en marcharse.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro. Está de paso. ¿Sabe cómo la conocí?

—Ella me lo contó.

—Cuando se hacía sus primeros clientes, se decía a sí misma que era un reportaje, un trabajo de periodista, era pura investigación. Luego se dio cuenta de que estaba metida hasta el cuello. Y ahora ha descubierto un par de cosas.

—¿Como qué? —pregunté.

—Como que te pueden asesinar. O acabas suicidándote. O que si te toca el turno solo van a ir doce personas a tu funeral. El de Sunny no ha sido precisamente muy concurrido, ¿verdad?

—Era un acto restringido —dije.

—Podría decirse que sí, ¿sabe? Habría podido llenar tres salas como esa.

—Probablemente.

—No solo probable. Estoy seguro de ello —se levantó, cruzó las manos a la espalda y empezó a recorrer la habitación—. Pensé en eso. Pude haber alquilado la sala más grande y llenarla con gente de los barrios bajos: macarras, fulanas y del mundo del cuadrilátero. Podría haberlo comentado en su edificio. Quizás algunos de sus vecinos hubiesen querido venir. Pero ya ve, yo no quería mucha gente.

—Entiendo.

—De hecho, era para las chicas. Para las cuatro. No sabía que solo había tres cuando organicé el funeral. Luego pensé: mierda, va a ser demasiado siniestro, solo yo y las chicas. De manera que llamé

a un par de personas. Estuvo bien que Kid Bascomb viniera, ¿no le parece?

—Sí —dije.

—Voy a por el café.

Volvió con dos tazas. Bebí un poco y asentí con la cabeza para demostrar mi aprobación.

—Le voy a dar un poco para que se lo lleve.

—Ya se lo dije la otra vez; no me serviría de nada en la habitación de un hotel.

—Bueno, pues déselo a su amiga. Ella le podrá hacer el mejor de los cafés.

—Gracias.

—Usted solo bebe café, ¿no es así? El alcohol ni lo prueba.

—Hoy por hoy no —dije.

—¿Antes sí? —inquirió Chance.

Y es probable que vuelva a probarlo, pensé. Pero no hoy.

—Igual que yo —dijo—. No bebo, no fumo hachís, nada de toda esa mierda. Pero hace tiempo, sí.

—¿Por qué lo dejó? —pregunté.

—No iba con la imagen.

—¿Con qué imagen? ¿Con la de chulo?

—La de entendido —respondió—. La de coleccionista de arte.

—¿Cómo aprendió tanto sobre el arte africano?

—Autodidacta. Leo todo lo que encuentro, voy a ver a los vendedores y hablo con ellos. Es algo que me gusta —esbozó una amplia sonrisa—. Hace muchos años fui a la universidad.

—¿Adónde?

—A Hofstra. Yo crecí en Hempstead. Nací en Bedford-Stuyvesant pero mis padres compraron una casa cuando tenía dos o tres años. Apenas me acuerdo de Bed-Stuy. —Había vuelto a sentarse en el canapé y se reclinaba, agarrándose las manos por delante de las rodillas para lograr equilibrarse—. Casa de clase media, con césped que cortar, hojas que rastrillar. Puedo hablar como los del gueto, pero normalmente me resulta difícil. No éramos ricos pero no vivíamos mal. Y había dinero suficiente para mandarme a Hofstra.

—¿Qué fue lo que estudió? —pregunté.

—Historia del arte. Y, por cierto, no aprendí una mierda de arte africano. Y eso que tíos como Braque y Picasso se inspiraron mucho en las máscaras africanas, igual que los impresionistas se interesaron por los grabados japoneses. Pero no vi nunca una escultura africana hasta que no volví de Vietnam.

—¿Cuándo estuvo allí? —pregunté.

—Después de mi tercer año de carrera. Mi padre murió, ¿entiende? Habría podido terminar, pero no sé, estaba lo bastante loco para dejar la universidad y alistarme. —Había reclinado la cabeza y tenía los ojos cerrados—. Probé montones de drogas allí. Teníamos de todo: maría, hachís, ácido. Pero lo que más me gustaba era el caballo. Allí lo preparaban de otro modo. Nos lo fumábamos.

—Es la primera vez que lo oigo —dije.

—Sí, claro, es porque de esa manera es un derroche. Pero allí estaba tirado. En esos países cultivan opio y es muy barato. Te pasabas todo el día colocado fumando canutos de caballo. Estaba colocado el día en que me llegó la noticia de la muerte de mi madre. Siempre había tenido la tensión alta. Tuvo una apoplejía y se murió. Cuando me enteré estaba bajo los efectos de la heroína y no me afectó lo más mínimo. Y cuando los efectos pasaron y volví a mi estado habitual tampoco sentí nada. La primera vez que sentí algo fue esta tarde, al escuchar al reverendo citar los textos de Ralph Waldo Emerson a propósito de una prostituta muerta. —Se levantó y me miró—. Allí sentado me entraron ganas de llorar por mi madre, Pero no lo hice. Y no creo que lo haga jamás.

Para cambiar de humor fue a por más café.

—Me pregunto —dijo a la vuelta— por qué lo escogí a usted para contarle mi vida. Como con un psiquiatra. Aceptó mi dinero y ahora tiene que escucharme.

—Todo incluido en el servicio —ironicé—. ¿Cómo es que se decidió a hacer de chulo?

—¿Que por qué un chico agradable como yo entró en un negocio como este? —Soltó una carcajada. Luego reflexionó un momento—. Tenía un amigo, un muchacho blanco de Oak Park, en Illinois. Eso queda en las afueras de Chicago.

—Sé dónde queda —dije.

—Yo siempre le montaba el numerito, que yo procedía del

gueto, que lo había hecho todo, ya sabe. Luego se mató. Fue una muerte estúpida, ni siquiera estábamos cerca de la línea de combate. Se emborrachó y un Jeep le pasó por encima. Estaba muerto y ya nadie iba a escuchar mis historias, y mi mamá estaba muerta y al volver a casa supe que no iba a volver nunca a la universidad.

Se acercó a la ventana.

—Además tenía una nena allí —dijo, dándome la espalda—. Era una cosita adorable, y yo iba a su casa, fumábamos caballo, holgazaneábamos por ahí. Le daba dinero, ¿sabe?, más tarde me di cuenta de que se lo daba a su amiguito. Yo había fantaseado con casarme con aquella mujer, con traerla a Estados Unidos. No lo habría hecho, pero lo pensé, luego descubrí que no era más que una puta. No sé por qué pensé que era otra cosa, pero los hombres a veces hacemos eso.

»Pensé en matarla —prosiguió—, pero mierda, no quería hacerlo. Ni siquiera estaba enfadado. De manera que lo que hice fue dejar de fumar, de beber, dejar de andar colgado.

—¿Tal cual?

—Tal cual. Y me pregunté: bueno, ¿qué quieres hacer? Y el cuadro se completó, unas pocas líneas aquí, un trazo allí. Fui un buen soldadito hasta el final de mi contrato. Luego volví y me metí en negocios.

—¿Lo aprendió solo? —dijo.

—Mierda, lo que hice fue crearme a mí mismo. Me puse el nombre: Chance. Empecé en la vida con dos nombres y un apellido. Ninguno de ellos era Chance. Me puse un nombre y creé un estilo, y el resto simplemente fue encajando con aquello. Es fácil ser macarra. Lo único que importa es el poder. Actúa como si lo tuvieras, y las mujeres te vienen solas —sentenció.

—¿No tiene que llevar un sombrero hortera? —ironicé.

—Probablemente es más fácil si das la imagen adecuada. Pero si vas en contra del estereotipo creen que eres alguien especial.

—¿Y lo es? —pregunté.

—Escuche, yo siempre he sido justo con ellas. Jamás he pegado ni amenazado. Kim quiso dejarme, y ¿qué hice yo? Le dije que se fuera, que le deseaba buena suerte.

—El macarra con el corazón de oro —bromeé.

—Le hace gracia. Sin embargo me preocupaba por ellas. Y llevaba una vida divina. Desde luego que sí.

—Aún la tiene —dije.

Negó con la cabeza.

—No —dijo—. Se está evaporando. Todo se está evaporando y no puedo hacer nada para pararlo.

# 31

Salimos del viejo parque de bomberos en el coche. Yo iba sentado detrás y Chance delante, con su gorra de chófer. Unas manzanas más allá paró y devolvió la gorra a la guantera, mientras yo me senté delante con él. El tráfico urbano había disminuido considerablemente de manera que la vuelta a Manhattan fue rápida y silenciosa. Guardábamos una cierta distancia el uno del otro, como si hubiéramos compartido más cosas de las que habíamos previsto.

No había ninguna nota en recepción. Subí a mi cuarto, me mudé, me detuve un momento antes de salir y cogí el 32 del cajón de la cómoda. ¿Tenía algún sentido cargar con un arma que era incapaz de utilizar? No lo tenía; de todas formas me lo metí en el bolsillo.

Salí a la calle y compré el diario, y sin pensarlo demasiado entré en el Armstrong y me senté a una mesa. Mi mesa habitual, en la esquina. Trina se me acercó, me dijo que hacía mucho tiempo que no me veía y anotó lo que iba a tomar: hamburguesa con queso, ensalada pequeña y café.

Cuando Trina se metió en la cocina tuve la repentina visión de un Martini, bien servido, muy seco, helado y en su copa pertinente. No solamente lo podía ver sino que podía oler el enebro y el fuerte sabor de la rodaja de limón. También lo sentí bajar refrescante por la garganta.

No es posible, pensé.

La necesidad de un trago se fue tan rápidamente como había venido. Decidí que era un reflejo, una reacción de la atmósfera del Armstrong. Había bebido tanto alcohol allí durante tantos años… Después de mi último paso por el hospital me había negado el consumo y no había vuelto a poner los pies en aquel lugar. Era, pues, lógico que pensara en beber. Eso no significaba que tuviera

que beber.

Tomé la comida y pedí una segunda taza de café. Leí el diario, pagué la cuenta y dejé una propina. Para entonces era hora de ir a Saint Paul.

El testimonio consistió en una versión etílica del sueño americano. El conferenciante era un muchacho de origen pobre de Worcester, en Massachusetts, que había trabajado para pagar sus estudios en la universidad; llegó a conseguir el puesto de vicepresidente de una cadena de televisión, pero el alcohol arruinó toda su carrera. Acabó en Los Ángeles de la manera más miserable, bebiendo alcohol puro en Pershing Square. Luego descubrió la doble A, y recuperó todo lo que había perdido.

Podría haberme inspirado, hubiera podido centrarme en escuchar. Pero mi atención estaba en otro lugar. En el funeral de Sunny, en lo que me había contado Chance, y sobre todo, en el doble asesinato al que trataba de encontrar un sentido.

Maldita sea. Estaba convencido de que todas las piezas estaban ahí, delante de mis narices.

Me marché durante el coloquio, antes de que fuera mi turno de hablar. Ni siquiera me apetecía repetir mi nombre aquella noche. Volví al hotel, rechazando la idea de ir a pasar un rato en el Armstrong.

Llamé a Durkin. No estaba, colgué sin dejar mensaje y llamé a Jan. No hubo respuesta. Quizá todavía no había salido de la reunión.

Y era probable que cuando saliera fuera a tomar un café, con lo que no volvería hasta después de las once.

Pude haberme quedado hasta el final de la reunión y luego ir a tomar un café con los demás. Podía reunirme con ellos ahora. El Cobb's Corner no estaba muy lejos.

Pensé en ello. Finalmente decidí que no quería ir.

Cogí un libro pero no entendía nada de lo que leía. Lo cerré, me desvestí, me metí en el cuarto de baño y abrí la ducha. Pero no necesitaba ducharme, qué demonios. Si había tomado una ducha aquella mañana, y la actividad más fatigosa del día había sido ver a Chance hacer pesas. Entonces, ¿qué necesidad tenía de una ducha?

Cerré el grifo y me volví a vestir.

Me sentía como un león enjaulado. Descolgué el teléfono.

Habría llamado a Chance si no tuviera que telefonear al servicio primero y esperar luego a que él me devolviese la llamada, lo que no me apetecía. Llamé a Jan, que todavía no había vuelto. Llamé a Durkin que tampoco estaba. De nuevo no dejé recado.

Tal vez estuviese en aquel lugar de la Décima Avenida remojando bien sus neuronas. Pensé en ir hasta allí a buscarlo, pero comprendí que no era a Durkin a quien iba a buscar, sino una excusa para franquear la puerta de aquel museo de los horrores, y apoyar un pie en el reposapiés metálico de la barra.

¿Tenía un reposapiés de metal realmente? Cerré los ojos y traté de visualizar el local. Al cabo de un momento estaba recordando en detalle los olores del alcohol, de la cerveza rancia y de orina, aquella taberna fría y húmeda huele de un modo que te sientes en casa.

Llevas nueve días, pensé, y has ido a dos reuniones hoy, una al mediodía y otra por la tarde, y no has sentido verdaderos deseos de beber. ¿Qué demonios te ocurre, entonces?

Si iba al bar de Durkin bebería. Si iba al de
Farrell’s
o a
Polly’s
o al Armstrong, bebería. Si me quedaba en mi cuarto acabaría loco, y cuando estuviera suficientemente loco saldría de esas cuatro paredes, ¿para ir adónde? A cualquier bar, y bebería.

Me obligué a permanecer allí. Había aguantado el octavo día y no había ninguna razón por la que no pudiera aguantar el noveno. Me quedé sentado, mirando el reloj de vez en cuando, dejando a veces pasar un minuto entre dos vistazos a las manecillas. Finalmente, cuando dieron las once, bajé a la calle y paré un taxi.

Todos los días hay una reunión a las doce en la iglesia morava de la esquina de la calle 30 con la avenida Lexington. Las puertas se abren una hora antes del principio de la reunión. Me dirigí hasta allí y me senté. Cuando el café estuvo listo, me serví una taza.

No presté la más mínima atención al testimonio ni al coloquio. Lo importante para mí era estar allí y sentirme seguro. La mayoría de los asistentes eran personas que habían dejado de beber no hacía mucho y lo estaban pasando mal. De otro modo, ¿por qué iban a

estar allí a una hora como aquella?

Había también alguna gente que todavía no había dejado de beber. De hecho, tuvimos que sacar a uno en un estado lamentable, pero los demás no causaron problemas. Una sala repleta de gente intentando solamente pasar una hora más.

Cuando la hora pasó, ayudé a plegar las sillas y a vaciar los ceniceros. Otro de los colaboradores se presentó como Kevin y me preguntó cuánto hacía que lo había dejado. Le dije que ese era mi noveno día.

—Eso es formidable —dijo—. Vuelve por aquí.

Siempre lo mismo.

Salí a la calle e hice un gesto a un taxi que pasaba, pero cuando se acercó a la acera y comenzó a frenar cambié de opinión y moví la mano indicándole que no se detuviera. Aceleró y se alejó.

No quería volver a mi habitación.

De manera que anduve varias manzanas hacia el norte hasta llegar al edificio de Kim. Con aire seguro pasé por delante del portero y subí al piso. Sabía que había un armario lleno de botellas, pero no me importaba. Ni siquiera tuve deseos de vaciarlas en el fregadero como había hecho con la de Wild Turkey.

Entré en su habitación y examiné el joyero. No estaba buscando un anillo verde. Cogí el brazalete de marfil, lo abrí y me lo probé. Me quedaba pequeño. Fui a la cocina a buscar servilletas de papel. Envolví cuidadosamente el brazalete y me lo guardé en el bolsillo.

Tal vez le gustara a Jan. Lo había imaginado varias veces en su muñeca (en su buhardilla y durante el servicio fúnebre).

Si no le gustaba no tenía por qué llevarlo.

Me acerqué al teléfono y lo descolgué. La línea todavía no estaba cortada. Me dije que lo estaría antes o después, igual que el piso, tarde o temprano, limpio y desalojado de las pertenencias de Kim. Pero, por el momento, estaba igual, como si ella hubiera salido solo un momento a hacer la compra.

Colgué el teléfono sin haber llamado a nadie. Hacia las tres me desvestí y me eché en su cama. No cambié las sábanas. Me pareció que su perfume, aún perceptible, constituía una presencia en la habitación.

Sin embargo, eso no me robó el sueño.

Me desperté cubierto de sudor, convencido de que había resuelto

el caso en un sueño y que había olvidado la solución. Me duché, me vestí y salí de allí.

Tenía varios avisos en el hotel, todos de Mary Lou Barcker. Me había telefoneado la noche anterior, justo después de irme, y un par de veces aquella misma mañana.

—He estado tratando de ponerme en contacto con usted —me dijo cuando la llamé—. Le habría llamado a casa de su amiga, pero no recordé su apellido.

—Su número no está en la lista —dije.

Y yo no estaba allí, pensé sin llegar a decirlo.

—Estoy tratando de localizar a Chance —prosiguió—. Pensé que tal vez usted haya hablado con él.

—La última vez fue alrededor de las siete de la tarde de ayer. ¿Por qué? —contesté.

—No sé dónde encontrarlo. La única manera que conozco es llamando al servicio de mensajes —se explicó.

—Es la única que conozco.

—Ah, creí que tal vez usted tendría un número especial —dijo pensativa.

—No. Solamente el servicio.

—He llamado allí. Siempre había contestado a mis llamadas. No sé ya cuántos avisos le he dejado y aún no me ha llamado.

—¿Es la primera vez que ocurre?

—Sí, en un montón de tiempo. Empecé a telefonearle ayer a mitad de la tarde. ¿Y qué hora es ahora? ¿Las once en punto? Son ya más de diecisiete horas. Nunca ha tardado tanto tiempo sin contactar con el servicio de mensajes.

Pensé en la conversación que mantuvimos en su casa.

¿Había llamado al servicio mientras estábamos juntos? No me parecía.

Las otras veces en que nos habíamos visto llamaba cada media hora más o menos.

—Y no soy solo yo —seguía diciendo Mary Lou—. Tampoco ha llamado a Fran. La he llamado y me ha dicho que a ella tampoco le había devuelto los avisos que le ha estado dejando.

—¿Y Donna? —pregunté.

—Está aquí conmigo. No queremos quedarnos solas. ¿Y Ruby? —preguntó—. Tampoco sé dónde está Ruby. No contesta al

teléfono.

—Está en San Francisco.

—¿Dónde?

Le resumí lo que había ocurrido con Ruby. Me escuchaba y le iba pasando al mismo tiempo la información a Donna.

—Donna está recitando a Yeats —me dijo—. «Las cosas se desmoronan, el centro se tambalea». O algo así. Pero es verdad que las cosas se están derrumbando por todas partes.

—Voy a tratar de localizar a Chance —la tranquilicé.

—¿Me llamará cuando dé con él?

—La llamaré.

—Mientras tanto, Donna se va a quedar aquí, no quedaremos con ningún cliente y no abriremos la puerta. Ya le he dicho al portero que no deje subir a nadie.

—Bien hecho.

—He invitado a Fran a venir, pero no tiene ganas. Creo que está colocada. La voy a volver a llamar, y en vez de invitarla le voy a ordenar que venga.

—Buena idea —dije.

—Donna dice que los tres cerditos se van a esconder en la casita de ladrillo, a esperar a que el lobo baje por la chimenea. Me gustaría que siguiera con Yeats.

No saqué nada telefoneando al servicio. Tomaron nota de mi recado con gusto, pero se negaron a decirme si Chance había llamado recientemente.

—Estoy segura de que no tardará en ponerse en contacto con nosotros —me dijo una señora—. Y me aseguraré de darle el recado.

Llamé a información en Brooklyn y conseguí el número de la casa en Greenpoint. Lo marqué y dejé que sonara una docena de veces. Recordaba lo que me había dicho acerca de los timbres de los teléfonos, pero de todas las maneras valía la pena intentarlo, por si acaso.

Llamé a Parke Bernet. La subasta de los objetos de arte africano y oceánico estaba prevista a las dos en punto.

Me duché y me afeité, tomé un bollo y un café y leí el periódico.

El *Post* se las había arreglado para seguir con el Destripador del motel en la primera página, pero les había costado. En el Bronx, en

la zona de Bedford Park, un hombre había apuñalado a su mujer tres veces con un cuchillo de cocina, antes de llamar a la policía y confesarlo todo. Aquello habría ocupado normalmente un par de párrafos en una de las últimas páginas, pero el *Post* lo había puesto en primera página en titulares que preguntaban: ¿le habrá inspirado el estrangulador del hotel?

Asistí a una reunión a las doce y media y llegué a Parke Bernet pasadas las dos. La subasta no se celebraba en la misma sala donde habían estado expuestos los objetos. Para poder sentarse había que estar en posesión de un catálogo de venta, y este costaba cinco dólares. Le expliqué al encargado que buscaba a una persona y exploré la habitación con la mirada. Chance no estaba.

El encargado no estaba dispuesto a permitir que me quedara si no compraba el catálogo. Preferí pagar a discutir. Solté los cinco dólares y me hice con un catálogo, una inscripción y un número de comprador. No quería la inscripción, no quería el número, no quería el jodido catálogo.

Estuve sentado durante casi dos horas, mientras los lotes eran adjudicados a mazazo limpio uno tras otro. A las dos y media ya tenía la certeza de que no iba a aparecer, sin embargo, me quedé sentado porque no se me ocurrió otra cosa mejor que hacer. No presté atención a la subasta y de vez en cuando miraba a ver si veía a Chance. Cuando faltaban veinte minutos para las cuatro, el bronce de Benin salió a la oferta, fue adjudicado por sesenta y cinco mil dólares, lo que era un poco más de lo estimado. Era la pieza estelar de la subasta y una gran parte de los ofertantes se fueron después de su venta. Yo me quedé unos minutos más, con la certeza de que no iba a venir, siempre agarrado al problema que más me obsesionaba hacía días.

Tenía la sensación de que tenía todas las piezas del caso. Era solo cuestión de encajarlas.

Kim. El anillo de Kim y la chaqueta de visón de Kim. Cojones. Maricón. La advertencia. Octavio Calderón. Cookie Blue.

Me levanté y salí. Estaba atravesando el vestíbulo cuando una mesa repleta de catálogos de ventas anteriores me llamó la atención. Cogí un catálogo de una subasta de joyas celebrada aquella primavera y la ojeé. No me dijo nada. La volví a colocar en la mesa y pregunté al encargado quién era el experto en joyas y

piedras preciosas.

—Tiene que hablar con el señor Hillquist —me respondió, y me indicó a qué sala dirigirme, señalándome con el dedo la dirección.

Sentado ante un escritorio ordenado, el señor Hillquist parecía que me había estado esperando todo el día. Me presenté y le dije que quería saber el precio aproximado de una esmeralda. Me preguntó si podía ver la piedra, le respondí que no la llevaba encima.

—Tendrá que traerla —apuntó—. El valor de una piedra está en función de una serie de variables: tamaño, color, corte, brillo…

Puse la mano en el bolsillo, toqué el 32, palpé alrededor de él y encontré el vidrio verde.

—Es más o menos de este tamaño —le dije.

Se colocó una lupa en un ojo y observó el cristal. Se puso tenso un instante y luego clavó el otro ojo sobre mí.

—Esto no es una esmeralda —articuló despacio, como si hablara a un niño o a un chiflado.

—Lo sé. Es un trozo de cristal —dije.

—Exacto —confirmó.

—Pero es del tamaño aproximado de la piedra de la que le estoy hablando. Soy detective privado. Estoy tratando de calcular el valor de un anillo que ha desaparecido. Yo…

—Ah —dijo suspirando—. Por un momento pensé…

—Sé lo que pensó.

Se quitó la lupa del ojo y la puso sobre el escritorio delante de él.

—Cuando uno está en mi lugar, está a la merced del público. Usted no se puede ni imaginar la gente que me viene a ver, las cosas que me muestran, las preguntas que me hacen —explicó.

—Sí, me lo imagino.

—No, no se lo imagina —insistió.

Alzó el trocito de cristal y lo observó negando con la cabeza.

—Sigo sin poder decirle el valor —prosiguió—. El tamaño solo es uno de los elementos que entran en juego. También está el color, la transparencia, el brillo. ¿Está seguro de que se trata de una esmeralda?, ¿comprobó su pureza?

—No —respondí.

—Entonces podía tratarse de un cristal coloreado. Como el…

uhmm, tesoro que me ha traído.

—Sí, podría tratarse de cristal, pero lo que quiero saber es cuánto podría valer si se tratara de una esmeralda.

—Ya entiendo lo que me quiere decir —observó el cristal y frunció el entrecejo—. Tiene que entender que prefiero evitar ese tipo de estimaciones. Incluso asumiendo que la piedra fuera una esmeralda auténtica, su valor puede variar muchísimo. Puede tener un precio altísimo o uno bajísimo. Puede tener un defecto importante, por ejemplo; o tener una calidad mínima. Existen empresas de venta por correo que ofrecen esmeraldas al quilate por sumas ridículas, a cuarenta o cincuenta dólares el quilate; y lo que venden no es bisutería, tampoco, de hecho son esmeraldas auténticas, si bien su valor como piedra preciosa es cero.

—Entiendo —dije.

—Incluso el valor de una esmeralda con calidad de piedra preciosa puede variar enormemente —explicó—. Podría usted comprar una piedra de este tamaño —sopesó el vidrio con la mano —, por unos dos mil dólares. Y eso sería una buena piedra, no un zafiro artificial de Carolina del Norte. Por otra parte, una piedra de la mejor calidad del color más bello, sin el menor defecto, no ya una peruana, sino la mejor esmeralda colombiana, puede llegar hasta cuarenta, cincuenta o sesenta mil dólares. Y son solo cifras aproximadas.

No había terminado de hablar, pero ya había dejado de escucharle. No había dicho nada, no había añadido una nueva pieza al rompecabezas, pero me había añadido un resorte en la cabeza. Ahora sabía dónde encajaba todo.

Me marché sin olvidarme de mi cubito de cristal verde.

# 32

Esa noche, hacia las diez y media, entré en el
Poogan's
Pub en la calle 72 Oeste y salí enseguida. Una ligera llovizna había comenzado a caer hacía una hora más o menos. La mayoría de la gente llevaba paraguas. No era mi caso, sin embargo iba con sombrero, y me detuve un momento en la acera para colocármelo y ajustar el ala.

Al otro lado de la calle vi un Mercury parado con el motor al ralentí.

Doblé a la izquierda y entré en el Top Knot. Me fijé de inmediato en Danny Boy que estaba sentado en una mesa del fondo; aún así, me acerqué a la barra y pregunté si estaba allí. Debí de hablar demasiado alto porque muchos de los clientes me miraron. El camarero hizo un gesto señalando al fondo. Fui hasta allí y me reuní con él.

No estaba solo. Compartía la mesa con una joven esbelta, con rostro de zorro y los cabellos tan blancos como los de él, salvo que en el caso de la joven la naturaleza no era la culpable de la coloración. Tenía las cejas depiladas y su frente relucía. Danny Boy me la presentó con el nombre de Bryna.

—Rima con angina, entre otras cosas —ironizó.

La interesada sonrió, descubriendo unos pequeños y afilados colmillos.

Acerqué una silla y me dejé caer de golpe.

—Danny Boy, puedes hacer circular esto: sé quién es el amante de Kim Dakkinen. Sé quién la mató y por qué la mató —solté.

—Matt, ¿estás bien? —preguntó.

—Perfectamente. ¿Sabes por qué me costó tanto seguirle los pasos al novio de Kim? Porque no era un tipo que se dejara ver. No la llevaba a clubes, no jugaba o apostaba, no pisaba los bares. No

tenía contacto con nadie.

—¿Has estado bebiendo, Matt?

—¿Crees que estás en los tiempos de la Inquisición? ¿Qué te importa si he estado bebiendo o no? —dije.

—Me lo preguntaba. Estás hablando demasiado alto, eso es todo —dijo.

—Solo estoy tratando de contarte lo de Kim —dije—, lo de su novio. Mira, estaba en el negocio de las joyas. No era rico. No pasaba hambre. Se ganaba la vida, eso es todo.

—Bryna —terció—, ¿por qué no te vas a empolvar la nariz un ratito?

—Espera. Déjala que se quede. Creo que su nariz está perfecta —dije.

—Matt… —empezó Danny Boy.

—Lo que te estoy diciendo no es ningún secreto, Danny Boy —lo corté.

—Como quieras.

—El joyero —proseguí— parece ser que empezó a ver a Kim como clienta. Pero ocurrió algo. Se enamoró de ella, de un modo u otro.

—Son cosas que ocurren —dijo.

—Desde luego. En cualquier caso, eso fue lo que ocurrió. Mientras, una gente se puso en contacto con él. Tenían unas piedras preciosas que no habían pasado por la aduana y no estaban en regla. Esmeraldas. Esmeraldas colombianas de la mejor calidad.

—Matt, ¿te importaría decirme por qué coño me estás contando todo esto?

—Es una historia interesante, ¿no? —dije.

—No solo me lo estás contando a mí, se lo estás contando a todo el local. ¿Sabes lo que estás haciendo?

Lo miré fijamente.

—Bueno, está bien —dijo al cabo de un momento—. Bryna, escúchale bien, querida. Este loco quiere hablar de esmeraldas.

—El novio de Kim iba a hacer de intermediario, vendería las esmeraldas que esa gente traía clandestinamente. Ya lo había hecho en otras ocasiones y se había ganado unos cuántos dólares. Solo que en esta ocasión estaba enamorado de una dama muy cara, así que tenía motivos para sacar una buena tajada. Por eso intentó

jugársela.

—¿Cómo?

—No lo sé. Puede que intentara cambiar las piedras. Puede que se quedara con más dinero. O que se hiciese con todo el lote y se largara con él. Debió de decirle algo a Kim, porque a causa de eso ella le dijo a Chance que quería largarse. No iba a seguir haciéndose clientes. Creo que el joyero dio el cambiazo y se largó al extranjero a vender las piedras. Durante su ausencia Kim dejaría a Chance, y cuando él volviera iban a ser felices para siempre. Pero él nunca volvió.

—Si nunca volvió, ¿quién la mató? —preguntó Danny Boy.

—La gente a la que se la jugó. Le tendieron una trampa en el Galaxy. Ella debió de pensar que se iba a encontrar con él allí. Había dejado la prostitución, de manera que no fue al hotel a ver a un cliente. De hecho, siempre había evitado las citas en los hoteles. Debió de recibir una llamada telefónica de alguien que se hizo pasar por un amigo de su novio y que le dijo que este tenía miedo de ir hasta su casa porque tenía la impresión de que lo seguían, de manera que era mejor que se vieran en el hotel.

—Y ella fue.

—Por supuesto. Se puso guapa, se atavió con los regalos que él le había hecho: la chaqueta de visón y el anillo de la esmeralda. La chaqueta no valía una fortuna porque el tipo no era rico, no tenía dinero para fundírselo, pero le pudo ofrecer una esmeralda sensacional porque no le había costado nada. Estaba metido en el negocio y pudo coger una de esas piedras preciosas importadas clandestinamente y engarzarla en un anillo.

—Entonces, ella fue allí y se la cargaron —dedujo.

—Exacto —confirmé.

Danny Boy bebió un sorbo de vodka.

—¿Por qué? ¿Crees acaso que se la cargaron para recuperar el anillo?

—No. Se la cargaron por cargársela —contesté.

—¿Por qué?

—Porque eran colombianos y ese es su método. Cuando van a por alguien, empiezan eliminando a la familia.

—Joder…

—Quizá piensen que esa es una forma de disuadir a los que

quieran engañarlos. Es bastante frecuente leer casos así en los periódicos, sobre todo en Miami. Toda una familia liquidada porque un tipo ha engañado a otro en un asunto de cocaína. Colombia es un país pequeño y rico. Tienen el mejor café, la mejor marihuana, la mejor cocaína.

—Y las mejores esmeraldas, ¿no? —concluyó.

—Exacto. El joyero de Kim no estaba casado. Al principio creí que lo estaba, y que por eso era difícil seguirle los pasos, pero nunca se casó; puede que nunca hubiera amado a una mujer hasta enamorarse de Kim, y es posible que por eso estaba dispuesto a cambiar de vida. De cualquier manera era soltero. No tenía esposa, no tenía hijos; sus padres habían muerto. Si quieres eliminar a la familia de un tipo así, ¿qué haces? Cargarte a su novia.

La cara de Bryna se había vuelto tan blanca como su pelo. No le gustaban las historias donde mataban a las novias.

—El asesinato fue perfecto —proseguí—. El asesino se aseguró de no dejar ninguna prueba. Pero hubo algo que le empujó a hacer una carnicería en vez de proceder rápidamente con una pistola con silenciador. Puede ser que no le gustaran las prostitutas, o bien que se tratara de un misógino. Fuera lo que fuese, se encarnizó con Kim.

»Luego se limpió, se llevó las toallas sucias, el machete, y se fue. Dejó la chaqueta de visón, el dinero del bolso, pero no olvidó el anillo.

—¿Porque era demasiado valioso?

—Es posible. No tenemos ninguna prueba del valor del anillo, y por lo que sé, lo único que puedo asegurar es que era un cristal tallado y que ella se lo había comprado. Pero puede que fuera una esmeralda, y aunque no lo fuera, el asesino debió de pensar que lo era. Una cosa es que dejes unos cientos de dólares en el lugar del crimen para dejar constancia de que no has matado a la víctima para robarle, y otra cosa es que dejes una esmeralda que podría llegar a valer cincuenta mil dólares, especialmente si se trata de tu esmeralda.

—Entiendo.

—El recepcionista del Galaxy era colombiano, un muchacho llamado Octavio Calderón. Puede que fuera una coincidencia. Hoy la ciudad está llena de colombianos. Quizás el asesino escogió el Galaxy porque conocía a alguien que trabajaba allí. Pero eso no

tiene importancia. Calderón debió de reconocer al asesino, o por lo menos sabía lo bastante de él como para mantener la boca bien cerrada. Después de que un poli volviera por allí para interrogarle de nuevo, desapareció. Los amigos del asesino le aconsejaron que se esfumara, o bien él se dio cuenta de que no estaba seguro allí. De manera que volvió a Cartagena, o se instaló en otra pensión en Queens.

O puede que estuviera muerto, pensé. Era posible, pero no lo creía. Cuando esa gente mata, les gusta dejar los cadáveres bien a la vista.

—También apareció muerta otra prostituta.

—Sunny Hendryx —dije—. Pero eso fue un suicidio. Puede que la muerte de Kim le afectara demasiado, con lo que el asesino de Kim es moralmente responsable también de la muerte de Sunny. Pero de todas formas ella se suicidó.

—Estoy hablando de la que hacía la calle. El travesti —aclaró Danny.

—Cookie Blue —dije.

—Esa. ¿Por qué la mataron? ¿Para ponerte sobre una pista falsa? Pero ni siquiera tenías una pista en ese momento.

—No.

—¿Entonces por qué? ¿Crees que la primera muerte hizo perder la cabeza al asesino? ¿Que eso desencadenó algo en él y quiso hacerlo de nuevo?

—Creo que guarda una relación con eso —dije—. Nadie haría una segunda carnicería como esa a menos que no disfrutara con la primera. No sé si practicó sexo con sus víctimas, pero el placer que obtuvo al matarlas tiene que ser de tipo sexual.

—Entonces, ¿escogió a Cookie solo para pasarlo bien?

Bryna palideció de nuevo. Ya era bastante penoso oír que alguien era asesinada por ser la novia de un tipo, pero era aún peor oír que podías ser asesinado al azar.

—No —dije—, Cookie fue asesinada por una razón concreta. El asesino la fue a buscar. Pasó delante de otras fulanas hasta que la encontró. Cookie era de la familia.

—¿De la familia? ¿De qué familia? —dijo Danny.

—De la familia del novio —respondió.

—¿Entonces el joyero tenía dos novias? ¿Una prostituta de lujo y

un travesti callejero?

—Cookie no era su novia. Era su hermano —solté.

—Cookie…

—Cuando nació, Cookie Blue se llamaba Mark Blaustein. Tenía un hermano mayor llamado Adrian que se metió en el negocio de las joyas. Adrian Blaustein tenía una novia llamada Kim, y unos socios colombianos.

—Entonces había una relación entre Kim y Cookie —dijo Danny.

—Tenía que haberla. Estoy seguro de que nunca se conocieron. Dudo que Mark y Adrian tuvieran contacto estos últimos años. Eso explicaría por qué le llevó tanto tiempo al asesino encontrar a Cookie. Pero yo sabía que tenía que haber un vínculo por algún sitio. Es gracioso, no hace mucho que le dije a alguien que eran hermanas bajo la piel. Y era casi verdad. Eran casi hermanas políticas.

Reflexionó un momento sobre lo que le había dicho y le pidió a Bryna que nos dejara solos un momento. Esta vez no me interpuse.

Ella abandonó la mesa y Danny Boy hizo un gesto a la camarera. Pidió vodka para él y me preguntó qué quería.

—Nada por ahora —dije.

Cuando le trajeron el vodka tomó un sorbo y dejó el vaso en la mesa.

—¿Has avisado a la poli? —dijo.

—No —respondí.

—¿Por qué no?

—No he tenido tiempo.

—Has preferido venir aquí.

—Así es.

—Yo puedo tener la boca cerrada, Matt, pero para Bryna la Vagina es imposible. Piensa que lo que almacenamos en el cerebro se va acumulando y el cerebro acaba por explotar. Y no va a correr ese riesgo. De todas maneras, hablaste lo bastante alto como para que la mitad del local oyera lo que ibas diciendo.

—Lo sé —dije.

—Me lo figuraba. ¿Qué quieres? —preguntó.

—Quiero que el asesino sepa lo que sé.

—No creo que tarde mucho.

—Quiero que lo pases, que lo hagas circular, Danny Boy. Me voy

a ir, voy a volver a pie a mi barrio, luego pasaré un par de horas en el Armstrong y después subiré a mi habitación.

—Te van a matar, Matt.

—Ese cabrón solo sabe matar mujeres.

—Cookie no era más que media mujer. Puede que esté acercándose a los hombres.

—Es posible.

—Quieres que el próximo movimiento lo haga hacia ti.

—Es lo que parece, ¿no?

—Lo que me parece es que estás loco, Matt. Traté de hacerte entender lo que estabas haciendo nada más llegar. Traté de calmarte un poco.

—Lo sé.

—Puede que ahora ya sea demasiado tarde, haga circular esto, o no.

—Lo es. Antes de venir aquí me di una vueltecita por Harlem. ¿Conoces a Royal Waldron? —pregunté.

—Por supuesto que conozco a Royal.

—Hemos estado hablando hace un rato. Royal suele tratar bastante con colombianos.

—No me extraña con el tipo de negocios en los que está metido.

—Entonces es probable que ya estén al corriente. Pero puedes pasarlo de todos modos. Como un seguro.

—¿Seguro? ¿Qué es lo contrario de seguro de vida?

—No lo sé.

—Un seguro de muerte. Es posible que incluso te estén esperando ahí fuera, Matt.

—Sí, es posible —dije.

—¿Por qué no te acercas hasta el teléfono y llamas a la poli? Te mandarían un coche y te llevarían a algún sitio a hacer una declaración. Para algo pagamos a esos cabrones, ¿no?

—Quiero al asesino. Lo quiero cara a cara.

—Tú no tienes sangre latina. ¿Por qué te haces ahora el macho?

—Tú solo pasa el mensaje, Danny Boy.

—Siéntate un momento. —Se inclinó hacia adelante, bajó el tono de voz—. Supongo que no irás a salir de aquí sin una pieza de artillería. Espera un minuto sentadito y te traeré algo.

—No necesito armas.

—No, claro que no. ¿Quién la necesita? Le puedes arrancar el machete de las manos y hacérselo comer. Luego le rompes las piernas y lo abandonas en un callejón.

—Eso es lo que pensaba hacer.

—¿Me vas a dejar que te consiga un arma? —me preguntó atravesándome con la mirada—. Ya tienes una. La llevas encima, ¿no es así?

—No necesito armas.

Y era verdad. Cuando salía del Top Knot eché mano al bolsillo y sentí la culata y el gatillo del pequeño 32. ¿Quién lo necesitaba? De todas formas un arma tan pequeña como aquella no tenía un gran poder disuasorio.

Sobre todo si no eres capaz de apretar el gatillo.

Fuera seguía lloviendo, pero no tanto como antes. Agarré el ala de mi sombrero y oteé el panorama a mi alrededor.

El Mercury estaba aparcado al otro lado de la calle. Lo reconocí por el parachoques abollado. Antes de que yo me pusiera en camino, el conductor puso en marcha el motor.

Me dirigí hacia la avenida Columbus. Mientras esperaba a que cambiara el semáforo vi que el Mercury hacía un giro de ciento ochenta grados y se aproximaba hacia mí. El semáforo se puso verde y crucé la calle.

Con la mano en el bolsillo agarraba la pistola. El índice sobre el gatillo. Recordé cómo había temblado el gatillo bajo mi dedo no hacía mucho.

Me encontraba en la misma calle entonces.

Seguí en dirección sur. Una o dos veces, miré por encima del hombro. El Mercury me seguía, a una manzana de distancia.

No me relajé en ningún momento, pero me puse particularmente tenso cuando llegué a la manzana donde había sacado el revólver la otra vez. No podía dejar de mirar hacia atrás, esperando a que en cualquier momento el Mercury se me echara encima. Me volví involuntariamente al oír el ruido de unos frenos, pero luego me di cuenta de que provenía de mucho más lejos.

Tenía los nervios a flor de piel.

Pasé delante del lugar donde me había tirado y rodado por el suelo. Miré el sitio donde la botella se había roto. Todavía había algunos vidrios en la acera, pero eso no significaba que fuesen de la

misma botella. Todos los días se rompen infinidad de cristales.

Seguí hasta llegar al Armstrong. Entré, me senté y pedí un trozo de tarta y un café. Metí la mano derecha en el bolsillo mientras inspeccionaba con la vista el lugar. Tras acabar la tarta, volví a meter la mano en el bolsillo y bebí el café con la izquierda.

Cuando lo terminé pedí una segunda taza.

El teléfono sonó. Trina contestó, luego se acercó a la barra e intercambió unas palabras con un tipo alto de cabello rubio. El tipo se acercó al teléfono. Estuvo hablando unos minutos. Cuando colgó, echó un vistazo alrededor y se dirigió a mi mesa. Sus manos estaban bien a la vista. Me dijo:

—¿Scudder? Soy George Lightner. No creo que nos conozcamos. —Acercó una silla y se sentó a mi lado—. Acabo de hablar con Joe. Fuera no ocurre nada, ningún movimiento extraño. Hay un par de los nuestros en el Mercury, además Joe ha apostado a un par de tiradores en las ventanas del segundo piso de la casa de enfrente.

—Perfecto —dije.

—Esos dos de allí y yo somos el personal destacado aquí. Supongo que nos reconoció cuando entramos.

—Reconocí a esos dos. Pero no sabía si usted era un poli o el asesino.

—Hombre, gracias. Este es un sitio agradable. Usted lo frecuenta bastante, ¿no? —dijo.

—No tanto como antes —respondí.

—Es tranquilo. Me gustaría volver en otra ocasión cuando pueda tomar otra cosa que no sea café. Están vendiendo un montón de café esta noche entre usted, yo y los de enfrente.

—El café de aquí es bueno.

—Sí, no está mal. Sin duda es mejor que la porquería que bebemos en la comisaría. —Encendió un cigarrillo con un Zippo—. Joe también me dijo que no hay novedades en los otros sitios. Tenemos a dos hombres con su amiga en su casa, y hay otros dos con las tres fulanas en el East Side. —Sonrió—. Ese es el puesto que me tenía que haber tocado a mí, joder. Pero uno no puede tenerlo todo, ¿no?

—No, supongo que no —respondí.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí? Joe cree que si el tipo no ha dado el paso, ya no lo dará esta noche. Podemos cubrirle

durante el trayecto hasta su hotel. Pero evidentemente no podríamos hacer nada contra un individuo apostado en una azotea o en una ventana alta. Hemos realizado una inspección de las azoteas anteriormente, pero no es ninguna garantía.

—No creo que lo haga desde lejos.

—Entonces tenemos mucha ventaja. A propósito, ¿lleva el chaleco antibalas?

—Sí —dije.

—Mejor así. Hombre, tampoco es muy eficaz, no le servirá de nada contra un corte, pero nadie se le va a acercar tanto. Pensamos que si está ahí fuera, se le echará encima entre aquí y la puerta de su hotel.

—Yo también pienso lo mismo.

—¿Cuándo quiere hacerlo?

—Dentro de un momento, cuando acabe el café.

—De acuerdo —dijo incorporándose—. Disfrútelo.

Volvió a su lugar en la barra. Acabé el café, me levanté, fui al servicio y comprobé que el 32 estaba bien cargado. Un cartucho bajo el percutor, tres más en la recámara. Le pude haber pedido a Durkin un par de cartuchos más para completar el cilindro. Incluso me podía haber dejado un arma más potente. Pero ni siquiera sabía que llevaba el 32, y yo no quise decírselo. Tal como se había preparado todo no estaba previsto que yo tuviese que disparar a nadie. Se suponía que el asesino caería en nuestras redes.

Salvo que no iba a suceder de ese modo.

Pagué la cuenta y dejé una propina. No iba a funcionar. Lo presentía. Ese hijo de puta no estaba ahí fuera.

Crucé la puerta y salí a la calle. Casi no llovía. Miré al Mercury y eché un vistazo a los edificios de enfrente, preguntándome dónde estarían apostados los tiradores. No tenía importancia. Ellos no iban a tener que trabajar aquella noche. Nuestro hombre no había mordido el anzuelo.

Fui andando hasta la calle 57, pegado al bordillo, por si acaso se las hubiera apañado para esconderse en un portal oscuro.

Caminaba lentamente, y esperaba tener razón y que no lo intentara desde lejos, porque los chalecos no siempre paran las balas, y no sirven de nada en el caso de que te acierten en la cabeza.

Pero qué más daba. Mierda, sabía que no estaba ahí.

Respiré aliviado cuando llegué al hotel. Sin embargo, no dejaba de ser una decepción.

Había tres agentes de paisano en el vestíbulo. Se identificaron al momento. Permanecí con ellos unos minutos; luego Durkin llegó solo. Estuvo charlando con uno de sus hombres, luego se me acercó.

—Menuda chapuza —soltó.

—Eso parece —respondí.

—Mierda. Lo teníamos todo cubierto. Puede que se oliera algo, pero no veo cómo. O tal vez volara a su maldito Bogotá y estamos tendiendo una trampa a alguien que está en otro continente.

—Es posible.

—En cualquier caso, es mejor que se vaya a dormir. Si es que no está demasiado nervioso para conciliar el sueño. Tómese un par de copas y olvídese de todo siete u ocho horas.

—Buena idea —dije.

—Los chicos han estado vigilando el vestíbulo todo el día. No ha habido visitantes ni clientes nuevos. Voy a dejar a alguien de guardia durante la noche.

—¿Lo cree necesario? —pregunté.

—Mal no le va a hacer —respondió.

—Lo que diga.

—Hemos hecho todo lo posible, Matt. Tenemos que conseguir echarle el guante a ese cabrón porque solo Dios sabe hasta qué punto perjudican esos malditos contrabandistas a la ciudad. Pero… unas veces tienes suerte y otras no —sentenció.

—Lo sé —dije.

—Cogeremos a ese cerdo tarde o temprano, lo sabe.

—Por supuesto.

—Bien —dijo y se apoyó en la otra pierna con dificultad—. Venga, vaya a descansar, ¿eh?

—De acuerdo.

Subí en ascensor. No estaba en Sudamérica, pensé. Estaba seguro de que no estaba en Sudamérica. Estaba aquí en Nueva York dispuesto a matar de nuevo porque le gustaba.

Puede que ya lo hubiera hecho. Puede que matando a Kim se diera cuenta de que disfrutaba. Le había gustado tanto que lo había hecho otra vez y de la misma manera. La próxima vez no

necesitaría una excusa. Tan solo una víctima, un cuarto en un hotel y su machete fiel.

Durkin me había sugerido que me tomara un par de copas.

# 33

La línea de
metro LL
sale de la Octava Avenida, cruza Manhattan por la calle 14 y se pierde hasta llegar a Canarsie. Después del río, su primera parada en Brooklyn se halla en el cruce de la avenida Bedford con la calle 7 North. Fue ahí donde me bajé; luego di un par de vueltas hasta que encontré la casa. Me llevó un rato y me equivoqué de calle un par de veces, pero era un buen día para pasear: el sol brillaba, en el cielo no se veía una nube y, para variar, la temperatura era agradable.

Había una pesada puerta sin cristales a la derecha de la cochera. Llamé al timbre pero no hubo respuesta, y no oí ninguna campana o timbre sonar dentro. ¿No me había dicho que no había timbres? Llamé de nuevo pero seguí sin oír nada.

Había una aldaba de bronce en medio de la puerta. Me serví de ella. Utilicé las manos para amplificar el sonido.

—¡Chance! ¡Soy Scudder! ¡Abra! —grité.

Llamé de nuevo a la puerta con la aldaba y con los puños.

La puerta era de lo más maciza, a primera vista. Retrocedí unos pasos y me lancé sobre ella utilizando el hombro como ariete; pero era inútil.

Podía romper una ventana y entrar por allí, pero en Greenpoint era más que probable que algún vecino llamara a la policía o que cogiera un arma resuelto a arreglar el asunto él mismo.

Seguí aporreando la puerta. Un motor se puso a funcionar y un sistema de contrapesos comenzó a levantar el portón de la cochera.

—Por aquí —dijo Chance—. Antes de que eche abajo la maldita puerta.

Atravesé el garaje y él apretó un botón para hacer bajar el portón.

—La puerta de entrada no se abre —dijo—. Creía que se lo había enseñado. Está completamente bloqueada por barras y demás inventos.

—Práctico en caso de incendio —bromeé.

—Si se declara un incendio saldría por una ventana. ¿Pero cuándo ha visto que un parque de bomberos se queme?

Iba con la misma ropa que llevaba la última vez que lo vi: los tejanos desteñidos y el jersey azul marino.

—Se olvidó el café. O yo me olvidé finalmente de dárselo. Anteayer, ¿no se acuerda? Se iba a llevar un poco a su casa —dijo.

—Tiene razón, me lo olvidé.

—Para su amiga. Una mujer muy guapa. He hecho un poco de café. Querrá una taza, ¿no? —preguntó.

—Gracias —dije.

Entré en la cocina con él.

—No es fácil ponerse en contacto con usted —dije.

—Sí, he perdido un poco mi relación con el servicio telefónico.

—Lo sé. ¿Ha escuchado las noticias? ¿Ha leído el periódico? —inquirí.

—Últimamente no. Lo toma solo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Todo ha terminado, Chance —me miró—. Hemos atrapado al hombre.

—¿Al hombre? ¿Al asesino?

—Así es. He pensado que sería mejor que viniera y le contara lo que ocurrió.

—Sí —dijo—. Me gustaría oírlo.

Le conté la historia con todo lujo de detalles. Comenzaba a saberla de carrerilla. Estábamos a media tarde y no había parado de contársela a todo el mundo desde que le había metido aquellas cuatro balas en el pecho a Pedro Antonio Márquez, algo más tarde de las dos de la madrugada.

—De manera que lo ha matado —me dijo Chance—. ¿Qué sintió cuando lo hizo?

—No lo sé. Supongo que tendré que esperar un poco para creérmelo —contesté.

Sabía lo que sentía Durkin. Jamás lo había visto tan contento.

—Cuando están muertos —me había dicho—, al menos sabes que no van a volver a la calle en tres años para delinquir de nuevo.

Y éste era un monstruo. Había probado la sangre y le gustaba.

—¿Era el mismo sujeto? —preguntó Chance—. ¿No hay ninguna duda?

—Ninguna. Tuvieron la confirmación del encargado del motel Powhattan. También encontraron huellas idénticas a las halladas en el motel y en el Galaxy, de manera que eso lo implica en los dos crímenes. En ambos casos el machete fue el arma del crimen. Han encontrado incluso minúsculos restos de sangre en la junta de la hoja con el mango, y la sangre es del mismo tipo que la de Kim o la de Cookie, no recuerdo cuál.

—¿Cómo entró en su hotel? —preguntó.

—Cruzó el vestíbulo y tomó el ascensor —respondí.

—Creí que estaba bajo vigilancia.

—Y lo estaba. Pasó delante de ellos, recogió su llave y fue a su habitación.

—¿Cómo pudo hacerlo? —preguntó Chance.

—Lo más fácil del mundo. Había alquilado la habitación el día antes, por si acaso. Lo había previsto todo. Cuando recibió el aviso de que lo estaba buscando, volvió a mi hotel, subió a su habitación, luego fue hasta la mía y entró. Las cerraduras de ese hotel no son difíciles de abrir. Se desvistió, afiló el machete y esperó a que yo llegara.

—Y estuvo a punto de funcionar —dijo Chance.

—Tendría que haber funcionado. Habría podido esperarme detrás de la puerta y haberme matado antes de que yo me enterara de lo que estaba pasando. O habría podido esperar en el cuarto de baño unos minutos más, mientras yo me metía en la cama. Pero le gustaba demasiado matar, eso fue lo que le perdió. Quería que estuviéramos los dos desnudos cuando él saltara por detrás de manera que me esperó en el cuarto de baño, pero no pudo esperar a que me metiera en la cama porque estaba demasiado excitado. Por supuesto, si no hubiera sido por el arma que llevaba en la mano no estaría aquí ahora.

—Pero no podía trabajar completamente solo.

—Estaba solo en lo que a las muertes se refiere. Sin duda estaba asociado con otra gente en lo del tráfico de esmeraldas. Puede que la policía consiga algún día dar con ellos, pero no es fácil. Aunque dieran con ellos sería difícil sentarlos ante un tribunal.

Chance asintió con la cabeza.

—¿Qué pasó con el hermano? El novio de Kim. El que montó todo el follón —preguntó.

—No ha aparecido todavía. Probablemente esté muerto. O puede que siga corriendo y vivirá hasta que sus amigos colombianos den con él.

—¿Usted cree?

—Probablemente. Se supone que son muy vengativos.

—¿Y el recepcionista? ¿Cómo se llamaba… Calderón?

—Eso es. Bueno, si está escondido en algún lugar de Queens, es probable que lea lo sucedido en la prensa y que vuelva a pedir su viejo empleo.

Empezó a decir algo, pero cambió de opinión, cogió las tazas vacías y fue a rellenarlas. Volvió con ellas y me tendió la mía.

—Se acostó tarde —me dijo.

—He pasado la noche despierto —confirmé.

—¿No ha dormido nada? —preguntó.

—Todavía no —respondí.

—Yo eché una cabezadita en el sillón. Pero cuando me metí en la cama no pude dormir, ni siquiera podía estar tumbado. Hice un poco de ejercicio, me metí en la sauna, me di una ducha, bebí un poco de café, y de nuevo al sillón. Y así continuamente.

—Dejó de llamar al servicio —dije.

—Dejé de llamar al servicio, dejé de salir de casa. Supongo que habré comido algo. Cogí algo de la nevera y me lo comí sin darme cuenta. Kim está muerta, Sunny está muerta, Cookie está muerta y quizá su hermano, el novio, esté muerto, y luego ese fulano también está muerto. Ese que mató. No recuerdo su nombre.

—Márquez —recordé.

—Márquez está muerto y Calderón ha desaparecido; y Ruby está en San Francisco. Y la pregunta es dónde está Chance; y la respuesta es no lo sé. Lo que sí sé es que los negocios se han acabado.

—Las chicas están bien.

—Si usted lo dice.

—Mary Lou va a dejar el oficio. No se arrepiente de haber sido prostituta, ha sacado mucho partido de la experiencia pero está lista para comenzar una nueva etapa de su vida.

—Sí, la he llamado. ¿No se lo he dicho después del entierro?

Asentí.

—Donna espera conseguir una beca, y podrá ganar dinero haciendo antologías y organizando recitales poéticos. Piensa que ha llegado a un punto en el que vender su cuerpo comienza a deteriorar su poesía.

—Esa chica tiene mucho talento. Sería bueno que pudiera vivir de la poesía. ¿Dice que le van a dar una beca? —preguntó.

—Cree que tiene posibilidades —dije.

—Venga, cuénteme el resto —dijo con una sonrisa—. La pequeña Fran acaba de firmar un contrato con Hollywood y se va a convertir en la próxima Goldie Hawn.

—Puede que en el futuro —dije—. Pero ahora quiere seguir viviendo en el Village, estar colocada siempre y entretener a los amables señores de Wall Street.

—De manera que me queda Fran —soltó.

—Así es —contesté.

Había estado paseando de un lado a otro de la habitación. De pronto se dejó caer en el sillón de cuero.

—Podría conseguir cinco o seis nuevas. No se puede imaginar lo fácil que es. Está tirado.

—Ya me lo dijo una vez —contesté.

—Es la verdad. Hay un montón de mujeres esperando a que les digas lo que tienen que hacer con sus malditas vidas. Podría salir de aquí y volver con una tropa en menos de una semana —negó rotundamente con la cabeza—. Solo que hay un problema.

—¿Cuál? —pregunté.

—Creo que ya no quiero volver a hacerlo —contestó—. ¡Joder, he sido un chulo cojonudo! Y me gustaba. Conseguí confeccionarme una vida a mi medida, como si fuera una segunda piel, pero ¿sabe qué?

—¿Qué?

—Que he crecido demasiado y ahora el traje me queda pequeño.

—Suele pasar —asentí.

—Un majara empieza a repartir machetazos y me quedo sin trabajo. ¿Pero sabe una cosa? Habría pasado de todas maneras, tarde o temprano, ¿no cree?

—Tarde o temprano. —Igual que yo hubiera acabado dejando el cuerpo, incluso si una de mis balas no hubiera matado a Estrellita

Rivera—. La vida cambia y no sirve de nada luchar contra eso.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó.

—Lo que quiera —contesté.

—¿Por ejemplo?

—Puede volver a la universidad.

Se echó a reír.

—¿Y estudiar historia del arte? Mierda. No tengo ganas de hacer eso. ¿Sentarme delante de un pupitre de nuevo? Entonces lo odiaba y por eso me alisté como un idiota, para escapar de eso. ¿Sabe lo que pensé la otra noche?

—¿Qué?

—Pensé en hacer una hoguera. Apilar todas esas máscaras en medio del suelo, rociarlas con un poco de gasolina y echar una cerilla. Irme de este mundo como uno de esos vikingos y llevarme todos los tesoros. No lo pensé mucho tiempo. Pero lo que sí puedo hacer es vender toda esa mierda. La casa, las obras de arte, el coche. Supongo que el dinero me duraría bastante.

—Es probable —dije.

—¿Y después, qué? —preguntó.

—¿Por qué no hace de tratante?

—¿Está loco? ¿Yo vendiendo droga? Ni siquiera puedo seguir de chulo, y eso que es más limpio que la venta.

—No estoy hablando de drogas —aclaré.

—¿De qué entonces? —dijo.

—De las obras africanas. Aparentemente tiene bastantes piezas, y la calidad es bastante buena.

—No tengo basura.

—Sí, ya me lo dijo. ¿No podía utilizar esas piezas como fondo para empezar? Sabe lo bastante sobre el tema como para meterse en una aventura de ese tipo.

El pensó un momento y frunció el entrecejo.

—Lo estuve pensando hace un tiempo —dijo.

—¿Y?

—Hay muchas cosas del mundillo que no conozco. Pero también es verdad que sé bastante, aunque lo más importante es que lo siento y eso es algo que no aprendes sentado en un pupitre o en un libro. Pero, mierda, necesito algo más que eso para ser vendedor de arte africano. Necesitas una imagen, una personalidad que vaya a

juego con lo que haces.

—Usted creó a Chance.

—¿Y qué? Oh, ya entiendo —dijo—. Podría crear a un vendedor negro de la misma manera que creé a un chulo.

—¿No lo cree posible?

—Por supuesto que lo creo posible. —Lo pensó un momento—. Puede que funcione. Tendré que estudiarlo.

—Tiene tiempo —dije.

—Sí, tengo todo el tiempo del mundo. —Me miró con atención y vi las motas doradas que brillaban en sus ojos marrones—. No sé lo que me llevó a contratarle. Juro por Dios que no lo sé. No sé si quería jugar a los justicieros, el superchulo tratando de vengar a su puta muerta. Si hubiera sabido dónde iba a acabar…

—Si le sirve de consuelo, eso ha evitado algunas muertes.

—No evitó la de Kim, ni la de Sunny, ni la de Cookie.

—Kim ya estaba muerta. Sunny se suicidó, eso fue lo que ella deseaba, y Cookie iba a ser asesinada tan pronto como Márquez diera con ella. Pero habría seguido matando si yo no lo hubiera detenido. La policía habría acabado dando con él, pero para entonces habría tenido tiempo de cargarse a otras mujeres. Era algo que le excitaba demasiado. ¿Sabe que cuando salió del cuarto blandiendo el machete tenía una erección?

—¿Habla en serio?

—Sí —contesté.

—¿Se abalanzó sobre usted empalmado?

—Sí, pero me dio más miedo el machete.

—Ya —dijo—. Me lo puedo imaginar.

Quería darme una gratificación. Le dije que no era necesario, que mis horas de trabajo habían sido justamente retribuidas, pero insistió, y cuando la gente insiste en darme dinero no suelo discutírselo. Le dije que me había llevado el brazalete de marfil del piso de Kim. Él se rio y me dijo que lo había olvidado completamente, que me lo podía quedar y que esperaba que mi amiga lo encontrara de su gusto. Eso sería parte de mi gratificación, dijo, junto con el dinero y un poco de café.

—Si realmente le gusta el café le diré dónde puede conseguir más —dijo.

Me llevó hasta el hotel. Yo hubiera ido en metro pero me dijo

que de todas formas tenía que ir a Manhattan a ver a Mary Lou, a Donna y a Fran, y dejarlo todo solucionado.

—Puede que venda el Seville —dijo—. Así tendría algo de dinero para comenzar el negocio. Puede que acabe vendiendo la casa. —Negó con la cabeza—. Pero ¿sabe?, vivir aquí me gusta.

—Pida un préstamo al gobierno para empezar el negocio.

—¿Bromea? —dijo.

—Pertenece a una de las minorías. Hay servicios oficiales que están esperándole para hacerle un préstamo.

—Buena idea —contestó.

Cuando llegamos al hotel me dijo:

—Ese imbécil colombiano, sigo sin recordar su nombre.

—Pedro Márquez —recordé.

—Eso es. Cuando rellenó la ficha, ¿utilizó ese nombre?

—No, ese es el nombre que figura en su documento de identidad.

—Eso es lo que pensaba. Porque una vez utilizó
C. O.
Jones y la otra
M. A.
Ricone; entonces me pregunto qué blasfemia escogió para usted.

—Escogió señor Testarudo. Thomas Edward Starudo —dije.

—¿T. E. Starudo? ¿Testarudo? ¿Eso es un taco en español?

—No es ningún taco. Es una palabra normal —respondí.

—¿Qué significa? —preguntó.

—Cabezota —apunté.

—Bueno —dijo riéndose—. Bien, eso no se lo podrá reprochar, ¿verdad?

# 34

Cuando llegué a mi habitación, dejé el café en la cómoda y fui a asegurarme de que no había nadie en el cuarto de baño. Me sentí ridículo, un poco como esas viejas que siempre miran debajo de la cama, pero pensé que me haría falta cierto tiempo hasta acostumbrarme. Y ya no tenía el revólver. La versión oficial fue que Durkin me lo había prestado para mi protección. Ni siquiera me preguntó cómo lo había conseguido. Creo que le importaba un bledo.

Me senté en el sillón y miré al sitio donde Márquez había caído. Aún había pequeños restos de sangre en el suelo, junto a la marca de tiza que utilizaron para dibujar el contorno del cadáver.

Me pregunté si sería capaz de dormir en esa habitación. Podía pedir a la dirección del hotel que me la cambiaran, pero llevaba varios años con esa y me había acostumbrado a ella. Chance dijo que iba conmigo y sin duda tenía razón.

¿Qué sentí después de matarlo?

Lo pensé un rato y decidí que me sentí muy bien. No sabía prácticamente nada de ese hijo de puta. Comprender es perdonar, suelen decir. Si hubiera conocido su vida en profundidad, quizá supiera de dónde le venía aquella ansia de sangre. Pero no tenía que perdonarlo. Eso era trabajo de Dios, no mío.

Fui capaz de apretar el gatillo. Y no hubo balas que rebotasen, que se perdieran. Cuatro fogonazos, cuatro balazos en pleno pecho. Buen trabajo de detective, buen señuelo y buen pulso a la hora de disparar.

No estaba mal.

Bajé a la calle y fui hasta la esquina. Me acerqué hasta el Armstrong, miré al interior por la ventana, pero seguí andando hasta la calle 58. Doblé la esquina y anduve media manzana. Entré en el bar de Joey Farrell y me hice un sitio en la barra.

No estaba concurrido. La máquina de discos estaba en marcha: un barítono de voz poderosa cantaba arropado por una orquesta de cuerda.

—Un Early Times doble —pedí—, y un vaso de agua.

Me quedé allí, sin pensar en nada y, mientras, el camarero me sirvió el *bourbon* y llenó un vaso de agua. Puse un billete de diez en la barra. Lo cogió y me devolvió el cambio.

Observé el vaso. La luz jugaba con el color ambarino del líquido. Extendí el brazo y lo agarré. Una vocecita interior murmuró *Bienvenido a casa*.

Aparté la mano. Dejé el vaso en la barra y tomé una moneda de diez centavos del cambio que me había dado el camarero. Fui hasta el teléfono, dejé caer la moneda y llamé a Jan.

No hubo respuesta.

Bueno, está bien. Había cumplido mi promesa. Evidentemente podría haberme equivocado de número, o la línea podía estar ocupada. Son cosas que ocurren.

Volví a colocar la moneda y marqué su número de nuevo. Dejé que sonara un par de veces.

No hubo respuesta.

De acuerdo. Recuperé la moneda y volví a la barra. El cambio seguía intacto, así como los dos vasos, ante mi: el *bourbon* y el agua.

¿Por qué?, pensé.

El caso estaba terminado, resuelto, listo para sentencia. El asesino no iba a seguir matando. Había hecho un montón de cosas y estaba satisfecho del papel que había desempeñado en la investigación. No estaba nervioso, no estaba angustiado ni deprimido. Estaba bien, por todos los demonios.

Y había un *bourbon* doble delante de mí. No tenía ganas de beber una copa, ni siquiera había pensado en ello, y he aquí que ante mí tenía una copa que me iba a tragar.

¿Por qué? ¿Qué coño me pasaba?

Si bebía esa maldita copa acabaría muerto o en el hospital. Quizá me llevara un día, o una semana, o un mes, pero sabía que acabaría de esa manera. No quería morir, ni ir al hospital, pero ahí estaba, en un bar con una copa delante de mis narices.

*Porque…*

¿Por qué qué?

*Porque…*

Dejé la copa en la barra. Dejé el cambio en la barra. Salí de aquel sitio.

A las ocho y media bajé por las escaleras de Saint Paul hasta llegar a la sala de reuniones. Me serví una taza de café, cogí unas galletas y me senté.

Estuviste a punto de caer, pensé. Has estado once días sin probar ni gota y entras a un bar y sin ninguna razón pides una copa. Estuviste a punto de levantar el vaso. Faltó muy poco para que lo hicieras. Has estado a punto de mandar esos once días a la mierda, con lo que te ha costado llegar hasta aquí. ¿Qué demonios te ocurre?

El presidente abrió la reunión y presentó al conferenciante. Me esforcé en escuchar su historia, pero no podía. Mi cabeza volvía constantemente a la realidad de ese vaso de *bourbon*. No lo deseaba, ni siquiera había pensado en ello, y sin embargo había sido atraído por él como un alfiler por un imán.

Mi nombre es Matt, pensé, y creo que me estoy volviendo loco.

El conferenciante terminó su testimonio. Aplaudí con el resto de los presentes. Durante el descanso fui al servicio, sobre todo para evitar tener que hablar con alguien. Volví a la sala y me serví otra taza de café que no necesitaba ni me apetecía. Pensé en dejar la taza y volver al hotel. Mierda, había estado dos días y una noche sin parar, de un lado para otro. Un descanso me vendría tan bien como asistir a una reunión en la que era incapaz de concentrarme.

Volví a mi sitio con el café.

Durante el coloquio, las palabras de los asistentes me resbalaron como bolas de nieve. No oía nada ni entendía nada.

Luego llegó mi turno.

—Me llamo Matt —dije. Y, tras una pausa, continué—. Me llamo Matt, soy un alcohólico.

Y sucedió la cosa más increíble. Empecé a llorar.



LAWRENCE BLOCK, (Buffalo, Nueva York, Estados Unidos, 24-06-1938) es un veterano escritor de novela negra estadounidense internacionalmente conocido por sus dos sagas de ficción cuya acción se desarrolla en las calles de Nueva York: La del investigador privado y exalcohólico Matthew Scudder y la del ladrón de refinados modales Bernie Rhodenbarr. Nombrado en 1993 Gran Maestro por la prestigiosa Asociación de Escritores de Misterio de América, tiene en su haber más de sesenta obras de ficción y ensayos acerca del oficio de escritor, además de un centenar de relatos breves también de género criminal. En 2005 le fue concedido un reconocimiento a toda su trayectoria profesional en los Premios Gumshoe, organizados por la revista literaria *Mystery Ink*.